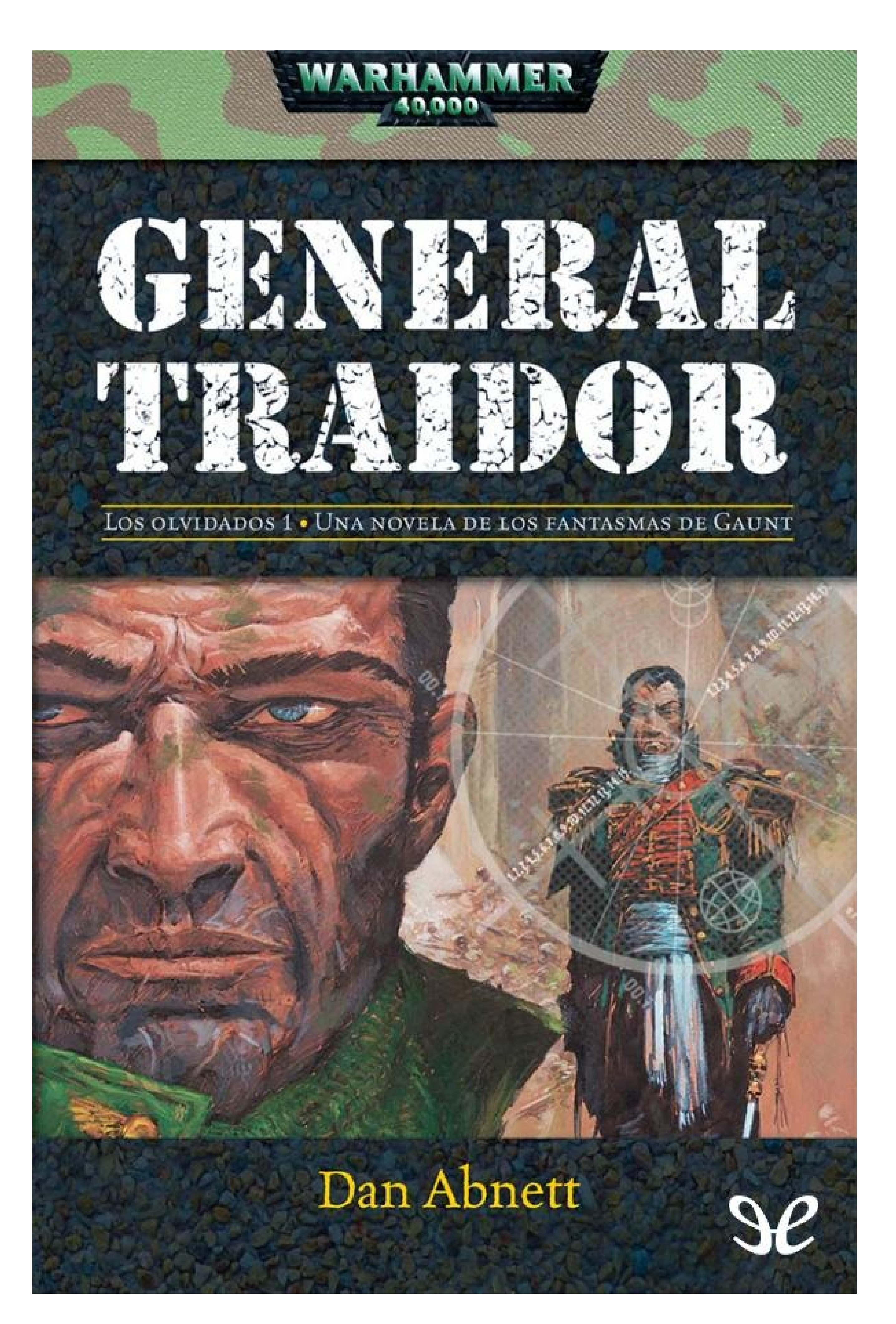

WARHAMMER
40,000
GENERAL TRAIDOR
LOS OLVIDADOS 1 • UNA NOVELA DE LOS FANTASMAS DE GAUNT
Dan Abnett

Mientras el destino de la campaña para recuperar los Mundos de Sabbat pende de un hilo, el éxito de la cruzada imperial está en manos de un oficial de estado mayor que ha sido capturado por las siniestras fuerzas del Caos.

El comisario coronel Ibram Gaunt dirige un grupo de ataque hasta las líneas enemigas para localizar el paradero del oficial imperial prisionero, que posee conocimientos estratégicos de los planes de batalla del señor de la guerra Macaroth. La misión es muy simple: impedir que revele sus secretos al enemigo… al precio que sea. Gaunt y su grupo sin la clave de una misión que los llevará a la muerte o a la gloria.

Dan Abnett saca sus mejores armas cuando arroja a Gaunt y a su grupo de élite al corazón de las tinieblas en esta impresionante novela que comienza una nueva serie titulada Los olvidados.



Dan Abnett

General traidor

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. Los olvidados 1

ePub r1.0
epublector 19.08.13


FOR TANITH - FOR THE EMPER

Título original: *Traitor General*
Dan Abnett, 2004
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2005

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecuosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

Hacia el final del año 774.M41, el decimonoveno de la cruzada de los Mundos de Sabbat, parecía que el señor de la guerra Macaroth había logrado consolidar Las victorias logradas después de varios años de estrategias arriesgadas. La vanguardia de la cruzada había tomado por fin Morlond, el mundo fortaleza, y se dirigía hacia el Cúmulo Carcaradon y el Grupo Erinyes. Macaroth había declarado, con su habitual arrogancia, que allí se libraría la última fase de la guerra contra el archienemigo señor de la guerra, el arconte Urlock Gaur.

Para que aquel avance tuviera éxito había sido crucial que los feroces intentos de dos de los lugartenientes de Gaur de partir por la mitad la cruzada por la zona del grupo de ejército Khan hubiesen fracasado. El ataque de Enok Innokenti contra Herodor había sido rechazado, el propio Innokenti había muerto en el planeta. Los contraataques de Anakwanar Sek no habían conseguido sus objetivos ni en Lotun, ni en Tarnagua ni, lo que era más importante, en Enothis.

Pero Sek y sus fuerzas seguían siendo una amenaza para el flanco de la cruzada. La horda de ese magíster se había apoderado de una franja de mundos en los márgenes del grupo de ejército Khan en su retirada y se había atrincherado allí. Macaroth ordenó a los grupos de ejército Quinto, Octavo y Noveno que acabaran por completo con las fuerzas del señor de la guerra en esa región.

Macaroth subestimó la dificultad de aquella misión. Las batallas libradas para derrotar a Sek se prolongaron a lo largo de siete años y estuvieron entre las más sangrientas y de mayor tamaño de toda la cruzada. Sin embargo, varios documentos desclasificados hace poco tiempo por el Administratum han revelado que una de las operaciones más importantes de ese periodo se llevó a cabo a una escala mucho menos monumental…

Fragmento de
Una historia de las últimas Cruzadas Imperiales



PRÓLOGO

Los últimos rayos de luz solar iban desapareciendo y los campos de anémonas terrestres situados al otro lado de los muros de la mansión habían tomado un color violeta oscuro. Desde la terraza era posible ver en aquella fresca tarde los búnkers de los campamentos de la Guardia Imperial situados en la ribera opuesta del río. Los cañones alzados al cielo pálido de las baterías de defensa parecían espinas erizadas.

Barthol Van Voytz dejó la copa sobre el murete de la terraza y se ajustó más los delicados guantes blancos. Le quedaban grandes. Había perdido peso desde que los había llevado por última vez en una ocasión tan formal como esa. Deseaba llevar puesta la armadura de combate, no aquel uniforme de gala almidonado y cargado de medallas que se le ajustaba tan mal. Se dijo a sí mismo que se pondría el equipo de combate al día siguiente, porque sería entonces, a las cero cinco treinta imperial, cuando la batalla para retomar Ancreon Sextus comenzaría de verdad.

—¿Señor? El chambelán pregunta si se puede empezar a servir la cena.

Van Voytz se dio la vuelta. Biota, su jefe táctico principal, estaba en posición de firmes a su espalda. También iba embutido en un formal traje de gala blanco.

—Parece un faisán bajo la luz de la luna —comentó Van Voytz.

—Gracias, comandante general. Usted también tiene un aspecto igual de espléndido. ¿Qué le digo al chambelán?

—¿Estamos todos?

—No, señor.

—Pues dígale que espere. Si tenemos que hacer esto, lo haremos bien.

Cruzaron la terraza de piedra juntos y entraron de nuevo a través de las escotillas de cristal. La sala de banquetes parecía hecha de oro. Cientos de globos luminiscentes de color amarillo iluminaban la estancia alargada y lo bañaban todo con una luz dorada. Hasta el paño blanco del mantel de la larga mesa y la piel de los individuos presentes parecían estar cubiertos de oro.

Había cuarenta asientos en la mesa. Van Voytz contó treinta y ocho oficiales en el lugar. Estaban reunidos en grupos y se los veía incómodos por los uniformes de gala. En la estancia resonaba el murmullo de las conversaciones. Van Voytz se fijó en el general Kelso, del Octavo Ejército de la cruzada, y en el señor militante Humel, del Noveno, que charlaban con los demás comandantes de regimiento y oficiales superiores.

Luscheim había muerto en Tarnagua, por lo que Van Voytz había recibido el mando del Quinto Ejército de la cruzada. Pensaba que aquel honor debería haber llegado mucho antes, pero odiaba el hecho de que aquel ascenso hubiera sido posible gracias a la muerte de su viejo amigo Rudi Luscheim.

—¿Podemos empezar, Van Voytz? —preguntó Kelso con voz gruñona.

Era un individuo de baja estatura, algo mayor y de carrillos abultados, al que el uniforme de brocado de gala hacía parecer más ancho todavía de lo que era en realidad.

—Todavía no estamos todos —contestó Van Voytz—. Si vamos a tener que sufrir la incomodidad de una cena de gala para marcar el comienzo de la guerra, será mejor que nos aseguremos de que todo el mundo sufre.

Kelso soltó una breve risa.

—¿Quiénes faltan?

—El comisario y el primer oficial del Primero de Tanith —respondió Biota.

—Bueno, supongo que al menos podríamos sentarnos —concedió Van Voytz.

Kelso hizo una señal y los oficiales allí reunidos comenzaron a dirigirse a sus asientos en la larga mesa. Los servidores pasaron entre ellos llevándose las copas.

La puerta exterior se abrió y entraron otros dos. Uno era un individuo de estatura elevada que llevaba puesto el uniforme de comisario de la Guardia Imperial. El otro llevaba el uniforme negro de primer oficial de su regimiento.

—Por fin —comentó Kelso.

—Caballeros, por favor —les dijo Van Voytz a la vez que les indicaba sus respectivos asientos. Los recién llegados cruzaron la estancia para sentarse en los lugares que tenían reservados.

—Creo que irá bien un brindis. ¿Van Voytz? —sugirió Kelso.

Van Voytz asintió y se puso en pie con una copa en la mano. Los oficiales allí

reunidos imitaron el gesto entre un chirrido de sillas echadas hacia atrás. El comandante general pensó durante unos momentos qué decir y después miró a los oficiales al mando del regimiento de Tanith: el comisario Viktor Hark y el mayor Gol Kolea. Van Voytz alzó el vaso.

—Por los amigos ausentes.



UNO

Habían pasado seiscientos cuatro días desde el Día del Dolor. Era el día doscientos veintiuno del año imperial 774, cuando Gerome Landerson salió de su puesto de trabajo al sonar el cuerno de carnyx. El cuerno señalaba el cambio del turno de trabajo diurno al nocturno.

Estaba agotado, hambriento y empapado de sudor. Le dolían los brazos y la espalda de blandir el martillo. Tenía las manos tan entumecidas por los golpes repetidos una y otra vez que ya no sentía los dedos. Sin embargo, no se dirigió hacia los comedores o los baños con el resto de los trabajadores del Iconoclave, y tampoco tomó el largo camino de regreso a los habitáculos de los autorizados, que se encontraban a lo largo del río de Ciudad Ineuron.

En lugar de eso, se dirigió hacia el oeste, a través de los arcos derruidos del antiguo distrito comercial de la ciudad. Antaño, había numerosos mercadillos en aquella zona, desde los puestos diarios y baratos de comida, grano, ganado y herramientas hasta las casas comerciales con licencia que montaban sus lujosas tiendas de seda y mostraban al público las alhajas y demás joyas propias del negocio.

A Landerson siempre le había encantado el distrito comercial por su ambiente extraplanetario. Una vez compró una pequeña placa de metal con un grabado de un templo de la Eclesiarquía en Enothis tan sólo porque había llegado allí desde tan lejos. Aquellos recuerdos extraplanetarios le parecían más lejanos e inalcanzables

todavía en aquellos días, aunque la misión de esa noche tuviera que ver con ello.

El distrito comercial estaba en ruinas. Lo que quedaba de la amplia cúpula estaba ennegrecido por el humo y bastante dañado. Las hileras de casetas metálicas donde los vendedores y comerciantes se arremolinaban a diario para efectuar compras baratas estaban retorcidas y oxidadas. Unos cuantos traficantes del mercado negro se arremolinaban alrededor de los bidones de combustible encendidos y dispersos sobre el suelo cubierto de escombros. Se dedicaban a trapichear con lujos tales como médula de hueso y cubiertos doblados a cambio de monedas de racionamiento y permisos de autorización. Cada vez que había el más mínimo indicio del paso de alguna de las patrullas de excubitores en las cercanías, los traficantes desaparecían entre las sombras.

Landerson siguió caminando mientras se frotaba las manos mugrientas para calentarlas. Salió de la zona comercial por una amplia escalinata de mármol blanco. Los peldaños todavía estaban repletos de agujeros chamuscados efectuados por los disparos láser y daban a la avenida de las Espinillas. Por supuesto, ése no era su verdadero nombre, pero el yugo de la opresión había provocado la aparición de un humor muy negro entre los conquistados. Aquella había sido la avenida del Áquila, y a lo largo de ella se alineaban los pedestales de ouslita a cada lado. Sobre cada uno se había alzado la estatua de un héroe imperial. Los invasores las habían derribado todas. Ya sólo quedaban las espinillas de los muñones que se alzaban unidos a los pies de piedra, de ahí el nuevo nombre.

Los árboles de talix, altos y delgados, crecían a los lados de la avenida. Habían cortado la copa de al menos dos de ellos y colocado unas horcas de las que colgaban los lobos metálicos. No tenía sentido esquivarlos. Landerson siguió su camino intentando no mirar a los maniquíes esqueléticos que colgaban de forma flácida de los árboles. Crujían y chirriaban al balancearse con la suave brisa.

La luz diurna estaba desapareciendo. El cielo, ya de por sí sombrío por la eterna capa de polvo, parecía estar a punto de quedar velado por la niebla que caería de un momento a otro. Los hornos de las fundiciones de carne situadas al oeste iluminaban con una luz del color de la pulpa de la granada. Landerson sabía que tenía que darse prisa. Su imago sólo lo autorizaba a realizar actividades diurnas.

Estaba cruzando la plaza en Tallenhall cuando olió el glifo. Apestaba como una batería descargada, un olor ionizado que mezclaba la sangre y el metal. Se acurrucó detrás de un seto demasiado crecido por falta de atención que estaba al lado de la barandilla oxidada y permaneció a la espera. El glifo apareció por la esquina septentrional de la plaza, flotando a unos ocho metros de altura como si fuese un globo, de forma lenta y perezosa. Intentó apartar los ojos en cuanto lo localizó, pero le fue imposible. Los monogramas flotantes, resplandecientes como un anuncio de neón, le inmovilizaron la mirada. Sintió que se le revolvía el estómago ante la visión

de aquellos símbolos abominables. La bilis se le subió a la boca. Oyó un castañeteo continuado en la parte posterior de la cabeza, algo parecido al sonido de un enjambre de insectos que estuviesen frotándose las alas. El imago que llevaba metido en la carne del brazo izquierdo se retorció.

El glifo se estremeció y después comenzó a alejarse flotando con lentitud hasta desaparecer detrás de las ruinas de la biblioteca de la ciudad. Landerson apoyó las manos en el suelo en cuanto quedó fuera de la vista y tuvo varias arcadas, aunque no llegó a vomitar sobre la hierba quemada. Cuando cerró los ojos siguió viendo los destellos sin sentido restallando contra los párpados bajados.

Se puso en pie tambaleándose, afectado por una tremenda sensación de aturdimiento, y se dejó caer sobre una barandilla torcida para buscar apoyo.

—*¡Voi shet!* —gritó una voz cruel.

Sacudió la cabeza e intentó ponerse completamente en pie. Le llegó el sonido de unas botas que hacían crujir el polvo de ladrillo mientras se acercaban a él.

—*¡Voi shet! ¡Ecchr Anark setriketan!*

Landerson alzó ambas manos con gesto suplicante.

—¡Autorizado! ¡Autorizado, magir!

Los tres excubitores lo rodearon. Medían unos dos metros de alto y llevaban puestas unas botas de pasadores gruesos y unos largos abrigos con armadura de malla. Lo apuntaban con sus adornadas carabinas láser de cerrojo.

—¡Estoy autorizado, magir! —gimoteó mientras intentaba mostrarles su imago.

Uno de ellos lo derribó de una bofetada.

—*¿Shet atraga ydereta haspa? ¿Voi leng haspa?*

—No…, no hablo su…

Se oyó un chasquido metálico y el chirrido de un comunicador de voz. Uno de ellos habló de nuevo, pero su áspera voz quedó ahogada por un eco mecánico rechinante.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy autorizado a caminar a la luz del día, magir —contestó Landerson.

—¡Mírame!

La voz amenazante quedó ahogada de nuevo por el sonido generado por el artefacto implantado.

Landerson alzó la vista. El excubitor que se inclinó hacia él tenía el mismo aspecto infernal que cualquiera de ellos. Sólo se podía ver la parte superior de la cabeza, con la piel pálida, arrugada y sin pelo alguno. De la parte posterior de la calva rugosa salía un manojo de tubos y cables metálicos que acababan conectados a la mochila de soporte vital que llevaba a la espalda, que humeaba y soltaba un sonido jadeante. Tres cicatrices quirúrgicas enormes le cruzaban la cara, dos de ellas sobre cada una de las cuencas de los ojos, donde habían cosido unos implantes oculares, y

la tercera directamente sobre el puente de la nariz, a la que le habían quitado toda la carne. Un gran collar de bronce se alzaba sobre la parte inferior de la cara y por suerte tapaba la boca y la mayor parte de la zona nasal del excubitor. En la parte frontal del ancho collar iba montada la rejilla de un comunicador, que el excubitor había cambiado a modo «traducción».

—Os…, os miro y quedo bendecido por vuestra belleza —dijo un Landerson jadeante, con toda la claridad que pudo.

—¿Nombre? —le soltó aquella criatura.

—Landerson, Gerome, autorizado de día, por…, por la voluntad del Anarca.

—¿Lugar de trabajo?

—El Iconoclave, magir.

—¿Trabajar en la Casa de Rotura?

—Sí, magir.

—¡Muéstrame tu autorización!

Landerson alzó el brazo izquierdo y se levantó la manga del mono de trabajo desgarrado que llevaba puesto, lo que dejó al descubierto el imago en su ampolla llena de pus transparente.

—*¡Eletraa kyh drowk!* —dijo el excubitor a uno de sus compañeros.

—*Chee ata drowk* —respondió este.

El centinela sacó un largo instrumento metálico del cinturón, de un tamaño y forma parecidos a un matacandelas, y colocó el extremo sobre el imago de Landerson. Este soltó un jadeo al notar que la criatura se retorcía dentro de su brazo. Varias runas pequeñas se encendieron en el mango del artefacto. El excubitor apartó el instrumento.

El tercer excubitor agarró a Landerson por la cabeza y se la giró con brusquedad para verle mejor el estigma que tenía en la mejilla izquierda.

—*Fehet gahesh* —dijo antes de soltarlo.

—Vete a casa, autorizado —le dijo el primer excubitor. El eco de las palabras alienígenas resonó detrás de la frase de la máquina traductora—. Vete a casa y que no te pillemos otra vez.

—S…, sí, magir. Ahora mismo.

—Si no, nos divertiremos contigo. Nosotros o los lobos metálicos.

—Lo entiendo, magir. Gracias.

El excubitor dio un paso atrás y se llevó una mano a la rejilla del comunicador. Sus compañeros hicieron lo mismo.

—Servimos a la palabra del Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás.

Landerson se tapó con rapidez la boca.

—Cuyas palabras ahogan a todas las demás —repitió de forma inmediata.

Los excubitores se quedaron mirándolo durante unos momentos más y luego se

echaron al hombro los enormes rifles láser de cerrojo antes de alejarse hacia la derruida plaza.

Pasó bastante tiempo antes de que Landerson se recuperara lo bastante como para ser capaz de ponerse en pie.

Casi había oscurecido del todo cuando llegó al molino abandonado, en las afueras de la localidad. El cielo estaba iluminado por llamas: las ardientes masas de las lejanas ciudades colmenas y el brillo más cercano de los hornos de ahenum que proporcionaban energía a las nuevas industrias del lugar. En la amplia carretera que discurría bajo el molino se veían hileras de antorchas y resonaba el batir de los tambores: era otra procesión de prosélitos que los ordinales llevaban a los altares.

Landerson dio un par de golpes en la puerta de madera.

—¿Cómo está Gereon? —preguntó una voz desde dentro.

—Gereon vive —contestó Landerson.

—A pesar de sus esfuerzos —respondió la voz.

La puerta se abrió pero tan sólo dejó al descubierto la oscuridad del interior. Landerson metió un poco la cabeza.

Un momento después, notó el cañón de una pistola automática contra la nuca.

—Llegas tarde.

—He tenido problemas.

—Será mejor que no te hayan seguido.

—No lo han hecho, señor.

—Entra despacio.

Landerson se adentró en la oscuridad. Una luz le dio de lleno en la cara.

—¡Registradlo! —ordenó una voz mientras la puerta se cerraba a su espalda.

Unas manos lo agarraron y lo hicieron avanzar. La parte ancha de un auspex zumbó mientras se la pasaban arriba y abajo por todo el cuerpo.

—Está limpio —dijo alguien.

Las manos lo soltaron. Landerson entrecerró los ojos para ver mejor bajo la luz y distinguió con mayor claridad los alrededores. Estaba en un sótano húmedo del molino, rodeado de siluetas que dirigían las linternas hacia él.

El coronel Ballerat apareció a su lado y enfundó la pistola.

—Landerson —dijo a modo de saludo.

—Me alegro de verlo, señor —contestó Landerson.

Ballerat se le acercó y lo abrazó. Lo hizo con un solo brazo. Ballerat había perdido el brazo izquierdo y la pierna del mismo lado en una de las fundiciones. Tenía una pierna artificial bastante primitiva que le permitía andar, pero del brazo izquierdo no quedaba más que un pequeño muñón.

—Me alivia ver que recibió el mensaje —le dijo con una sonrisa—. Empezaba a preocuparme de que no hubiera sido así.

—Lo recibí sin problemas —le aclaró Landerson—. Lo dejaron caer en mi comida. Pero me costó poder marcharme. ¿Será esta noche, señor?

Ballerat asintió.

—Sí, así es. Ya están en el planeta, sin duda alguna. Tenemos que ponernos en contacto con ellos para pasar a la siguiente fase.

Landerson asintió a su vez.

—¿Cuántos, señor?

—¿Cuántos qué? —le preguntó Ballerat.

—Me refiero a cuántos son…, señor. ¿Dónde están desplegados? ¿Qué tamaño tiene la fuerza de liberación?

Ballerat se quedó callado un momento.

—No lo sabemos todavía, mayor. Estamos en ello. La clave ahora mismo en ponerse en contacto con su fuerza de reconocimiento avanzada para poder guiarlos.

—Entendido, señor.

—Lo envío a usted, a Lefivre y a Purchason.

—Los conozco a los dos. Servimos juntos en la Fuerza de Defensa Planetaria.

Ballerat sonrió.

—Eso pensaba. Todos conocen bien la zona. El punto de encuentro está en el complejo agrícola del cruce de caminos de Shedowtonland. El código de contacto es «Tanith Magna».

Landerson repitió las palabras.

—Señor, ¿qué quiere decir eso?

Ballerat se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Debe ser algún tipo de código de la Guardia Imperial. Ahí vienen.

Lefivre y Purchason se acercaban a ellos. Ambos iban vestidos con restos harapientos del uniforme de combate de la Fuerza de Defensa Planetaria. Lefivre era un individuo de baja estatura, cabellos rubios y barba rala. Purchason era más alto y delgado, con el cabello oscuro. Los dos estrecharon la mano a Landerson. Iban armados con rifles automáticos con silenciador incorporado.

Otro miembro de la resistencia se acercó a la carrera con ropa, equipo y armas para Landerson. El recién llegado se agachó para empezar a ponérselo todo.

—Eso puede esperar —dijo Ballerat—. Antes tenemos que despojarte.

Landerson se limitó a asentir y se puso en pie. Ballerat lo condujo hasta una estancia adyacente que apestaba a ganado, a chyme y a estiércol. El aire era cálido y estaba cargado. Landerson oyó en la semioscuridad a un grox bufar y soltar un pedo.

—¿Preparado? —le preguntó Ballerat.

—Sí, señor. Me gustaría acabar cuanto antes —le contestó Landerson mientras se arremangaba el brazo izquierdo de la camisa.

Aparecieron unos cuantos individuos más y lo sujetaron con fuerza por los hombros. Uno de ellos le ofreció una botella de amasec y Landerson tomó un largo trago.

—Bien hecho —le dijo el individuo—. Ayuda a soportar el dolor. Toma esto y muerde. Te hará falta.

Landerson mordió con fuerza el cinturón de cuero que le habían puesto en la boca.

La cirujana era una vieja señora procedente de los habitáculos. Sonrió a Landerson, que estaba inmovilizado por cuatro hombres, y vertió un chorro de amasec sobre el imago.

Landerson sintió como se retorcía.

—No les gusta nada —murmuró la mujer—. Los atonta y los adormila. Es más fácil sacarlos. Prepárate, joven.

Sacó un bisturí y le cortó con rapidez la ampolla hinchada que tenía en el brazo. Se abrió con un chasquido carnoso y soltó un chorro de fluido viscoso. Landerson mordió con más fuerza el cinturón. Ya empezaba a dolerle. La criatura negra y enroscada dentro de la carne del antebrazo que había quedado expuesta se estremeció y se pegó más al interior de la cavidad rojiza. Intentó no mirarla, pero no pudo evitarlo.

La cirujana la atrapó con unas pinzas largas y empezó a tirar.

Casi toda la criatura negra salió con el primer tirón, pero la larga cola, acabada en una púa oscura y afilada como una hoja de afeitar, se resistió. La mujer tiró con más fuerza y Landerson apretó los dientes con furia cuando notó cómo su carne cedía, desgarrándose. La criatura comenzó a agitarse y a retorcerse entre los dientes de la pinza. Landerson sintió un dolor agónico, como si le estuvieran sacando por una arteria un hilo de pescar con el anzuelo lleno de puntas.

La cirujana echó más alcohol sobre la herida y tiró con fuerza de nuevo. Los dientes de Landerson atravesaron el cuero del cinturón. La criatura salió por fin de la herida retorciéndose entre las pinzas.

—¡Ahora! —gritó la mujer.

Uno de los hombres de Ballerat ya había abierto el muslo de uno de los groxes que había en el lugar. La anciana metió a aquella especie de gusano serpenteante dentro de la herida y la cerró con un trozo de gasa anestesiante y de venda.

Mantuvo aquello bien apretado con fuerza, como si se estuviese esforzando por impedir que algo saliese de debajo de la venda.

—Bien —dijo tras unos momentos—. Parece que se ha agarrado.

Todo el mundo se quedó en silencio durante unos cuantos minutos, a la espera de oír el sonido de las alarmas de los excubitores o algo incluso peor. Landerson se dio cuenta de que estaba temblando mucho. La anciana le indicó con un gesto a uno de

los hombres de Ballerat que mantuviese firme la venda contra la pata del animal y se acercó a Landerson para curarle la herida.

La limpió con cuidado, la cosió y la vendó. Luego le puso una inyección de analgésicos y de antisépticos.

Landerson comenzó a sentirse mejor, aunque lo preocupó notar una sensación de ausencia. Había pasado todos aquellos meses deseando librarse de aquel bicho asqueroso que se movía bajo la piel del brazo y de repente, parecía que su cuerpo echase de menos al imago.

—¿Se siente mejor? —le preguntó Ballerat saliendo de entre las sombras.

—Sí, señor —le mintió Landerson.

—Me gustaría poder darle más tiempo para que se recuperara del todo, pero no lo tenemos. ¿Preparado para ponerse en marcha?

Landerson asintió. Ballerat le mostró un mapa arrugado y dibujado a mano.

—Mírelo bien y memorícelo, porque no podrá llevárselo. Esta es la mejor ruta según mi punto de vista. Estos son los horarios y las localizaciones de las patrullas que conocemos.

Landerson lo estudió con toda atención y apartó la mirada de vez en cuando para comprobar que lo recordaba todo con precisión. Ballerat le entregó un sobre. Landerson echó un vistazo al interior.

—¿Para qué es esto? —le preguntó.

—Nunca se sabe —le contestó el coronel.

Landerson se metió el sobre en un bolsillo.

—Bien —siguió diciendo Ballerat después de indicar con un gesto a Lefivre y a Purchason que ya podían acercarse—. La hora de encuentro es a las veintitrés quince. Entérense de qué necesitan de nosotros y hagan todo lo posible por proporcionárselo. Contacten con nosotros por medio de los canales habituales. Montaremos un ataque de diversión unos cuarenta minutos antes de la hora de encuentro para desviar la atención de esa zona. ¿Alguna pregunta?

Los tres negaron con la cabeza.

Ballerat no podía hacer por completo el signo del áquila, pero se colocó la mano derecha sobre el corazón como si lo estuviese haciendo.

—Buena suerte y, por el bien de Gereon, que el Emperador los proteja.

La noche era fría y húmeda. A Landerson casi se le había olvidado la sensación de estar en campo abierto y en la oscuridad. Avanzaron con rapidez por las afueras de Ciudad Ineuron, en la zona occidental, y después cruzaron el viejo parque monumental llamado el Deambulatorio. Las luces de la ciudad quedaron a su espalda y por un momento oyeron unos cuernos lejanos acompañados del batir de tambores.

La parte más feroz y sangrienta de la batalla por Ciudad Ineuron se libró

alrededor de los edificios del Deambulatorio. El amplio lugar, cubierto de maleza, estaba repleto de restos mecánicos y patéticos montones de huesos humanos. Ninguno de los tres hizo ruido alguno. Ballerat no los había escogido para aquella misión tan sólo por su conocimiento del terreno local: los tres habían pertenecido a la brigada de reconocimiento e infiltración de la Fuerza de Defensa Planetaria.

A mitad del Deambulatorio tuvieron que ponerse a cubierto detrás de un bosquecillo de árboles talix jóvenes cuando pasó una patrulla: dos vehículos semiorugas repletos de reflectores a toda potencia. El que iba en cabeza parecía un trineo de nieve debido a que llevaba una larga hilera de perros de caza encadenados a la parte delantera. Estaban entrenados para detectar el olor de los imagos y de las feromonas humanas. Lo último que Landerson y sus compañeros habían hecho antes de irse del molino era darse una ducha con repelentes de olores corporales.

La patrulla se alejó. Landerson les indicó a los otros dos mediante señas que siguieron avanzando. Utilizó el lenguaje de signos con fluidez, como si su última misión de reconocimiento hubiese sido el día anterior. Sin embargo, se dio cuenta de que, curiosamente, sentía el brazo izquierdo más ligero. ¿Le habría sacado todo aquella mujer? ¿O todavía quedaba algo de aquella criatura dentro del brazo, a la espera de…?

Landerson se sacó aquella idea de la cabeza. Con que sólo le hubiera quedado un pequeñísimo trozo de imago en el brazo, a esas alturas ya habría una luz espectral encima de cada una de las horcas de la población y los lobos metálicos ya se estarían reuniendo.

Salieron del Deambulatorio y cruzaron las ruinas silenciosas de los habitáculos que bajaban por las laderas de Mexley Hill. Era un distrito agrícola de las afueras que marcaba el punto donde la industria pesada de las conurbaciones daba paso a las tierras de labrantío de las zonas rurales de la ciudad. Detrás de los habitáculos se extendían los campos de cultivo por encima de las colinas hasta llegar al valle que se abría más allá. Landerson olió los silos llenos de grano, las plantas podridas y el aroma inconfundible de la variante planetaria del trigo. Sin embargo, no se había recogido la cosecha y las plantas hacía tiempo que habían madurado, por lo que el olor era demasiado fuerte, casi desagradable, con un punto repugnante de fermentación.

Purchason se paró en seco e hizo una señal de aviso. El trío se deslizó hasta ponerse a cubierto detrás del murete del patio de la parte posterior de uno de los habitáculos.

A unos treinta metros de distancia había un glifo, detenido casi por completo sobre el camino.

El glifo era más terrorífico en la oscuridad, aún más que el que Landerson había visto de día. Parecía retorcerse y los símbolos ardientes se enroscaban como

serpientes. Formaban una runa impía que se transformaba en otra a los pocos instantes. Todo relucía en la negrura de la noche como si estuviera escrito con fuego líquido. Landerson oyó cómo restallaba con un sonido parecido al de un fuego de campamento y volvió a notar el nauseabundo y enfermizo ruido parecido al zumbar de un enjambre de insectos. Sin embargo, esa vez logró desviar la mirada a tiempo.

De repente, se dio cuenta de que Lefivre estaba a su lado y temblaba de forma violenta. Se giró por completo y vio que su compañero tenía la mirada fija en el infernal glifo. Unos enormes lagrimones le caían de los ojos, que se negaban a cerrarse. Landerson alargó una mano con rapidez y se apoderó del arma de Lefivre momentos antes de que se le cayera de los dedos. Vio a la escasa luz que su camarada movía la mandíbula de forma espasmódica y que la nuez no paraba de bajarle y subirle. Lefivre tenía los labios apretados y blancos por la tensión. Se esforzaba por no gritar, pero era una lucha que estaba a punto de perder.

Landerson le tapó la boca con una mano. Purchason se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se abalanzó también sobre Lefivre para inmovilizarlo. Landerson sintió que Lefivre abría la boca y que le mordía la mano con fuerza. Tuvo que reprimir un grito cuando los dientes le atravesaron la piel.

El glifo retembló. El zumbido de insectos aumentó de volumen, chirriante, para luego desaparecer. El glifo se alejó flotando hacia el norte siseando por encima de los tejados hechos pedazos de los habitáculos para luego cruzar el parque. Landerson y Purchason mantuvieron inmóvil a Lefivre. Diez segundos más tarde pasaron cinco excubitores a la carrera en dirección a la ciudad. El glifo había descubierto algo y la patrulla iba a ver qué era. Después de algunos minutos, oyeron el estampido seco de los disparos de las carabinas láser.

Sin duda se trataba de algún desgraciado que no tenía autorización y que se había escondido entre la maleza del parque.

Landerson se dio cuenta de que él tampoco tenía ya autorización.

Le quitó la mano de la cara a Lefivre y el suelo de piedra quedó manchado por un pequeño chorro de gotas de sangre. Lefivre se desplomó Jadeando como un perro. Se había orinado encima debido al ataque de terror.

—Lo… siento. Lo siento… —logró articular entre jadeos.

—No pasa nada —susurró Landerson.

—Su mano…

—No pasa nada —repitió Landerson.

La mano le dolía a rabiar. Lefivre le había arrancado un buen trozo de la palma. Él olía a sangre, Lefivre a orina y los tres apestaban a sudor a causa de la tensión que se había apoderado de ellos.

Landerson se vendó la mano con el pañuelo que llevaba al cuello y rezó para que no se tropezaran con sabuesos de caza.

Casi eran las veintidós treinta cuando llegaron al cruce de caminos de Shedowtonland. Los arrozales estaban descuidados por completo y sin apenas riego, por lo que habían quedado reducidos a un barro espeso en el que crecían plantíos desatendidos y azotados por las plagas. El aire estaba cargado con el olor a moho y a verdura podrida.

Se oyó un trueno a lo lejos, más allá de la zona de cultivos, en las tierras pantanosas de Impro. Aquella zona malsana se consideraba una región peligrosa antes de la invasión. En esos momentos, parecía segura comparada con las áreas habitadas.

Dieron un amplio rodeo alrededor de los grandes edificios prefabricados del complejo agrícola antes de entrar en ellos con las armas preparadas y los largos tubos silenciadores acoplados a los cañones. Avanzaron en silencio a través de las sombras, entre las unidades tractoras inmovilizadas y las cosechadoras de arrastre guardadas en los garajes. Pasaron al lado de los corrales donde habían sacrificado a los cerdos y los habían dejado allí para que se pudrieran. Interrumpieron más de una vez el festín de los mamíferos carroñeros que se alimentaban de aquellos cadáveres. Eran animales de la fauna local que se habían visto atraídos desde los pantanos por el olor a podredumbre. Las pequeñas criaturas se escondieron en la oscuridad con el rabo entre las piernas.

Lefivre seguía asustado y apuntaba sobresaltado con el arma a cada pequeño animal.

—Tienes que tranquilizarte —le susurró Landerson.

—Lo sé.

—De verdad. Respira profundamente. No puedo permitir que sigas así de nervioso.

—No, mayor. Por supuesto.

Aparte de los carroñeros, había ratas por todas partes. Landerson se imaginó que como en todas partes del Imperio. Las naves estelares de la Sagrada Terra habían propagado muchas cosas por la galaxia: la fe, los colonos, la tecnología, la civilización, pero nada de forma tan extensa o segura como la indomable Raitus Rattus. Antes de la invasión había oído chistes sobre que, en realidad, el Imperio lo habían forjado las ratas y que la humanidad tan sólo las acompañaba. En algunos mundos, las ratas importadas por accidente se habían impuesto a todas las demás formas de vida. En otros planetas, se habían cruzado con otras especies y habían creado monstruos.

Los tres completaron el circuito de exploración y no encontraron nada aparte de unas runas repugnantes que alguien había pintado sobre la valla exterior. Era posible que acabaran siendo glifos. Landerson no quiso arriesgarse, así que las salpicó con el agua bendita que llevaba en un frasco y que formaba parte del equipo que le habían

entregado.

Purchason lo ayudó en la tarea, pero Lefivre se mantuvo apartado. No quería que su mente lo abandonara de ese modo de nuevo.

Llegaron a los edificios principales. Ya eran las veintidós treinta y siete. En ese preciso instante, como si hubiesen pulsado algún botón de encendido, oyeron un estampido procedente de la ciudad que habían dejado a sus espaldas. El cielo se vio iluminado poco a poco por un brillante resplandor. Momentos después, un zumbido generalizado inundó el aire y vieron numerosos glifos que se dirigían flotando como bolas de fuego valle abajo atraídos por la explosión.

La maniobra de distracción del coronel había comenzado.

—Que el Emperador lo proteja —murmuró Landerson.

Comprobó que la puerta principal estaba abierta, así que entró con el arma por delante mientras Lefivre empujaba la hoja de la puerta. Purchason se quedó a la izquierda cubriéndolo con el rifle.

El pasillo prefabricado estaba a oscuras. El aire del lugar estaba cargado con el olor a fertilizante reseco. Oyó ratas que huían corriendo.

Landerson le indicó por señas a Lefivre que cubriera la puerta y después se adentró con Purchason por el pasillo. Se fueron cubriendo el uno al otro a medida que pasaban por las puertas que se encontraban. El lugar estaba abandonado. Las sillas y las mesas estaban tiradas por el suelo. Los cogitadores agrícolas estaban destrozados y habían destruido las incubadoras de semillas y las estanterías de los viveros.

Vieron una luz tenue un poco más adelante. Avanzaron con cautela haciendo señales entre ellos y con las armas preparadas. La luz procedía de una oficina central. Era una vela solitaria que ardía sobre una mesa de escritorio.

Landerson miró a Purchason, quien sacudió la cabeza con un gesto negativo. Él tampoco tenía ni idea de qué estaba pasando.

Se deslizaron en silencio al interior. La estancia estaba vacía aparte del nobiliario roto y del escritorio con la vela. Las contraventanas estaban erradas y sólo había una puerta.

—Este el sitio —dijo Landerson con voz tan alta como se atrevió.

—¿Para qué puñetas es la vela? ¿Es que han llegado ya?

Landerson miró a su alrededor de nuevo.

—No lo sé —susurró Landerson—. Comprueba cómo está Lefivre.

Purchason asintió y salió en silencio al pasillo Landerson se quedó al lado de la mesa con el arma apuntando a la entrada. Pasó un minuto. Dos. Las manos empezaron a sudarle.

Oyó un leve ruido.

—¿Purchason? —dijo en voz baja.

La vela se apagó de repente. Un brazo le inmovilizó el cuerpo y a la vez el arma.

Sintió la hoja de un cuchillo en la garganta.

—Dilo ahora mismo y dilo bien —le dijo una voz al oído.

—Ta… Tanith Magna.

Lo soltaron.

Landerson se giró y miró a la oscuridad aterrorizado.

—¿Dónde está? —jadeó.

—Todavía estoy aquí —dijo la voz, de nuevo a su espalda. Landerson se giró otra vez.

—¿Qué está haciendo? —soltó—. ¡Muéstrese de una vez!

—A su debido tiempo. ¿Cómo te llamas?

La voz estaba una vez más a su espalda. Landerson se quedó helado.

—Mayor Gerome Landerson, de la Fuerza de Defensa Planetaria de Gereon.

Se oyó el chasquido de una cerilla y la vela de la mesa se encendió de nuevo. Landerson se dio la vuelta y apuntó hacia allí con el arma. La vela chisporroteó. No había ninguna señal de quien la había encendido.

—¡Basta ya! —Soltó Landerson—. ¿Dónde está?

—Aquí mismo. —Landerson se quedó helado de nuevo al sentir el frío tacto del cañón de un arma en la nuca—. Suelta el arma.

Landerson dejó el rifle con mucho cuidado sobre la mesa.

—¿Cómo entró? —susurró.

—Estaba dentro desde el principio.

—Pero registré esta…

—No lo bastante bien.

—¿Quién eres?

—Me llamo Mkoll. Soy sargento de exploradores del Primero y Único de Tanith.

—¿Podrías quitarme la pistola del cuello?

De repente apareció un individuo a la luz de la vela delante de Landerson. Era un hombre de baja estatura pero fornido e iba envuelto en una capa de camuflaje que parecía fundirse con la oscuridad que lo rodeaba.

—Podría hacerlo —dijo en voz baja—, si fuera mi pistola. ¿Ven? Deja libre a este pobre hombre.

La presión del cañón del arma desapareció. Landerson se giró un poco y vio al segundo individuo. No era más que una sombra al extremo de la luz de la vela. Era más alto que el otro, pero apenas se discernía su silueta.

—Pe… pero ¿qué son? —Tartamudeó Landerson—. ¿Fantasmas?

Vio a la luz de la vela que los ojos del individuo llamado Mkoll se entrecerraban y relucían con un brillo especial. Una sonrisa. Aquello fue lo que más nervioso le puso, ya que resultaba evidente que se trataba de un rostro no acostumbrado a sonreír.

—Podría decirse que sí —fue la respuesta de Mkoll.



DOS

Condujeron a Landerson al patio trasero. El brillo ambarino del cielo seguía siendo fuerte y definido. Se podía sentir la conmoción lejana de las tropas enemigas en el tranquilo aire nocturno, como la presión previa a una tormenta.

Lefivre y Purchason estaban de rodillas de cara a una valla, con las manos entrelazadas detrás de la nuca. Un tercer soldado vestido de negro montaba guardia a sus espaldas.

—¿Bonin? —preguntó Mkoll.

—Parece ser que estos dos son los únicos aparte de él —contestó el tercer soldado.

—Tres en total. ¿Es así? —le preguntó Mkoll a Landerson.

—Sí —contestó este. Oyó el chasquido apagado de un comunicador.

—Uno, aquí cuatro. Podéis venir —dijo MkoIl con rapidez. Luego miró al individuo alto—. Mkvenner, llévate a Bonin y asegurad el perímetro.

Los dos camaradas de Mkoll se alejaron y desaparecieron en seguida en la oscuridad. Un momento después aparecieron otras siluetas que parecieron separarse de la misma noche. Eran al menos media docena. La de estatura más elevada se dirigió hacia Landerson y lo miró de arriba abajo. Era un individuo delgado y fuerte vestido con botas y uniforme negros acompañados de una chaqueta de cuero también negra, además de una capa de camuflaje oscura que le envolvía la garganta y la parte

superior del cuerpo. Llevaba una mochila a la espalda y una pistola bólter, con todas las partes relucientes tiznadas con hollín, colocada sobre el pecho con una cincha de combate. El rostro que se veía bajo la visera de la gorra de tela negra era delgado y anguloso.

—¿Quién es el jefe?

—Soy yo —contestó Landerson, pero se quedó helado de nuevo cuando Mkoll le habló una vez más al oído.

—En estas circunstancias, yo le aconsejaría que no hablase a menos que le den permiso.

Landerson se limitó a asentir.

—Dígale lo que me ha dicho a mí —le ordenó Mkoll.

—Tanith Magna —dijo Landerson en voz baja.

—Dígale su nombre.

—Landerson. Mayor Landerson.

—Y diríjase a él como «señor» —añadió Mkoll.

—Señor.

El individuo alto con la gorra hizo el signo del áquila sobre el pecho y después lo saludó.

—Mayor —le dijo—. Me llamo Gaunt. Estoy al mando de esta operación. Está en el lugar correcto en el momento correcto y nos ha dado la contraseña correcta, así que de momento supondré que es la persona con la que teníamos que encontrarnos. Ha recibido órdenes del jefe de la célula de Ineuron de ponerse en contacto con nosotros.

Landerson tragó saliva.

—Tengo libertad para hablar sobre ciertos asuntos, señor, pero eso no incluye las posibles actividades, movimientos o ni siquiera la existencia de alguna célula de resistencia.

—Es justo —contestó Gaunt—. Sin embargo, la siguiente etapa de nuestra misión implica que debemos ponernos en contacto con un coronel llamado Ballerat o con alguno de sus oficiales.

—Considéreme uno de ellos y sigamos hablando —le contestó Landerson.

Apareció un hombre al lado de Gaunt. Era más bajo que este, pero bastante más robusto, con la tez pálida en comparación con Gaunt. A Landerson le pareció que algo en los rasgos de la cara del recién llegado denotaba crueldad.

—¿Quiere que lo muela a palos, señor?

—Todavía no —contestó Gaunt.

—Sólo para soltarle la lengua, ya me entiende.

—No querría que te ensuciases las manos, Rawne.

El individuo en cuestión sonrió de forma poco tranquilizadora.

—No lo haría, señor. Le ordenaría a Feygor que lo hiciera.

—Buena nota por delegar el mando. Largo, Rawne.

El hombre se encogió de hombros y se marchó. Landerson vio a demás soldados con claridad. Eran siete en total, aparte de Mkoll, Rawne y su comandante. Todos iban equipados con uniformes negros y mochilas del mismo color. La mayoría de ellos mostraban alguna clase tatuaje. Uno era un hombretón de aspecto rudo que iba armado con u pesado cañón automático. Otro, más delgado y de más edad que el primero, llevaba un rifle de francotirador. Los otros cuatro soldados iban armados con rifles láser normales. Landerson se dio cuenta de que el séptimo soldado era una mujer. También iba vestida con todo el equipo de camuflaje de color negro, pero la única arma que llevaba era una pistola automática compacta en una funda.

Gaunt miró a Landerson.

—Mayor, ¿cuánto calcula que podemos permanecer aquí con una cierta seguridad?

—Más de treinta minutos sería tentar a la suerte.

—¿Conoce alguna posición segura?

—Conozco uno o dos lugares donde podríamos esquivar a las patrullas.

—¿Son seguros?

Landerson se lo quedó mirando a su vez.

—Señor, estamos en Gereon. No hay ningún lugar seguro.

—Pues pongámonos en marcha —respondió Gaunt—. Doctora, écheles un vistazo.

La mujer se acercó y sacó un pequeño escáner del nartecium. Recorrió todo el cuerpo de Landerson con el aparato.

—Lirio de Tracia —comentó Landerson.

—¿Qué? —dijo ella deteniéndose para mirarlo.

—Su perfume. Lirio de Tracia, ¿verdad?

—No me he puesto perfume o colonia alguna desde hace tres semanas —contestó ella con voz firme—. Es parte de la preparación de la mi….

—Estoy seguro de que es así —la interrumpió Landerson—, pero todavía se puede oler. Eso, los antisépticos y el enjuague de esterilización. Los sabuesos de caza la pillarían en menos de un segundo.

—Ya basta —soltó Mkoll.

La mujer hizo un gesto negativo en dirección al explorador y se quedó mirando a Landerson.

—Esos… sabuesos, ¿captarían mi olor aunque haya sido lo bastante escrupulosa como para no utilizar nada que pudiera delatarme?

—Sí, señora. Está demasiado limpia. Todos ustedes lo están.

—Es decir, que esos sabuesos me encontrarían porque no huelo a mierda como usted.

—Exacto, señora. Gereon se te mete en la piel. En la carne. El humo, el polvo, la corrupción.

—Hablando de corrupción —dijo la mujer al leer los datos del escáner—. Tiene un número elevado de proteínas de la clase B y un exceso de leucocitos. ¿Qué es lo que ha tenido implantado en el organismo?

Mkoll alzó de forma inmediata el rifle y lo apuntó contra un lado de la cabeza de Landerson.

—Voy a enseñarle mi brazo —dijo Landerson sin dejar de mirar de reojo el cañón del rifle que le estaba apuntando a la oreja. Alzó el brazo izquierdo y se arremangó para dejar al descubierto el vendaje—. El archienemigo marca a todos los ciudadanos con un imago. Me han quitado el mío, y lo mismo han hecho con Lefivre y Purchason. Por cierto, ¿pueden ponerse en pie? No me siento nada a gusto con la forma en que están tratando a mis hombres en estos momentos.

—¿Quiere que traiga a Feygor? —murmuró Mkoll.

—No —contestó Gaunt—. Curth, ¿está limpio?

—Limpio es demasiado decir. En muchos sentidos —respondió la mujer—. Sin embargo…, sí, podríamos decir que sí.

—Échales un vistazo a los otros dos. Si están limpios, se pueden poner en pie. Mayor Landerson, venga conmigo.

Gaunt lo llevó de regreso al interior del habitáculo, hasta la estancia donde la vela seguía ardiendo.

—Siéntese —lo invitó Gaunt.

—Prefiero quedarme de pie, señor.

Gaunt frunció el entrecejo y se sentó.

—Señor, ¿cuál es su rango? —le preguntó Landerson.

—Comisario coronel.

Landerson sintió que el corazón se le paraba por un momento.

—Ya veo. Está siendo muy precavido.

—¿Me culpa por ello? Estoy al mando de un grupo de infiltración que ha aterrizado en un mundo conquistado por el Caos.

—No, señor. Supongo que no. ¿Cómo llegaron hasta aquí?

—No creo que vaya a contarle eso.

—Entiendo. ¿Puede decirme el número de efectivos?

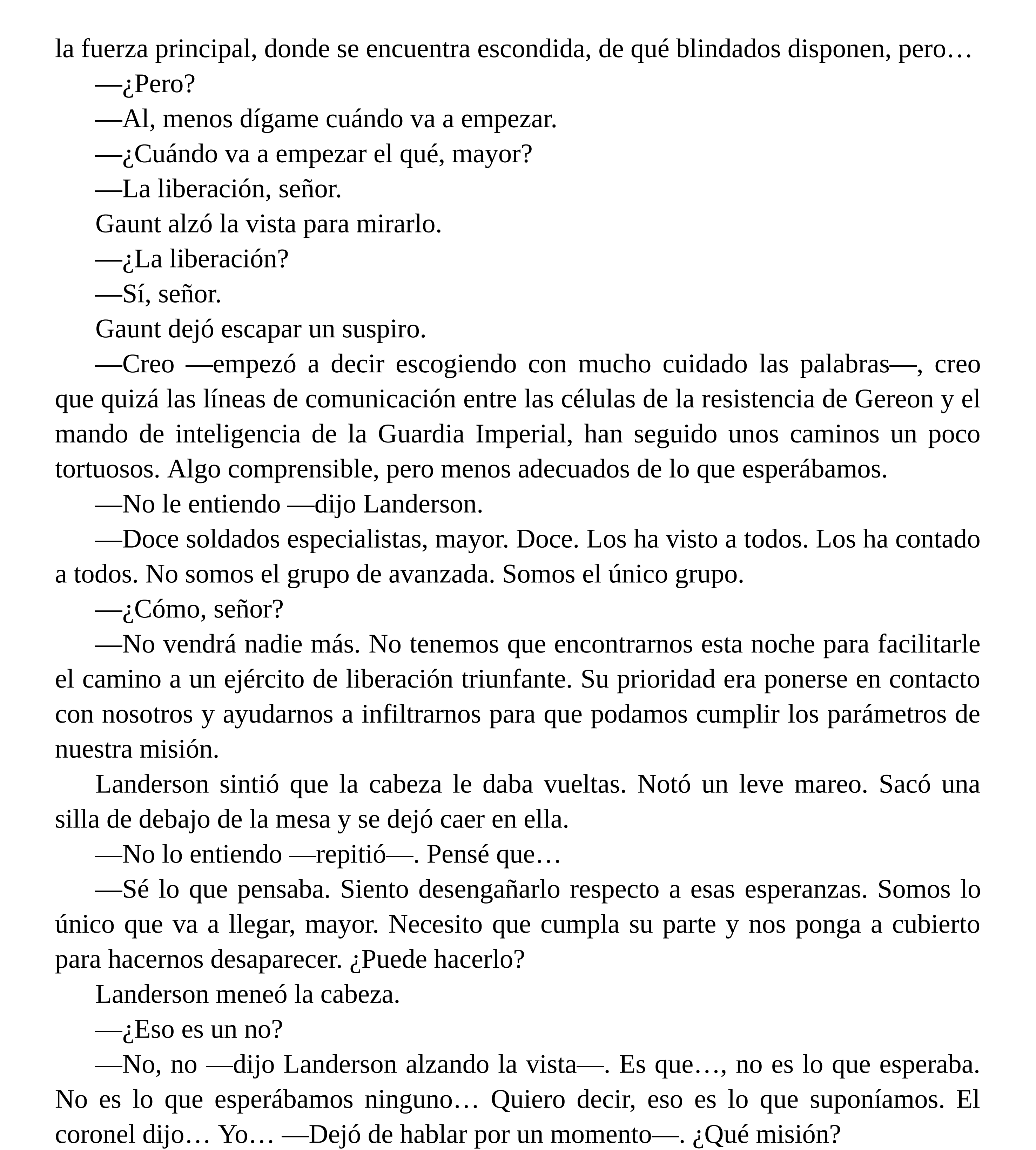
—No debería hacerlo, no hasta que confíe un poco más en usted, pero puede contar.

—He contado una docena de soldados.

Gaunt no contestó nada. La vela chisporroteó.

Landerson asintió.

—El grupo de avanzada. Ya veo. También veo que no me va a contar nada sobre



la fuerza principal, donde se encuentra escondida, de qué blindados disponen, pero…

—¿Pero?

—Al, menos dígame cuándo va a empezar.

—¿Cuándo va a empezar el qué, mayor?

—La liberación, señor.

Gaunt alzó la vista para mirarlo.

—¿La liberación?

—Sí, señor.

Gaunt dejó escapar un suspiro.

—Creo —empezó a decir escogiendo con mucho cuidado las palabras—, creo que quizá las líneas de comunicación entre las células de la resistencia de Gereon y el mando de inteligencia de la Guardia Imperial, han seguido unos caminos un poco tortuosos. Algo comprensible, pero menos adecuados de lo que esperábamos.

—No le entiendo —dijo Landerson.

—Doce soldados especialistas, mayor. Doce. Los ha visto a todos. Los ha contado a todos. No somos el grupo de avanzada. Somos el único grupo.

—¿Cómo, señor?

—No vendrá nadie más. No tenemos que encontrarnos esta noche para facilitarle el camino a un ejército de liberación triunfante. Su prioridad era ponerse en contacto con nosotros y ayudarnos a infiltrarnos para que podamos cumplir los parámetros de nuestra misión.

Landerson sintió que la cabeza le daba vueltas. Notó un leve mareo. Sacó una silla de debajo de la mesa y se dejó caer en ella.

—No lo entiendo —repitió—. Pensé que…

—Sé lo que pensaba. Siento desengañarlo respecto a esas esperanzas. Somos lo único que va a llegar, mayor. Necesito que cumpla su parte y nos ponga a cubierto para hacernos desaparecer. ¿Puede hacerlo?

Landerson meneó la cabeza.

—¿Eso es un no?

—No, no —dijo Landerson alzando la vista—. Es que…, no es lo que esperaba. No es lo que esperábamos ninguno… Quiero decir, eso es lo que suponíamos. El coronel dijo… Yo… —Dejó de hablar por un momento—. ¿Qué misión?

—Tampoco voy a decirle eso de momento, Landerson. Ni siquiera voy a darle una pista hasta que lo conozca mejor. Incluso entonces es posible que no lo haga. Tengo tanto miedo de lo que pueda ser usted como usted tiene de lo que pueda ser yo. Ahora mismo lo que necesitamos es que cumpla las órdenes que le han dado para que podamos marcharnos de aquí. Lo que sí puedo decirle es que tengo que ponerme en contacto directo con Ballerat, con alguien que lo represente o con el jefe de alguna de las células de resistencia de la región de Ineuron. También puedo decirle que, a

menos que algún mando superior de la resistencia contacte conmigo para informarme de lo contrarío, necesitaré una ruta secreta y despejada para desplegarme en la zona de la región central de Lectica. Y por último, le comunico que los parámetros de mi misión me los entregó de forma directa el comandante general Barthol Van Voytz, del Quinto Ejército de la Cruzada, que a su vez las recibió ratificadas de manos del propio señor de la guerra Macaroth en persona.

—Esto es una mierda —soltó Landerson mientras se ponía en pie.

—Siéntese.

—¡Esto no es lo que necesitamos! No es esto lo que Gereon está esperando…

—Siéntese —repitió el comisario coronel.

Landerson se giró para encararse con Gaunt. Tenía los dedos engarfiados como garras y lágrimas en los ojos.

—¿Y ahora nos vienen con esa mierda? ¿Con una puñetera misión para infiltrarse en el planeta y de la que no puede soltar una palabra? ¡Ande y que les jodan! ¡Nos han hecho sufrir! ¡Nos han matado! ¡Han muerto millones de personas! ¿Sabe lo que nos han hecho esos cabrones?

—Sí —contestó Gaunt en voz baja.

—¡Pues a mí me parece que no! ¿La invasión? ¿Las matanzas? ¿Los campos de concentración? ¿Las cosas que nos han metido en los brazos para mantenernos dominados? ¿La propaganda repugnante que emiten por los altavoces a todas las horas del día y de la noche? ¡Somos pocos, muy pocos, los que todavía somos capaces de pensar, los que arriesgamos la vida todos los días para mantener en pie la resistencia! ¡Una incursión, una bomba allá, los camaradas asesinados, capturados para ser interrogados o para algo peor! ¿Qué es lo que cree que nos mantiene? ¿Qué coño cree que es lo que nos mantiene?

—La esperanza de ser liberados.

—¡La esperanza de ser liberados! ¡Exacto, señor! ¡Jodidamente exacto, señor! ¡Todos los días! ¡Cada uno de los seiscientos cuatro días! ¡Con hoy ya son seiscientos cinco puñeteros días! ¡Días de dolor! ¡Todo un puto calendario! ¡Seiscientos cinco días de dolor, de tormentos, de muertes…!

—Landerson…

—¿Sabe lo que hago todos los días? —Le preguntó Landerson pasándose una mano temblorosa por la boca para limpiársela de saliva—. ¿Sabe lo que los cabrones de los ordinales me obligan a hacer? ¡Tengo autorización para trabajar en el Iconoclave! ¿Sabe lo que significa eso?

—No —contestó Gaunt.

—¡Significa que se me permite ir a lo que fue el ayuntamiento de la ciudad y pasar allí doce horas del día utilizando un martillo pilón para romper los símbolos del Imperio que los cabrones llevan allí! Estatuas, placas, estandartes, insignias… ¡Tengo

que machacarlo todo y dejarlo destrozado por completo! ¡Y me permiten hacerlo! ¡Tengo libertad para hacerlo! ¡Es un honor especial para aquellos que estamos autorizados! ¡Una suerte! ¡Un lujo para alguien de confianza! Porque resulta que se trata de eso o de ir a los hornos de las fundiciones de carne, y sabe, prefiero hacer añicos una estatua de San Kiodrus a que me lleven a un sitio así.

—Lo comprendo… —empezó a decir Gaunt.

—¡No, no puede!

Gaunt alzó una de las manos enguantadas de negro.

—No, no puedo. Ni siquiera puedo imaginarme lo que tiene que ser. No puedo comprender el dolor, la pena, el tormento. Y por supuesto, no comprendo las elecciones que ha tenido que hacer, pero comprendo la decepción.

—¿Ah, sí? —le soltó Landerson acompañado de una risa amarga. Gaunt asintió.

—Quería que fuésemos su salvación. Pensaba que seríamos la vanguardia de una fuerza de la cruzada llegados para liberarlos. No lo somos, y comprendo que por qué algo así duele.

—¿Qué sabrá usted?

—Sé que una vez dejé un mundo en manos del Caos.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Landerson en voz baja.

—¿Qué cree que pasó? Murió. Sin embargo, los hombres que logré salvar ya han conseguido evitar el sufrimiento de un número de ciudadanos imperiales mil veces superior a su número, más sin duda de lo que habrían conseguido si me hubiera quedado allí.

Landerson se quedó mirando la llama de la vela.

—Algunos de esos hombres están conmigo esta noche —siguió diciendo Gaunt —. Mire, mayor, estamos en el Imperio de la Humanidad. Hay guerra por todos lados. Hay que tomar decisiones, y algunas son muy duras. Si pudiera salvar a Gereon lo haría, pero no puedo, y no he venido a eso. Gereon debe continuar sufriendo. El ejército de liberación no tardará en llegar. No puedo decir cuándo con exactitud, pero ahora mismo lo que tengo es una misión. El éxito de la misión es importante para el comandante general Van Voytz, para el señor de la guerra Macaroth y para el Imperio, lo que significa que es importante para el propio Dios Emperador en persona. Lo que tengo que hacer aquí es más importante Gereon.

—Váyase al infierno.

—Eso es bastante probable, pero lo que le he dicho es cierto. Si mi grupo falla, eso significará la posible derrota de toda la Cruzada de los mundos de Sabbat. Cien sistemas habitados, Landerson. ¿Quiere que todos acaben como Gereon?

Landerson se sentó de nuevo.

—¿Qué…? —susurró al cabo de un momento—. ¿Qué quiere que haga?

—Me gustaría que… —Gaunt se calló y se llevó una mano al microreceptor de

comunicación que llevaba en el oído—. Beltayn, aquí uno. ¿Qué pasa? —Se quedó escuchando un momento y después se puso en pie—. Tendremos que acabar esta conversación más tarde, mayor —le dijo.

—¿Por qué? —le preguntó Landerson.

—Porque pasa algo raro.

Todos habían desaparecido en el exterior. Landerson sintió que el pánico empezaba a apoderarse de él, pero Gaunt cruzó el patio. Mkoll apareció la nada, como si lo hubiera conjurado alguna clase de hechizo.

—Informa.

—Hay movimiento en la carretera. El perímetro está seguro.

—¿Sabemos qué son?

—Estoy esperando que Mkvenner y Bonin me lo digan —le contestó Mkoll con un susurro.

—¿Donde están los…? —empezó a decir Gaunt, pero se calló. Landerson supo con certeza que había estado a punto de decir «los prisioneros»—. ¿Dónde están los compañeros del mayor?

—Varl se los ha llevado a ese cobertizo —le dijo Mkoll señalando el lugar.

—Llévate al mayor con ellos —le ordenó Gaunt.

—Puedo serle más útil aquí —comento Landerson.

—Mayor, no es el…

—¿Sabe a lo que se enfrenta?

Gaunt respiró profundamente.

—Muy bien, venga con nosotros. Manténgase cerca y haga exactamente lo que Mkoll y yo le digamos.

Se dirigieron a la salida del patio trasero y Landerson se dio cuenta de que dos de los hombres de Gaunt, el del rifle de francotirador y el impertinente que se había ofrecido a darle una paliza, estaban ocultos detrás de las tablas de la valla envueltos en sus capas de camuflaje. No los vio hasta que casi estuvo encima de ellos.

Landerson se agachó y se agazapó detrás de Gaunt y de Mkoll mientras cruzaban la zanja que llevaba hasta la pared de la carretera.

El comunicador soltó un pitido y Mkoll escuchó con atención antes de contestar en voz baja.

—Dos vehículos de transporte vienen en esta dirección. Ven ha contado veintitrés cabezas. También llevan perros, todos sujetos con cadenas.

—Es una patrulla mecanizada habitual —comentó Landerson con un susurro—. No estaba en el horario de patrullas que me habían dado.

—¿Saben que estamos aquí? —le preguntó Gaunt.

—Lo dudo, señor. Si supieran que hay insurgentes en este lugar habrían enviado efectivos más numerosos. Esta noche montamos un ataque de distracción en la ciudad

para alejar a las tropas de este lugar, pero siempre existe la posibilidad de que aumentaran las patrullas en consecuencia. El enemigo no es estúpido.

—Opino lo mismo por experiencia —dijo Gaunt con voz sombría.

—No querrá enfrentarse en un tiroteo con toda una patrulla, ¿verdad? —le preguntó Landerson.

—Me alegra ver que capta el significado del término «misión de infiltración». Tenemos que retirarnos y encontrar una ruta de escape. ¿Qué hay por allí?

—Tierras de cultivo. Campos de cereales. Es terreno demasiado abierto.

—¿Y por allí? ¿En esa dirección?

—También es terreno abierto unos quinientos metros pero luego ya es bosque.

—Vámonos al bosque —dijo Mkoll.

Gaunt se limitó a asentir.

—Que sea rápido —dijo Landerson—. En cuanto los sabuesos de caza capten su olor, y lo harán, estaremos jodidos.

—Pues en marcha —ordenó Gaunt.

Mkoll se giró y simplemente desapareció en la noche. Landerson siguió a Gaunt por la zanja hasta llegar de nuevo a la puerta.

—Arriba, Rawne. Nos vamos en esa dirección —le ordenó Gaunt—. Ponte en cabeza y dirígete a los bosques.

—Voy.

—¿Larks? —dijo Gaunt mientras se volvía hacia el francotirador.

—¿Sí, señor?

—Irás el último con Ven. Cúbrenos, pero recuerda las reglas de enfrentamiento. Quiero ese dedo lejos del gatillo a menos que no quede otra elección.

—Sí, señor.

—El Emperador protege, Larks —lo animó Gaunt antes de entrar en el patio trasero con Landerson. Purchason y Lefivre salían ya del cobertizo escoltados por dos soldados de Gaunt.

—Por favor, devuélvanos las armas —le pidió Landerson.

—Lo haré si me prometen no utilizarlas —contestó Gaunt.

—Todavía capto el significado de la misión, comisario coronel.

Uno de los soldados se acercó a ellos. Tenía el rostro de ancha sonrisa cubierto de porquería.

—¿Te has caído de cara? —le preguntó Gaunt.

—Es estiércol de cerdo, señor —contestó VarI—. Feth, odio a los perros. Preferiría que lo olieran a usted primero.

—Tu lealtad no conoce límites, Varl. Devuélveles las armas a estos hombres.

—Sí, señor.

Landerson se sintió más seguro en cuanto tuvo el rifle automático en las manos.

Siguió a Gaunt y a los demás hasta la valla del perímetro. La saltaron y cayeron en el terreno abierto que había al otro lado. Todos echaron a correr hacia la línea de árboles apenas visible que se encontraba a medio kilómetro de distancia.

El suelo era abrupto y desigual, y estaba lleno de raíces de plantas y de matojos de cupwort. Landerson miró hacia atrás. Vio al otro lado de la valla y de la silueta del complejo agrícola las luces parpadeantes que llegaban desde la carretera.

Tendría que haber mirado por dónde iba. Tropezó con una raíz retorcida que sobresalía del suelo y se cayó de bruces.

—¡Levántate, gak! —le siseó furibunda una voz un momento antes de que lo pusieran en pie de un tirón.

Era el otro soldado que había estado custodiando a sus compañeros, y resultaba que era una chica.

—¡Muévete o te apuñalo y te dejo aquí mismo! —le soltó la mujer. Landerson se puso a correr detrás de ella.

Llegaron a los árboles y la espesa cubierta de ramas y hojas ocultó la escasa luz que proporcionaba el cielo nocturno. Estaban tan a oscuras como en el espacio exterior. La mujer no hizo ni un solo ruido mientras avanzaba a través de la vegetación, que les llegaba hasta las rodillas. A Landerson le pareció que estaba haciendo tanto ruido como una patrulla lanzada a la carga.

—¡Abajo!

Se echaron cuerpo a tierra. Todo quedó en silencio a excepción del siseo de la brisa entre las hojas y el lejano ruido de un motor en el complejo agrícola.

Cuando los ojos se le acabaron de ajustar a la oscuridad, Landerson vio que el grupo de Gaunt estaba a su alrededor, a cubierto y con las armas preparadas.

—¿Cuánto tardarán los hombres de retaguardia en llegar? —preguntó Landerson con un susurro.

—Ya lo han hecho —le contestó Gaunt.

Landerson se dio cuenta de que el francotirador y el explorador de constitución delgada ya estaban con ellos.

«En el sagrado nombre de Terra —pensó—, ¿cómo lo han conseguido?». Oyeron el escándalo organizado por los perros en el aire nocturno: gañidos, ladridos frenéticos, gemidos y aullidos.

Landerson conocía ese sonido.

—Han captado nuestro olor —susurró con el corazón encogido.

—¡Feth! —exclamó Gaunt.

—Lirio de Tracia, supongo —dijo la doctora.

Landerson negó con la cabeza.

—No. Sangre. La sangre es lo que más les llama la atención. —Alzó una mano. Al caer se le había soltado la venda y la herida de la mano había comenzado a sangrar

de nuevo.

—Lo siento, señor —dijo mientras se ponía en pie—. Váyanse. Los alejaré de ustedes.

—No —contestó Gaunt.

—Me han olido a mí. Yo…

—No —repitió Gaunt—. Si nos han captado, nos perseguirán todo el tiempo que haga falta, sin importar lo heroico y estúpido que decida ser. Acabaremos esto con rapidez y aquí, y nos marcharemos antes de que alguien venga en busca de una patrulla desaparecida.

—Está loco —se limitó a decir Landerson.

—Sí, pero también estoy al mando —fue la contestación de Gaunt. Miró a su alrededor, a su grupo—. Plata pura. Que vengan los perros y acabaremos antes con ellos. Luego preparad los rifles y eliminemos al resto. ¿Entendido?

La respuesta le llegó en forma de un coro de respuestas afirmativas susurradas.

—Por Tanith. Por el Emperador.

El ruido de los perros sonó más cercano. En el complejo agrícola resonó un motor al acelerarse y toda una sección de la valla cayó al suelo, derribada por la parte frontal de un vehículo semioruga de gran tamaño. Los focos recorrieron el terreno abierto. Los sabuesos, ya sueltos, salieron corriendo y rodearon el vehículo.

Eran animales grandes. Parecían una mezcla salvaje de mastín, probablemente nacidos y criados en las bodegas de la flota del archienemigo. Eran una docena, y tan musculosos que pesaban más que un humano adulto normal. Oyeron el fuerte golpeteo de sus patas contra el suelo y los feroces gruñidos que lanzaban.

Gaunt desenvainó una larga daga plateada manchada de hollín para apagar el brillo.

—Dejad que lleguen hasta aquí —susurró—. Que entren en el bosque…

El primer animal lanzado a la carga entró en la línea de árboles con fuerza y lanzando baba por todos lados. Landerson lo oyó ladrar, y oyó un…

Un gañido de dolor. Un golpe de carne contra carne. Una serie de gemidos interrumpida de repente.

Llegó el siguiente, y otro más. Dos perros enfurecidos que desaparecieron entre gemidos patéticos.

Luego llegaron los demás. Los otros ocho. Uno pasó entre los troncos de los árboles en línea recta hacia Landerson. Vio sus ojos apagados, sus enormes fauces abiertas, los labios babeantes que se estremecían con cada zancada. Dejó escapar un jadeo y alzó el arma.

A dos metros de Landerson, cuando ya había dado el último salto que lo llevaría hasta él, se contorsionó de lado en el aire. Mkoll lo había atravesado con la bayoneta utilizando el rifle como una lanza. Lo lanzó al suelo, donde d animal aulló y se

retorció de nuevo. Le puso un pie en la panza al descubierto para sacar la bayoneta y se la clavó hasta el fondo otras dos veces.

Landerson oyó a su alrededor una serie de golpes rápidos que sonaron como chasquidos húmedos, como si estuvieran abriendo fruta madura a golpe de machete. También oyó un grito humano de dolor.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Ya están todos? —preguntó Gaunt mientras limpiaba el cuchillo de sangre de perro.

—Listo. Todos muertos —contestó Mkvenner desde las cercanías.

—¿Todos bien?

—¡Uno de esos perros de feth me ha mordido! —se quejó Varl con un susurro.

—Debía de apetecerle cerdo para cenar —contestó la soldado que había puesto en pie a Landerson.

—Pues entonces imagínate mi sorpresa cuando no te atacó a ti, Criid —replicó Varl.

—Muy bien. Hablad un poco más para que el enemigo sepa dónde feth estamos —soltó el hombre al que Gaunt había llamado Rawne.

—Ahí vienen —dijo Mkoll con la voz suficiente para que se le oyera.

—Fuera seguros —ordenó Gaunt—. Mkoll, llévate a los exploradores hacia la derecha y haz una pinza. ¿Brostin, Larkin? A por los transportes. ¿Ana? Mantente agachada, por favor.

—Pero…

—¡Mantente agachada, feth! Los demás, atentos a mi señal. Ni un momento antes. Eso también va por usted, mayor. Por usted y por sus hombres.

—Sí, señor. Lefivre, Purchason. No me avergoncéis, ¿entendido?

Landerson se giró de nuevo para mirar la valla. Los dos semiorugas la habían cruzado por el hueco abierto y avanzaban por el terreno a marcha lenta con las luces de los focos registrando la zona. Vio una docena de excubitores a pie marchando a los costados de los vehículos con las carabinas láser de cerrojo preparadas.

—Están buscando a los chuchos de feth —murmuró Van.

—¡Silencio! —dijo Rawne con voz cortante.

La patrulla se acercó más todavía.

—Aún no…, —murmuró Gaunt—. Aún no… Que los soldados de a pie entren en el bosque.

Ya estaban muy cerca. Los focos danzaban entre los árboles iluminando los matojos y los arbustos. Landerson notó el olor a ungüentos especiados y dulces de los excubitores. No había forma humana de acabar con todos ellos. Era una proporción de dos contra uno; eso sin tener en cuenta los vehículos.

Se llevó la culata del rifle automático al hombro.

Vio que el primer excubitor entraba en el borde del bosque. Era una silueta negra y desgarbada que llevaba la carabina láser de cerrojo lista para disparar. Oyó los chasquidos del respirador del cabrón.

El excubitor se agachó de repente: había descubierto a uno de los sabuesos de caza desventrados.

—¡Voi shet tgharr! —gritó el excubitor mientras se incorporaba.

—¡Ahora! —gritó Gaunt. La pistola bólter que empuñaba soltó un estampido y el excubitor salió despedido hacia atrás.

El borde del bosque quedó envuelto en una tormenta de fuego. Los disparos láser atravesaron los espacios entre los árboles y destrozaron el follaje más bajo. De repente hubo tanta luz que pareció que había salido el sol.

El ruido era tremendo. Landerson vio que al menos cuatro excubitores habían caído con la primera salva de disparos. Empezó a disparar a su vez, pero el aire se había llenado de humo y de vapor de agua del follaje destrozado.

La patrulla comenzó a responder al fuego enemigo disparando y recargando las carabinas láser. Los semiorugas avanzaron rugientes. La bocacha de un bólter pesado montado en la parte superior de uno de ellos comenzó a destellar cuando se unió al tiroteo. Los árboles más pequeños del bosque cayeron decapitados y los troncos de los más grandes quedaron marcados por agujeros tremendos.

—¡Larks! ¡Las luces! —gritó Gaunt.

El francotirador, que estaba cerca de Landerson, se alzó un poco y cambió los objetivos del rifle láser largo. Disparó y recargó con precisión asombrosa. Los focos montados en los vehículos explotaron uno tras otro como latas sobre una pared en una práctica de tiro, esparciendo chispas y trozos de cristal por doquier. Otro disparo del francotirador le destrozó la cabeza a uno de los excubitores que se encargaban de manejar las luces.

Landerson vio a Gaunt avanzar a grandes zancadas mientras gritaba órdenes a sus hombres, aunque el rugido del intenso combate casi ahogaba sus palabras. Tenía una pistola bólter compacta en cada mano y disparaba con las dos mientras avanzaba. Lo que a Landerson le había parecido una pistolera simple resultaba ser una bandolera doble sobre el pecho.

Los disparos pasaban aullando entre los árboles. Las ramas explotaban. Landerson olió la pulpa de madera, la savia, la fycelina y la sangre. Se arrastró hasta el árbol que tenía más cerca para tener un mejor ángulo de tiro.

—¡Brostin! —aulló Gaunt—. ¡Acaba con el primer semioruga!

El tipo grandullón y de aspecto duro avanzó con tranquilidad acunando el enorme cañón automático en los brazos como si fuera un bebé. Dejó caer el largo brazo telescópico de apoyo para tener estabilidad y abrió fuego. Los proyectiles pasaban por un cinto de munición que estaba conectado a dos cargadores pesados que llevaba

en las caderas.

El blindaje del semioruga se dobló y se retorció. Aquel tipo, Brostin, parecía apuntar al chasis principal del vehículo más que al compartimento de transporte de tropas. ¿Para qué demonios apuntaba precisamente contra la sección de mayor blindaje, el compartimento del motor, si…?

El semioruga estalló como un trapo empapado en combustible. Las llamaradas saltaron desde debajo y lo envolvieron como un sudario de fuego. Las continuas ráfagas de proyectiles perforantes habían agujereado el depósito de combustible. Landerson vio a dos excubitores salir envueltos en llamas de la cabina de mando.

—Por el sagrado trono de Terra…

—A nuestro Brostin le encanta el fuego —comentó el hombre que tenía al lado. Era el francotirador. Larks, Larkin, o algo así. Tenía un rostro tan curtido y arrugado como una silla de montar vieja—. Además, está cabreado porque no le han permitido traerse su querido lanzallamas de feth. ¡Vaya, un momento! —exclamó.

Larkin alzó el rifle láser largo y disparó un tiro que le reventó la cabeza a otro de los excubitores.

De repente, el fuego de flanqueo apareció por el lado derecho. Eran rifles láser en modo de tiro rápido, pero con puntería devastadora. Algunos de los excubitores intentaron darse la vuelta para huir, pero cayeron abatidos. Landerson vio que el pecho de uno de ellos estallaba lanzando una lluvia de escamas de armadura por el aire. Una de las carabinas láser de cerrojo recibió un disparo y explotó en una bola de energía incandescente. A otro excubitor le reventaron la cabeza de un tiro y trastabilló a ciegas como una marioneta que se moviera de forma espasmódica hasta que otro disparo lo derribó. Mkoll, Mkvenner y Bonin surgieron de la oscuridad de un flanco disparando desde el hombro sin dejar de avanzar.

El último excubitor cayó muerto al suelo. El segundo semioruga intentó dar marcha atrás y girar, pero una carga de demolición de tubo arrojada por Rawne, un lanzamiento largo y preciso, le cayó encima y lo hizo explotar en pedazos.

Landerson bajó el arma. Estaba jadeando y la cabeza le daba vueltas. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Treinta, cuarenta segundos? Menos de un minuto. Toda una patrulla aniquilada en menos de un minuto. ¿Cómo…, cómo era posible?

—¡Alto el fuego! —gritó Gaunt.

El resplandor de los vehículos en llamas iluminaba con fuerza la zona.

—¿Los apagamos? —le preguntó Varl a Gaunt.

—No. Nos vamos ahora mismo.

—¡Al bosque! —gritó Rawne—. ¡En fila de dos, a paso ligero! ¡Eso también va por ti, Van! ¡Que le den por el saco al mordisco que te han dado! ¡Vamos! ¡Que nuestros nuevos amigos se mantengan con nosotros!

—Pégate a mí —le dijo el francotirador a Landerson, y le sonrió de forma

tranquilizadora—. Pégate bien. El archienemigo todavía no ha encontrado la forma de matar a Hlaine Larkin.

—Vale —le contestó Landerson, apresurándose para seguirlo. Para ser un individuo algo mayor, el francotirador podía correr bastante.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Larkin por encima del hombro.

—Lan… Landerson.

—Pégate bien, Landerson. El bosque nos espera.

—¿El bosque?

Oyó que Larkin se echaba a reír.

—Landerson, somos de Tanith. Nos gustan los bosques.



TRES

Se habían negado desde el principio a dirigirse a él por su nombre o por su rango. Para ellos era un «pheguth». Su protector vital le había dicho que significaba algo parecido a «aquél que comete la traición más sucia», sólo que en términos menos agradables todavía. Era una palabra insultante, una palabra tabú. Le permitía saber lo que pensaban de él: que era una alimaña, alguien repugnante, lo mis bajo de lo más bajo, lo que suponía toda una muestra de educación viniendo de ellos.

Y a él no le importaba. Sabía lo que valía a los ojos de cualquiera de ellos. Que lo llamaran paria era lo peor que podían hacer.

—Despierta, pheguth —le ordenó su protector vital.

—Ya estoy despierto —le contestó.

—¿Cómo está tu salud esta mañana?

—Sigo siendo un pheguth, si te refieres a eso.

El protector vital comenzó a abrir las persianas de la estancia para dejar que entrara la luz del día. Aquello le hizo entrecerrar los ojos.

—¿Podrías dejarlo de momento? —le pidió—. Me duele la cabeza y la luz me hace daño en los ojos.

El protector vital cerró las persianas de nuevo y encendió las lámparas.

—¿Se debe a la transcodificación? —le preguntó el protector vital.

—Me imagino que sí. ¿Tú qué crees?

Su protector vital se llamaba Desolane. Todavía no había logrado determinar si era macho o hembra. Medía unos dos metros de estatura y era delgado y de extremidades largas. Su cuerpo esbelto y sin muestra alguna de sexo estaba envuelto por un traje ceñido de combate de un metal negro azulado que tenía un brillo iridiscente, como las escamas filamentosas del ala de un pájaro. Alrededor de los hombros llevaba una capa negra casi diáfana que más parecía flotar que colgar. Tenía un aspecto ligero y era semitransparente, como si fuera una gasa o una vaharada de humo. Se movía al compás del cuerpo de Desolane, aunque no parecía unida por nada físico al protector vital. La capa de humo casi ocultaba el par de cuchillos de combate curvados que llevaba en la base de la estrecha espalda.

Desolane había sido el compañero del pheguth desde hacía seis meses, desde que lo trasladaran para ponerlo al cargo del Anarca y lo llevaran hasta Gereon. El pheguth había empezado a pensar en el protector vital como si fuera alguien humano, forzando mucho el término en sí, pero aquella mañana le fue muy difícil no hacer caso de los detalles más alienígenas de su cuerpo, sobre todo el modo en que las largas piernas estaban unidas al revés debajo de las rodillas y acababan en unas pezuñas hendidas.

Eso sin contar la cara de Desolane. En realidad, jamás había visto el rostro de Desolane, por supuesto, jamás se quitaba la máscara de bronce pulido. De hecho, le parecía que se la habían unido de forma permanente a la cabeza. Estaba ceñida de un modo muy ajustado al cráneo del protector vital. No tenía ningún adorno o característica especial aparte de los cuatro agujeros: dos para las aberturas de los ojos y otros dos en la frente para que pudieran salir los pequeños cuernos blancos.

Los ojos en sí, siempre visibles a través de sus aberturas, parecían muy humanos, brillantes y de un color azul acuoso, parecidos a los de un oficial de estado mayor de la Guardia Imperial que el pheguth había tenido bajo su mando. Eran muy humanos, pero estaban situados demasiado abajo en la cara de Desolane.

—No tengo nada de hambre —dijo. Se preguntó por un momento cómo se alimentaría Desolane: no había abertura para la boca en la máscara.

—¿La transcodificación?

El pheguth se encogió de hombros.

—Ya nos advirtieron de que el proceso de transcodificación afectaría a la constitución de tu cuerpo —le dijo Desolane. Su voz era aguda pero suave, casi femenina, y el pheguth había decidido que ése era el motivo por el que no podía adivinar con precisión el sexo del protector vital—. Nos avisaron de que podría ponerte… enfermo. ¿Traigo al maestro de físicos para que te atienda? Quizá podrían preparar un remedio paliativo.

El prisionero negó con la cabeza.

—También nos avisaron que no debía tomar nada que interfiriera con el proceso

de transcodificación. Supongo que si existiese un paliativo de esa clase ya me lo habrían dado.

Desolane asintió.

—Al menos, algo de beber.

—Sí, una taza de….

—Té negro flojo, con canela.

Sonrió.

—Me conoces muy bien.

—Es parte de mi trabajo, pheguth.

—Atiendes cada una de mis necesidades con una dedicación perfecta. He tenido ayudantes personales que se han ocupado menos de mí. Me pregunto por qué.

—¿Por qué? —le preguntó Desolane a su vez.

—Soy un oficial de estado mayor de los ejércitos de vuestro mayor enemigo y tú eres… Disculpa, Desolane, no estoy muy seguro de lo que eres exactamente, Desolane.

—Tú eres un pheguth. Eres un atturaghan…

—Eso es algo cuyo significado desconozco y que quiero seguir sin saber. ¿De acuerdo?

—Eres sangre enemiga, eres un despojo de carne, eres parte del Enemigo Eterno y eres el más rechazable entre todos los rechazables. Yo soy un guerrero sept del Anarca, adamado y recompensado, autorizado y amado por los Grandes Poderes. Los vientos del Caos me han insuflado una magia espléndida mediante la cual he llegado al rango de protector vital, por lo que estoy entre las filas de los lugartenientes del propio Anarca. En casi cualquier otra circunstancia, mi deber y mi placer serían desenvainar mis cuchillos ketra y destriparte.

—¿En casi cualquier otra circunstancia?

—Excepto en esta. Esta circunstancia tan extraña en la que nos encontramos.

—¿Y en esta, qué es lo que ocurre?

—Que debo atender cada una de tus necesidades con una dedicación perfecta.

El pheguth sonrió.

—Eso sigue sin darme una explicación.

—Porque es lo que me han ordenado hacer. Porque si sufres algún daño, o si simplemente sufres en algún momento, el Anarca en persona me fustigará, me desangrará en una ceremonia y se comerá mi hígado.

El pheguth carraspeó.

—Es una buena respuesta.

—Te gusta mofarte de mí. ¿No es así, pheguth? —comentó Desolane.

—Es el único placer que tengo últimamente.

—Si es así, lo permitiré. —El protector vital se dirigió hacia la puerta—. Te traeré

el té.

—¿Podrías soltarme antes?

Desolane se detuvo a la salida de la estancia y dio media vuelta.

—Por supuesto —dijo a la vez que sacaba las llaves debajo de la capa de Je humo antes de abrir las argollas que mantenían al individuo desnudo encadenado a la estructura de la cama.

Una hora más tarde, Desolane lo acompañó desde la puerta de la estancia a lo largo de la escalera de la torre azotada por corrientes de aire. El pheguth se había vestido con los pantalones y la camisa, ropas sencillas de color beige, además de las zapatillas que sus carceleros le entregaban cada mañana.

El pheguth se había dirigido de forma automática hacia la cámara donde se efectuaban las sesiones de transcodificación cuando llegó al largo pasillo donde colgaban los siniestros trofeos del Caos en el aire de olor putrefacto. Sin embargo, Desolane lo detuvo.

—Por ahí no —le dijo—. Hoy no.

—¿Hoy no habrá sesión de transcodificación?

—No, pheguth.

—¿Porque me hacen enfermar?

—No, pheguth, porque hoy tenemos que hacer otra cosa por orden del Plenipotenciario.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Dos servidores con cornamenta y armados aparecieron en ese momento, con las carabinas láser de cerrojo colgadas al hombro. Uno llevaba en la mano una capa de selpic azul de aspecto desgastado y sucio.

—Puedes añadir esto a tus ropas —le dijo Desolane tomando la capa de manos del servidor para entregársela al pheguth.

Se la puso y sintió que el corazón le palpitaba con fuerza.

Desolane lo condujo a la luz diurna del patio exterior. La mole del bastión Lectica se alzaba como un risco a sus espaldas. Se oyó una orden y el escuadrón de excubitores que estaba formado se echó las armas al hombro y proclamó su lealtad al Anarca. Uno de los servidores se apresuró a adelantarse y abrió la compuerta lateral de un vehículo de transporte.

—¿Adónde vamos? —preguntó el pheguth.

—Entra —le contestó Desolane.

El vehículo circuló durante una hora. Atravesó pasos estrechos y escarpados alejándose del bastión hasta llegar a una autopista en la que habían reparado los daños producidos por los bombardeos. Las naves de vigilancia, de alas anchas y repletas de armas, los seguían por el cielo.

—Hay una función —le dijo Desolane mientras se recostaba en uno de los

asientos de recargada decoración del vehículo.

—¿Una función?

—Han pedido tu presencia en ella.

—¿Me va a gustar?

—Eso no importa —le contestó el protector vital.

Pasaron por algunos pueblos incendiados y a través de algunos centros de habitáculos para trabajadores contra los que los enemigos del Imperio habían utilizado las armas fundidoras. La columna se detuvo por fin al Regar al comienzo de la carretera de una enorme presa que se curvaba entre dos laderas de una barrera de montañas. La luz del día era fría y clara, y el vapor de agua colgaba en el aire como una niebla.

En la parte superior de la presa estaban desplegados unos trescientos soldados del grupo de combate con las armas al hombro. Varios estandartes flotaban al viento. El pheguth vio al grupo de dignatarios que lo esperaba al bajarse del transporte. Se arrebujó en la capa en busca de algo de calor. Eran embajadores, administradores, comandantes de división, oficiales guerreros, cronistas, todos con sus respectivos protectores vitales.

Estaba el plenipotenciario Isidor Sek Encarnado en persona.

—¡Por el Trono! —soltó el pheguth al verlo.

Los soldados y los excubitores que estaban cerca y lo oyeron se removieron inquietos y soltaron algunas maldiciones. Algunos escupieron para evitar la mala suerte.

—Procura no decir eso —le advirtió Desolane.

—Lo siento. Son viejas costumbres.

—Por aquí.

Desolane lo llevó hasta el grupo que los esperaba. Se produjo una ceremonia formal entre Desolane y los demás protectores vitales, que incluía el grito de varios desafíos, viejos juramentos e insultos rituales, además de empuñar y blandir las armas.

Isidor esperó hasta que la ceremonia terminó por completo para saludar al pheguth.

Ya había visto a Isidor dos veces antes, a su llegada a Gereon y la noche anterior al comienzo de las sesiones de transcodificación. Isidor Sek Encarnado era un individuo bajito y regordete que llevaba puesta una larga túnica negra con capucha. Su rostro pálido y sin vello alguno mostraba de forma permanente una expresión de desdén. Era el instrumento de gobierno del Anarca en Gereon.

No había nada atemorizante o intimidatorio en él, y eso era lo que aterrorizaba al pheguth. Aquel hombrecillo estaba rodeado de monstruos (era un enorme minotauro el que le sostenía el parasol de un modo deferente) y los marines del Caos lo servían

con lealtad, pero no había ninguna muestra visible del poder que tenía. No era más que un individuo de corta estatura debajo de un parasol.

—Bienvenido, pheguth —lo saludó el plenipotenciario. Su voz sonaba igual que un cuchillo afilado al cortar un trozo de satén.

—Magir magus —respondió el pheguth, tal como le habían enseñado, a la vez que se inclinaba en una reverencia.

—Me gustaría que conocieras a dos personas —le dijo el plenipotenciario—. Pasarás mucho tiempo con ellas en los próximos meses.

—¿Puedo preguntar qué pasará con las sesiones de transcodificación, magir magus? —le preguntó.

—Continuarán. Transcodificarte es nuestro objetivo principal, pero surgirán otros asuntos también muy importantes. Si no fuera así, no tendría sentido mantenerte vivo. Vas a conocer a esas personas.

—Por supuesto, magir magus.

Isidor hizo una señal y algo enorme y levemente femenino se acercó a ellos. Era una mujer inmensa e hinchada, muy parecida a las efigies de la Madre Tierra que habían tallado los primeros humanos. Era tan obesa que le habían desaparecido todos los rasgos de la cara, ocultos bajo los dobleces de la piel, a excepción de una boca de labios gruesos. Se cubría con un gorro frigio de alas anchas y tenía el enorme cuerpo envuelto por capas y upas de seda verde y plata que ondeaban bajo la brisa. Cuatro servidores enanos pero robustos, medio ocultos por la túnica, la ayudaban a soportar el tremendo peso. Dos protectoras vitales encapuchadas, ya que era evidente que se trataba de mujeres, ambas esqueléticas, caminaban a su lado. Lucían unas relucientes cuchillas implantadas en la punta de los dedos.

—Se llama Idresha Cluwge, etnóloga jefe del Anarca —dijo el plenipotenciario presentándola—. Te entrevistará a lo largo de las próximas semanas.

—Yo… —comenzó a decir el pheguth.

La babosa humana lo interrumpió. De su boca surgió un chorro de consonantes bárbaras con un sonido parecido al de un eructo prolongado. Las dos protectoras vitales comenzaron a traducir lo que decía de forma inmediata y al unísono.

—Isidor, ¿éste es el pheguth? Qué interesante. Es un hombrecillo pequeño. No parece en absoluto un comandante de hombres.

—Me gustaría poder decir que ella no parece una etnóloga —contestó el pheguth—, sólo que no tengo ni idea de qué es eso.

Las dos protectoras vitales lanzaron un siseo a la vez y alzaron las manos llenas de cuchillas hacia él.

—Vaya. ¿He cometido un error de protocolo? —preguntó el pheguth con voz burlona.

—Muestra respeto o te mataré —le advirtió Desolane.

—Se zampará tu hígado…

—Me arriesgaré. La etnóloga jefe es una persona de gran importancia. Le mostrarás respeto en todo momento.

—Sólo bromeaba, Desolane. ¿Puedes decirme al menos que es una etnóloga?

—Mi deber es aprender todos los detalles de la vida y de la cultura del enemigo —dijeron las protectoras vitales en cuanto la criatura femenina terminó de eructar más sonidos.

—Seguro que sí —comentó el pheguth.

—Todo será evidente —añadió el plenipotenciario. Hizo un nuevo gesto y otro individuo se acercó hasta ellos—. Esta es la otra persona que quería que conocieras.

El hombre era un guerrero. El pheguth se dio cuenta de forma inmediata. Llevaba puesto un sencillo abrigo de cuero marrón, un uniforme de combate desprovisto de toda insignia y unas botas con suelas y remaches metálicos. Era calvo y tenía la cabeza cubierta de cicatrices profundas y antiguas. Todas eran cicatrices rituales. El guerrero se quitó uno de los guantes y le ofreció al pheguth una mano curiosamente blanda y sonrosada.

—Creo que es así como saluda un guerrero a otro en su parte de la galaxia —le dijo en un gótico bajo algo entrecortado.

—También saludamos de forma militar —le contestó el pheguth mientras le estrechaba la mano.

—Perdóneme, señor, pero puedo estrecharle la mano, no saludarlo. Eso daría como resultado que alguien se diese de modo innecesario un festín de hígado.

El pheguth sonrió.

—No me dijeron su nombre, señor.

—Me llamo Mabbon Etogaur. «Etogaur» es un título honorífico.

—Lo sé —le contestó el pheguth—. Se trata de un rango. La Guardia Imperial tiene un servicio de inteligencia muy bueno. Es el indicativo de un rango de coronel o de su equivalente.

—Sí, señor, así es. En concreto, de general.

—Es un rango del Pacto Sangriento.

Mabbon asintió.

—Así es.

—Sin embargo, lleva usted la cara descubierta y sus manos carecen de cicatrices rituales.

Mabbon se puso de nuevo el guante.

—Se fija mucho en todo.

—Yo también era general.

—Lo sé.

—¿Vamos a conversar a menudo?

Mabbon se limitó a asentir.

—Estoy deseándolo, señor. Quizá en algún momento podamos charlar sobre el significado de la palabra «pheguth».

Mabbon apartó la mirada.

—Si llega a ser necesario, podría ser.

El pheguth se volvió de nuevo hacia el plenipotenciario.

—¿Hemos acabado? —le preguntó.

—Ni por asomo, pheguth —le contestó el magir magus—. Nueve de los mundos sometidos al Marca carecen de fuentes de agua. Están sedientos, resecos. Hoy, aquí, llevaremos a cabo una ceremonia que les garantizará el acceso a los recursos hidrológicos de Gereon. El proceso ya se ha realizado en otros cuatro lugares del planeta. Quería que estuvieras presente en este.

—¿Para realizar otra prueba sobre mi compromiso?

—Por supuesto que es otra prueba. Custodios, traed el cilindro.

El plenipotenciario condujo al pheguth, con Desolane y el minotauro pegados a sus espaldas, hasta el borde de la presa que daba al enorme lago de agua embalsada que había al otro lado.

—Ocho millones de metros cúbicos de agua que se renuevan cada tres días. ¿Sabes lo que es un jehgenesh?

—No, magir magus. No lo sé.

Isidor sonrió.

—El término significa literalmente «bebedor de mares». Es bastante acertado. No dice nada de la parte que incluye la disformidad, pero aparte de eso…

Dos sirvientes con cabeza de carnero se acercaron con las pezuñas resonando contra el suelo y le entregaron un recipiente de cristal con unos tres litros de fluido verde en el interior. El pheguth vio que algo se retorcía en las profundidades de la suspensión.

Isidor Sek Encarnado tomó en sus manos el cilindro y se lo pasó al pheguth.

—Que no te engañe su tamaño actual. Se encuentra en su estado durmiente, sin desplegar. Crecerá en cuanto se halle en el agua. Básicamente es un buche gigantesco. En uno de los extremos está la fuente de agua, que no para de llenarlo. El jehgenesh es una bestia de la disformidad. El agua que entra en su boca atravesará la sagrada disformidad para llegar a otro mundo. Las áridas llanuras de Anchisus Hueso, por ejemplo.

El pheguth se quedó mirando el cilindro durante un momento.

—¿Así es como saqueáis?

—Es uno de nuestros muchos métodos.

—¿Pero es éste el motivo por el que hemos encontrado secos tantos mundos?

El plenipotenciario asintió.

—Los bebedores tragan agua, pero también aceite de combustión, promethium y ciertas reservas de gases. ¿Qué sentido tiene conquistar mundos si no los vas a utilizar? Me refiero literalmente a utilizarlos.

El pheguth se encogió de hombros.

—Tiene todo el sentido. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Desenrosca la tapa y suéltalo.

—¿Y demostraré que soy leal?

—Será otro paso en el proceso.

El pheguth giró con lentitud la tapa de metal del cilindro. Sintió cómo el ser de la disformidad se agitaba inquieto en el interior. La tapa se separó.

Le llegó un olor a…, a huesos secos, parecido al aire del desierto.

—De prisa —le advirtió el plenipotenciario—. O te beberá a ti.

El pheguth le dio la vuelta al cilindro y el líquido verde cayó al agua del embalse acompañado de algo viscoso y enrollado sobre sí mismo.

—Dentro de dos días empezará a crecer —le dijo Desolane.

—Me gustaría regresar al bastión —le indicó el pheguth después de darle la espalda al embalse.



CUATRO

Gaunt abrió los ojos. Todavía era muy temprano y tan sólo un leve atisbo de claridad atravesaba el dosel de hojas y ramas del bosque. El amanecer era frío y húmedo y las nieblas matutinas ascendían desde el suelo como humo de artillería.

Habían encontrado el claro ya avanzada la noche anterior y se habían acostado para descansar unas pocas horas. Gaunt dormía medio despierto; era más una meditación profunda que un verdadero sueño, preparado para despertarse y ponerse alerta a la menor señal de peligro. Lo hacía durante las rotaciones de combate intensas. A veces no dormía de verdad en días o semanas y sobrevivía gracias a esos ratos de descanso. Colm Corbec lo llamaba «dormir con un ojo abierto».

En momentos como aquellos, en aquellos descansos tranquilos pero tensos, era donde Gaunt echaba más de menos a Corbec.

Se dio cuenta de que lo había despertado una sombra que tenía al lado. Gaunt alzó la mirada. Era Mkvenner. El explorador estaba de pie pero tan quieto que parecía formar parte del árbol que tenía a su espalda.

—¿Ven? —susurró Gaunt.

—Todo está en orden, señor —le contestó Mkvenner—, pero va siendo hora de que nos levantemos. Tenemos que ponernos en marcha.

Gaunt se puso en pie. Le dolían las articulaciones y las sentía algo dormidas. No podían permitirse el lujo de encender un fuego de campamento. Beltayn, Varl y

Larkin estaban cerca de él, acurrucados y bebiendo sopa por los tubitos de los paquetes de raciones autocalentables. Brostin todavía estaba dormido justo a su lado, metido debajo de la capa de camuflaje y con el cañón automático entre los brazos.

—Despiértalo —le dijo Gaunt a Beltayn, y el joven ayudante asintió.

Tona Criid permanecía recostada contra una raíz grande un poco más allá. Estaba limpiando el rifle mientras vigilaba a los tres nativos del planeta, quienes a su vez estaban durmiendo profundamente, acurrucados como niños entre los matorrales. Gaunt sacó tres paquetes de raciones de su mochila y se los pasó a Criid.

—Despiértalos en unos minutos —le dijo—. Dales esto y asegúrate de que comen en condiciones.

—Muy bien —se limitó a contestar, sin decir nada sobre el hecho de que Gaunt les había entregado parte de sus propias vituallas.

—¿Has dormido? —le preguntó.

Criid montó las diferentes partes del rifle láser después de limpiarlas con un paño suave. Ni siquiera tuvo que mirarse las manos para hacerlo.

—No mucho —admitió.

—¿Ha pasado algo esta noche?

Ella negó con la cabeza.

—Eso es bueno —dijo Gaunt. Se quedó callado un momento—. Está bien. Todos ellos lo están. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Porque confías en mi palabra sobre eso.

—Porque confío en su palabra, señor.

El amor de Tona Criid era un soldado Tanith llamado Caffran. Ambos eran excelentes soldados, entre los mejores combatientes del regimiento de Gaunt. La competencia para apuntarse a aquella misión había sido feroz, algo estupendo en sí. Gaunt se había visto obligado a rechazar a muchos Fantasmas a los que le hubiera encantado llevar. Tanto Criid como Caffran habían logrado llegar con facilidad a la criba final. Había sido una elección difícil, pero Gaunt acabó por aceptar que tenía que llevarse a uno o a otro, así que cambió a Caffran por Feygor, el asistente de Rawne.

Criid y Caffran tenían dos niños entre el grupo de personas que seguía al regimiento, dos chavales que habían rescatado de los escombros de la colmena Vervun. Ni podía ni estaba dispuesto a arriesgar tanto al padre como a la madre adoptivos en una misión que el Departamento Tacticae calificaba de forma oficial como EP: «extremadamente peligrosa/suicida».

Gaunt subió por la pequeña cuesta. No veía ni a Mkoll ni a Bonin, pero sabía que estaban en los alrededores, invisibles, cubriendo el perímetro.

Rawne y Feygor estaban sentados con Ana Curth, la doctora del equipo, bajo la

sombra de un peñasco cubierto de musgo. Estaba poniéndoles a ambos unas inyecciones con agujas dérmicas del botiquín de combate. En teoría, Curth era una no combatiente, pero tenía agallas y estaba en forma, y era esencial que dispusieran de un doctor en el equipo. Gaunt sabía que tendrían que cuidar de ella y le había pedido a Mkoll que estuviera pendiente de su seguridad.

Curth había pasado de forma voluntaria por un entrenamiento de combate intensivo para participar en la misión, y Gaunt se había quedado impresionado por la feroz disciplina que había mostrado. De todas maneras, ella era la única opción viable para el puesto de doctor, ya que Dorden, el jefe médico del regimiento, tenía mucha más experiencia, pero también era demasiado viejo. Además, las graves heridas que había sufrido en Herodor, casi un año antes, lo habían dejado demasiado débil para participar en aquella clase de misión.

—¿Todo va bien por aquí? —les preguntó Gaunt mientras se aproximaba a ellos.

—Estupendamente —contestó Murtan Feygor.

El asistente de Rawne era un individuo descarado y huesudo, con una voz que sonaba monótona y sarcástica procedente de un implante que le habían tenido que colocar después de sufrir una terrible herida en la garganta durante los combates en Verghast. Era bastante mezquino, feroz y desengañado, pero un soldado letal en cualquier combate. Gaunt lo había incluido porque supuso que su propia relación con Rawne funcionaría mejor si éste tenía un compañero con el que quejarse.

El mayor Elim Rawne se había convertido en el segundo al mando después de la muerte de Colm Corbec. Rawne tenía una belleza siniestra y un cierto toque de asesino. Hubo momentos, sobre todo en los primeros días del regimiento, en los que Rawne habría clavado el cuchillo de combate Tanith en la espalda de Gaunt a la primera oportunidad que hubiera tenido. Algunos de los nativos de Tanith —muy pocos ya, y cada vez eran menos— todavía culpaban a Gaunt por abandonar su planeta natal a su destino. Rawne era el cabecilla de ese grupo. El odio lo había mantenido firme, lo había impulsado a seguir.

Sin embargo, habían combatido juntos durante casi nueve años. Se había desarrollado una especie de respeto mutuo entre el mayor y el comisario coronel. Gaunt ya no se esperaba una puñalada, pero a pesar de todo, seguía sin darle la espalda a Rawne.

—Feygor muestra señales de la fiebre —le informó Curth mientras limpiaba y recargaba la jeringuilla—. Quiero ponerles a todos una inyección.

—Hazlo —le contestó Gaunt.

—Pues dame el brazo, por favor —indicó ella.

Gaunt se arremangó. Era de esperar. Lo de la fiebre era un término general para referirse de un modo amplio a todas las infecciones y enfermedades sufridas por el personal trasladado de un planeta a otro. El cuerpo se aclimataba a los gérmenes de

un planeta, a sus bacterias, a su polen y después acababa en un transporte espacial de tropas que lo llevaba de cabeza a otra fauna microbiológica. Aquellos cambios requerían ciertas adaptaciones que a menudo provocaban fiebres, resfriados, alergias o simplemente el cansancio y la desorientación provocadas por el traslado a través del espacio disforme. Era algo que se daba por supuesto. De hecho, todos ellos podían acabar muy enfermos dada la naturaleza venenosa del Caos que había invadido aquel planeta. La tarea principal de Curth era vigilar la salud de todos, tratar cualquier enfermedad y mantenerlos lo bastante bien como para que llevaran a cabo la misión. Ocuparse de las heridas y los daños que pudieran sufrir era algo secundario por completo respecto a esa tarea vital.

Le puso una inyección.

—Ahora tú —le dijo Gaunt.

—¿Qué?

—Te preocupas por nosotros, Ana. Yo me preocuparé de ti. Quiero ver cómo te pones una inyección antes de ir a ver a los demás.

Ana Curth lo miró fijamente durante unos momentos. A pesar de estar enfadada, a pesar de estar cubierta de suciedad, su rostro en forma de corazón era increíblemente atractivo.

—Como si yo fuera a poner en peligro la misión por no cuidar mi salud —replicó con un murmullo furioso.

—Como si fueras a guardar medicinas preventivas porque pensaras que otros las necesitan más que tú, doctora.

—Como si —dijo antes de ponerse la inyección.

Gaunt se puso en pie y se llevó a Rawne a un lado.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó éste en voz baja.

—A menos que tenga una buena razón en contra, lo mismo de antes. Utilizaremos nuestros enlaces para colarnos en Ciudad Ineuron y ponernos en contacto con la célula de la resistencia. Esperemos que puedan proporcionarnos todo lo que necesitamos.

—Vale —contestó Rawne.

—¿Te preocupa algo?

—No confió en ellos —dijo el hombre de Tanith.

—Yo tampoco, por eso les he contado lo menos que he podido de la misión.

—Pero le ha dicho a Lanson que…

—Landerson.

—Da igual. Le ha dicho que la liberación no está próxima.

—Sí, lo he hecho.

Rawne se quitó el gorro y se pasó una mano enguantada por el cabello negro para echárselo hacia atrás.

—Están nerviosos. Los tres. Si quiere saberlo, a mí me parece que están jodidamente nerviosos.

—Sí, están tensos. Ya me he dado cuenta —le respondió Gaunt.

—También tienen cosas dentro.

—¿Te refieres a los implantes? Sí, así es. Los llaman imagos. Es el método del archienemigo para controlar a la población.

—Y esas marcas en la cara.

Gaunt dejó escapar un suspiro.

—Rawne, no te voy a mentir: eso tampoco me gusta a mí. Los estigmas. Las marcas de los Poderes Malignos. Me intranquiliza mucho. Sin embargo, tienes que entender que toda esta gente son ciudadanos imperiales. No han tenido elección. Para permanecer activos, para lograr que la resistencia siguiera funcionando, han tenido que adaptarse. Han tenido que obedecer a las autoridades. Acepta la marca, sigue el juego.

Rawne asintió.

—Yo sólo digo que me preocupa. Jamás me he encontrado con nadie ni con nada que llevara una marca del Caos grabada en la carne que no estuviese intentando matarme.

Gaunt se quedó callado unos momentos.

—Mayor, dudo que encontremos a ningún hombre, mujer o niño que no haya quedado marcado por el archienemigo. Esto es una operación de infiltración, y no se parece en nada a cualquier otra cosa que hayamos hecho antes. El asunto es que tarde o temprano tendremos que confiar en algunos de ellos. Si no confiamos en ellos, al menos tendremos que trabajar con ellos. Pero tienes razón. Considera activo el código de salvaguarda desde ahora. La orden será «concesión». Díselo a Feygor, a Criid y a Landerson.

—Muy bien —dijo Rawne.

—Pero sólo cuando se dé la orden, y más vale que la dé yo. ¿Entendido? Esta gente, y el resto de la que se ponga en contacto con nosotros, debe seguir viva a menos que haya una buena razón.

—Entendido, señor.

—Mírame a los ojos cuando lo digas.

Rawne miró fijamente a los ojos a Gaunt.

—Lo he entendido, señor.

—Preparémonos para marcharnos. En diez minutos. Comprueba en persona que Curth le ha puesto a todo el mundo una inyección de inhibidores.

Rawne saludó con desgana y se marchó.

—He estado hablando con mis hombres —le dijo Landerson. Todavía tenía tos ojos hinchados de dormir—. Estamos intranquilos.

—Todos estamos intranquilos —le contestó Gaunt.

—¿Dice que quiere que entremos en Ciudad Ineuron?

—Sí.

—¿Y que nos pongamos en contacto con la célula de la resistencia?

Landerson se quedó callado un momento.

—Me gustaría que lo considerara de nuevo, señor. Me gustaría que se lo pensara otra vez.

Gaunt lo miró fijamente.

—No estoy muy seguro de lo que quiere decir.

—Gereon necesita la liberación, señor. Nos morimos. No sé con qué intenciones ha venido, señor, pero sean cuales sean, no es lo que necesitamos o lo que queremos. Me gustaría que considerara de nuevo su misión, incluso que se retirara si hiciera falta. Me gustaría que contactara con sus fuerzas y coordinara una reconquista completa.

—Sé que le gustaría —le respondió Gaunt—. Ya lo hemos hablado. Pensé que ayer por la noche…

Landerson metió una mano en la raída chaqueta y sacó un sobre.

—Tengo autorización para darle esto, señor.

—¿Qué es? —le preguntó Gaunt, extrañado.

—Un incentivo, señor. Un incentivo para que nos ayude del modo que necesitamos ahora mismo.

Gaunt abrió el sobre. Dentro había veinte billetes de papel, escritos a mano y con sello de notario, cada uno con un valor de cien mil coronas. Era dinero de guerra, unos bonos que prometían pagar al portador toda aquella cantidad cuando el gobierno imperial y los sistemas monetarios se hubieran restablecido.

Gaunt metió los billetes de nuevo en el sobre.

—No voy a considerar esto un intento de soborno, Landerson. Sé que no se trata de eso, pero no puedo aceptarlo por tres razones, Primera no tengo modo alguno de retirarme o de ponerme en comunicación con mis superiores, Segunda: aunque pudiera, no hay nada que coordinar. En estos momentos, mi comandante general, al que tengo el honor de servir, no dispone ni de medios ni de soldados suficientes como para organizar la clase de operación que me está proponiendo. No habrá liberación por que no existen liberadores para poder llevarla a cabo. Tercera, y ésta sí que necesito que la entienda: nuestra misión aquí es más importante que todo eso. Es más importante, y me duele decírselo, que la vida de todos los ciudadanos que ahora mismo están esclavizados en el planeta. Y eso es todo lo que hay.

Gaunt le devolvió el sobre a Landerson, quien se lo quedó mirando como si lo hubiera abofeteado.

—Guárdelo. No hablemos más de ello. Y ahora, me gustaría que nos llevara a la

ciudad y nos viéramos cara a cara con el jefe de la célula de resistencia.

Feygor, que estaba a unos pocos metros detrás de un árbol, miró a Brostin.

—¿Has visto eso? —le dijo con un susurro.

Brostin se limitó a asentir.

—Me refiero a los bonos.

Brostin asintió de nuevo.

—Murt, que no estoy ciego.

—¿Has visto cuánto ha rechazado?

—Mucho, muchísimo —contestó Brostin en voz baja.

—¡Feth, sí! Mucho, muchísimo.

Brostin se encogió de hombros.

—¿Y qué?

Feygor volvió a mirar el sobre que Landerson se estaba guardando en momentos en la chaqueta.

—Nada. Era por decir algo —murmuró.

El aire estaba inundado por una leve capa de luz solar. Caminaron bordeando los límites del bosque hasta llegar a los diques y zanjas de los campos de pastoreo de Shedowtonland. El día parecía opaco. La estrella que iluminaba Gereon era blanca y caliente, pero la atmósfera estaba sucia debido a la ceniza y otras partículas, lo que amortiguaba la intensa luz hasta dejarla convertida en un resplandor ambarino.

Landerson le dijo a Gaunt que la ciudad estaba a unas dos horas de camino por la carretera, pero los caminos no eran una opción para avanzar. Mencionó a las patrullas, además de otros peligros sobre los que Gaunt tenía intención de preguntarle más adelante, en cuanto tuviera la oportunidad. Así pues, siguieron los cursos de agua y los terraplenes de los campos de cultivo. El avance era lento, sobre todo porque las grandes zanjas estaban cubiertas de malas hierbas. También porque en las aguas fétidas y estancadas acechaban diversos encuentros repugnantes.

Las ratas, por ejemplo, y en gran número, además de enormes enjambres de insectos. Tuvieron que retroceder en dos ocasiones y buscar una nueva ruta porque el camino estaba bloqueado por una inmensa masa de insectos que revoloteaban por la vegetación doblada por el enorme peso de las ramas. Los granjeros de la región utilizaban técnicas de entomocultura. Estos enjambres especiales, criados y cruzados, eran empleados según las estaciones para polinizar los cultivos de los campos. Nadie se había ocupado de ellos desde la invasión, por lo que las colmenas se habían vuelto salvajes.

También había otros horrores. De las aguas surgían cráneos devorados por las ratas, cráneos que se quedaban flotando y balanceándose. Del suelo sobresalían los huesos amarillentos. Habían arrojado allí a los que habían muerto en los combates, o

quizá eran los refugiados que habían huido a aquella zona y muerto de inanición mientras se mantenían escondidos de las patrullas.

Caminaron durante tres horas, casi siempre en silencio a excepción de alguna orden verbal. Las nieblas comenzaron a desaparecer a medida que aumentaba el calor del día, pero el cielo, que veían a través de las ramas de los matojos y de los hierbajos que medio tapaban las zanjas, quedó cubierto de una capa de nubes ocres y amarillas que se asemejaban a las arenas de una llanura desértica. Era como si la presencia del Caos hubiera provocado que la atmósfera se coagulara y se fosilizase.

Mkoll levantó una mano y todos se detuvieron de forma inmediata. Se produjo un momento de silencio.

Miró a Gaunt, que estaba a su espalda.

—¿Ha oído eso?

Gaunt negó con la cabeza.

—Alguna clase de cuerno. No está cerca, pero ha resonado con claridad.

—Es la ciudad —susurró Landerson—. Es el carnyx, que suena para indicar el cambio de turno de trabajo. Estamos cerca, a menos de un kilómetro.

Continuaron avanzando durante otros diez minutos por una zanja embarrada bastante oscura y cubierta de matorrales. Mkoll hizo de nuevo el gesto de detenerse, al que acompañó con otro que indicaba que debían agacharse. Todo el mundo se agazapó. Beltayn tuvo que tirar de Lefivre, que parecía algo lento de entendederas.

Mkoll, poco más que una sombra en la penumbra, le hizo un gesto a Gaunt y señaló a Bonin. Gaunt le respondió con un gesto afirmativo. Los dos exploradores desaparecieron en la vanguardia del grupo.

Esperaron cinco minutos. Seis. Siete. Gaunt percibió con claridad el sonido de un motor de combustión y después el de un vehículo que pasaba de largo.

A continuación oyó dos chasquidos por el canal de comunicación.

Gaunt ordenó al grupo con un gesto de la mano que avanzara con lentitud. Las botas se les pegaban al barro negro, y era difícil caminar sin chapotear en el agua. Landerson y sus camaradas parecían especialmente torpes en eso. Gaunt vio que Rawne lo estaba mirando, pero negó con la cabeza.

Mkoll y Bonin los estaban esperando al final de la zanja, que daba paso a un cenagal lleno de plantas, una especie de corral grande o de patio de granja. Frente a ellos se encontraban las siluetas de cuatro grandes silos blindados, coronados por hiedras y otras hierbas colgantes. Al otro lado de los silos había una hilera de árboles que flanqueaban una carretera.

—Había una patrulla —susurró Mkoll—. Pero ya se ha ido.

—Quitémonos de la vista —ordenó Gaunt, y cruzaron a la carrera la pequeña ciénaga hasta llegar al silo más cercano.

El interior era oscuro y polvoriento, con un olor a putrefacción y a moho. Las

reservas de grano que se amontonaban contra las paredes estaban podridas. Todos se esforzaron por no mirar los miles de gusanos que se retorcían entre la masa pegajosa. Mkoll envió afuera a Mkvenner y a Bonin para cubrir la entrada y a Larkin a que subiera por el montículo de grano y tomara posición de disparo en la ranura abierta del tubo de entrada.

—¿Sabe dónde estamos? —le preguntó Gaunt a Landerson.

—En el complejo agrícola de Parcelson. Está al oeste de la ciudad. Aquí donde nos separamos.

—¿Disculpe?

—¿Quiere que lo ponga en contacto? Entonces tengo que entrar en la ciudad y prepararlo todo. Ustedes se quedan aquí…

—No. Nada de eso —lo cortó Gaunt.

Landerson levantó la vista en un gesto de frustración.

—¿Quiere que le ayude o no?

—Estaría bien que lo hiciese.

—Pues escúcheme. No puedo meter una docena de personas en Ineuron sin tener a alguien al otro lado que pueda esconderlas. No funciona así. Tengo que colarme, ponerme en contacto y luego traerlos a todos.

Gaunt pensó en ello unos instantes.

—De acuerdo, pero no irá sólo. Mkoll y yo lo acompañaremos.

Algo en la expresión del rostro de Gaunt le indicó a Landerson que aquello no era posible discutirlo.

—Muy bien —aceptó con un suspiro.

—¿Cuánto tardaremos?

—Deberíamos estar de vuelta mañana. Arreglarlo todo llevará algún tiempo. Hay que comprobarlo todo. Recuerde que quiere que lo ponga en contacto con gente que no quiere ser encontrada.

Gaunt asintió. Llamó a Mkoll y a Rawne y se los llevó aparte para hablar con ellos.

—Me voy con Landerson a preparar el encuentro. Mkoll, tú te vienes conmigo. Rawne, te quedas al mando. Que todo el mundo permanezca quieto y oculto. Moveos sólo si no os queda más remedio.

—Entendido.

—Los compañeros de Landerson quedan a tu cargo. Si están muertos para cuando yo vuelva, será mejor que tengas una razón de feth para ello, y corroborada por Mkvenner y por Curth.

—Sí, señor —contestó Rawne.

—Si no hemos vuelto a esta hora mañana por la mañana, suponed que estamos muertos y seguid adelante. Rawne, la misión será responsabilidad tuya. No vengas a

por nosotros. Salid de aquí a toda prisa e intenta establecer contacto por tu cuenta. Lo mejor es que utilices a los compañeros de Landerson para llegar a otra ciudad e intentarlo de nuevo en otro lugar. Lo más probable es que si Mkoll y yo no regresamos, Ineuron sea un callejón sin salida.

Rawne asintió.

—¿Los códigos? —le preguntó al comisario.

—Código positivo… «Plata». Código negativo… ¿Qué tal «Bragg»?

—A mí me parece bien.

—Díselo a los demás —le dijo Gaunt. Rawne se puso en marcha.

—Señor… —empezó a decir Mkoll.

—Déjalo, amigo —lo cortó Gaunt con una sonrisa.

—¿Que deje qué? No sabe lo que iba a decir.

—Ibas a decirme que ésta es una tarea para los exploradores y que debería quedarme aquí.

Mkoll casi sonrió. Asintió.

—Esto no es una misión normal —le dijo Gaunt—. Aquí todos somos soldados de primera línea. ¿Entendido?

—Entendido.

—A menos que te preocupe mi falta de capacidad para esto.

—En absoluto, comisario coronel. Pero si esto es una infiltración, es mi especialidad. Suelte la mochila. Lleve lo mínimo y cambie una de las pistolas bólter por la pistola automática que le di.

—Muy bien —dijo Gaunt.

Gaunt se quitó la mochila y empezó a rebuscar en el interior para sacar los objetos imprescindibles que tendría que llevar y que metería en los bolsillos del uniforme. Sacó una de las pistolas bólter de la funda pectoral y la metió, junto a la mitad de los cargadores, en la mochila. Luego se la entregó a Beltayn para que se la guardara.

A excepción de Larkin, ninguno de los miembros del grupo llevaba su arma habitual. Lo normal era que los Fantasmas de Tanith estuviesen armados con el rifle láser mk III, con acabado en madera de nal en la culata y en la empuñadura, además de una pistola láser estándar y un cuchillo de combate de plata como apoyo. Sin embargo, se había decidido que para aquella misión debían ir ligeros de peso y con pocos bultos. Habían cambiado sus rifles de siempre por versiones modificadas a mano de la llamada arma «gak» de ordenanza: el mk III que llevaban los miembros verghastitas del regimiento. La culata de tubo metálico hacía que el arma fuese más ligera, y además se podía plegar para hacer el rifle más compacto. Las modificaciones especiales también habían acortado el cañón y lo habían reforzado, e incrementado la capacidad de los cargadores de energía. Eran armas de guerrilla, preparadas para misiones de comando, con la potencia y d alcance de un rifle láser normal pero con la

tercera parte de longitud. Por supuesto, los Fantasmas habían conservado sus cuchillos de guerra característicos, pero también habían prescindido de las pistolas láser en favor de unas pistolas automáticas compactas. Las pistolas no tenían la potencia letal de las armas láser, pero era muy difícil ahogar el sonido de disparo de estas, e imposible ocultar el fogonazo. Cada una de las pistolas automáticas llevaba incorporado un grueso silenciador a la boca del cañón.

Gaunt comprobó que el silenciador de su pistola estaba bien ajustado y se metió cuatro cargadores más en los bolsillos del abrigo antes de colocar el arma en la funda ajustable de la que había sacado la pistola bólter.

Tan sólo quedaba algo que tener en cuenta: un objeto alargado y plano que estaba envuelto en tela de camuflaje y que Gaunt llevaba en una cincha entre los dos hombros. Se lo quitó a regañadientes y se lo entregó también a su asistente.

—Cuida de esto —le dijo a Beltayn.

—Por supuesto que lo haré, señor.

—Si no regreso, dáselo a Rawne.

—Sí, señor.

Gaunt, Mkoll y Landerson salieron del silo y siguieron el sendero que corría paralelo a los árboles antes de girar hacia el oeste y cruzar los matorrales y arbolillos que habían florecido en el borde del camino. Hacía calor y el aire estaba cargado de polvo. La luz del sol tenía una cualidad extraña, cambiada, que inquietaba a Gaunt. Había estado en muchos planetas a lo largo de su carrera militar, algunos imperiales, algunos salvajes por completo, algunos afectados por el archienemigo de la humanidad. Sin embargo, aquella era la primera vez que estaba en un mundo que se encontraba bajo el dominio total del Caos. Era más inquietante que cualquier zona de combate, que cualquier área bombardeada o cualquier posición bajo fuego enemigo. Era mucho más inquietante que la locura de Baihaur, de Verghast o de Fortis.

Sospechaba de todo en ese lugar. El barro del sendero, los pájaros hambrientos y silenciosos de los árboles, las flores silvestres que relucían en los márgenes. Se dio cuenta de que los setos y los arbustos estaban adquiriendo un color marrón y que estaban muriendo debido al polvo de la atmósfera. También se dio cuenta del ganado lleno de pústulas que temblaba en los escasos pastos, de las alimañas que recorrían cada zanja y cada canal. Del olor mismo del lugar.

Gereon no era un mundo en el que se pudiera confiar. No era un mundo donde se podía derrotar o expulsar al Caos. El Caos lo poseía por completo.

Gaunt se preguntó durante cuánto tiempo resistirían tanto él como sus hombres la influencia del Caos antes de que también se apoderara de ellos. Había leído a Ravenor, a Czevak, el Elogio del Inquisidor Hand. Había leído dos docenas de tratados publicados por los ordos inquisitoriales y recomendados por el Comisariado. El Caos siempre mancillaba. Era un hecho. Infectaba lo que tocaba. Lo manchaba.

Incluso a los más equilibrados y resistentes. Se filtraba de forma osmótica y corrupta. Aquello era un peligro siempre presente en el campo de batalla. Sin embargo, allí…, allí, en lo que era en todos los sentidos un mundo del Caos…, ¿cuánto tiempo tardaría en hacerlo?

Gaunt había hablado con el táctico Biota antes de partir para la misión. Biota, un hombre en quien se podía confiar, había consultado al Ordo Malleus y habían llegado a la conclusión de que el comisario y sus hombres tenían aproximadamente un mes de margen.

Después de eso, sin importar lo que sintieran o pensaran sobre sí mismos, lo más probable era que ya estuvieran corrompidos más allá de toda posible salvación.

Aquella idea le hizo pensar a Gaunt en Gerome Landerson.

Se pegaron a los setos de la carretera cuando oyeron ruidos de motores: transportes que marchaban rugientes hacia la ciudad; una patrulla de excubitores que los obligó a permanecer quince minutos en un apestoso desagüe de alcantarilla; un grupo de comerciantes y una fila de carretas de altos costados que iban cargadas de grano y de las que tiraban unos tractores traqueteantes.

—Avitualladores —dijo Landerson refiriéndose a estos últimos vehículos—. Son suministros de alimentos procedentes de las tierras de cultivo centrales. Han mantenido la agricultura allí porque las cosechas son fáciles de recoger. Hace falta grano para tener provistas las cocinas. Hay que alimentar a la población obrera.

Ciudad Ineuron se encontraba a sus pies. Era una amplia agrupación de habitáculos, molinos en ruinas, torres, montones de escombros y templos de pináculos afilados. Gaunt sabía sin tener que preguntarlo que todos ellos habían sido profanados y consagrados a dioses con unos nombres que apenas murmurados lo harían llorar de dolor.

Estaban delante de la empalizada occidental, un gran muro que rodeaba por el oeste el borde de la ciudad. Había dos puertas muy bien guardadas a las que se accedía por unos puentes de estructura metálica que cruzaban el profundo foso cenagoso que se abría a los pies de la muralla. Gaunt, a cubierto entre los espesos matorrales, sacó un magnificador de imagen y observó con detenimiento todo el lugar. El muro era sólido, pero no lo habían reparado en condiciones después de la invasión. Unos grupos de excubitores vigilaban las puertas. Vio tropas de las fuerzas de ocupación en las plataformas de combate de la propia muralla. Los soldados brillaban como escarabajos bajo la escasa luz cuando los débiles rayos del sol se reflejaban en las pulidas armaduras de combate de color verde oscuro que llevaban ajustadas al cuerpo.

Al otro lado de la muralla, en el interior de la ciudad, vio unas cuantas manufactorías que no cesaban de arrojar humo negro al aire.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Son las fundiciones de carne —contestó Landerson.

—¿Ahí es dónde…?

—Sí, señor.

—De acuerdo —dijo Gaunt mientras guardaba el magnificador—. ¿Cómo entramos?

—Del mismo modo que salimos nosotros —le contestó Landerson—. Con los avitualladores.

Landerson y sus camaradas se habían metido en una carreta vacía que salía de la población la noche anterior. Lo que tenían que hacer era meterse en una que entrase cargada.

Los excubitores los ayudaron sin saberlo. Los siniestros guardianes comprobaban todos los papeles, los imagos y los estigmas con cuidado, y el largo convoy de carretas de costados elevados se había detenido, con los tractores resoplando. Mkoll los condujo hasta la carretera, y después de comprobar en ambas direcciones que nadie los iba a ver, se apresuraron a acercarse a la compuerta trasera de la carreta que iba en último lugar. Se subieron por los guardabarros y saltaron por encima del costado para arrojarse sobre el grano.

—¡Enterraos! —les ordenó Mkoll.

Se retorcieron sobre la masa de granos sueltos para echarlos a manos llenas sobre sus espaldas.

La carreta se puso en marcha de nuevo con el tractor soltando más bufidos. Se detuvieron de nuevo. Siseó el vapor. Oyeron nuevas comprobaciones delante de ellos. Luego avanzaron una vez más y la sombra del portalón de entrada cayó sobre ellos.

Gaunt se esforzó por escuchar mientras se ahogaba bajo el montón de granos. Una voz de alto y un intercambio de frases. El gorgoteo rasposo de las voces de los excubitores. Unas preguntas.

A continuación, el tintineo de unas cadenas y el sonido de los perros al olfatear.

Más órdenes, esta vez a gritos.

Gaunt se dio cuenta de que estaban registrando las carretas de transporte. Buscaban rastros de olor. Los sabuesos. Los sabuesos de caza.

Cerró la mano alrededor de la empuñadura de la pistola automática, que seguía en la funda, y quitó el seguro. Tenía granos sueltos y algo de paja metidos en la nariz. Sintió que estaba a punto de estornudar.

Gaunt cerró con fuerza la boca. Noto que la garganta se le cerraba por la presión. Los ojos se le llenaron de lagrimas. Se esforzó por no respirar. El polvo le hacía cosquillas en la laringe.

Una orden dada a voces. Una sacudida repentina. Estaban en marcha de nuevo.

El traqueteo jadeante del tractor sonaba tan fuerte que Gaunt se permitió toser. Mkoll, situado al otro lado del montículo de granos, alzo la cabeza y lo miro.

Habían entrado ¡Feth habían entrado!

Landerson ya se estaba poniendo en pie y los granos le caían por el cuerpo como la arena por un vaso.

—¿Que estás haciendo? —le siseo Mkoll—. ¡Agáchate, feth!

—¡No hay tiempo! —le contesto Landerson—. Confiad en mí. No podemos esperar a entrar en el mercado. Solo existe una sección de tejado lo bastante baja como para que podamos salir. ¡Y llegaremos a ella en seguida!

Se levantaron a trompicones y se colocaron en lado izquierdo del transporte. Debajo de ellos tenían una de las estrechas calles de la zona baja de habitáculos. Gaunt miro hacia atrás. Los guardias eran claramente visibles sobre el muro…, aunque estaban mirando hacia afuera.

—¿Donde? —le pregunto Mkoll.

—¡Ahí! ¡De prisa! ¡Ya estamos! —los apremio Landerson.

Les señalo una sección baja de tejado unos dos metros por debajo de la parte superior del costado de la gran carreta. Las tejas estaban en muy mal estado.

—¡Es aquí! ¡O eso o nada!

Pasaron las piernas por encima del borde de la carreta y se agarraron con las manos. La calle, a unos cinco metros bajo sus pies, pasaba a cierta velocidad. Era una muerte segura, sin duda un mal salto, un roce y una caída al tropezar con los desagües…

—¡Ahora! —les ordeno Landerson.

Saltaron.

Casi se estaba a gusto. La luz ámbar del sol calentaba el suelo y las nubes de insectos somnolientos zumbaban alrededor de los silos.

Rawne regreso a rastras después de comprobar la posición de Larkin. Varl, que estaba sentado en una esquina, lo miro.

—¿Como crees que les va? —le pregunto.

Rawne tan solo se encogió de hombros.

Mkoll logró agarrarse a un pequeño saliente y se quedó allí. El impacto le había cortado la respiración. Las tejas estaban podridas de puro viejo y se le deshacían entre los dedos. Clavó el cuchillo y se agarró con más firmeza. Miró hacia atrás.

Gaunt había aterrizado bien. Landerson había resbalado y estaba deslizándose por el tejado mientras manoteaba en busca de un asidero.

Gaunt clavó su propio cuchillo y lanzó el extremo de la capa de camuflaje hacia Landerson. El mayor la agarró y dejó de resbalar.

—Ayúdame —dijo Gaunt con un gruñido.

Mkoll bajó un poco por el tejado y lanzó el extremo de su capa a Landerson. Entre los dos lograron tirar de Landerson hasta ponerlo a su altura.

—Gracias —dijo Landerson entre jadeos.

—¿Cómo entramos? —le preguntó Gaunt.

—Por una claraboya que hay al otro lado.

El edificio era una vieja scholam de primaria. Se dejaron caer en el interior envuelto en penumbras y caminaron entre pupitres de pequeño tamaño y murales con las letras del alfabeto. Gaunt se detuvo un momento y se quedó mirando los desperdigados bloques de madera de los juegos construcción y las muñecas abandonadas y olvidadas.

Landerson los condujo hasta la salida trasera, que daba a un callejón mugriento que a su vez llevaba a la parte posterior de una serie de habitáculos miserables. Del desagüe central surgía borboteando un pequeño chorro de agua repugnante.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Gaunt con un susurro.

—Cállese y sígame.

Lo siguieron a través de un aparcamiento vacío y de un andamio de madera basta que habían levantado para sostener la pared a punto de derrumbarse de una manufactoría.

Se quedaron en la esquina del viejo edificio a la espera de que Mkoll les diera la señal de que todo estaba despejado.

Cruzaron a la carrera la calle empedrada y bajaron a toda prisa los escalones de piedra situados al lado de una fuente pública.

El aire era húmedo. Landerson los condujo por un callejón oscuro hasta que llegaron a una valla que cerraba el paso.

—Estamos bloqueados —dijo Gaunt.

Landerson negó con la cabeza y se quitó el abrigo. Se envolvió las manos con la prenda para poder agarrar los filamentos de alambre afilados como una cuchilla sin destrozarse las palmas. Dio un fuerte tirón y toda una sección de la valla se movió hacia arriba.

—Venga. ¡Vamos! —les dijo.

Mkoll y Gaunt pasaron por debajo de la valla levantada. Landerson los siguió y después colocó la valla de nuevo en su sitio. Se volvió a poner el abrigo, donde se veían una serie de desgarrones nuevos.

Les indicó por gestos que lo siguieran. Avanzaron trotando por una calle de un nivel inferior que estaba flanqueada a ambos lados por las paredes enyesadas de unos edificios públicos. Luego cruzaron una pequeña plaza, giraron a la izquierda, entraron en otro callejón y a continuación subieron por un tramo de peldaños de piedra desgastados hasta la siguiente calle.

Mkoll les indicó con un fuerte siseo que retrocedieran.

Los tres se pegaron a la pared cubierta de moho y vieron pasar las bolas con suelas de remaches de hierro de una patrulla de excubitores que caminaba por la calle situada al nivel normal.

Mkoll bajó la pistola con silenciador y asintió para indicar que podían seguir avanzando.

—Tenemos que cruzar aquí —les dijo Landerson.

Mkoll asintió de nuevo y se asomó un poco para echar un vistazo. La calle lateral, adoquinada y envuelta en sombras, estaba vacía.

—Adelante —dijo Mkoll.

Cruzaron corriendo la calle y entraron en un callejón adyacente. A unos diez metros del callejón había una puerta de madera de aspecto recio pintada de rojo.

Landerson les indicó a los Fantasmas que permanecieran detrás. Llamó una vez.

Se abrió una rendija.

—¿Cómo está Gereon? —preguntó una voz desde el interior.

—Gereon vive —contestó Landerson.

—Aunque se está muriendo —respondió la voz.

Landerson se puso tenso de repente. Se alejó de la puerta y se acercó a Mkoll y a Gaunt.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gaunt.

—Vámonos. Vámonos —los apremió Landerson con un susurro urgente—. No es un lugar seguro.

Empezaron a alejarse con rapidez.

La puerta roja se abrió de par en par y salió un excubitor con la carabina láser de cerrojo preparada para disparar.

Mkoll se giró, se agachó y se apoyó en una rodilla en el mismo movimiento y disparó tres veces con la pistola automática con silenciador. El único ruido que se oyó fue: ¡Fut!! ¡Fut! ¡Fut!

El excubitor salió despedido hacia atrás como si hubieran tirado de él con una cuerda atada al cuello.

—¡Corred! —dijo Mkoll.



CINCO

Gaunt echó a correr, pero oyó cómo el arma de Mkoll disparaba de nuevo. Otro excubitor se alejaba trastabillando de la puerta roja después de dejar caer la carabina láser.

—¡Vámonos! —gritó Gaunt.

Mkoll corrió para reunirse con ellos. Landerson ya estaba entrando en la calle lateral.

—¿Por dónde vamos? —le preguntó Gaunt con un susurro.

—Por allí —empezó a decir, pero se calló en seguida.

Los tres oyeron el traqueteo de las cadenas de un vehículo de combate antes de que un transporte semioruga apareciera a la vista en uno de los extremos de la calle. Unas figuras oscuras se bajaron de un salto con sus largos abrigos revoloteando en el aire. Gaunt oyó las órdenes que gritaban los implantes comunicadores de voz de sus gargantas.

Dieron media vuelta de forma inmediata, pero tres excubitores aparecieron en ese momento por el callejón del que habían salido. Gaunt sacó de un tirón la pistola automática, pero Mkoll ya estaba disparando.

Uno de los excubitores se desplomó hacia atrás con el implante de voz hecho pedazos en un estallido de chispas y aullidos sintetizados. La pistola de Gaunt le saltó un poco en la mano cuando disparó en silencio tres veces. Los proyectiles le dieron

en la cadera y en las costillas a otro excubitor después de atravesarle la armadura de escamas de color gris. La pared que tenía detrás quedó cubierta de manchas de sangre. Al tercero le dio tiempo a alzar su arma, alargada y muy adornada, pero Mkoll se estampó contra él y lo derribó al suelo empedrado cayéndole encima. Mkoll colocó el silenciador sobre el esternón del excubitor y lo mató con dos rápidos disparos antes de levantarse.

Los tres echaron a correr de nuevo para alejarse del vehículo semioruga y de la patrulla que transportaba. Landerson iba en cabeza a toda velocidad, con el rifle automático golpeándolo con fuerza en la cadera. Gaunt y Mkoll se limitaban a seguirlo. Gaunt suponía que Landerson tenía alguna clase de plan, que estaba utilizando sus conocimientos del lugar.

También era posible que simplemente estuviese huyendo presa del pánico.

Oyó un disparo. Era el zumbido intermitente, zzzt-bam, de una carabina láser de cerrojo al abrir fuego. El disparo hizo saltar trozos de piedra y de ladrillo de una pared. Gaunt echó un vistazo atrás sin dejar de correr. La patrulla de excubitores se les estaba echando encima. Parecían figuras sacadas de una pesadilla, con las largas capas de las armaduras flotando al viento y con aquellas piernas delgadas y largas con las que corrían dando largas zancadas. Gaunt disparó un par de veces en su dirección y luego apretó el paso en pos de Mkoll y de Landerson.

La calle se abría dando paso a una plaza amplia con una columnata cubierta en uno de los lados. La calle situada al otro extremo de la plaza estaba bloqueada por un vehículo de transporte algo desvencijado. Los excubitores que estaban alineados delante del mismo se llevaron las armas al hombro.

—¡Feth! —gritó Gaunt.

Los tres se lanzaron casi de cabeza hacia la escasa cobertura que ofrecía la columnata un momento antes de que las carabinas comenzasen a disparar. Los rayos se estrellaron contra las viejas columnas o pasaron entre ellas para impactar en la pared interior de la columnata. Mkoll se pegó de espaldas a una columna y Landerson gateó en busca de cobertura. Gaunt se lanzó al suelo detrás de otra columna de piedra. El olor a piedra quemada y polvillo rocoso chamuscado le llenó la nariz. Las descargas de las armas enemigas resonaban como latigazos. Estaban acorralados y en cuestión de segundos acabarían rodeados por el flanco, ya que la otra patrulla no tardaría nada en aparecer por la esquina con un ángulo de tiro despejado sobre el interior de la columnata.

Gaunt se pegó más a la columna y sintió cómo la chaqueta de cuero rascaba la piedra rugosa. Desenfundó la pistola bólter para tener un arma en cada mano.

—¡Tengo las espaldas cubiertas! ¡Acabad con ellos! —les gritó.

Landerson oyó el grito. Todavía estaba a cuatro patas y protegiéndose la cabeza de los disparos de las carabinas. Por el Trono, ¿qué quería decir eso de «acabad con

ellos»? Sólo eran tres, estaban atrapados como ratas y había excubitores por todos lados.

—¡Usa tu arma, feth! —le soltó Mkoll.

El explorador había guardado su arma y estaba descolgando el rifle láser del hombro. Ni siquiera se molestó en desplegar la culata metálica. Se asomó por detrás de la columna y disparó en fuego automático. La línea de excubitores que estaba delante del transporte se dispersó con rapidez para ponerse a cubierto. Mkoll soltó una risa al verlo y los acribilló de nuevo, abatiendo a dos con la lluvia de disparos incandescentes.

—¡Vamos! —le gritó de nuevo.

Landerson se puso de rodillas y empezó a disparar el rifle automático. Los disparos sonaban como besos húmedos debido al silenciador que llevabava en el cañón del arma. Vio que se abría una fila de agujeros en el costado metálico del vehículo, así que subió el arma para corregir la puntería y abatió al excubitor que estaba en la parte trasera del transporte.

La patrulla apareció por la esquina lanzando gritos. Gaunt salió de su cobertura parcial y abrió fuego con las dos pistolas. Los tres primeros cayeron hacia atrás entre espasmos. El cargador de la pistola automática quedó vacío, así que Gaunt apuntó con cuidado la pistola bólter y disparó cuatro veces más. Otra silueta oscura se dobló sobre sí misma con fuerza, como si la hubieran golpeado en el estómago con un martillo pilón.

Gaunt se puso otra vez a cubierto detrás de la columna para recargar.

Los disparos láser de las carabinas pasaron zumbando por la columnata. Oyó los chasquidos continuos del rifle láser de Mkoll y el tableteo del viejo rifle del miembro de la resistencia. Gaunt se asomó un momento por el lado izquierdo de la columna y disparó con la pistola bólter. Se metió de nuevo en cuanto le respondieron los disparos de las carabinas láser, pero salió inmediatamente por el lado derecho para ponerse a disparar con la pistola automática. Los proyectiles sólidos le dieron de lleno en la cara y pistola frente a un excubitor y lo lanzaron de espaldas. Después se asomó de nuevo por el lado izquierdo y disparó con la pistola bólter. La potente bala destrozó el pecho de un excubitor que había echado a correr hacia la columnata.

—Nos vamos —oyó gritar a Mkoll.

El aire en la columnata estaba lleno de polvo y de humo por los disparos. Gaunt disparó unas cuantas veces más y se giró para seguir al explorador.

Mkoll y Landerson ya habían salido de sus coberturas y disparaban sus armas desde la cadera mientras cruzaban corriendo la plaza. La lluvia de disparos obligó a la segunda escuadra de excubitores a mantenerse a cubierto detrás de los muros y de los montones de escombros. Gaunt alcanzó a Mkoll y a Landerson. El jefe de exploradores había visto una puerta al otro extremo de la plaza. Llegaron a ella y le

propinó unas cuantas patadas hasta que se abrió entre el crujido de las astillas. Luego se arrodilló para acribillar toda la plaza con el rifle láser mientras Gaunt y Landerson atravesaban a toda velocidad el hueco abierto. En cuanto ambos estuvieron dentro, disparó una última ráfaga y entró detrás de ellos.

Parecía una pequeña nave de almacenamiento, sin ninguna clase de iluminación aparte de la luz del día que entraba por los agujeros del techo. Varios muebles viejos estaban apilados contra las paredes. Gaunt se adentró en el edificio con Landerson pegado a los talones. Mkoll se quedó un momento en la puerta. Sacó una carga de demolición de tubo de la mochila y la colocó en una de las esquinas de la puerta rota. Ató al extremo de la cinta de detonación un cabo de cable monofilamento y luego cruzó el cable bien tenso a lo ancho de la entrada, a la altura de los tobillos, para luego enrollarlo alrededor de una bisagra rota del otro lado.

Luego echó a correr detrás de Gaunt.

—¿Conoce este sitio? —le preguntó Gaunt a Landerson en susurros. De fuera les llegó el sonido de varios gritos guturales y algún disparo ocasional mientras las patrullas se reagrupaban.

—Estamos en los almacenes de la calle Tillage. Dan al distrito de las manufactorías. —Landerson miró a su alrededor—. Vamos por ahí. Hay que salir por el lado sur de Rubenda.

Landerson sonaba un poco frenético, y Gaunt tuvo la sensación de que no se debía tan sólo al tiroteo y la persecución que acababan de sufrir.

—¿Hacia dónde debemos ir para…? —empezó a decir.

—Cállese. Por favor —lo cortó Landerson—. Esto va muy mal. Muy mal. Ahora mismo no vamos a hacer nada más que encontrar un sitio donde escondernos.

—Por supuesto.

—No lo entiende —le insistió Landerson.

—¿Qué feth es eso? —preguntó Mkoll, que estaba detrás de ellos.

Se quedaron inmóviles, escuchando. Todavía se oían los ruidos de los excubitores que estaban en el patio, pero había algo más. Sonaban unos cuernos, fuertes y estridentes. Al fondo de todo eso, un crujido susurrante, como el de la brisa soplando cada vez con más fuerza. Un gemido que amenazaba con convenirse en un aullido.

—¿Soy yo, o eso es un ruido que nadie quiere oír? —susurró Mkoll.

—Los lobos metálicos —gimió Landerson—. Por el Trono. Se nos van a echar todos encima.

—¿Que son los? —empezó a preguntar Gaunt pero se calló. No quena saberlo en ese momento—. Usted decide Landerson. Dijo que nos hacía falta un lugar donde escondernos.

—Haré todo lo que pueda —contestó Landerson.

Descubrieron otra puerta en el lado sur del almacén, aunque tuvieron que quitar

vanas tablas de madera para despejar la salida. Daba a un callejón apestoso por el que corría un riachuelo de desechos líquidos procedentes de una cañería rota. El gemido en el aíre se había convertido en un aullido, en un chillido.

Mkoll se había echado otra vez al hombro el rifle láser y marchaba en cabeza con la pistola automática preparada. Oyeron a su espalda, procedente del interior del almacén, un estallido sordo seguido de varios gritos mecánicos. El tobillo de uno de los excubitores había activado la trampa de Mkoll.

Avanzaron chapoteando sobre el barro maloliente. Unos transportes pasaban rugientes por la calle más cercana. Los motores, sin apenas mantenimiento, traqueteaban y lanzaban estampidos. Otra llamada resonante de los cuernos de la ciudad resonó en el aire, que también se vio notado por una nueva serie de aullidos penetrantes. Gaunt sintió que se le ponían los pelos de punta. Ya olía la hechicería impura que se había desatado sobre la ciudad.

Mkoll señaló con un gesto de la pistola un callejón oscuro que tenían ala izquierda.

—No —le indicó Landerson sin dar de caminar—. Es un callejón sin salida. Por aquí.

Giraron a la derecha por una calleja empedrada y empinada. Landerson giro casi en seguida a la izquierda. Entraron en un estrecho pasaje situado entre dos edificios abandonados con las ventanas tapiadas. El pasaje llevaba a través de una serie de jardines traseros sin cuidar. Solo entonces bajó Landerson el ritmo.

—¿Cómo lo supo? —le preguntó Gaunt.

Landerson indicó por señas a los Fantasmas que lo siguieran. Continuaron avanzando por un sendero repleto de hierbajos que serpenteaba entre invernaderos e instalaciones similares hasta que llegaron a un patio repleto de sacos de cálamo llenos de nitratos fertilizantes.

—¿Cómo lo supo? —le repitió Gaunt—. Lo de la puerta roja.

—Me dieron la respuesta equivocada. La respuesta de aviso. Seguro que los excubitores estaban apuntándolos con sus armas.

—Sabían que ibas —comentó Mkoll.

—Sabían que alguien iba. Esa casa era un punto clave de contacto. Tendremos que utilizar otra. Si queda alguna que no hayan descubierto.

Landerson corrió la barra de la puerta de madera casi podrida de un taller y entraron. El lugar estaba sucio y repleto de chatarra y de piezas de maquinaria.

—¿Qué hay aquí? —le preguntó Gaunt.

—Nada. Es parte del camino. Tenemos que mantenernos fuera de las calles.

Landerson los guió hasta el otro extremo del taller y movió unos cuantos bidones de pintura y algunas placas de fibra para poder echar a un lado una sección de la pared de contrachapado. El polvo que levantó pasó a través de las columnas de luz

pálida que entraban por las rendijas de las ventanas y se convirtió en diminutas galaxias de estrellas relucientes.

Se agacharon para pasar y entraron en un cobertizo de piedra que, a juzgar por las manchas de promethium del suelo, había sido utilizado como garaje para vehículos hasta hacía poco. Landerson comprobó la puerta de la calle.

Los aullidos se estaban acercando. El aire estaba cargado. Gaunt sentía náuseas. En una esquina del cobertizo había un motor viejo colocado sobre un soporte de madera.

—Ayúdenme —les pidió Landerson.

Entre Mkoll y él movieron el soporte y dejaron a la vista una trampilla. Landerson la abrió de un tirón y bajó a la oscuridad.

Mkoll y Gaunt lo siguieron. Landerson cerró la trampilla con una cuerda enganchada a una polea y entonces que quedaron en la oscuridad más completa. Fue Mkoll quien encendió su linterna y con la ayuda de esa luz fueron pasando por una serie de sótanos. Las paredes de ladrillo estaban cubiertas de moho y casi podridas. Del mortero que había entre los ladrillos surgían masas de hongos negros. Las ratas huían a la carrera del rayo de luz.

Llegaron a un tramo de peldaños empapados de humedad y entraron en un túnel estrecho que estaba cubierto hasta la altura de las rodillas por una capa de agua maloliente y fría. Landerson vadeó un trecho hasta que localizó una escalerilla metálica fijada a la pared de ladrillo del túnel. Subieron chorreando hasta un sótano seco y de techo abovedado, aunque tan bajo que no pudieron erguirse. Gaunt vio gracias a la luz de la linterna de Mkoll que había una pila de cajas de equipo y de sacos de provisiones secas apoyada contra una de las paredes.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Debajo del molino de harina de Ineuron. Es uno de los escondrijos que utiliza la resistencia.

—¿Aquí estamos a salvo?

Landerson soltó una breve carcajada sin alegría.

—Por supuesto que no, pero es más seguro que otros sitios. Más seguro que estar en las calles. Rece a su Emperador para que sea lo bastante seguro.

—El Emperador protege —murmuró Mkoll.

—También es su Emperador —dijo Gaunt.

—¿Qué?

—Ha dicho «rece a su Emperador», como si no fuera también el suyo.

Landerson se encogió de hombros.

—Comisario coronel Gaunt, éste es mi mundo. Lo amo profundamente. Mis ancestros se remontan a los colonos fundadores del planeta. Los Landerson fueron una de las primeras familias en llegar. Soy fiel al Dios Emperador de la Humanidad,

pero, sinceramente…, ¿cree que puedo confiar en Él para que me proteja? ¿Dónde estaba cuando el Caos llegó a Gereon?

—No puedo responder a eso —contestó Gaunt.

—¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos aquí? —inquirió Mkoll.

—Hasta que sea seguro salir —contestó Landerson.

—Y eso significa…

—A mitad de esta noche como muy pronto. Cuando todo se haya calmado un poco. —Landerson dejó el rifle apoyado contra la pared y sentó—. Luego quizá podamos intentar de nuevo ponernos en contacto con la resistencia. Si no nos encuentran antes.

El sol ya se estaba poniendo. El resto del equipo de infiltración descansaba intranquilo en la atmósfera seca y de olor marchito del interior de los silos.

—¿Has oído eso? —preguntó Bonin.

Larkin asintió. Estaba recostado, como si se hubiera caído sobre su rifle de francotirador.

—Lo llevo oyendo desde hace bastante rato.

—¿Qué feth es eso?

Larkin no quería ni imaginárselo. Era un sonido aullante y lejano, un murmullo que les llegaba desde la ciudad que se alzaba bajo ellos. Sonaba como la peor de sus pesadillas. Era el mismo sonido que resonaba en sus migrañas, el parloteo procedente de sus pensamientos más oscuros.

—Probemos con el comunicador —dijo Tona Criid poniéndose en pie.

Beltayn negó con la cabeza.

—No están al alcance. No de los microcomunicadores. Mi equipo no recogería su señal.

—Nos quedaremos a la espera —dijo Rawne de modo enfático—. Esa fue su orden.

—Por mí, vale —comentó Feygor.

VarI pareció a punto de decir algo, pero luego tan sólo meneó la cabeza. Mkvenner entró en el silo. Acababa de terminar la última ronda de patrulla. Se quedó en la puerta, con la silueta recortada por el sol que se ponía.

—Algo va mal —dijo.

—Eso ya nos lo imaginábamos —contestó Bonin.

—¿Habéis oído esos ruidos? —les preguntó Mkvenner.

—Sí, los hemos oído —respondió Rawne—. En el peor de los casos, nuestro amado jefe está metido en algún problema de mierda hasta el cuello y está muerto o a punto de estarlo.

—Vale. ¿Y en el mejor de los casos? —le preguntó Ana Curth. Rawne se encogió

de hombros.

—¿En el mejor de los casos? Nuestro amado jefe está metido en algún problema de mierda hasta el cuello y está muerto o a punto de estarlo. Disculpa, ¿era una pregunta con trampa?

—Que te jodan, Rawne —le soltó Curth.

—Estoy deseándolo —replicó Rawne con una sonrisa antes de ponerse en pie—. Atentos, Fantasmas. Esperaremos hasta mañana. Luego haremos las cosas a mi manera.



SEIS

Se hizo de noche, y no fue más segura que el día.

Cayó un profundo silencio. Hasta los cuernos dejaron de resonar. Unos espectros merodearon por la ciudad, olfateando y gimiendo en la oscuridad. El terror se apoderó del mismo aire. Los tres hombres continuaron esperando en la oscuridad del profundo sótano de piedra.

Landerson le había indicado a Mkoll que apagara la linterna y les había dicho a ambos que no hicieran ruido alguno, que no murmuraran ni una sola palabra. Gaunt sintió cómo el frío atravesaba las gruesas paredes. El sótano era tan resistente que podría haber soportado un bombardeo de artillería, pero en la oscuridad parecía frágil y vulnerable, como si lo único que los estuviese protegiendo fuese la tela de una tienda de campaña.

En la noche había seres en movimiento.

El frío traspasaba y fluía través de las piedras, como si lo transmitiese alguna especie de movimiento fluido y rítmico en el exterior. Unos repentinos puntos helados congelaban el aire y la escarcha cubría el techo ya húmedo. Gaunt oyó unos gemidos lejanos, unos murmullos procedentes del exterior, de las calles. También el chirrido del metal de unas cuchillas de unas garras metálicas al rozar contra el suelo y las paredes. De vez en cuando les llegaba un chillido escalofriante o un grito aterrorizado que se cortaba de forma repentina y abrupta.

Se esforzó por no imaginarse lo que podría haber allí afuera, que clase de abominaciones había sueltas por Ciudad Ineuron. La mente le jugaba malas pasadas en aquella oscuridad helada. Empuñaba con fuerza la culata de la pistola bólter y se tenía que esforzar para tranquilizar su agitada respiración.

También se oía ocasionalmente el ruido de unos pies que marcaban el paso en la distancia, el ronroneo de los motores, los ladridos y los gemidos de los sabuesos. Aquellos eran sonidos que indicaban peligro, pero de algún modo parecían sólidos y honrados. Eran peligros a los que se podían enfrentar y contra los que podían combatir.

Sin embargo, los sonidos apagados de los espectros ya eran otro asunto. Luego todo quedó en completo silencio. Gaunt vio por el dial luminoso de su cronómetro que ya habían pasado dos horas de la medianoche. Landerson encendió su linterna. El brillo repentino hirió los ojos de Gaunt.

—Los han retirado —dijo Landerson, hablando por primera vez después de ocho horas en silencio.

—¿Está seguro? —preguntó Mkoll.

A Gaunt le preocupó ver lo pálido y preocupado que estaba el habitualmente tranquilo jefe de exploradores.

—Todo lo seguro que puedo estar —contestó Landerson—. Una vez que son invocados, los lobos metálicos gastan energía con mucha rapidez. Se han marchado de momento.

—¿Se han marchado?

—Se han replegado para recargar energías.

—¿Replegado adónde? —insistió Mkoll.

—A la disformidad, supongo —respondió Landerson—. Es curioso, pero no he tenido nunca la ocasión de preguntárselo. —Se puso en pie, aunque se quedó encorvado a causa de la altura del techo—. Vámonos. Tenemos un hueco de seguridad relativa entre este momento y el amanecer. No lo desperdiciemos.

Los llevó de regreso al túnel inundado a través de la escalerilla de metal y volvieron a vadear la fría agua. Los huesos frágiles y diminutos de las ratas flotaban en el canal formando una capa quebradiza. Miles y miles de ratas convertidas en un lecho flotante de hueso. La luz de la lámpara lo convirtió todo en una corteza blanca y ondulante.

Llegaron a unos peldaños y subieron para salir de la corriente helada. Los peldaños eran resbaladizos y traicioneros. La podredumbre provocada por la humedad cubría las paredes.

Los peldaños estaban cada vez más secos a medida que subían y las manchas de humedad iban desapareciendo. Salieron por una trampilla de madera que daba a una estrecha calle trasera. La noche seguía tranquila y unas estrellas de luz débil titilaban

en el escaso espacio de cielo que era visible entre los tejados que casi se tocaban entre sí. Al oeste se distinguía el resplandor rojizo de los hornos de abenum.

Landerson les indicó por señas que lo siguieran. Llegaron a un cruce de dos calles tranquilas. Un cruce más allá vieron una hoguera encendida dentro de un barril, lanzando luces y sombras a la calle empedrada. Dos excubitores estaban de pie aliado, frotándose las manos.

Los tres giraron a la izquierda y recorrieron la oscuridad de una calle adyacente. Después fueron a la derecha, subiendo por la calle de una colina donde los adoquines estaban desgastados y astillados. Giraron una vez más a la izquierda al llegar a una pequeña plaza donde las plantas habían crecido sin control y habían invadido las estructuras de ladrillo. Landerson les indicó que la cruzaran corriendo. La plaza daba a una calle empinada que corría entre una manufactoría de muebles y una destilería cerrada.

Al final de la calle había una cancela de hierro cubierta por completo de hiedra y musgo. Landerson les ordenó que se pusieran a cubierto.

Una patrulla pasó, acompañada de un vehículo. No eran excubitores sino personal militar. Gaunt vio desde detrás de su escondrijo entre las hierbas las cadenas de un tanque ligero y el desfile de los pies del enemigo. Un foco de luz pasó por encima de él y se dividió al pasar entre los barrotes de la cancela.

Momentos después desapareció, y con ella patrulla.

—Vámonos —les susurró Landerson.

Atravesaron el distrito comercial para llegar hasta el centro de la ciudad. En una de las anchas avenidas vieron pasar un desfile iluminado por antorchas que llenaba el aíre nocturno con el retumbar de tambores y címbalos. Un destacamento mixto de excubitores y de tropas de combate formaba la vanguardia. Muchos de ellos llevaban en alto insignias acabadas en punta y estandartes repugnantes en unos largos mástiles. El grueso de la procesión lo formaban ciudadanos encadenados que marchaban penosamente en largas filas y que, sin embargo, daban palmas y cantaban.

Eran prosélitos. Gaunt se sintió entristecido al ver a tantos. Cada día que pasaba, más y más ciudadanos pertenecientes a la población sometida elegían convertirse a la perversa fe del enemigo. Algunos lo veían como la única posibilidad de sobrevivir. Otros lo consideraban una manera de asegurarse una vida mejor, con mayor libertad y mayores autorizaciones. Gaunt pensó que la mayoría se habían convertido porque el Caos había devorado sus almas confundidas.

Los ordinales encabezaban la marcha hacia el templo Landerson le había dicho que la palabra «ordinal» era un término general que se refería a todos los funcionarios superiores del poder enemigo. Algunos eran sacerdotes, otros eruditos otros burócratas, financieros o mercaderes. Vestían túnicas y tocados de cabeza coloreados y muy adornados. En las manos llenas de anillos sostenían mazas y báculos

ceremoniales. Algunos eran mujeres, otros hombres, en algunos era imposible de distinguir, y unos pocos mostraban mutaciones horribles. Gaunt no sabía, no quena saber de hecho, lo que significaban las variaciones en la ropa y en los ornamentos. Todos eran enemigos. Sin embargo, se sentía intrigado a pesar de todo. A lo largo de su carrera militar se había enfrentado a muchas ciases de guerreros y de devotos de los Poderes del Caos, pero era la primera vez que veía de verdad a los dignatarios y a los funcionarios que ordenaban su cultura y su sociedad. Aquellos eran los demonios que aparecían después de que se apagasen las llamas de la batalla y establecían el gobierno y el control sobre los territorios conquistados por las huestes de guerreros.

Los tres hombres se apresuraron a marcharse en cuanto el desfile pasó y se dirigieron hacia la zona donde se encontraban los edificios del administratum de la ciudad. Las paredes agujereadas de aquel lugar estaban cubiertas de signos pintados y de manchas que formaban palabras sin sentido y extraños dibujos. En una plaza bastante grande, iluminados por unas cuantas hogueras enormes cientos de esclavos humanos trabajaban bajo la atenta mirada de las armas de las escuadras de excubitores. Los esclavos, algunos de ellos subidos a escaleras bastante improvisadas, estaban pintando nuevos signos en las paredes.

—Son suplicantes —susurro Landerson—. O criminales que quieren redimir alguna infracción leve. Trabajan día y noche hasta que caen agotados o pintan una señal que se considere verdadera.

—¿Verdadera? —inquino Mkoll.

—El enemigo no enseña sus signos y símbolos excepto a los convertidos. Se dice que creen que aquellos que están tocados por el Caos sabrán hacer esas señales de forma instintiva. Así que los suplicantes se dedican a hacer marcas y señales pintando todo lo que se les viene a la cabeza. Si hacen alguna marca o señal que los ordinales reconocen, se los llevan para purificarlos y convertirlos.

Tres ordinales iban de aquí para allá entre los grupos de excubitores. Observaban con atención todas aquellas pintadas enloquecidas. Uno de ellos iba montado sobre un caballito mecánico, un artefacto extraño: el grueso del cuerpo se apoyaba en cuatro patas delgadas parecidas a puntales y rematadas en ruedas pequeñas. El ordinal cabalgaba sobre aquella montura dando órdenes por doquier. Recordaba un niño con un juguete de guarderías aunque sacado de una pesadilla. Sin embargo, no había nada infantil en la ametralladora pesada doble que sustituía a la cabeza del caballo.

Se apartaron de la plaza y se pusieron a cubierto en una calle vacía para luego adentrarse en un callejón cubierto situado enfrente. Al otro extremo detrás de una fila de contenedores de basura a rebosar, había una compuerta baja.

Landerson se paró para mirar a Gaunt.

—Esperemos que no hayan descubierto también éste —le dijo.

—Esperemos —contestó Gaunt, que se giró para mirar a Mkoll. Le hizo un gesto

de asentimiento y el explorador desapareció entre las sombras.

Landerson se acercó a la compuerta y llamó. Un instante después, se abrió un poco.

—¿Cómo está Gereon? —preguntó el eco de una voz procedente del interior.

—Gereon vive —contestó Landerson.

—A pesar de sus esfuerzos —respondió el eco. La compuerta se abrió por completo.

Landerson y Gaunt entraron en la oscuridad.

No habían avanzado más de cinco pasos cuando los cañones de unos rifles se les clavaron en la espalda.

—¡Boca abajo! ¡Boca abajo! ¡Ahora mismo! ¡Boca abajo!

—Un momento, hemos…

Se calló de repente cuando la culata de un rifle le dio de lleno en el cuello.

—¡Boca abajo! ¡Ya!

Se tumbaron en el suelo. Varias manos los registraron y les quitaron las armas mientras los obligaban a permanecer boca abajo. A continuación, unas botas les abrieron las piernas a patadas.

—¡Poneos en pie, cabrones! —les ordenó otra voz.

De repente, alguien encendió una linterna y toda la escena quedó iluminada.

—Yo lo estoy, así que yo en vuestro lugar tendría cuidado —les dijo Mkoll desde la entrada sin dejar de apuntarlos con el rifle láser.

—Le pido disculpas, comisario coronel —le dijo la mayor Cirk.

—No es necesario —le aseguró Gaunt—. Comprendo la naturaleza rigurosa de la seguridad en estas circunstancias.

Ella se encogió de hombros.

—Su hombre nos habría matado de todas maneras.

Todos se giraron para mirar a Mkoll, que estaba sentado de espaldas contra la pared de la estancia observándolos con el rifle en el regazo.

—Sí, sí que lo hubiera hecho —comentó Gaunt—, pero por lo que yo sé, es el mejor en lo que hace, así que yo en su lugar no me lo recriminaría demasiado.

La estancia era pequeña y la iluminaba un único fuego químico situado en una esquina. Seis harapientos miembros de la resistencia estaban sentados con Landerson y hablaban en voz baja. Otros dos, armados con rifles de fabricación casera, montaban guardia en la entrada.

—El follón de hoy —le preguntó Cirk—, ¿lo han armado ustedes?

—Me temo que sí —contestó Gaunt—. Tuvimos que enfrentarnos a un par de patrullas cuando intentábamos establecer contacto.

Cirk asintió.

—Han eliminado muchos de los puntos de encuentro después de lo de anoche.

—¿Lo de anoche? —preguntó Gaunt.

Cirk dejó escapar un suspiro. Era una mujer de estatura elevada, de cuarenta y pocos años, con cabello castaño muy corto y un rostro enormemente atractivo, de pómulos altos y labios carnosos. En otro tiempo debió de ser una mujer bella y voluptuosa. La escasez de comida la había hecho adelgazar, lo que le había resaltado los rasgos de la cara, además de los pechos y las caderas. El uniforme no se le ajustaba bien.

—Lo de anoche —contestó Cirk— fue que organizamos un ataque de distracción.

—¿Una distracción?

—Para que pudieran entrar sin problemas, señor.

Gaunt se limitó a asentir. La idea era dolorosa.

—La célula se desplegó y realizó varios ataques en puntos clave para atraer la atención de las fuerzas del archienemigo. La idea era distraerlas para que no se fijaran en el destacamento que debía entrar en contacto con ustedes. Tuvimos éxito.

—Defíname ese éxito.

—Tres objetivos tácticos destruidos. Bajas del cuarenta por ciento. Las represalias acabaron con muchas de nuestras casas activas. Cuatro de nueve aquí, en Ineuron. Y otra media de docena en las afueras, en los complejos agrícolas.

—¿Cuántos muertos?

—¿Muertos? Sumados a los capturados, unos sesenta y ocho.

—Debía entrar en contacto con un coronel llamado Ballerat —la informó Gaunt.

—Ha muerto —contestó Cirk—. Lo mataron ayer por la noche en el ataque con bombas incendiarias contra el Iconoclave. Ahora yo estoy al mando de la célula de la resistencia.

Su voz no mostró emoción alguna, lo mismo que su rostro. Al igual que Landerson, al igual que los demás que había conocido en Gereon, Cirk había sufrido demasiado como para sentir mucho más.

—En realidad, lo hemos dejado por ahora —comentó Cirk—. Ineuron es un lugar demasiado peligroso en estas condiciones. Lo que quedó de la resistencia ha huido, a excepción de algunas unidades como la mía.

Gaunt asintió.

—Esperándonos a nosotros.

Ella asintió a su vez.

—Contactar con ustedes y ayudarlos es una misión vital. Al menos, eso fue lo que nos dijeron a Ballerat y a mí.

—¿Desde dónde? —le preguntó Gaunt.

—No soy yo quien debe decirlo, señor. La resistencia tan sólo sobrevive gracias a que forma compartimentos estancos. A nadie se le dice más de lo que debe saber. De ese modo, si alguno es capturado…

Dejó la frase en el aire.

—Lo entiendo —dijo Gaunt—. Se lo agradezco.

—No hace falta —respondió ella con sencillez.

—Muy bien, pero quiero que sepa que mi gratitud procede de estamentos muy superiores.

—Me es suficiente. ¿Qué es lo que necesita?

—¿Ahora mismo? Necesito ponerme en contacto con el resto del equipo para indicarles que estamos bien.

—¿Llevan comunicadores?

Gaunt asintió.

—De acuerdo. Disponemos de un aparato. No me gusta utilizarlo, pero es mejor que enviar un mensajero fuera de la ciudad en estas circunstancias. ¿Puede ser un mensaje corto?

—Sí, sólo dos palabras. «Plata» y «Esperad».

—Bien. ¿La frecuencia?

—Cualquiera entre dos, cuatro, cuatro y tres, uno en la banda alta y estrecha.

Cirk llamo a uno de los miembros de su grupo una chica rubia y delgada que tenía aspecto de adolescente.

Le dio unas cuantas órdenes precisas y la muchacha desapareció en la noche.

—Muy bien —dijo Cirk a continuación—. ¿Qué más?

Gaunt se quedó callado un momento. Pensó por unos instantes en las discusiones que ya había tenido con Landerson.

—Antes déjeme preguntarle algo: ¿Que piensa sobre la liberación?

Cirk se lo quedo mirando Gaunt se dio cuenta de que era realmente hermosa, pero la mezcla de dolor y de belleza era casi imposible de aceptar. El estigma que le habían marcado en la mejilla estropeaba esa belleza y a la vez le recordaba a Gaunt el veneno que estaba infectando Gereon.

—Por lo que sé, no va a producirse en breve, señor.

—¿De veras?

—Para empezar, no soy tonta. En segundo lugar, Ballerat me informó. No compartimos esa información con demasiados miembros de la célula. Sería malo para la seguridad y malo para la moral. Sé que se encuentran aquí para llevar a cabo una misión de infiltración, no como la vanguardia de una gloriosa invasión de reconquista.

Gaunt suspiro de alivio.

—Me siento aliviado. Decírselo a Landerson fue bastante duro. Odiaría ver ese mismo gesto de decepción en su rostro.

—¿Por qué? —le preguntó ella con cierto interés.

—No soy yo quien debe decirlo —contestó Gaunt.

Cirk sonrió levemente y se recostó.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿No sabe para lo que hemos venido?

—Compartimentos estancos, ¿recuerda? Ballerat y yo sabíamos que era una misión de infiltración, pero no creo que ni siquiera él conociera todos los detalles.

—He venido para matar a alguien —le dijo Gaunt en voz baja.

—¿A alguien en concreto? —le preguntó Cirk—. Por lo que le oído contar a Landerson, ya lleva una bonita lista de muertos.

—Sí —contestó Gaunt—. A alguien muy concreto. Una vieja «amistad».

Cirk se acarició la mejilla y volvió a sonreír.

—Esa última palabra llevaba comillas, si no me equivoco.

—No se equivoca.

—¿Quien es ese hombre?

—Ni siquiera he dicho que fuera un hombre.

—¿Compartimentos estancos, comisario coronel?

—Por supuesto.

—Vale. En realidad, prefiero no saberlo. Esta vieja «amistad». Supongo que querrá encontrarla.

—Si. Necesito que la resistencia nos facilite el viaje hasta las tierras centrales de Lectica.

Cirk soltó un suspiro que mas pareció un bufido.

—¡Mierda! Se conforma con poco, ¿no?

—¿Va a ser un problema?

Cirk se inclino de nuevo hacia adelante. Gaunt percibió el olor a sudor y a suciedad de su cabello corto.

—Si necesitan llegar a las tierras centrales podrían haber escogido un punto de partida mejor que Ciudad Ineuron.

—¿Y eso porqué?

—Porque están a unos trescientos kilómetros al sur de donde quieren estar.

—Lo sé —contesto Gaunt—. Pero se trata de una operación de combustión lenta. La inteligencia de la Guardia Imperial lleva hablando en secreto con la resistencia de Gereon desde meses antes de que partiéramos. La prioridad principal era un punto de llegada seguro. La resistencia nos aconsejó que los pantanos al sur de Shedowtonland serian el mejor lugar para efectuar un desembarco rápido de un transporte. Cualquier desembarco más cerca de Lectica habría sido demasiado peligroso.

—Es cierto —comento Cirk—. ¿Llegaron en un transporte?

—En realidad, descendimos en paracaídas gravitatorios en una pasada de vuelo bajo sobre el pantano.

—Mierda, no tuvo que ser fácil.

—No lo fue. Cuando llego el momento, mi francotirador se negó a saltar. Se llama Larkin. No es el miembro más arrojado de mi equipo.

—¿Qué hizo?

—Le ordene a Brostin, que es el individuo de mayor tamaño del grupo que lo lanzara por la compuerta. Nos lo ha perdonado después.

Cirk se echo a reír. A Gaunt le gustó su risa.

—Cirk, ¿que era antes? Me refiero a antes de que llegara el enemigo.

Ella dudo por un momento y se quedo mirando las pálidas llamas de la hoguera química.

—Era propietaria de una granja. Mi familia tenía dos mil hectáreas al oeste de la ciudad. Cultivaba la variante local del trigo y fruta. Los cabrones prendieron fuego a todos mis huertos.

—¿Cómo te llamas?

—Soy la mayor Cirk de la resistencia de Ineu…

—Te he preguntado por tu nombre. Yo me llamo Ibram.

—Me llamo Sabbatine Cirk.

Gaunt se quedó callado, como si le hubieran soltado una bofetada.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—Te pusieron el nombre por la santa, supongo.

—Por supuesto.

—Allá donde voy, allí está ella para guiarme… —murmuró Gaunt.

—¿Disculpe, señor?

—Nada, nada. ¿Qué hay de lo de Lectica?

—Veré lo que puedo hacer. Tengo una línea de contacto con la célula de Edrian. Es posible que ellos puedan hacerles cruzar el territorio hasta llegar a Lectica. Después de eso, tendremos que confiar en sus contactos en el campo.

—Es un comienzo —dijo Gaunt.



SIETE

Otro lánguido día se alzó sobre el bastión. El pheguth había sufrido el proceso de transcodificación durante buena parte de la mañana. Desolane había oído sus gritos recorrer arriba y abajo los serpenteantes pasillos.

El protector vital se acercó a la habitación de día para revisar la seguridad. La luz entraba desparramándose a través de las ventanas con barrotes. Tres ordinales, ayudados por media docena de guerreros con armaduras verdes laceadas revisaban los informes y ajustaban los puntos de luz en la mesa de mapas.

—¿Algo interesante? —preguntó Desolane.

Uno de los ordinales alzó la vista.

—Ha sido una noche bastante interesante, protector vital. Unos insurgentes han incendiado el templo de Phatima, y una célula de la resistencia ha asesinado a dos ordinales en el pueblo de Brovisia. Fue con una bomba incendiaria. Las represalias de los excubitores han sido rápidas y exhaustivas. Han ordenado que se diezme a la población.

—¿Algo más?

—Ha llegado esto de las provincias meridionales —comentó otro ordinal con una placa de datos en la mano. La tomó y le echó un vistazo.

—¿Ciudad Ineuron? ¿Dónde demonios está eso?

—Al sur de aquí, protector vital, en las tierras pantanosas, cerca del borde de la

zona llamada «Impro». Un centro de cultivo poco importante. Ayer por la noche se produjo una oleada de ataques insurgentes. Se han producido grandes daños. Ya se ha contenido la situación.

—¿Eso cree? —le preguntó Desolane.

—¿Disculpe, protector vital?

—¿Es que no se ha fijado en los detalles? Una patrulla de excubitores aniquilada por completo en la zona de las granjas, y con armas láser. Además de un tiroteo tan violento en la ciudad que despertó a los lobos metálicos.

—El gobierno local tiene el control de la situación, protector vital —declaró uno de los ordinales.

—No saben a lo que se enfrentan —replicó Desolane con un gruñido—. ¿Armas láser? ¡Idiotas! ¿Desde cuándo la resistencia utiliza armas láser?

Los ordinales se quedaron callados. Eran personajes poderosos con grandes influencias, pero temblaban de miedo ante uno de los mismísimos protectores vitales del Anarca.

—Informen a la oficina del plenipotenciario, pero avísenle de que ya nos estamos ocupando de ello.

Los ordinales se inclinaron y se taparon la boca con una mano.

—Servimos a la palabra del Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás —dijeron a coro.

—Y cuando lo hayáis hecho, traedme a Uexkull —les ordenó.

Desolane esperó la llegada de Uexkull en el anexo contiguo a la habitación de día. Dos de los servidores con cuernos del bastión aparecieron al otro extremo del anexo. Llevaban a rastras entre los dos al pheguth desde la cámara de transcodificación. El pheguth estaba temblando y dando arcadas, casi inconsciente.

—¡Tratadlo con cuidado, idiotas! —les gritó Desolane—. Llevadlo a su estancia.

Los servidores asintieron y comenzaron a subir al humano medio desmayado por las escaleras de mármol que conducían a la habitación de la torre.

Pasaron quince minutos antes de que Desolane oyera las fuertes pisadas de unas botas por el pasillo interior. Desolane se puso en pie creyendo que era Uexkull, pero resultó ser Mabbon Etogaur.

Desolane no acababa de sentir simpatía por el etogaur, pero estaba dispuesto a admirarlo. Mabbon Etogaur había dirigido muchas victorias señaladas en nombre del Anarca.

—Etogaur, buenos días —lo recibió Desolane.

—Protector vital, saludos. ¿Es un buen momento para charlar con el pheguth?

—No es el mejor. Lo han estado transcodificando toda la mañana. Estará débil.

—Aun así.

—Suba. Espéreme arriba y lo acompañare para que lo vea.

Mabbon asintió.

—Gracias.

Habían pasado cinco minutos desde la marcha del etogaur cuando apareció, Uexkull. Acompañados por los de otros cuatro marines del Caos, los pasos de Uexkull resonaron por el largo pasillo. De los exhaladores de la parte posterior de la servoarmadura bruñida surgían unas leves volutas de humo. Era mucho más alto que Desolane pero aun así se esforzó por hacer una reverencia.

—Protector vital —dijo Uexkull con voz dura como el cuero seca, tensa e insensible—. ¿Ha requerido mi presencia?

—Si, magir. Me gustaría que le echase un vistazo a esto —le dijo Desolane entregándole la placa de datos.

Uexkull la tomó en el enorme guantelete de la armadura casi con delicadeza. La estudió.

—Disparos de armas láser —grazno.

—Así es.

—Una patrulla entera eliminada.

—Dice mucho ¿no? —indico Desolane.

—Ineuron es un lugar perdido y sin importancia.

—Si, pero allí hay alguien. Probablemente porque es un lugar perdido y sin importancia.

—¿Astartes?

—No no lo creo —contesto Desolane. Le pareció que el enorme guerrero quedaba decepcionado—. Pero sin duda son fuerzas especiales. De Guardia Imperial. Ya sabe lo que debe hacer.

Uexkull asintió.

—Encontrarlos. Matarlos. Roer sus huesos.

—Lo último es opcional —aclaro Desolane.

—Considérelo hecho, protector vital —le aseguro Uexkull.

Los servidores cornudos habían seguido las órdenes de Desolane y habían sacado al pheguth a la terraza. El aire fresco y la luz del sol parecieron sacarlo un poco de su estado abatido y descompuesto, pero una de las mejillas del rostro del pheguth seguía con aspecto flácido, algo que preocupó a Desolane. Quizá estaban forzando demasiado la transcodificación. Debería consultárselo al físico jefe.

La terraza era en realidad un parapeto abierto que coronaba uno de los taludes del extremo norte del bastión. La piedra gris del talud caía trescientos metros hacia el oscuro y desigual foso del fondo. Desde la terraza se podía ver sin ayuda de artefacto alguno hasta una distancia de cien kilómetros de las tierras centrales. Las montañas se alzaban, duras y angulosas, por todos lados. Al oeste llegaban a mayor altura que el

propio bastión y formaban una cadena de cimas nevadas que enmarcaban la lejanía con velos de nieblas y cortinas de nubes bajas.

Más allá de las montañas escarpadas se encontraban las amplias tierras de cultivo de las tierras bajas, que se extendían hasta el horizonte en un largo manto verde jaspeado.

Desolane le llevó una capa al pheguth. Hacía frío en la terraza abierta, sobre todo debido al viento racheado y fresco. El protector vital estaba seguro de que el prisionero no haría nada estúpido, sobre todo porque había ordenado a los servidores que lo encadenaran por el tobillo a una anula de hierro.

—Desolane, ¿crees que intentaría acabar con mi vida? —le preguntó el pheguth—. ¿Qué me suicidaría tirándome al foso?

—No lo creo probable —le contestó Desolane—. Has sufrido y luchado demasiado como para rendirte ahora. Eso me parecería… una debilidad, y no creo que seas una persona débil. Sin embargo, hasta las personas más fuertes tienen momentos de debilidad, y el proceso de transcodificación no ha sido agradable.

—Tienes razón —respondió el pheguth—. La muerte me parece bastante atractiva en estos momentos.

—Quizá un poco de conversación te distraerá. El etogaur desea una, entrevista.

Los servidores condujeron a Mabbon Etogaur a la terraza. Uno de ellos llevaba una bandeja con bebidas. Desolane se retiró, aunque dejó a uno de los servidores de guardia en la entrada.

Mabbon Etogaur se quedó mirando el paisaje durante unos momentos y después le ofreció una mano pálida y suave, tal como había hecho el día anterior.

—Siéntese —lo invitó el pheguth.

Mabbon se sentó al otro extremo del banco de metal.

—¿Cómo se encuentra, señor? —le preguntó.

—No tan bien como querría. Estoy seguro de que los psíquicos procuran ser suaves, pero cada sesión me deja como si hubiera estado a la deriva por el espacio disforme.

—La transcodificación es un mal necesario —comentó Mabbon—. ¿De qué sonríe?

—Me sorprende oírle utilizar la palabra «mal». Conozco muy bien la importancia del proceso. Mi propia vida depende de ello. Si no se puede transcodificar mi mente y desvelar mis secretos, le seré de muy poca utilidad a sus amos.

—Creo que a mí sí me será muy útil —le indicó Mabbon.

—¿De veras? ¿Y sobre qué hablaremos?

—Sobre algo que los dos conocemos bien —contestó Mabbon Etogaur—. Sobre los ejércitos.

Ana Curth se enjuagó la boca con el agua que quedaba en la cantimplora y después la escupió entre los matojos. Llevaban metidos en los silos de grano un día y una noche, y el interior rancio y polvoriento, que durante el día se había convertido en un interior rancio y polvoriento y caluroso, la había dejado con la garganta irritada y la nariz casi tapada. Le rezó al Dios Emperador para que la exposición prolongada a las esporas de los mohos y demás podredumbre allí reinante no hubiese empeorado las fiebres que empezarían a sufrir en muy poco tiempo.

Era agradable estar fuera, al menos por un rato. Bonin había encontrado un pequeño pozo de piedra en el terreno colindante a la propiedad. El agua que salía no era exactamente potable, pero podía purificarse de un modo adecuado con las pastillas descontaminantes que llevaban en las mochilas. Curth, que estaba desesperada por respirar un poco de aire fresco, se había ofrecido voluntaria para llenar las cantimploras de agua.

Ya casi era mediodía. El sol brillaba con fuerza, así que se sintió agradecida por la sombra que ofrecía el camino. Los árboles se alineaban al borde del terreno embarrado y los insectos zumbaban entre los matorrales y las flores. El terreno, el barrizal, se estaba secando bajo el sol y emitía un fuerte y desagradable olor fecal. Otro hedor más fuerte todavía procedía de un pozo de almacenamiento que estaba a mitad de camino.

A pesar de ello, estaba de mejor humor, y no era tan sólo por respirar aire puro. Después de toda una noche de espera, por el comunicador les llegó un mensaje poco antes del amanecer. Curth había empezado a pensar que jamás vería de nuevo a Gaunt o a Mkoll. Aquellos ruidos que habían oído procedentes de la ciudad durante toda la noche…

Hasta Rawne parecía preocupado. En cualquier otra ocasión, la noticia de que Gaunt había muerto y de que él estaba al mando hubiera sido como si le dieran todas las pagas de su vida de una vez, pero allí no, en esa situación, no.

El pozo consistía en un pequeño poste de piedra colocado sobre un agujero cubierto por una rejilla metálica. El poste tenía adosado un grifo de hierro. Curth lo encontró con facilidad. Se había acercado con las cantimploras pegadas al cuerpo para que no hicieran ruido. Quitó unos cuantos hierbajos que había en la boca del grifo y abrió la llave. Un chorro de agua sucia surgió tras unos cuantos gorgoteos.

Desenroscó el tapón de la primera cantimplora, la llenó y le metió una de las píldoras descontaminantes antes de cerrarla de nuevo. Luego la sacudió con fuerza para que se mezclara bien todo. La primera. Empezó a repetir el proceso con la segunda.

Estaba a punto de comenzar a llenar la cuarta cuando oyó un sonido que la hizo cerrar el grifo y darse la vuelta para escuchar en silencio. Era un motor. Estaba segura de que había oído el ruido de un motor en d camino. Había pasado algo de tráfico a lo

largo de toda la mañana, y en cada una de las ocasiones se habían ocultado.

No pasó nada por la carretera. Habría sido su imaginación, o el sonido de algún animal entre los árboles.

Recogió la cuarta cantimplora del suelo y se dispuso a abrir el grifo. Una mano le tapó la boca.

Curth se quedó rígida por el miedo.

—Soy yo —le dijo un susurro al oído—. No hagas ningún ruido.

La mano se apartó y ella se dio la vuelta. VarI estaba a su espalda con un dedo en los labios. Este vio la pregunta en los ojos de Curth y le señaló al camino. Ella no logró ver nada.

Varl rodeó el pozo. Todavía llevaba el rifle colgado al hombro, pero había desenfundado la pistola con silenciador. Le indicó por señas que lo siguiera. Ella lo hizo, esforzándose por recordar las técnicas básicas de sigilo que Mkoll le había enseñado en la preparación previa a la misión.

Se metieron entre los matorrales más espesos que había entre los árboles. El camino era un espacio abierto bañado por el sol visible entre los troncos negros. Varl se detuvo de forma tan repentina que Curth chocó con él. Su compañero tiró de ella hasta que quedaron de rodillas entre la maleza.

Una figura, poco más que una silueta, pasó avanzando por el camino. La silueta tenía ángulos agudos: una mochila, un casco, hombreras, un arma. Avanzaba con lentitud hacia los silos. Menos de un minuto después pasó una segunda silueta.

VarI vio con más claridad a la segunda silueta. Llevaba puesta una armadura de combate de color verde reluciente y la insignia de su unidad en las hombreras: una boca humana que cantaba o que chillaba.

Un equipo militar.

Varl avanzó a rastras por la maleza y consiguió tener una buena vista del camino polvoriento y soleado. A unos doscientos metros de donde se encontraban había un transporte de cuatro orugas aparcado a la sombra de unos árboles talix bastante grandes. Una escuadra de soldados enemigos, una docena al menos según contó Varl, estaba desplegándose por la carretera en dirección a los silos.

¿Qué era aquello? ¿Una patrulla que los había encontrado por casualidad? ¿Una traición? ¿O es que habían revelado de algún modo su escondrijo? Varl se pegó más todavía al suelo y se esforzó por pensar con claridad. Curth lo estaba mirando y vio que cada vez había más miedo en sus ojos. No podía arriesgarse a utilizar el comunicador, ni siquiera un simple chasquido. El enemigo también disponía de comunicadores y era muy posible que estuviese a la escucha.

De nuevo le indicó por señas que lo siguiera y regresaron por el mismo trayecto que habían recorrido antes, en dirección al pozo. Tendrían que colarse entre el enemigo para llegar al patio trasero y avisar a sus compañeros.

Curth lo agarró del brazo. Otro soldado enemigo acaba de ponerse a la vista en el sendero lleno de matojos que había al lado del pozo. La fuerza enemiga se había desplegado en parte entre los árboles. No había forma, ni una sola forma de feth, de que Varl consiguiera llegar a los silos sin que lo vieran.

Cerró los ojos.

«Piensa, hombre, piensa…».

Varl rodeó una mano con la otra con los dedos doblados de un modo extraño y se las llevó a la boca. Curth lo miró como si se hubiera vuelto loco.

Se puso a silbar.

Brostin estaba de pie bajo la sombra de unos árboles en la parte posterior de los silos. Le había dicho a Rawne que iba a echar una meada, pero lo que en realidad quería era aplacar su ansiedad. Sacó un pitillo de Iho del paquete impermeable y se lo puso entre los labios. Ven había sido muy dato respecto a aquello: nada de fumar, bajo ninguna circunstancia. Lo que Brostin hubiera dado por encender el pitillo. Y no por darle una calada. No. Lo que de verdad deseaba era tener entre las manos la pequeña Rama. A menudo, Larkin lo llamaba pirómano. Como si eso fuese algo malo.

—No vas a encender eso, por supuesto —le preguntó Bonin en voz baja.

Brostin se sobresaltó. Los exploradores de feth, como siempre, apareciendo de repente de la nada.

—Por supuesto que no —contestó.

—Por supuesto que no —repitió Bonin como un eco poniéndose bajo la sombra a su lado.

—Sólo quería recordar la sensación.

—Está bien.

De repente, Bonin se puso tenso y a la escucha.

—¿Has oído eso? —le preguntó con un susurro.

—¿El qué?

—Eso. Ahora.

—Mmmm. Ah, sí. Un partetroncos. Probablemente estará anidando. Bonin desenfundó la pistola.

—Entra y díselo a Rawne.

—¿Que le diga a Rawne qué?

—¿Desde cuándo hay partetroncos de Tanith por aquí…, o ya puestos, en ningún lugar?



OCHO

El soldado enemigo se paró cerca del pozo y miró a su alrededor, entre los matorrales. Había oído el extraño silbido ululante. Alzó el arma hasta el pecho y siguió avanzando.

Varl y Curth, tumbados bajo los matorrales, se quedaron tan quietos como pudieron. Lenta, muy lentamente, VarI desenvainó el cuchillo de combate.

El soldado con armadura se detuvo de repente y bajó la mirada. Curth sabía con certeza lo que había visto. Diez cantimploras de la Guardia Imperial sobre la hierba que había al lado del pozo.

El soldado se agachó a la vez que se llevaba una mano al casco para activar el comunicador.

Varl se abalanzó sobre él y lo derribó. Intentó clavarle la hoja de plata, pero el cuchillo rebotó de lado contra la hombrera de la armadura. El soldado se defendió y echó a un lado a VarI. El guerrero de Tanith no se amilanó y le clavó el cuchillo por debajo del barboquejo del casco. Su oponente rodó sobre sí mismo agarrándose la garganta con las dos manos. La sangre salía con más fuerza que el agua del grifo. El soldado enemigo consiguió ponerse en pie gorgoteando. Varl lo agarró por los hombros y lo estrelló de cara contra el extremo del poste de piedra. Se oyó un crujido muy desagradable.

Varl agarró el peso muerto antes de que cayera al suelo y lo arrastró hasta meterlo

entre la maleza. Luego regresó a por las cantimploras antes de repetir la llamada de aviso.

En silencio aguijoneados por las rápidas señales con las manos, la patrulla se desplegó alrededor de los silos. Los insectos zumbaban bajo el fuerte sol del mediodía. Las pesadas botas militares apenas hacían ruido sobre la tierra seca. Algunos se dirigieron a la parte delantera de los silos mientras que otros cruzaron el sendero y se acercaron por la parte posterior, con las armas preparadas. Llegaron a las desconchadas puertas de los silos en grupos de dos.

El largo campo de cultivo acababa en una línea de árboles. Toda su extensión estaba cubierta por estructuras de madera estropeadas donde habían crecido arbustos de bayas. Un estiércol orgánico y podrido cubría la parte inferior de las estructuras.

Cirk comprobó con rapidez dónde se encontraban y condujo al grupo hasta la cobertura que ofrecía el seto que delimitaba el campo. Con ella iban dos miembros de su célula de resistencia además de Gaunt, Mkoll y Landerson.

—Ya estamos cerca —les dijo—. El camino está detrás de esos árboles y el complejo agrícola está en esa dirección, a un kilómetro más o menos.

Mkoll asintió. Aquello concordaba con el mapa mental que había confeccionado y que no solía fallarle. Los bosques cambiantes de Tanith habían inculcado un sentido de la orientación casi infalible en sus habitantes.

—Ya deberíamos estar dentro del alcance —dijo Gaunt ajustando su microcomunicador—. Aquí uno —llamó.

Se produjo una pausa. Un momento después, llegó la respuesta. Una única palabra: «Bragg».

Luego la comunicación se cortó por completo.

—Tenemos problemas —le dijo a Cirk.

El comandante de la patrulla, que tenía el distinguido rango de sirdar, avanzó por el sendero y comprobó el despliegue de sus hombres. Sudaba de calor dentro de la ceñida armadura y le deseó un destino peor del que ya les había caído con ellos a aquel apestoso mundo. Su unidad, junto a otra docena como ella, había salido de la guarnición de Ciudad Ineuron a primera hora de la mañana con órdenes de registrar toda la zona de campiña que rodeaba la población. Aquello era sin duda una misión para los equipos de excubitores, no para las tropas de combate. De todas maneras, lo cierto es que las alarmas que habían sonado la noche anterior habían sido extremas, y se decía que la respuesta militar la había ordenado uno de los ordinales superiores. Otro informe decía que el propio Uexkull estaba en camino para ponerse al mando de las operaciones, y lo último que quería cualquier comandante sirdar era que aquel

monstruo pensase que no estaba cumpliendo su deber.

Ya habían registrado seis granjas abandonadas esa mañana. Aquella no parecía prometer nada distinto, pero el sirdar cumplía las órdenes recibidas. Habían dejado el transporte un poco más arriba de la carretera y habían avanzado a pie y en silencio, en una operación de despliegue.

Llegaron al patio. Estaba a punto de dar la orden de entrar. La escuadra de flanqueo ya estaba entre las zanjas del lado de los arboles. Todo el lugar estaba rodeado, aunque por lo que parecía, uno de los miembros de la escuadra había desaparecido. Probablemente se habría perdido entre los arboles. El sirdar decidió que cuando el soldado apareciera lo mataría en persona para ahorrarle el trabajo a Uexkull.

Alzo una mano y se quedó quieto había oído con claridad una señal de comunicador, y no había sido su escuadra. Tan solo la resistencia disponía de comunicadores.

El comandante sirdar sintió un estremecimiento. Habían dado con algo. Desenfundo la pistola y realizo tras rápidos gestos con la otra mano posible contacto, respuesta letal, adelante.

Sus tropas entraron en los silos.

Una de las puertas de los silos salto desencajada con el borde hecho astillas. Dos soldados con armadura entraron en la penumbra con las armas en alto. Avanzaron con las botas haciendo crujir el suelo. Allí no había más que pilas de grano podrido. Uno miró hacia arriba. Vigas, postes de madera. Sombras y telarañas. El lugar estaba vacío. Se dieron media vuelta para marcharse.

Bonin y Feygor, con los cuchillos en la mano surgieron de los montones de cosecha podrida con los granos cayendo a chorros por el cuerpo y los agarraron por el cuello.

El pestillo de la puerta del cobertizo de almacenaje salto a la primera patada. El primer soldado en entrar en la penumbra encendió una linterna y paso el rayo de luz por todo el lugar mientras sus compañeros lo cubrían con las armas de asalto. El espacio principal estaba ocupado por montones de cajas de madera mohosas. El suelo estaba cubierto de sacos de cáñamo usados. El segundo par de soldados entro en un anexo de menor tamaño donde había una vieja máquina trilladora desmontada. Oyeron un golpe sordo en la estancia principal y retrocedieron para ver que había pasado.

El lugar estaba vacío. No había señal alguna de la otra pareja que había entrado en el cobertizo. Los soldados avanzaron con cautela. Pareció que una sombra pasaba por delante de una de las ventanas amarillentas y cubiertas de suciedad y se dieron la vuelta con rapidez para enfrentarse a lo que fuera.

Pero Mkvenner estaba detrás de ellos.

Agarró a uno por los bordes del casco, que llevaba ceñido con fuerza, y le partió el cuello con un solo giro. El cadáver cayó con un ruido apagado sobre el saco que Mkvenner había puesto en el suelo. Mkvenner ya se había girado antes de que llegase al suelo y con el cuerpo inclinado hacia un lado le propinó al otro soldado una patada con la pierna derecha en plena garganta. El soldado trastabilló hacia atrás, incapaz de respirar, ni siquiera de gritar. Cayó de rodillas con la cabeza inclinada hacia adelante y Mkvenner le golpeó el cuello descubierto con los dedos. Aquello lo remató con un chasquido muy parecido al entrechocar de unos dados de hueso. El individuo se desplomó hacia adelante y Mkvenner arrastró ambos cuerpos para ponerlos detrás de las pilas de cajas, donde ya estaban los otros dos.

El último silo parecía vacío. Los dos soldados a los que les había tocado registrarlo se acercaron al montón de grano apestoso y lleno de moho mientras buscaban algún sitio donde pudiera esconderse algo más grande que una rata.

El cable bajó estremeciéndose desde el techo y el lazo del extremo rodeó a la perfección el cuello de uno de ellos. Criid ya había tirado con fuerza del cable antes de que pudiera lanzar un grito de sorpresa. El enemigo se alzó por los aires pataleando y con las manos en la garganta.

Criid dejó que la gravedad hiciera el resto. Saltó de la viga y arrastró el cable. El soldado subió como si fuera un contrapeso mientras el cable se deslizaba sobre la viga, sosteniéndose allí con firmeza debido a que la fricción cortó la madera y se encajó en ella. El otro enemigo se dio la vuelta y se quedó mirando asombrado cómo su compañero ascendía antes de darse cuenta de que Criid se balanceaba hacia él. Lo lanzó de una tremenda patada contra el montículo de grano. Criid soltó el cable. El lazo cortante ya había acabado con el otro. El cuerpo cayó estremeciéndose contra el suelo.

La sargento aterrizó sobre el otro soldado. Lo inmovilizó por los hombros y le enterró la cara en el grano podrido con la mano agarrándolo por el cuello. Su oponente se quedó inmóvil después de una breve lucha.

¿Sería un truco? El cuchillo de Criid se encargó de que no lo fuera.

El sirdar de la patrulla se dio cuenta de repente de que algo no iba bien. No había señales de contacto alguno, no había resonado ningún disparo, pero sus hombres no salían de los silos y de los cobertizos donde habían entrado.

Indicó con un gesto violento que el resto de sus hombres cruzaran el patio. Los que estaban cubriendo la parte posterior rodearon los edificios por los costados.

El soldado que estaba al lado del sirdar cayó de espaldas. El sirdar se dio la vuelta furioso, dispuesto a soltarle una feroz reprimenda, cuando vio el pequeño agujero ensangrentado en el visor del soldado.

En el tejado del silo, protegido por el remate de un conducto de ventilación, Larkin apuntó con cuidado de nuevo y disparó otra vez. Utilizar la pistola con

silenciador no lo satisfacía, pero al menos era todo un desafío. No era tan sólo cuestión de acertar a los objetivos. Llevaban puestas armaduras, lo que les permitiría detener una bala de pequeño calibre, sobre todo si había perdido potencia por un silenciador. Lo artístico era apuntar realmente bien y acertarles donde eran vulnerables. En el visor, en la garganta, en el hueco que existía entre la placa pectoral y la hombrera. Larkin disparó tres veces más y abatió a dos enemigos más sobre el barro cocido del patio.

Uno de los soldados enemigos, que llegaba procedente del costado de uno de los silos más cercanos a la carretera, se giró al oír un fuerte golpe a su espalda. Vio que al hombre que iba justo detrás lo habían derribado de un tremendo porrazo en la cabeza que le había partido el casco. Brostin, sonriente y animado, blandió de nuevo el viejo mayal que había encontrado en un cobertizo y estampó al segundo enemigo contra la pared del silo. Los maderos se partieron por el fuerte impacto. Rawne se puso en pie desde su escondite entre la maleza y acabó con los otros dos antes de tuvieran tiempo de apuntar contra Brostin. La pistola con silenciador sólo tuvo que disparar dos veces.

A continuación, corrieron para llegar al final del sendero y añadieron su silenciosa potencia de fuego a la de Larkin. Los últimos soldados enemigos cayeron sobre el patio de la granja.

El sirdar ya había echado a correr acompañado por el otro único superviviente. El silencioso francotirador del tejado atravesó de un disparo la garganta del soldado en el preciso instante que llegaban a las últimas construcciones, pero el sirdar consiguió ponerse a cubierto. Manoteó con el comunicador del casco mientras buscaba una frecuencia despejada. Tenía que avisar a alguien. Tenía que ponerse en contacto con las demás unidades y…

Nada. El comunicador estaba muerto, como si lo estuvieran interfiriendo. ¿Cómo era posible?

El sirdar vio en el suelo cubierto de paja del cobertizo que tenía delante un comunicador de campaña imperial del tipo de infantería. Estaba encendido y activado, con todos los mandos ajustados para que emitiera estática como para anular las comunicaciones, al menos aquellas de las inmediaciones de la granja.

El sirdar dio un paso hacia el aparato.

Alguien le colocó el silenciador de una pistola contra la sien.

—¿Pasa algo raro, señor? —le preguntó Beltayn antes de apretar el gatillo.



NUEVE

—Aquí uno —dijo Gaunt en voz baja.

Llevaban escondidos y a la espera más de quince minutos, y ya era la tercera vez que intentaban ponerse en contacto. Al menos, en esos momentos se oía algo en la frecuencia que sugería que ya había comunicaciones. La estática repentina los había preocupado a todos.

—Aquí uno —repitió.

—Plata.

Se pusieron en marcha y avanzaron con rapidez por la zanja de desagüe del lado del campo de la carretera. Mkoll iba en vanguardia. Un poco más adelante se encontraron con el vehículo de transporte de cuatro orugas aparcado en un claro polvoriento bajo las copas de los árboles.

Mkoll miró a Gaunt.

—Tropas de ocupación —murmuró Cirk.

Siguieron avanzando y cruzaron con cautela el sendero reseco que llevaba a los silos del complejo agrícola destrozado. El lugar estaba tranquilo y en silencio bajo la tarde calurosa. Los insectos zumbaban. El calinoso cielo contaminado había tomado un color cobre tóxico entremezclado con nubes de aspecto enfermizo.

Mkoll alzó de repente el arma. Bonin apareció desde detrás de una valla baja. Les sonrió.

—Me alegro de veros —les dijo.

Echaron a trotar para reunirse con él. Bonin palmeó la mano extendida de Mkoll en un sencillo saludo y luego los llevó por el sendero que llevaba a la parte posterior de los silos.

Rawne y los demás estaban arrastrando los cadáveres enemigos hasta el patio de la granja y amontonándolos allí. Feygor y Brostin estaban ocupados registrando los bolsillos y las mochilas en busca de algo útil…, o valioso. La mayoría de los objetos los tiraban a un lado: amuletos repugnantes, textos impíos impresos en pequeños libros de rezos, raciones incomibles o imposibles de explicar. Hasta las monedas de oro perdían su atractivo para saqueadores veteranos como Feygor cuando llevaban estampada una de las marcas de los Poderes del Caos.

—¿Habéis estado ocupados, mayor? —le preguntó Gaunt. Rawne alzó la mirada y se encogió de hombros.

—Vinieron a echar un vistazo, así que les recibimos con un poco de hospitalidad de Tanith.

—¿Algún superviviente? —le preguntó Mkoll.

Rawne lanzó una mirada asesina al sargento de exploradores.

—Mkvenner está registrando la zona para comprobarlo, pero creo que hemos sido muy cuidadosos.

—Y muy discretos —añadió Feygor.

Cirk se quedó mirando los cuerpos enemigos y alzó las cejas.

—Es toda…, toda una unidad —dijo por fin.

Rawne se encogió de hombros.

—No dispararon ni una sola vez. Y no hicimos ningún ruido. —Se giró hacia Gaunt—. ¿Quién es? —le preguntó.

—El contacto que andábamos buscando. Mayor Rawne, mayor Cirk.

Ambos asintieron a modo de saludo.

—Los otros están con ella. Acreson y Plower. Se llaman así, ¿no?

Cirk asintió de nuevo. Los dos miembros de la célula de resistencia que la habían acompañado estaban saludando en ese momento a Purchason y a Lefivre. Era evidente que la resistencia era un grupo muy unido.

—En cuanto no se presenten a su hora de regreso, el enemigo empezará a buscarlos —comentó Cirk señalando con un gesto a los muertos.

—Nos habremos ido mucho antes —la tranquilizó Gaunt—. Rawne, reúne a toda la gente y que estén preparados para partir. La mayor Cirk nos guiará hasta el siguiente punto de contacto.

—Genial. Estoy cansado de esperar —dijo Rawne.

—¿Hay algún sitio donde podamos esconder los cadáveres? —preguntó Gaunt en voz alta.

—¿En los silos? —sugirió Bonin.

—Será el primer sitio en el que mirarán —respondió Cirk.

—Hay un pozo de almacenamiento un poco más allá —dijo Varl mientras se acercaba limpiando el cuchillo con un poco de paja.

—Pues venga —dijo Gaunt.

Brostin, Van, Feygor y Bonin comenzaron a llevarse los cuerpos por el sendero.

—¿Qué hacemos con el vehículo de transporte? —preguntó Landenson—. Eso no va a ser tan fácil de esconder.

—Nos vendría bien un transporte —comentó Mkoll en voz baja. Gaunt lo miró un momento.

—Es lo bastante grande —añadió Mkoll—. Y es menos probable que paren a un vehículo militar.

Gaunt se quedó pensativo unos momentos y luego miró de reojo a Cirk. Esta se encogió de hombros antes de contestar.

—Es un riesgo, pero todo lo es por aquí. Lo que es seguro es que ahorraríamos tiempo en el viaje. La provincia de Edrian está a más de sesenta kilómetros de aquí. Calculé que tardaríamos un par de días en llegar allí a pie.

—Nos llevaremos el transporte —decidió Gaunt—. Al menos, de momento. Podemos abandonarlo si es necesario. Varl y Feygor tienen algo de experiencia en conducir vehículos pesados. —Se giró y llamó a gritos a los hombres que estaban tirando los cadáveres al pozo—. ¡Varl! ¡Guarda dos armaduras! ¡Por lo menos los cascos y las hombreras!

—¡Sí, señor! —contestó Varl a gritos—. ¿Podemos lavarlas antes?

—¡Haz lo que tengas que hacer!

Gaunt cruzó el patio del lugar y se reunió con Curth. Estaba sentada en el palo principal de un viejo arado y comprobaba el contenido del nartecium.

—Me alegro de que hayáis vuelto —le dijo. Era evidente que lo decía de corazón.

—¿Algún problema?

—¿Aparte de lo obvio? —le contestó, señalando con un gesto de la cabeza a los muertos.

—Me refiero al tipo de problema que un cirujano militar le comenta al comandante de la misión.

—La fiebre es cada vez más fuerte. Beltayn y Criid ya se quejan de resfriados de cabeza, como si tuvieran fiebre del heno. A Feygor le ha subido la temperatura, aunque no lo admitirá, y parece que tiene una infección alrededor del implante de voz de la garganta. Le he puesto otra inyección y le echo un vistazo de vez en cuando. Larkin dice que está bien, pero duerme mal. Tiene pesadillas. Lo he oído hablar con Bragg en sueños. Habla con los muertos. Eso no puede ser buena señal.

—Si hablamos de Larks, eso es casi normal.

Ella sonrió ante aquella broma cruel.

—Brostin está de mal humor. Sólo irritable.

—También es casi normal. Es una defensa. Brostin estaría fumando un pitillo detrás de otro en condiciones normales.

—Ah —dijo antes de quedarse callada un momento—. Lo entiendo.

—¿Algo más?

—Todo el mundo está cansado. Es algo más que una simple fatiga normal. Y todos tienen una reacción alérgica —dijo mientras se arremangaba. El antebrazo de color pálido mostraba una erupción enrojecida, parecida a la provocada por un calor intenso—. Me pregunto si serán las esporas de esos puñeteros silos.

Gaunt negó con la cabeza antes de abrirse el cuello de la camisa para mostrarle un enrojecimiento similar en la base de la garganta y en una clavícula.

—Todos lo tenemos. Se trata de una reacción alérgica, sí, pero es a este mundo. A la impureza. Cirk dice que afectó a todo en el mundo en Gereon en las semanas posteriores a la invasión. Cuando desaparezca…, es cuando empezaré a preocuparme, porque eso querrá decir que nos hemos acostumbrado.

—¿Cuando habremos quedado mancillados? —le preguntó ella. Gaunt se encogió de hombros.

—La mayor Cirk —dijo ella mientras giraba la cabeza para mirar a la oficial de la resistencia, que estaba hablando con Landerson y sus otros hombres—, es una… mujer atractiva, ¿verdad?

—La verdad es que no le he prestado mucha atención a eso —contestó Gaunt.

—Será mejor que te haga una revisión —le dijo ella poniéndose en pie—. Por lo que parece, las impurezas de Gereon te han hecho desaparecer las hormonas.

Gaunt soltó una risa.

—Hazte tú una también, Ana. Es posible que Gereon tenga alguna cepa contagiosa de celos.

—Ya te gustaría, comisario coronel —le contestó ella con una sonrisa antes de marcharse.

Gaunt la observó mientras se alejaba. Pensó en sus propios sueños. Hacía mucho tiempo que se veían asaltados por la presencia de la santa, por Sabbat. Le parecía que la llevaba metida en la cabeza desde siempre, desde las increíbles cimas montañosas de Hagia hasta los bosques de Aexe Cardinal. Lo había guiado, lo había conducido, lo había confundido. A veces soñaba con Sanian, aunque a veces aparecía el pobre Vamberfeid, sangrando por las nueve heridas sagradas que había sufrido en el santuario en representación de la santa.

La vida y el destino de Gaunt ya estaban ligados a la santa. Lo sabía con toda certeza. Lo había ordenado alguna clase de poder superior, y esperaba con toda su alma que ese poder estuviera sentado en un trono dorado.

Herodor, el maldito Herodor, hacía un año casi exacto en esas fechas, había sido un baño de lágrimas. Gaunt había supuesto que encontrarse cara a cara con la Santa Encarnada habría exorcizado sus sueños. Sin embargo, los sueños habían sido peores desde entonces. La santa lo visitaba en toda su gloria mientras dormía, tan bella que lo hacía llorar hasta el punto de levantarse con la cara llena de lágrimas. Varias figuras formaban su séquito, gente que apenas entreveía en la neblina que inundaba las visiones. Eran personas que echaba mucho de menos. A veces era el viejo Slaydo, encorvado y pálido. Bragg, el querido «Prueba otra vez». Bragg, que miraba a su alrededor sorprendido por la oscuridad. En ocasiones, pero en muy pocas, Colín Corbec, soltando risotadas y haciéndole gestos para que se reuniera con ellos. Detrás de él, cada vez que aparecía, esperaba con las armas al hombro una orgullosa guardia de honor de Fantasmas de Tanith: Baifeis, :Adare, Lerod, Blane, Doyl, Cocoer, Cluggan, Gutes, Muril…

Gaunt se esforzó por echar a un lado aquellos recuerdos. Sintió que un sudor frío le bajaba por la espalda a pesar del calor asfixiante que azotaba el patio de la granja. Fantasmas que había creado y que luego había convertido en Fantasmas.

Lo más terrorífico de todo lo que recordaba era el grito. El sueño donde todo estaba oscuro y una voz de hombre gritaba de forma desconsolada. ¿Quién era? ¿Quién era? Le parecía reconocer la voz, pero…

Parecía tan desamparada y lejana…

Y ni una vez, ni una sola vez desde Herodor, había soñado con el rostro que más echaba de menos, más incluso que el de Colín. Brin Milo jamás había aparecido en ninguno de sus sueños.

Había un detalle final que lo tenía inquieto. Desde el mismo momento que había aterrizado en Gereon, no había soñado en absoluto. Meses y meses de sueños, de caras y de miedos, y ya no soñaba en absoluto, como si los espíritus que lo vigilaban no pudieran llegar hasta él en aquel planeta envenenado.

Por eso había respondido de un modo tan intenso a Cirk. A Sabbatine Cirk.

Había sido la primera indicación que había tenido desde la llegada de que la santa no lo había olvidado.

—¿De verdad tenemos que pasar hoy otra vez por esto? —preguntó el pheguth con un suspiro.

—Así es —le contestó Desolane—. Tienes que hacerlo, pheguth.

—Estoy cansado.

—Lo sé —le contestó Desolane. Había algo parecido a la compasión en la voz musical del protector vital—. Sin embargo, han llegado ciertas exigencias. El Plenipotenciario Isidor se encuentra bajo presión del mando de la hueste. Se dice que el propio Anarca en persona, a quien servimos y cuyas palabras ahogan a todas las

demás, está frustrado por la falta de progresos. Pheguth, como recurso eres muy prometedor, pero todavía tienes que mostrar parte de tu valor. Es posible que el Gran Sek te considere un desperdicio de esfuerzo y que te ejecute si no entregas tus secretos.

El pheguth pensó en ello y en su rostro apareció una leve sonrisa. La conversación que había tenido con Mabbon Etogaur había revelado mucho sobre los planes del Magister Sek. Quizá demasiado. Para el pheguth era evidente que el Magister Anakwanar Sek, el señor de las huestes, el Anarca, señor de la guerra escogido por el propio Arconte Urlock Gaur, tenía ideas muy ambiciosas. Sek quería poder. Quería control. Quería el mando. Y el muy cabrón consideraba que el general traidor era un instrumento clave en la obtención de ese poder.

El pheguth recordó algunas de las reuniones a las que había asistido como oficial superior de la Guardia Imperial. La cruzada había acabado en Balhaut con Nadzybar, que era el Arconte de la horda del Caos. Las fuerzas del archienemigo, desmoralizadas y en plena retirada, se habían visto azotadas por luchas intestinas por la sucesión. Las distintas facciones del Caos se enfrentaron por la elección de un nuevo arconte. Muchos de los señores de la guerra y magisters se habían visto envueltos en esa guerra: Nokad el Apestado, Sholen Skara, Qux de Los Sin Ojos, Heritor Asphodel, Enok Innokenti. Se rumoreaba que habían muerto más tropas del archienemigo en aquella guerra de sucesión intestina que en los combates contra los soldados de la cruzada.

De todos los contendientes, Nokad tenía el carisma, Asphodel el temperamento y Qux el mayor número de tropas fieles, pero Sek, Anakwanar Sek (cuya palabra servimos, se recordó a sí mismo el pheguth, y cuyas palabras ahogan a todas las demás) era la elección más evidente. Ningún otro magister era un estratega de combate tan brillante. El dominio de Sek sobre la táctica y el liderazgo era incomparable, mejor que el de Slaydo, mejor que el del propio Macaroth.

Malditos fueran el nombre y la vida del señor de la guerra.

Sin embargo, había sido Gaur, un señor de la guerra casi desconocido procedente de los límites de los Mundos de Sabbat, quien había acabado siendo el arconte. ¿Por qué? Porque poseía lo que ninguno de los otros magisters tenía, ni siquiera el gran y blasfemo Sek.

Lo que Urlock Gaur puso sobre la mesa fue una fuerza militar disciplinada, entrenada y refinada. Los demás magisters estaban al mando de enormes legiones de adoradores enloquecidos y de fanáticos. Unas fuerzas impresionantes, pero carentes de control y vulnerables al poder bien dirigido de la Guardia Imperial.

La hueste de Urlock Gaur se llamaba el Pacto Sangriento. Los miembros de la misma le habían jurado fidelidad y eran absolutamente leales. Llevaban el cuerpo marcado de forma ritual por los bordes aserrados de la armadura del propio Gaur.

Tenían disciplina, blindados, capacidad táctica y una gran habilidad de combate. De hecho, eran un ejército, no una hueste.

El pheguth jamás había visto al Pacto Sangriento en acción, pero había leído los informes de inteligencia. Era la peor pesadilla de la humanidad, una fuerza de los Poderes del Caos guiada y dirigida siguiendo modelos militares. Podía enfrentarse y vencer a la Guardia Imperial en su propio campo, derrotándola por completo.

La razón era muy sencilla: el Pacto Sangriento se basaba por completo en la estructura de la Guardia Imperial.

Tomaban las armas y los blindados, incluso robaban los uniformes. Seducían a guardias imperiales para que entrasen en sus filas y los convertían en traidores, apropiándose de sus habilidades. Era una fuerza a la que el Imperio debía tener en cuenta y que le había asegurado el cargo de arconte a Gaur.

Que el Trono los maldijera, pero era incluso posible que tuvieran la capacidad de expulsar a la cruzada de Macaroth de los Mundos de Sahbat. Y eso, simplemente eso, era lo que Sek quería. Envidiaba a Gaur por su éxito. Sek quería, deseaba, ansiaba que lo nombraran arconte. Esperaba su momento y fingía ser un magister leal al gran arconte, pero codiciaba ese rango para él mismo. Sentía que se lo merecía. Era, en todos los sentidos, mejor jefe que Gaur.

Y el primer paso para lograrlo era crear un Pacto Sangriento propio, una fuerza militar tan buena, si no mejor, que el Pacto Sangriento.

Aquel era el delicado asunto del que le había hablado Mabbon Etogaur. Mabbon, y el pheguth había apreciado al individuo mucho más por ello, también era un traidor por derecho propio. Etogaur era un rango del Pacto Sangriento. A Mabbon lo habían tentado, de un modo que el pheguth ni siquiera lograba imaginarse, para que se saliese del servicio a Gaur y se pusiese bajo el mando de Sek, que había utilizado sus conocimientos sobre los entresijos del Pacto Sangriento para forjar una fuerza similar.

Gereon era la base de aquella tarea. El pheguth, con su profundo conocimiento de la Guardia Imperial, era una herramienta valiosísima. El pheguth debía utilizar esos conocimientos, habilidades y entrenamiento para trabajar mano a mano con Mabbon y crear la fuerza militar de Sek.

Mabbon le había dado un nombre a esa fuerza durante la conversación en la terraza azotada por el viento: los Hijos de Sek. Una fuerza de guerreros que eclipsaría al Pacto Sangriento y derrotaría sin piedad a la superada Guardia Imperial.

—¿Pheguth? —lo llamó Desolane. La compuerta seguía abierta.

—¿Ya están preparados? —preguntó el pheguth.

Desolane asintió.

—Desolane…, por favor, créeme. Deseo tanto que conozcan mis secretos… —gimió el pheguth—. Es que…

—El cierre mental —dijo Desolane completando la frase.

El protector vital dio un par de golpecitos con un dedo contra la máscara de bronce como si quisiera indicar el cráneo que había debajo. Los golpes resonaron de un modo inquietantemente hueco, como si no hubiera nada debajo de la máscara.

El pheguth cruzó la compuerta y entró en la pequeña cámara de piedra. Se sentó en su sitio. La habían limpiado a fondo y esterilizado desde su última visita. Se aposentó. Las esposas eléctricas se cerraron con un chasquido sobre los tobillos y las muñecas. La silla se inclinó hacia atrás hasta que quedó mirando al techo de arcos.

—Pheguth —susurró una voz.

—Hola —contestó.

—Empezamos de nuevo.

El pheguth no podía ver a los psíquicos alienígenas, pero los oía arrastrar los pies muy cerca de él. La estancia se quedó fría. Se formaron unos cuantos carámbanos encima de él. Se preparó y la mano artificial se cerró con fuerza contra las ataduras metálicas. Los psíquicos se acercaron.

Unas manos llenas de costras le quitaron unos pequeños enchufes de caucho que estaban metidos en los agujeros que ya tema abiertos en el cráneo.

—Dioses, como odio esto —murmuro el pheguth.

Se oyó el zumbido mecánico de unos servomotores y un chillido agudo. Las delicadas agujas psicoexploradoras, montadas en una armazón mecánica, se aproximaron a su cráneo rapado y se acoplaron en los agujeros.

El pheguth se estremeció con una convulsión. Abrió la boca de par en par.

—Empecemos por el principio —ordenó la voz psíquica.

—¡Aaaghh! —fije todo lo que respondió el pheguth.

—¿Rango?

—¡Aarrghh! ¡General! ¡General en jefe!

—¿Nombre?

—¡Aarrghh! ¡No…, no puedo recordarlo! No… ¡Aarrghh!

—¡Abre tu mente! ¡Debes abrir tu mente! ¡Abre tu mente! —le insistieron las voces.

—¡Aarrghh! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡No puedo!

Desolane se quedó allí escuchando un rato, pero después los gritos fueron demasiado incluso como para que los soportara un protector vital como él. Salió, cerró la puerta de la cámara de transcodificación y se alejo de allí.



DIEZ

Siguieron las indicaciones de Cirk y condujeron hacia el norte dejando a un lado Ciudad Ineuron y los complejos agrícolas de los alrededores antes de entrar en una vía principal de comunicaciones que cruzaba en una larga línea recta toda aquella inmensa llanura de pastos. Quien conducía era Varl, que en muy poco tiempo se acostumbró a los mandos sencillos y funcionales del vehículo de transporte.

Había poco tráfico. Adelantaron a un par de lentas caravanas de carretas de avitualladores que se dirigían hacia Ineuron, y a un par de camiones desvencijados que efectuaban encargos para las fuerzas de ocupación con personas autorizadas al volante. De vez en cuando veían siluetas en la polvorienta carretera, probablemente refugiados y vagabundos, pero aquellas almas en pena huían para esconderse entre los pastos demasiado crecidos en cuanto veían al camión militar.

Llevaban viajando una hora cuando Larkin, con su aguda vista de siempre, les advirtió que había un vehículo que se les estaba acercando por detrás. Gaunt le dijo a Varl que mantuviera la misma velocidad y echó un vistazo. Era un vehículo blindado de ruedas, un STeG 4, más ligero y veloz que el transporte de cuatro orugas. Los Fantasmas comprobaron inmediatamente sus armas.

El STeG llegó hasta ellos rugiendo sobre sus cuatro ruedas y tocó el claxon.

—¡Feth! —soltó Varl—. ¿Es que quieren que me pare?

Bajó la velocidad un poco y se pegó al borde del camino. El vehículo blindado

aceleró en seguida y lo adelantó tocando el claxon de nuevo. Dos soldados con armadura que iban sobre la cabina de mando del STeG saludaron a sus «camaradas» mientras pasaban. Bonin se incorporó un poco en la parte de atrás del transporte y respondió al saludo. Llevaba puesto un casco y unas hombreras que le había quitado a uno de los muertos. Tenía el rifle láser bien escondido.

El vehículo blindado los adelantó con rapidez y se alejó dejando tras de sí una estela de polvo rosáceo.

Los campos de pastoreo que dejaban atrás por ambos lados estaban descuidados, como gran parte de las tierras de cultivo de aquel planeta agrícola. La hierba había crecido mucho antes de convertirse en paja. Habían florecido multitud de malas hierbas: miles de las flores rojas llamadas braseadas, que sobresalían como brillantes manchas de sangre, y millones de las blancas llamadas ojo de grox. Gaunt se quedó mirando el paisaje que pasaba ante sus ojos. El archienemigo había conquistado y mancillado Gereon, pero incluso actos tan malvados producían una belleza como aquella. Una belleza transitoria, vista por muy pocos, provocada por un descuido negligente. Gaunt reflexionó, y no por primera vez, que fuesen las que fuesen las acciones de la humanidad y de los enemigos de la humanidad, el cosmos hacía valer su propia naturaleza de los modos más extraños.

La tarde empezó a caer. El cielo enfermo tomó un color verde más oscuro y ácido y unas nubes negras comenzaron a amontonarse hacia el oeste. Varias tormentas soltaron sus descargas y su actividad les llegó como un murmullo lejano. El aire se hizo pesado y cargado.

Condujeron durante media hora más antes de que Varl se viera obligado a encender las luces del vehículo. El cielo había cambiado a un color marrón oscuro y enfermizo. El viento iba a traer lluvia. Pasaron al lado de numerosos pueblos incendiados para después entrar en un terreno con más colinas y que daba paso a los límites de una serie de bosques.

—Estamos entrando en la provincia de Edrian —dijo Cirk—. Avancemos un poco más y paremos para pasar la noche.

Los combates habían sido muy feroces en aquella zona durante la invasión. El camino había tenido que ser reparado en muchos puntos. Varias zonas del bosque habían sido bombardeadas y arrasadas, por lo que el camino pasaba serpenteando por áreas de naturaleza achicharrada donde lo único que sobresalía del suelo cubierto de ceniza eran los troncos astillados y ennegrecidos de los árboles. Vieron los restos de vehículos de combate destrozados, la mayor parte de ellos blindados de la Fuerza de Defensa Planetaria, y unas formas resecas que antaño debieron de ser cuerpos humanos. El resto de los bosques estaba mutilado por las lluvias ácidas. El grupo que iba a bordo del transporte había charlado de forma animada durante el trayecto por el terreno abierto, pero en esos momentos se quedaron en silencio con expresiones

serias en los rostros.

Acababan de llegar a otro pueblo dentro del bosque cuando empezó a llover. Beltayn y Criid pusieron la lona que formaba el techo sobre el compartimento de transporte. Todos se quedaron escuchando el siseo cáustico de la lluvia que destruía poco a poco la tela tratada.

A lo largo del camino se veían bidones de combustible con hogueras encendidas en el interior. Habían instalado un control de carretera un poco más adelante, al lado de una garita construida con ouslita oscura. Se había formado una pequeña cola de vehículos que seguían con los motores y las luces encendidas mientras los guardias comprobaban los papeles de autorización y los imagos.

Varl redujo la velocidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Es un puesto de inspección rutinario —comentó Landerson. Cirk asintió para mostrarse de acuerdo.

—Adelanta a la cola —le indicó ella—. Haz lo que te diga.

Recogió el casco y las hombreras que había utilizado Bonin. Varl cambió de marcha y adelantó al último vehículo de la fila. Gaunt asomó un poco la cabeza y vio muchos soldados enemigos resguardados debajo de la cubierta del punto de control. También vio varios oficiales. Se preguntó si tendrían perros, o algo peor. Los cadáveres putrefactos de aquellos que habían incumplido la ley y habían sido ejecutados estaban bien a la vista sobre una plataforma de madera situada un poco más adelante.

Varl adelantó a la fila de vehículos que esperaban y llegó hasta la barrera. Se les acercó un soldado cubierto con un poncho impermeable que llevaba una mano en alto.

—¡Voi shet! ¡Ecchr Anark setriketan! —gritó por encima del retumbante aguacero.

Cirk se asomó un poco con el disfraz puesto.

—¡Hyeth, voi magir! —gritó a su vez poniendo voz ronca—. ¡¡Elketa sirdar shokol Edrianef guhun borosake!!

—¡Anvie, magir! —contestó el soldado, y les indicó por señas que pasasen enseguida.

La barrera del punto de control se levantó inmediatamente y Varl se apresuró a acelerar para cruzarla.

—¿Qué le ha dicho? —le preguntó Gaunt a Cirk cuando se sentó a su lado y se quitó el casco.

—Que mi comandante llegaba tarde a una reunión en Edrian por culpa de la puñetera lluvia y que estaba de un humor como para pegarle un tiro al siguiente idiota que le hiciese perder el tiempo.

Gaunt asintió y se quedó pensando unos instantes.

—¿Mayor?

—¿Sí?

—¿Cómo le dijo todo eso?

—Utilicé su lengua, comisario coronel. Hay que aprenderla. Es esencial para que la resistencia funcione.

—De acuerdo —contestó Gaunt.

Se recostó en el asiento. No estaba tranquilo del todo. Rawne estaba sentado enfrente de él. Gaunt sabía lo que quería decir la mirada de su segundo al mando.

Rawne movió la boca como si pronunciase la palabra «concesión». Gaunt negó con la cabeza.

Plower, uno de los compañeros de Cirk, se puso en pie y miró hacia adelante, hacia la noche que caía.

—La siguiente curva a la izquierda lleva a las ornitogranjas de Baksberg. Allí seguro que encontraremos refugio y un buen sitio donde tumbarnos y descansar.

Cirk se mostró de acuerdo.

—Dale las instrucciones precisas al señor Varl —le ordenó. Luego se giró hacia Gaunt—. Si está de acuerdo, claro.

—Adelante —aceptó Gaunt.

La curva que tomaron los sacó de la vía principal y los llevó a la siniestra oscuridad del bosque. Las fuertes lluvias habían convertido el camino en un lodazal, pero las grandes cadenas del vehículo no tuvieron demasiados problemas para hacer frente a la situación. Un leve humo blanco surgía de los árboles acribillados por la lluvia ácida y un fuerte olor a sulfuro y a otros componentes químicos inundaba el aire.

Los focos del vehículo revelaron un grupo de edificios un poco más adelante. La ornitogranja, un asentamiento típico de las granjas de aves comunes en aquella región boscosa, incluía una casa principal, varios almacenes, algunos canalones para poner comida y los cobertizos de paredes de malla metálica donde se encontraban las baterías. El lugar estaba destrozado. Había un tractor de carga corroído hasta las partes metálicas por los meses pasados bajo la lluvia ácida. Estaba en un rincón del patio, con los neumáticos pudriéndose.

La casa principal había perdido el techo, pero las baterías seguían intactas y estaban relativamente secas, aunque apestaban a descomposición y a desechos de pájaros. El grupo de la misión y sus aliados se bajaron del transporte y corrieron para ponerse a cubierto. Mientras los exploradores revisaban la zona, Larkin, Criid y Feygor limpiaron parte del suelo y quitaron la paja sucia y apestosa. Brostin colocó unas cuantas lámparas. Beltayn se ocupó de empezar a preparar la comida. Landerson y Plower se ofrecieron voluntarios para ayudarlo, así que desplegaron el hornillo

portátil y se dirigieron a buscar agua a la bomba que había en el patio, aunque habría que purificarla. Cirk se quedó sentada en una esquina conversando muy seria con Purchason y con Acreson. Lefivre se sentó a solas en las sombras, perdido en sus propios pensamientos.

—Comprueba a todo el mundo —le dijo Gaunt a Curth. Ella asintió—. Incluidos nuestros nuevos socios —añadió.

—¿Qué les digo? —preguntó ella.

—Diles que me preocupo por la salud de todos los miembros de mi equipo.

Curth empezó a preparar el material.

Varl entró después de haber aparcado el vehículo de transporte. Se dirigió al hornillo para calentarse las manos, pero Gaunt lo agarró de la manga cuando pasó a su lado.

—¿Señor?

—Encuentra una buena razón para ponerte cerca de ellos y escuchar lo que dicen. Quiero saber de qué están hablando.

—Eso está hecho.

Gaunt se giró hacia Rawne.

—Prepara las guardias, pero asegúrate de que todos descansan lo suficiente.

—Muy bien —contestó Rawne, pero se quedó quieto un momento.

—¿Tienes algo que decirme?

Rawne se encogió de hombros.

—Sólo pensaba… —susurró—. Si no los necesitásemos tanto, los mataría a todos ahora mismo.

—Pero necesitamos que nos ayuden.

—Quizá, pero no pierda de vista a ése —le contestó Rawne en voz baja señalando con un gesto del mentón a Lefivre—. Me refiero a que Landenson parece buena gente, y Cirk sabe lo que hace, también por lo que parece, pero ése…

—¿Tenso y agotado?

—Pero mucho.

—Ya me he dado cuenta. Casi parece que Landerson lo lleva, como si estuviese a punto de perder los nervios.

—Sólo hace falta una palabra. Tan sólo dígame una.

—Lo sé —respondió Gaunt—. Por si te sirve de algo, mayor, estoy de acuerdo. Si no los necesitáramos tanto, creo que yo también los mataría.

—¿Quién está al mando? —gruñó Uexkull cuando entró en tromba en la estancia.

La luz de los globos luminosos que flotaban en el aire se reflejó en su armadura de color broncíneo. El sirdar jefe Daresh se puso en pie de inmediato y casi tiró la silla en la que estaba sentado. Dejó el tenedor al lado del plato de la cena a medio

terminar y tragó lo que tenía en la boca.

—Soy yo, mi señor —dijo.

El comedor del cuartel general de la ocupación se quedó en silencio. Los demás oficiales se apresuraron también a ponerse en pie en un silencio aterrorizado. La lluvia tamborileó contra las persianas. Uexkull era tan grande que había tenido que ponerse de lado para poder entrar por el hueco de la puerta.

—Eres un débil incompetente —le dijo Uexkull antes de pegarle un tiro en la cabeza con la pistola bólter.

El disparo resonó con un estampido tremendo en el recinto cerrado. El cadáver casi descabezado de Daresh salió despedido hacia atrás desde el extremo de la mesa y derribó su propia silla. Un chorro de sangre y tejidos salpicó a los oficiales que estaban en posición de firmes en la mesa. Torcieron el gesto, pero ninguno de ellos se atrevió a moverse, ni siquiera a limpiarse los restos de materia cerebral de la cara.

Uexkull recorrió toda la mesa, con las partes hidráulicas de la armadura gimiendo y chirriando. El suelo de madera crujió bajo su tremendo peso. Dos de sus guerreros se apostaron en la entrada.

El marine del Caos llegó a la cabecera de la mesa. Apartó el cadáver de Daresh con el pie y colocó bien la silla. Se sentó en ella. La silla crujió con fuerza bajo el corpachón del monstruo.

Uexkull puso la pistola bólter llena de grabados encima de la mesa, al lado del plato de la cena. De la bocacha del cañón del arma todavía salía un hilillo de humo.

—¿Quién es el segundo al mando? —dijo con una voz que sonó como el rozar de unas escamas contra el suelo—. Si, digamos por ejemplo, el comandante de la guarnición se ve de repente privado de toda actividad cerebral.

Se produjo un silencio nervioso Uexkull cogió el tenedor de Daresh para pinchar un trozo de carne grasienta que había en el plato. Se lo llevo a la boca sin darle importancia a las manchas de sangre fresca que salpicaban la comida, el tenedor, el plato y la mesa.

Mastico. Tragó.

—¿Pensáis que tengo toda la noche? —graznó.

—So… soy yo, señor —dijo el oficial que tenia a la izquierda.

—¿Tu? ¿Como te llamas?

—Erod, vicesirdar.

Uexkull asintió mientras jugueteaba con el tenedor. Un instante después, se giro y se lo clavo a Erod en plena garganta. El vicesirdar trastabillo hacia atrás, con las manos en el cuello y el rostro congestionado. Después cayó de espaldas vomitando sangre.

—Lección número uno —dijo Uexkull por encima del ruido del hombre que se estaba

ahogando en su propia sangre—. Cuando hago una pregunta, espero una respuesta inmediata. El vicesirdar no estaría metido en un problema tan serio si hubiera contestado cuando debía. No soy una persona peligrosa por naturaleza.

Los dos guerreros apostados al lado de la puerta soltaron unas risas.

—Bueno vale, lo soy. Lo soy de verdad. Me han criado, entrenado y equipado con un solo propósito: matar al enemigo. Sé que carezco de sutileza. La sutileza no formaba parte de mi entrenamiento. No soy un gobernador, un ordinal, un encargado de las leyes o un calculador de tarifas. El plenipotenciario me mantiene aquí, como parte de las fuerzas de ocupación, por una sola razón: para matar a los enemigos del Anarca.

Se produjo un largo silencio.

—¿Quién es el tercero al mando?

—Soy yo, mi señor —dijo con rapidez el oficial que estaba a su derecha, un soldado algo mayor que tenía la cara cubierta de manchas de la sangre de Daresh.

—Bien —asintió Uexkull—. Rápido. Obediente. ¿Cómo te llamas?

—Segundo vicesirdar Eekuin, mi señor.

—Has respondido con rapidez, Eekuin. Has aprendido. No te mataré. A menos que seas un enemigo del Anarca. Eekuin, ¿eres por casualidad un enemigo del Anarca?

—No lo soy, mi señor. Soy fiel al Anarca, a cuya palabra servimos…

—Y cuyas palabras ahogan a todas las demás —acabó la frase Uexkull tapándose la boca—. Eekuin, estas al mando. Estas a cargo de las tropas de ocupación en Ineuron. Tu primera tarea será averiguar por qué los insurgentes no han sido ya localizados y destruidos.

—Mi señor, hemos registrado toda la ciudad. Despertamos a los lobos metálicos por la noche y ellos tampoco pudieron encontrar nada. Se han doblado los registros, y casa por casa.

Uexkull lo interrumpió alzando una mano.

—Llevo en la ciudad tres horas. He visto las patrullas y los registros. Se lo que se está haciendo. Lo que me preocupa es lo que no se está haciendo.

—Sí, mi señor.

Uexkull saco una placa de datos del cinturón y leyó a toda prisa el contenido.

—Una patrulla de excubitores aniquilada en el cruce de caminos de shedowtonland. Una campaña terrorista. Un tiroteo en el centro de la ciudad ayer por la noche que acabo con casi todos los miembros de dos patrullas de excubitores. Se utilizaron armas láser. Esto no es obra de las células de resistencia.

—No, mi señor. No creí que lo fuera.

—Así que en este lugar perdido hay activo algo más peligroso que una simple célula de la resistencia. Llámame anticuado pero ¿no sería una prioridad para los

oficiales al mando encontrar a esos individuos para acabar con ellos?

—Creo que sí, mi señor —contestó Eekuin.

—Y sin embargo…, Sin embargo, estas aquí, sentado para cenar.

Eekuin se arriesgo a levantar una mano para limpiarse el goteo de sangre que amenazaba con taparle un ojo.

—Mí señor, os pido permiso para rectificar eso de forma inmediata y para organizar a los oficiales en una expedición de búsqueda y destrucción.

—Eso estaría bien —contestó Uexkull—. Permiso concedido.

Eekuin se apartó de la mesa, saludó, se dio media vuelta y se dispuso a impartir órdenes a los asombrados oficiales que lo rodeaban. Uexkull tomo la pistola bólter en la mano.

—¿Eekuin?

El hombre se quedó quieto. Empezó a temblar.

Uexkull le dio de forma experimentada media vuelta a la pistola y la empuñadura quedó hacia Eekuin.

—Antes de que empieces con todo eso, haz callar a Erod. Está haciendo un montón de ruido ahí abajo.

Eekuin empuñó la pistola bólter, carraspeó y rodeó la mesa. Erod, con el rostro azulado, se retorcía en un charco de sangre. Se agarró a los tobillos de Eekuin. Este se esforzó por parecer indiferente y le disparó entre los ojos. El impacto del disparo lanzó el tenedor por los aires.

Cayó al suelo con un tintineo, y el ruido gorgoteante dejó de sonar.

Eekuin le devolvió el arma a Uexkull.

—Encuéntrame algo —le dijo el marine del Caos—. Encuéntrame algo en los próximos quince minutos o preguntaré quién es el siguiente al mando.

Los Fantasmas ya se estaban preparando para dormir, cansados pero satisfechos por la comida que Beltayn había preparado. La lluvia ácida seguía repiqueteando contra el techo del lugar. Curth se acercó a Gaunt con una taza de cafeína en las manos.

—¿Hay algo? —le preguntó.

—Aquí no —contestó ella, y se lo llevó hasta la parte posterior del largo cobertizo.

Brostin y Feygor se reían mientras observaban la partida de regicida que estaban echando Criid y Varl. Todos los demás estaban dormitando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gaunt.

—Los he revisado a todos. Tu amiguita y el otro tipo, Acreson… Los dos tienen unos parásitos metidos en los antebrazos.

—¿Estás segura?

—Ibram, ni siquiera intentaron ocultarlos. Por el Trono, son unas criaturas

asquerosas y repugnantes. Están muy metidas. Landerson y los otros ya se sacaron los suyos.

—Muy bien. Busca a Mkoll y dile que venga.

Eekuin entró en la sala de control y saludó a Uexkull. Alrededor de ellos, bajo la luz de las lámparas, los ordinales y los servidores manejaban los codificadores y los demás instrumentos repiqueteantes del anexo de mando.

—¿Qué es lo que tienes, sirdar jefe? —le preguntó Uexkull.

Eekuin le entregó una placa de datos.

—Una de las patrullas militares no ha regresado, mi señor. Salió esta mañana para registrar las granjas que se encuentran a lo largo de la carretera de Shedowtonland. La lista de la guarnición la presenta como desaparecida.

Uexkull leyó con atención la placa.

—¿Toda una unidad? ¿Cómo es posible? ¿Y dónde se ha metido el puñetero vehículo de transporte?

—Los registros de las unidades de comunicación muestran que el último contacto con la unidad se produjo poco antes del mediodía. Habían desmontado del vehículo para registrar el complejo agrícola de Parcelson.

—Por el Ojo, ¿dónde está eso?

—Nada más salir de la ciudad. He enviado otra unidad para comprobar el lugar.

—Hay algo más, ¿verdad, Eekuin?

—¿Mi señor?

—Pareces muy complacido.

Eekuin sacó otra placa de datos.

—La unidad iba en un transporte de cuatro orugas, serie 11/V. Un vehículo con esa numeración pasó por el puesto de control de Baksberg a primera hora de esta noche.

—¿Baksberg? ¿Dónde está eso?

—En el límite de la provincia de Edrian, mi señor.

Uexkull sonrió. La visión de aquellos dientes hizo que Eekuin se sintiera incómodo.

—Contacta con las fuerzas de ocupación de Edrian. Diles que quiero una línea de comunicación directa con su comandante de zona. Eekuin, asegúrate de contarles de qué humor estoy. Diles cómo he matado sin compasión a tus oficiales superiores. Diles que voy hacia allí, que la comunicación la desvíen a la nave. Quiero un batallón completo movilizado y preparado en Baksberg para cuando llegue.

—Sí, mi señor —contestó Eekuin.

Cuando Uexkull salió de la estancia, Eekuin se relajó un poco. Seguía con vida.

—Ponedme en contacto con el mando de Edrian —gritó al cabo de un momento.

—¿Comisario coronel?

Cirk entró por la puerta baja del almacén de comida. Tan sólo había encendida una lámpara. La lluvia seguía cayendo con fuerza en el exterior.

—Hola, Cirk —dijo Gaunt saliendo de las sombras.

—¿De qué va todo esto? —le preguntó con el atractivo rostro inclinado hacia un lado—. Necesito dormir. Mañana nos espera un largo día.

Él se acercó.

—El día puede esperar —le dijo—. Sabbatine… ¿Puedo llamarte así? Sabbatine, hay algo en ti, algo que me intriga muchísimo.

Ella sonrió.

—Bueno, yo también lo he sentido, pero no es el momento ni el lugar…

—¿Por qué no? —le insistió acercándose.

Ya estaba pegado a su cara. Alto, robusto. Cálido. Los rostros casi se tocaban. Las manos de Gaunt la rodearon por la cintura.

—Sabbatine…

—De verdad que… me parece que no…

La agarró por una muñeca con fuerza. Le giró el brazo y ella gritó de dolor.

—¿Gaunt, pero qué…?

—Eso, qué. ¿Qué es esto, Cirk? ¡Contéstame!

Gaunt había tirado de la manga y había dejado al descubierto al imago dentro de su ampolla oscura. Palpitaba contra la piel pálida de Cirk.

—¡Cabrón!

—Vamos, venga —le soltó Gaunt levantándole el brazo para que le diera bien la luz—. ¿Por qué no me explicas…?

El puñetazo lo pilló por sorpresa. Fue en la base del cuello, en un punto neurálgico. Cayó doblado y se maldijo por ser tan estúpido. Las rodillas dieron contra la paja, y en cuanto Cirk estuvo libre le propinó una patada en la oreja para estar bien segura.

—¡Feth! —exclamó dolorido.

—Y eso es todo lo que te voy a permitir que le hagas —dijo Mkvenner saliendo también de las sombras.

Ella se giró en redondo para enfrentarse a él. Mkvenner llevaba un palo delgado de unos dos metros de largo. La golpeó en la mano con uno de los extremos y le quitó la pistola automática antes de que le diera tiempo a terminar de sacarla. Con el otro la dejó sin respiración de un golpe en el estómago, y cuando se agachó la inmovilizó por los hombros y los brazos poniéndola boca abajo.

—Gracias, Ven —le dijo Gaunt mientras se ponía en pie de nuevo—. Es obvio que en el futuro no quiero que le hagas lo mismo a mis demás citas.

Ven soltó una breve risa.

—Tienes un imago —le dijo a Cirk.

Ella se limitó a lanzarle un salivazo antes de esforzarse por librarse del palo desde el suelo.

—¡Cabrón! ¡Creía que había un poco de confianza entre nosotros!

—Y la había. De hecho, la hay, pero quiero que me expliques esto.

—¿Esto? —contestó ella mirándose el bulto en el brazo.

—Sí, Cirk —le respondió a su vez Gaunt. Sacó una de las pistolas bólter de la funda y la amartilló—. Antes que nada, soy un comisario. Será mejor que las próximas palabras que digas tengan mucho sentido.

—Imbécil. Este imago me da autorización tanto de día como de noche. Habría sido una estúpida si me lo hubiera quitado. ¿Cómo demonios piensas que la resistencia sigue activa? Tenemos que utilizar todo aquello de que dispongamos para vencer a sus glifos y sus escáners. ¿Crees que me gusta tener esto devorándome el brazo? ¡Cabrón! No puedo haceros entrar en Edrian sin esto. ¡No puedo llevaros a ninguna parte! ¡Todo se basa en las autorizaciones! Algunos de nosotros nos los hemos quitado porque son restrictivos, pero Acreson y yo tenemos acreditación completa. —Se calló de repente—. Acreson. ¿Qué le habéis hecho?

—Nada todavía —le contestó Gaunt.

Ella lo miró fijamente.

—Tenemos que trabajar dentro de su sistema, Gaunt. Por favor, créeme, Es la única razón por la que no me sacado ya esto. Es demasiado útil. Ibram…, por favor.

Gaunt enfundó de nuevo la pistola.

—Ven, suéltala.

El par de naves de vigilancia volaron estremeciéndose bajo la lluvia torrencial en su viaje a Baksberg. Uexkull preparó sus armas. Los cuatro guerreros que lo acompañaban hicieron lo mismo. Habían atravesado el infierno de muchos combates a su lado. Los conocía. Confiaba en ellos.

Uexkull se colocó el cañón automático sobre el montaje de la hombrera y conectó los alimentadores de munición.

—Nos acercamos a Baksberg. Tiempo estimado de llegada, cuatro minutos —les comunicó el piloto.

Uexkull metió un cargador de forma curva en la pistola bólter.

—Preparados para salir —les dijo con un susurro.

El comunicador emitió un pitido.

—Mi señor, soy Eekuin.

—Adelante.

—La unidad de búsqueda nos ha comunicado lo que ha encontrado. Toda la

patrulla estaba metida en un pozo de almacenamiento. Todos muertos. Distintos tipos de heridas.

—¿Tácticas de comando?

—Sin duda, mi señor.

—Entendido. Corto y cierro. —El monstruo se giró hacia sus guerreros—. Guardia Imperial. Comandos. Por lo que parece, muy buenos en lo que hacen. Pero siguen siendo hombres. Esto se acabará dentro de nada.

Los guerreros gruñeron para mostrar su acuerdo.

—¿Tenéis ya un lugar concreto? —gritó Uexkull.

El piloto contestó inmediatamente.

—El puesto de control de Baksberg nos guía directamente hacia una zona de objetivo muy probable, mi señor. Existen unas cuantas ormitogranjas abandonadas en los bosques que están alejados de la carretera principal. Nos han informado de que se ha detectado actividad en uno de ellos.

—¿Granjas de aves? —preguntó Uexkull.

—Sí, mi señor.

Uexkull sonrió.

—Consideradlos desplumados.



ONCE

No hubo cuartel ni piedad alguna. La primera de las naves de vigilancia, con los propulsores aullando, descendió hasta que la panza del fuselaje quedó a la altura de las copas mojadas de los árboles. Después abrió fuego con la artillería de proa y la noche lluviosa quedó iluminada de repente por los destellos electroboscópicos de color amarillo brillante que alumbraron breves escenas de lluvia como si fueran imágenes congeladas. De las armas surgieron chorros humeantes cuando empezaron a recalentarse. La granizada de disparos de gran calibre desintegró las paredes de la casa principal y lanzó a gran altura los restos de ladrillos y tejas.

La nave de vigilancia se estabilizó en el aire y avanzó en vuelo bajo hasta quedar sobre el patio de la ornitogranja. Las armas abrieron fuego de nuevo y pulverizaron una hilera de cobertizos de piedra.

La otra nave descendió sobre el camino y abrió las compuertas. Uexkull fue el primero en desembarcar chapoteando en la oscuridad sobre el terreno embarrado. Los sensores que llevaba implantados en el cuello y en un lado del cráneo seleccionaron de forma automática la función de visión nocturna. Unos filtros especiales le cubrieron los ojos y el mundo se convirtió en un borrón rojizo, desde las manchas carmesíes de las zonas frías hasta las señales de color rosa pálido de las fuentes de calor. Las toberas de los motores de la nave de vigilancia que flotaba por encima de ello irradiaban cegadores destellos blancos que se quedaban impresos en la retina

durante unos segundos antes de desaparecer.

Uexkull llegó al extremo del patio con su escuadra pegada a los talones. Oyó a la izquierda los primeros disparos de armas de mano: proyectiles bólter que zumbaban como abejorros furiosos en la noche. Era Czelgur, que había empezado a disparar en la parte trasera del edificio principal. Los sensores de aura de Uexkull detectaron el grito agudo de dolor de un humano, parecido al chillido de un murciélago detrás del tableteo de las armas y del rugido de los motores. Las conversaciones de voces guturales entre los marines del Caos resonaban en el canal de comunicación.

—Edificio principal asegurado —comunico Gurgoy—. Tres bajas.

—Almacenes despejados. Otros dos muertos aquí —informo Virag.

Una granada exploto en la cercanía y lleno el campo de visión de Uexkull con una bola de luz. Oyó más chillidos y un largo aullido de agonía. Los chorros de las toberas de la nave lanzaron una lluvia de barro liquido sobre él. Sintió el delicioso picor de la lluvia acida en la piel. Atravesó la pared de tablones de madera de la batería de nidificacion mas cercana. Algo se alejo arrastrándose entre las sombras de la derecha, pero él sólo veía frío y calor. El cañón disparó escupiendo una llamarada. El retroceso hizo que la parte posterior golpeara la parte superior de la armadura. Algo hecho de carne y hueso quedó reducido a pulpa. Otra mancha de calor, justo delante, se movió sobre la cortina de frías gotas de lluvia que entraba por el techo roto. Uexkull disparó con la pistola bólter y vio una silueta humana rosada caer derrumbada al suelo. Avanzó hacia allí y olió a sangre además de a excrementos de pájaros, a humo y a lluvia ácida.

Nezera apareció de repente a su izquierda. Arranco de cuajo la alambrada metálica con su garra de combate y disparó su arma bólter mientras se adentraba en las profundidades de la batería.

—¡Ve a la izquierda! —le ordenó Uexkull con un gruñido.

Dio unos cuantos pasos y se detuvo cuando una breve ráfaga de disparos de pequeño calibre, de proyectiles sólidos de pequeño calibre, se estrelló sin provocar daño alguno contra su armadura. Miró a su alrededor y disparó el cañón de nuevo. Parte del techo del cobertizo se derrumbó. Vio por un momento la silueta del atacante que había, salido levantado por los aires con el cuerpo destrozado, antes de que d techo se derrumbara por completo.

Sintió que le disparaban de nuevo. «Algo de resistencia, por fin», pensó, aunque sin duda no era el combate que había esperado.

Bonin señaló el lugar. No había mucho que ver aparte de un leve y lejano resplandor que recortaba las copas de los árboles contra la oscuridad de la noche. Sin embargo, los sonidos que les llegaban eran más que suficientes. El estampido seco de unos cañones pesados. El fuerte siseo de unos motores de reacción.

—Feth —murmuró Gaunt—. ¿A qué distancia?

—A no más de unos dos kilómetros —contestó el explorador. Gaunt se apresuró a volver al interior del cobertizo.

—¡Arriba! ¡Todo el mundo en pie! ¡Nos vamos ahora mismo!

El grupo comenzó a despertarse, atontados y confusos.

—¡Vámonos! ¡Ahora mismo, por el Emperador!

A los Fantasmas no les hizo falta más. Cirk también se puso en pie de un salto y sacudió a los suyos para que se espabilaran. Lefivre se despertó con un grito y Cirk tuvo que taparle la boca con una mano mientras intentaba que recordara dónde estaba.

—¿El transporte? —le preguntó Varl a Gaunt mientras corrían.

—No, no podemos arriesgarnos a ponerlo en marcha. A pie y por la parte de atrás. ¡Mkoll! ¡Apaga esas lámparas! ¡Ven! Búscanos una ruta de salida. ¡Consulta a Cirk!

Mkoll y Beltayn reunieron las lámparas y las apagaron.

—¡Numeraos! —gritó Rawne mientras se ponía la mochila. Todos le contestaron, menos Larkin.

—Llévatelos —le ordenó Gaunt a Rawne—. A paso ligero. Yo lo encontraré.

Larkin estaba acurrucado en una cama ponedora de huevos cubierta de paja. Había seguido durmiendo a pesar de todo el ajetreo. Gaunt lo sacudió.

—¡Larks! ¡Despierta!

El rostro de Larkin era poco más que una mancha pálida en la penumbra.

—¿Ya es la hora, Prueba? —murmuró.

—¡Vamos, Larkin!

—¿Qué tal está eso de estar muerto?

Gaunt le dio una bofetada en la cara al francotirador.

—¡Larkin! ¡Despierta! ¡Tenemos problemas!

Larkin se despertó sobresaltado y soltó un gemido cuando se dio cuenta de dónde estaba.

—Prepara tu equipo. No te dejes nada. Vamos, Larks. Necesito que estés espabilado.

—Feth —gimoteó Larkin—. Estaba soñando que había muerto y cuando me despierto encuentro que es mucho peor que eso.

Rawne y Mkvenner condujeron al grupo por el patio posterior de la ornítogranja en dirección a los árboles. La oscuridad era total. Se habían envuelto por completo en las capas de camuflaje para protegerse de la lluvia ácida. El aire húmedo era cáustico y se les agarraba a la garganta. Criid iba cerca metiendo prisa a los miembros del grupo de Cirk. Los últimos en salir de la granja en ruinas fueron Gaunt y Larkin. El tiroteo dejó de resonar a lo lejos.

Czelgur alzó una bengala encendida con la garra izquierda y Uexkull se agachó

para darle la vuelta a uno de los cuerpos. Los disparos de bólter lo habían machacado, pero no tanto como para que Uexkull distinguiera con claridad los harapos con los que iba vestido y la constitución débil y famélica. Los demás estaban en condiciones semejantes.

—Fugitivos sin autorización —murmuró Uexkull.

Su voz sonó seca y rasposa como el chasquido del barro reseco al quebrarse. Uno de los cuerpos todavía empuñaba en las manos un viejo rifle contra las alimañas, una arma oxidada y de pequeño calibre. No había señal alguna de armas láser.

—A menos que el nivel de combate haya bajado mucho, esta gente no son soldados del Falso Emperador —dijo por fin. Czelgur soltó una risita para celebrar la burla irónica de su jefe—. Hemos perdido la noche persiguiendo fugitivos sin autorización.

Una descarga de estática resonó en el comunicador.

—Adelante —dijo Uexkull poniéndose en pie.

—El auspex muestra un gran objeto metálico en el bosque, a dos punto tres-uno kilómetros al este de nosotros, mi señor.

—¡En marcha! —gritó Uexkull.

Ya se habían adentrado bastante en el bosque, casi devorados por la lluvia ácida, cuando oyeron el sonido de las naves de vigilancia a sus espaldas. Los aparatos sobrevolaron la ornitogranja en círculos iluminándola con los focos.

—Van a encontrar el transporte —dijo Varl.

—No podemos evitarlo —contestó Rawne.

—Seguid avanzando —les ordenó Gaunt.

Les picaba la piel a causa de la lluvia, y el vapor que subía procedente de la capa de hojas muertas que se iban disolviendo a sus pies los estaba dejando a todos sin respiración.

Según Cirk, los bosques más densos se hallaban hacia el este, y luego se llegaba a algo que ella llamaba «el Impro», pero por lo que parecía, no era una opción viable. Los condujo hacia el norte. Insistió en que estaban a unos diez kilómetros de una de las principales vías de comunicación de las provincias de Edrian, y en cuanto llegaran a ella se encontrarían cerca de algunos de los pueblos más importantes. Esperaba lograr ponerse en contacto con la célula local de la resistencia.

—Pero la verdad es que llevar a todo el grupo por toda la provincia no va a ser fácil —dijo—. Lo más probable es que el enemigo se halle en estado de alerta máxima. Las guarniciones habrán sido movilizadas, pero tendremos que arriesgarnos.

—¿Hay alguna otra alternativa? —preguntó Mkoll.

—Podríamos desviarnos hacia el este y quizá cruzar las colinas, pero es un rodeo muy largo. A pie tardaríamos un mes, y eso si no tenemos problemas. Las zonas de búsqueda se ampliarán si no nos encuentran en Edrian.

Gaunt no dijo nada. Había esperado tener alguna clase de problema desde el principio, pero aquello era mala suerte. La ocupación era más feroz de lo que habían esperado y dudaba mucho que el enemigo tardara en imaginarse lo que habían ido a hacer a Gereon.

A menos, claro, que pudiera distraerlos un poco. Sin embargo, la posibilidad de llevar a cabo esa idea llevaría algún tiempo. En esos momentos, tenía problemas más urgentes que resolver.

—Es el transporte desaparecido —dijo Gurgory.

Uexkull se limitó a asentir. Se agarró al asidero de la escotilla y se asomó un poco más por el hueco de la nave para ver mejor el suelo. Los focos iban de aquí para allá en la lluvia iluminado la ornitogranja abandonada.

—¿Alguna señal de vida?

—Ninguna humana, mi señor —le comunicó el piloto.

—Vamos hacia el norte —le ordenó Uexkull—. Bajo y lento.

—Sí, mi señor.

Las dos naves empezaron a volar acechantes sobre el bosque. Uexkull sabía que no tendría sentido intentar seguir el rastro de los insurgentes en el suelo. La lluvia ácida ya habría borrado los rastros en el suelo o en el aire. Activó de nuevo la visión por calor y miró hacia abajo, entre los árboles, con la esperanza de captar alguna señal de calor humano en el bosque. Lo único que vio fue una mancha general de color rosa. La descomposición ácida había elevado la temperatura de las hojas muertas y del suelo del bosque debido a la disolución de los compuestos orgánicos. No se captaba nada. Un humano podría estar de pie a plena vista y sería invisible en aquella radiación ambiental.

—¿Dónde se encuentra el batallón local?

—En el puesto de control de Baksberg esperando sus órdenes, mi señor —respondió el piloto—. Otra fuerza equivalente a una brigada está en camino por la carretera de Edrian.

—Transmita mis órdenes. El batallón debe adentrarse en el bosque y desplegarse. Que efectúen un avance de reconocimiento y búsqueda hacia el norte. Que la brigada forme una línea de vigilancia y se quede a la espera de cualquiera que el avance de búsqueda eche hacia ellos.

—Sí, mi señor.

—Lo haremos en nombre del Anarca, cuyas palabras ahogan todas las demás —añadió Uexkull.

Notaba una leve sensación de fracaso. Era algo que no le gustaba, y que rara vez sentía.

Quizá para cuando llegara el amanecer habría logrado que desapareciera esa

sensación.

Las dos naves de vigilancia pasaron por encima, convertidas en dos sombras oscuras recortadas contra un cielo más oscuro todavía. Los largos rayos blancos de los focos atravesaron la cubierta de copas podridas de los árboles. Los chorros de los motores azotaron las ramas con fuerza.

Los Fantasmas salieron de sus escondites una vez pasaron de largo. Se habían cubierto con las capas de camuflaje, algunos de ellos acurrucados con los miembros de la resistencia para compartir la cobertura.

—Gracias —le dijo Landerson a Criid. Se había ocultado debajo de la capa de la chica.

Ella se encogió de hombros.

—Si te pillan a ti, me pillan a mí.

—Dejaos de cháchara —les ordenó Rawne—. En marcha otra vez.

Mkoll se detuvo un momento al final de la fila con la cabeza un poco inclinada hacia un lado, escuchando.

A su espalda, al sur, los sabuesos de caza habían empezado a ladrar.



DOCE

Cuando el pheguth se despertó, se dio cuenta de tres cosas muy extrañas.

El bastión parecía estar demasiado en silencio. Eso fue lo primero. Todavía era muy temprano —aunque eso sólo lo supuso, ya que no tenía cronógrafo—, y su torre estaba alejada de las demás, pero aun así no se oía ningún ruido.

Lo segundo era que la puerta de su dormitorio estaba entornada.

Aquello sí que era muy extraño. El protector vital jamás habría sido tan descuidado. ¿Quizá era culpa de uno de los servidores del bastión? Si era eso, el muy idiota sufriría el castigo de Desolane.

Fuese cual fuese la razón, la puerta estaba abierta. El pheguth sintió una corriente de aire, una sensación fresca sobre la piel. Una puerta abierta…

El pheguth se levantó para quedarse sentado sobre la estructura de metal que le servía de cama. Se incorporó de forma demasiado repentina y el dolor latente y acumulativo de la sesión de transcodificación lo asaltó. Le pareció que alguien estaba utilizando la parte posterior de su cabeza como gong para llamar a cenar a todo un regimiento. El dolor le rebotó contra los ojos y resonó palpitante en los oídos. Desnudo, medio bajó medio cayó de la cama y vomitó con fuerza en el cuenco de acero que le servía como orinal. Las arcadas fueron violentas, y para cuando desaparecieron, le sangraba la nariz.

Se puso en pie temblando, con la cabeza todavía machacándolo de dolor. Fue

entonces cuando se dio cuenta del tercer acontecimiento extraño.

No estaba encadenado a la cama.

Se quedó de pie, desconcertado, durante un momento. Luego se acercó trastabillando a la silla de la esquina donde tenía la camisa y los pantalones. Se los puso.

Luego se acercó con mucha lentitud a la puerta.

—¿Desolane? —dijo en voz baja.

Estaba ronco por culpa de las arcadas y de los vómitos. Nadie le contestó. Alargó una mano y tocó la puerta. Al ver que no se cerraba de golpe, la abrió con prudencia.

—¿Desolane?

La antesala que se encontraba al otro lado estaba vacía. La luz del sol, fuerte y fría, entraba por las altas ventanas de rendija. Al otro lado de la antesala, la puerta blindada que daba al pasillo también estaba abierta.

El pheguth dio otro paso adelante.

—¿Desolane? —llamó de nuevo.

Desolane encontró al pheguth cuarenta y cinco minutos más tarde. Estaba en su dormitorio, sentado en la silla de madera de cara a la puerta abierta.

—Buenos días, pheguth —lo saludó Desolane.

—Todas las puertas estaban abiertas y yo no estaba encadenado.

—¿De veras? —le contestó el protector vital—. Alguien ha sido descuidado.

—No sabía qué hacer. Te llamé, pero no me respondiste, así que me quedé sentado aquí.

—Las puertas estaban abiertas y no estabas encadenado, pheguth. ¿No pensaste en escapar de esta prisión?

El pheguth pareció sorprendido por la pregunta.

—No. Por supuesto que no. ¿Adónde iría? Sé que estoy aquí por mi propia seguridad. —Se quedó callado y luego miró al protector vital—. ¿Todo esto… no ha sido más que un truco? ¿Una prueba?

—Puedes llamarlo así, pheguth —admitió Desolane antes de llamar al sirviente que llevaba la bandeja del desayuno—. Hablé con los psíquicos ayer. Me informaron de que anoche, por primera vez, la transcodíficación dio resultado. Las barreras mnemónicas exteriores han caído. Toda una capa de supresión engramática acabó retirada.

—¿De qué…, de qué se enteraron?

—De nada. De nada todavía, pero han conseguido retirar por fin, y por así decirlo, la cubierta del cierre mental, de modo que ya pueden ver el funcionamiento interior. Calculan que para dentro de una semana como mucho una transcodificación más precisa habrá descifrado tus recuerdos.

El pheguth se quedó pensando.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de la prueba de hoy? —le preguntó a Desolane.

—Se consideró que era algo prudente. Los psíquicos tuvieron la conjetura de que, puesto que el cierre mental se había aflojado, era posible que tu personalidad recuperase parte de su libre voluntad. Se preguntaron cómo afectaría eso a tu lealtad y a tu decisión de cambiar de bando.

—¿Por eso dejaste la puerta abierta?

—Sí, pheguth.

—¿Para ver si de repente era leal de nuevo al Trono Dorado?

El cuerpo de Desolane se encogió un poco.

—Sí, pheguth. Por favor, procura no utilizar esa expresión.

El pheguth sonrió. Fue una expresión extraña y desolada. Levantó la mano artificial. El implante protésico tenía ya más de cinco años siderales, pero el paso del tiempo no había suavizado las arrugas del tejido cicatrizado donde se unía al muñón de la muñeca.

—¿Ves esto? —le dijo a Desolane.

—Sí.

—Por esto, y por mucho más, no puedo dar marcha atrás. No me pongas a prueba otra vez. Es algo que está por debajo de nosotros dos.

Los Fantasmas ya habían llegado al límite norte del bosque. Lo que había más allá, al parecer tierra cultivable y llana, estaba cubierto por una gruesa capa de niebla. La lluvia había parado poco antes, pero el aire seguía húmedo y lleno de podredumbre ácida.

A media distancia, como si fueran una fila de centinelas enormes alineados a lo largo de la frontera de la provincia de Edrian, se alzaban unos enormes molinos de viento que sobresalían entre los jirones de niebla. Las grandes aspas estaban paradas en el aire inmóvil. Habían permanecido inactivos desde la invasión y ya no molían grano. Unos grandes estandartes, mostrando los enloquecidos emblemas de los Poderes del Caos, colgaban lacios de algunas de las aspas.

Tomaron un breve descanso en la linde del bosque. Por los ruidos que se oían, los grupos de caza que estaban registrando el bosque y estuvieron pisándoles los talones toda la noche se encontraban a menos de media hora de ellos.

La carretera principal serpenteaba por el suelo del valle que se abría a los pies de los árboles, a medio kilómetro de distancia. La mayor parte de ese tramo se alzaba sobre una calzada elevada. Aunque estaban tapados en parte por la niebla, se veían vehículos y siluetas a lo largo de esa calzada. Soldados enemigos y vehículos de transporte tenían cerrada la carretera. Era la otra extremidad de la pinza, la trampa hacia la que los grupos de cazadores los habían empujado.

—No nos queda más opción que seguir avanzando —dijo Gaunt.

—¿Ha visto el número de soldados que hay ahí abajo? —le indicó Landerson.

Círk se limitó a menear la cabeza.

—Bueno, corrijo —añadió Gaunt—. Tenemos otras dos opciones: nos quedamos aquí y morimos, o volvemos al bosque y morimos. Tenemos que cruzar esa carretera y ponernos al otro lado de la trampa. Y no les he pedido su aprobación. Les digo lo que va a pasar. —Miró a Cirk—. Después de cruzar esa calzada, ¿hacia dónde te dirigirías?

Ella le cedió la palabra a Plower con un gesto. Al parecer, conocía mejor la zona. Plower señaló hacia el nordeste.

—Ciudad Edrian está a unos diez kilómetros en esa dirección. Si tuviera que elegir, iría hacia allí. Es donde existen más probabilidades de ponerse en contacto con la célula local.

—Pero hacía allí es donde esperan que nos dirijamos —comentó Cirk—. Hay más probabilidades de que nos capturen.

Plower señaló hacia el noroeste.

—Hay dos poblaciones de menor tamaño en esa dirección. Milivale y Wheathead. Supongo que es posible que encontremos algún contacto allí. Pero no prometo nada. La última vez que pasé por aquí, los excubitores habían acorralado a la resistencia en las comunidades pequeñas.

—Entonces iremos por allí —decidió Gaunt. Hizo señas a los Fantasmas que esperaban que se acercaran—. Escuchad con atención. Vamos a intentar romper el cerco para pasar al otro lado de la carretera. Es el momento. Podemos aprovechar la niebla. ¿Todo el mundo ve ese molino de viento?

Señaló una de las estructuras más cercanas que había a la izquierda, a unos tres kilómetros de distancia. Parecía la torre de una catedral que surgiera de la niebla. En una de las aspas colgaba un estandarte rojo.

—El que tiene el estandarte rojo —indicó Gaunt—. Ese será nuestro punto de encuentro. Cruzaremos la carretera justo por debajo de este lugar para estar el menor tiempo posible al descubierto. Cubriremos a la gente de la mayor Cirk. Eso significa que tendremos que compartir algunas capas. Criid, encárgate de Landerson. Beltayn, tú taparás a Acreson. Varl, con Purchason. Feygor, con Plower. Rawne, tú irás con la mayor. Yo iré con Lefivre.

—Creo que yo debería… —empezó a decir Rawne.

—Está decidido —lo interrumpió Gaunt—. Vamos a necesitar algo que los distraiga. ¿Mkoll?

El sargento de exploradores se rascó el labio superior.

—Me llevará a Ven y a Bonin hacia el este. Ya pensaremos en algo.

—¿Señor?

Era Larkin. Había estado observando la carretera con la mira telescópica del rifle

largo láser. Se giraron para saber qué había visto.

Un camión se acercaba por la derecha de la calzada elevada. Era un camión cisterna. Se iba parando para repostar los tanques de la fila de vehículos.

Mkoll miró a Gaunt y alzó una ceja.

—Muy bien —dijo Gaunt mostrándose de acuerdo—. El Emperador provee. Llévate a Brostin. Deja aquí a Bonin.

Mkoll asintió.

—Nos vemos en el molino —se despidió Gaunt.

Salieron del bosque antes de que la niebla se dispersara y aclarara más. Bajaron por la cuesta deslizándose sobre la hierba húmeda en dirección a la calzada. Parecía una distancia corta, pero el esfuerzo era tremendo. Avanzaban a cuatro patas con las capas atadas por encima de ellos. Bonin iba en vanguardia, seguido por las parejas que compartían capas. Luego seguía Curth, bajo su propia capa, con Larkin en retaguardia.

Hacía calor debajo de la capa de camuflaje, así que todos empezaron a sudar. Pasó poco tiempo antes de que tuvieran que esforzarse por no jadear, para no apresurar la marcha y seguir avanzando con suavidad. A VarI, que estaba con Purchason, le estaba costando mucho. Llevaba enganchada el arma pesada de Brostin sobre el pecho. Se la habían entregado para que Brostin pudiera moverse con mayor rapidez. Los cargadores de munición los llevaba Purchason en los hombros. Varl se limpió el sudor de la frente y le sonrió a Purchason a la media luz de la situación. El miembro de la resistencia tan sólo pudo cerrar los ojos y seguir avanzando mientras las gotas de sudor le caían por la punta de la nariz.

Se acercaron así a la carretera, mano a mano, paso a paso. Ya se oía la conversación de los soldados sobre la calzada elevada, el crujido ocasional de unos cuantos pasos, la puerta de un vehículo que se cerraba. Curth estaba segura de que se olía hasta el humo de los pitillos de lho.

Gaunt notó cómo Lefivre empezaba a ponerse tenso a su espalda. La respiración del insurgente empezó a ser más jadeante y no hacía más que pararse para pasarse la mano por la cara. Gaunt tenía que estar comprobando en todo momento el avance de su compañero. Si Lefivre se paraba de repente, Gaunt se arriesgaba a tirar de la capa y dejarlo al descubierto.

Un oficial llamó a gritos a sus hombres en algún punto por encima de donde ellos estaban. La voz era fuerte y bronca. Lefivre se quedó inmóvil por completo. Gaunt sintió cómo temblaba. El individuo apestaba a sudor agrio. Se le estremeció la mandíbula y comenzó a mover la boca para formar palabras sin sonido.

Gaunt lo agarró por el hombro y lo obligó a mirarlo cara a cara. Gaunt negó con suavidad con un gesto de la cabeza.

El oficial gritó de nuevo. Gaunt vio que el ataque de pánico se apoderaba por

momentos de Lefivre y rodó sobre la hierba hasta colocarse encima y luego taparle la boca con fuerza.

—Respira —le susurró—. Lentamente y con tranquilidad. Respira. Llénate los pulmones. Si haces un solo ruido nos matas a todos, así que respira, por el amor del Emperador.

Lefivre no respiró con más tranquilidad. Tenía los ojos enloquecidos, blancos en la penumbra de debajo de la capa.

Empezó a estremecerse.

Mkoll, Mkvenner y Brostin atravesaron con rapidez los matorrales que había en la linde del bosque sin dejar de vigilar el camión cisterna. Los exploradores no hacían el menor ruido, pero Brostin, grande y torpe, no paraba de romper ramitas y de mover hojas.

Mkoll miró hacia atrás. La expresión de su rostro era desaprobadora.

—Hazlo mejor —le dijo con un susurro.

Brostin se encogió de hombros.

—Eres un Fantasma, por feth. ¡Utiliza lo que te han enseñado!

—¡Lo intento! —susurró a su vez Brostin con furia—. Exploradores de feth —murmuró para su coleto.

Mkvenner se giró y colocó la mano con la palma abierta contra la garganta de Brostin. Este tragó saliva. Era un tipo fuerte, repleto de músculos, y la presión era muy leve, pero no había posibilidad de equivocarse si Mkvenner giraba un poco la muñeca, le partiría el cuello.

—Haz lo que te dice el sargento —le dijo casi sin ruido—. Te necesitamos, pero no tanto.

Brostin asintió. Mkvenner retiró la mano y siguieron avanzando en silencio.

Brostin mantuvo agarrado el rifle láser de Varl bajo el brazo y se quedó mirando la espalda de Mkvenner. El explorador tenía una gran reputación, una reputación de verdad, y todos los del regimiento lo respetaban. Era uno de los elegidos de Gaunt, uno de sus favoritos, como todos los demás exploradores de feth. Brostin, que era leal a Rawne, los despreciaba a todos. Pensó que si Mkvenner intentaba otro truco como ese, alguien tendría muy mala suerte en la confusión del siguiente tiroteo.

Mkoll se detuvo y les hizo una señal. Se pusieron las capas por encima de los hombros y empezaron a bajar la ladera hacia la carretera arrastrándose boca abajo.

La cuesta cubierta de hierba daba paso directamente, debajo de la calzada, a una alcantarilla anegada. Bonin fue el primero en llegar a ella. Se metió con cuidado en el agua fría y se puso en pie en el interior de la pequeña charca. Se quitó la capa de encima. La sombra de la calzada elevada y de la ladera lo cubrían, y la niebla era más espesa allí abajo. Los demás fueron llegando poco a poco: Rawne y Cirk, Criid y

Landerson, Beltayn y Acreson. Después Curth, ya continuación Feygor con Plower. Por último, Varl y Purchason, esforzándose por llevar el arma pesada envuelta en la funda de tela.

Bonin les indicó por señas que se desplegaran a su espalda y que tuvieran preparadas las armas. Se inclinaron con las espaldas contra el margen. Larkin apareció un poco más tarde entre la hierba y se colocó al lado de Bonin. Apenas movió el agua al entrar.

Bonin lo saludó con un gesto de la cabeza.

—¿Dónde está el jefe? —le preguntó Larkin por señas.

Bonin sintió que el corazón le daba un salto. Miró a su alrededor. Veinte metros más arriba de la ladera se veía una forma abultada cubierta por una capa de camuflaje bajo la larga hierba. No se movía.

—¡Contrólate! ¡Controla el miedo! —susurró Gaunt—. ¡Feth, Lefivre, no pierdas el control ahora!

Lefivre puso los ojos en blanco. Empezó a ahogarse bajo la mano de Gaunt y a tener convulsiones. El aire estaba cargado del olor a promethium. Se oían voces y el sonido traqueteante de las bombas del camión cisterna.

Mkoll, Mkvenner y Brostin cruzaron el estanque con la sombra de la calzada elevada sobre ellos. El sol ya se alzaba con fuerza, y la sombra de la carretera se proyectaba sobre la hierba de la ladera. Distinguieron las sombras alargadas de los vehículos que estaban encima de ellos, las figuras sentadas, todas ellas enormes como gigantes.

Mkoll y Mkvenner se colgaron a la espalda los rifles láser y desenfundaron las pistolas con silenciador. Mkoll miró a Brostin.

—¿Preparado? —le preguntó por señas.

Brostin aspiró otra bocanada de aire cargado de combustible y sonrió. Asintió.

Bonin se quedó mirando el bulto que había sobre la hierba. Seguía bajo la sombra de la calzada, pero al ritmo que avanzaba el sol por el cielo no estaría así por mucho tiempo. La capa se movía, se retorcía, temblaba. ¿Qué feth …?

—Lefivre ha perdido los nervios —susurró Rawne.

—Voy a por ellos… —empezó a decir Bonin.

Rawne negó con la cabeza.

—Nos descubrirás a todos. Quédate aquí.

Bonin lo miró fijamente.

—Pero…

—Ya me has oído.

Oyeron nuevas voces por encima de ellos.

—¿Voi alt reser, manchin?

—¿Eyt Voi? Ecya ndeh, magir.

¿Qué? ¿Qué era lo que habían visto? Rawne miró a Cirk, pero ella negó con la cabeza y le indicó por señas que se estuviera quieto.

Rawne desenvainó de todos modos el cuchillo.

A Gaunt no le quedó otro remedio. Sacó una de las pistolas con la mano que tenía libre y golpeó a Lefivre en la sien. El guerrillero se quedó inconsciente al momento. E inmóvil. Por fin.

En el sector de carretera había dos vehículos semioruga, el camión cisterna y un puñado de tropas. Todos estaban iluminados con claridad por la luz del sol. A su alrededor, por debajo del borde de la calzada elevada, la niebla se arremolinaba como humo.

Mkoll pasó por encima del borde de la calzada elevada y se apresuró a ponerse a cubierto detrás del vehículo más cercano. Olió la peste a combustible y oyó el sonido rítmico de la bomba en funcionamiento. Se metió debajo del chasis del vehículo, bajo su sombra grasienta, cuando dos soldados pasaron cerca de allí.

Olió a humo.

—¡Akyeda voi smeklunt! —les gritó una voz.

—¡Magír, magi, aloost moi! —protestó otra voz.

Las siluetas pasaron caminando en dirección contraria. A dos soldados que fumaban Iho mientras esperaban, el sirdar les ordenó que se apartaran de la cisterna. Se levantaron y se dirigieron al borde de la calzada para mirar hacia el bosque.

Mkoll oyó un nuevo traqueteo debajo del vehículo. Habían dejado de bombear combustible y estaban retirando la manguera. Oyó más voces y cómo se abría la puerta de una cabina.

Habían acabado de repostar. El camión cisterna se marchaba. Miró hacia el borde de la calzada elevada.

Mkvenner se alzó por detrás de los soldados que charlaban y fumaban, alto y delgado, como un espectro surgido de la niebla. Agarró a uno por la garganta y lo inmovilizó y acuchilló al otro en la base del cuello. Mientras el soldado acuchillado caía en silencio hacia atrás, Mkvenner torció la mano y le partió el cuello al otro. Bajó el cadáver hasta el suelo en silencio y empuñó la pistola con silenciador.

Brostin subió a la carretera detrás de él. Había conseguido atrapar de algún modo el pitillo que uno de los muertos había dejado caer. Se puso en pie con actitud indiferente y echó el cuerpo un poco hacia atrás, como si estuviera tomando un descanso en el trabajo, y se llevó el pitillo a los labios.

Aspiró profundamente, exhaló y sonrió de pura satisfacción.

Dos soldados de ocupación aparecieron por detrás del vehículo semioruga y los vieron.

—Voi shet… —empezó a gritar uno de ellos.

Mkvenner ya estaba apoyado sobre una rodilla y empuñaba la pistola con las dos manos. El arma disparó dos veces en rápida sucesión y ambos enemigos cayeron al suelo.

—¿Doess scara, magir? —llamó una voz.

Mkvenner corrió hasta que se puso a cubierto detrás del guardabarros trasero del semioruga. Se encogió cuando de repente oyó una ráfaga de disparos láser a su espalda.

Miró hacia atrás. Por allí habían aparecido tres soldados enemigos más, pero Brostin los había abatido con el rifle láser empuñado con una mano. La otra la tenía ocupada sosteniendo el pitillo en la boca con el pulgar y el índice.

La carretera se convirtió en un manicomio. Aparecieron soldados por todas partes atraídos por el sonido de los disparos. Unas voces extrañas gritaron y aullaron.

Brostin separó las piernas para afianzarse mejor y disparó otra ráfaga con una sola mano. Los disparos abatieron a otros dos enemigos, que salieron lanzados por encima del borde de la calzada. Varios rayos láser comenzaron a cruzar el aire en su dirección.

Mkvenner enfundó la pistola y le dio la vuelta al rifle sobre el mismo hombro. Disparó en cuanto tuvo el cañón nivelado. Lo hizo tiro a tiro. Casi nunca desperdiciaba munición disparando ráfagas de fuego automático.

Corrió hacia adelante con el rifle al hombro, apuntando y matando. Cada disparo era un tiro letal perfecto. Los hombres morían por doquier.

Mkoll todavía estaba debajo del semioruga. Se había arrastrado hasta quedar debajo del parachoques delantero. La pistola emitió un leve siseo. El oficial que momentos antes había estado charlando al lado del camión cisterna cayó al suelo. Lo mismo le pasó a su asistente. Otro soldado echó a correr hasta que cayó de bruces y ya no se movió.

—¡Brostin! —gritó Mkoll.

Bonin levantó la mirada. Se oían disparos en la carretera. Un tiroteo intenso. Las sombras de las figuras que había arriba se separaron y echaron a correr. Varios motores se encendieron y los camiones se alejaron.

—Esa es la distracción —le dijo a Rawne.

—Vámonos de aquí —le contestó el mayor.

—Váyase usted —le soltó Bonin antes de salir de la charca y correr hacia el bulto que había entre las hierbas.

—¡Vámonos! —ordenó Rawne, y la fuerza principal empezó a subir por el terraplén.

Bonin llegó hasta donde estaba Gaunt.

—¡Señor, vámonos! —le gritó.

—Ayúdame con él —le ordenó Gaunt mientras intentaba tirar del peso muerto que era Lefivre.

—¡No hay tiempo, señor! —le dijo Bonin.

—¡Ahora mismo, Bonin! ¡El Emperador protege!

Bonin soltó una maldición y agarró a Lefivre por uno de los brazos flácidos.

Mkoll salió de debajo del vehículo y comenzó a disparar con el rifle láser. Mkvenner le cubría la espalda. Les disparaban desde ambos sentidos de la carretera. Se acercaban varias escuadras a pie, y algunos camiones.

—¡Brostin! —le gritó Mkoll—. ¡Brostin! ¡Es ahora o nunca!

Miró a su alrededor y vio a Brostin con el rifle bajo el brazo al lado de la máquina de bombeo. El conductor del camión colgaba muerto fuera de la cabina. Brostin había desenganchado la manguera y había puesto en marcha de nuevo la bomba. El promethium fluía por la carretera en grandes lenguas de líquido que caían por los terraplenes y se encharcaban debajo de los vehículos y de los cuerpos de los muertos.

Brostin todavía estaba fumándose el pitillo de lho. Casi era una colilla. Mkoll se detuvo en seco. Brostin le sonrió.

—Todo va bien, sargento. A partir de ahora es asunto mío. Es mi especialidad.

Mkoll lo miró con la boca abierta.

—Pero…

—De verdad, váyase a dar una vuelta, feth. Usted y Ven. Ahora mismo, ¿lo entiende?

Mkoll y Mkvenner acabaron los disparos que les quedaban en los cargadores y saltaron de la calzada hacia la ladera cubierta de hierba del lado del molino.

El hedor a promethium en el aire ya era insoportable.

Los soldados de las fuerzas de ocupación se acercaron por ambos lados pero se detuvieron cuando empezaron a chapotear en el charco de combustible líquido que se iba expandiendo por la carretera. Dejaron de disparar y empezaron a retroceder.

Todos vieron al hombre. El individuo grande y peludo que estaba al lado del camión cisterna con la manguera en una mano y el pitillo de lho en la otra. Brillaba de la cabeza a los pies, como si él también se hubiera cubierto de combustible.

—Exacto —les sonrió Brostin—. Ya sabéis qué hay para desayunar.

Le dio una última calada profunda al pitillo, exhaló el humo con un suspiro y lo

lanzó con el dedo.

El pitillo dio dos vueltas en el aire.

Un instante después, doscientos metros de carretera se convirtieron en una muralla de fuego.



TRECE

Mkoll y Mkvenner se pusieron en pie algo aturdidos y subieron por la cuesta cubierta de hierba que los alejaba de la carretera sintiendo el horroroso calor del incendio en sus espaldas. Parte del terreno que los rodeaba estaba envuelto en llamas y el aire se llenaba poco a poco de chispas y cenizas ardientes que luego caían flotando. Cuando por fin se atrevieron, miraron hacia atrás protegiéndose los ojos con las manos para mirar la calzada elevada casi destruida. Era un infierno en el que apenas se lograban ver las siluetas de algunos vehículos ardiendo. La deflagración había sido tan intensa que había provocado una nube en forma de hongo que se alzaba lentamente hacia el cielo al mismo tiempo que se expandía.

Vieron cómo se deshacía el cordón de soldados desplegados para impedirles el paso al apresurarse estos a ayudar a sus camaradas. No pudieron, ya que el tremendo calor les impidió acercarse.

—Por el Trono —murmuró Mkoll.

—Vamos hacia el molino —se limitó a decir Mkvenner.

Su voz no mostró emoción alguna. Nada parecía afectar al estoico explorador, ni siquiera un espectáculo de esa magnitud.

De repente se paró. Por fin pareció que algo penetraba su actitud imperturbable y producía una respuesta.

—Por feth… —dijo con voz queda.

Mkoll miró al mismo sitio que él. Una figura envuelta en unas pocas llamas bajaba por la ladera cubierta de hierba de la calzada. Cayó y rodó sobre sí misma para intentar apagar esas escasas llamas. Luego se puso en pie y se dirigió cojeando hacia ellos.

Era Brostin. Tenía las ropas quemadas, el cabello y las cejas chamuscadas, la piel ennegrecida y con ampollas.

Pero estaba vivo y sonriente.

Bajaron a toda prisa la cuesta para ayudarlo.

—Estoy bien —les dijo, aunque con voz ronca y jadeante.

—¿Cómo feth…, cómo feth es posible que no hayas muerto? —le preguntó Mkoll.

Brostin dudó un momento antes de contestar. Había visto un bidón de espuma detergente en la parte trasera del camión cisterna, un material retardante que se utilizaba cuando se producía algún derrame. Era muy parecido a lo que Brostin utilizaba en sus días de lucha contra incendios en Tanith Magna. Se lo había echado por encima antes de hacer el truco con el pitillo de Iho. No habría impedido que ardiera por completo en un infierno como el que había desatado, pero lo protegería el tiempo suficiente como para ponerse a salvo. Brostin pensó explicarle todo aquello a Mkoll y a Mkvenner, pero se dio cuenta de que, por primera vez, había mostrado unas habilidades capaces de impresionar a los impertérritos exploradores. No iba a desperdiciar ese momento de superioridad con una explicación tan obvia.

—Conozco el fuego —les contestó—. Llevamos años librando una guerra. No se hubiera atrevido a hacerme daño después de lo que hemos pasado juntos.

Los exploradores se lo quedaron mirando, sospechando que les estaba tomando el pelo y que no tenía respuesta alguna para aquello. Brostin comenzó a subir por la ladera.

—Vamos —les soltó—. No tenemos todo el día.

—Gracias, señor —le dijo Landerson.

Gaunt se giró para mirarlo.

—¿Por qué?

—Por Lefivre. Podría haberlo abandonado. Lo cierto es que tenía derecho a matarlo. Casi nos descubrió a todos.

—Tenía miedo. No puedo culparlo de eso.

—Todos tenemos miedo —le contestó Landerson—. Todos nos enfrentamos a él. Lefivre tiene los nervios destrozados y es un peligro…

Gaunt alzó una mano.

—Escucha, Landerson. Tú, Lefivre y los demás miembros de la resistencia lo habéis arriesgado todo para ayudarnos. No puedo devolveros el valor del modo que

queréis. No puedo salvar vuestro mundo, pero por feth que salvaré a todos aquellos que estén a mi alcance. Si no cuidamos los unos de los otros, será mejor que abandonemos ya.

—Usted no es en absoluto lo que me esperaba —le contestó Landerson.

—Lo sé.

—No. Me refiero a… a que es un comisario de la Guardia Imperial. He oído cosas sobre ustedes. Historias de su brutalidad. De lo implacables que son. Un reglamento de hierro y un castigo inmisericorde.

—Soy parte de todo eso —le aclaró Gaunt—. Cuando tengo que serlo. Pero también tengo alma. Sirvo al amado Emperador y sirvo a la humanidad. Creo que ese servicio incluye a los débiles y a los atemorizados. Si hubiera ejecutado a tu amigo o hubiera dejado que muriese, ¿en qué clase de servidor de la humanidad me convertiría algo así?

La capacidad de Gaunt de expresar una frase capaz de inspirar le había servido mucho a lo largo de su carrera. Una parte clave de la tarea de un comisario era inspirar y levantar el ánimo, hacer que cualquier hombre olvidase las privaciones que estaba sufriendo o los horrores a los que se enfrentaba. Era bueno haciendo eso. Se dio cuenta, con cierto disgusto, que en ese momento estaba utilizando esa capacidad al decir lo que Landerson necesitaba oír. Lo cierto era que no había querido dejar atrás el cuerpo de Lefivre para no proporcionar ninguna pista a los servidores del archienemigo. Ya que iba a sacar a Lefivre de aquel atolladero, al menos iba a mantenerlo con vida.

Sin embargo, Gaunt quería mantener a Landerson de su lado. Los Fantasmas necesitaban a la resistencia más que nunca. Sin su cooperación, la misión estaba condenada al fracaso. Gaunt tenía serias dudas sobre Cirk y, por extensión, a los hombres que habían venido con ella, Plower y Acreson, pero Landerson parecía ser más de fiar. Era sólido, fiable, inspirado. Y leal. Gaunt no quería que apareciese la clase de resentimiento que tendría lugar entre el grupo de infiltrados y los miembros de la resistencia si empezaban a utilizarlos como algo de lo que se podía prescindir.

Así que se dedicó a hacer lo que los comisarios hacían desde la fundación del Oficio Comisarial: procurar resaltar lo positivo e inspirar confianza.

Llevaban en el molino veinte minutos. La estructura, abandonada y en ruinas, se alzaba por encima de la niebla que desaparecía en la parte superior de los campos. Tenían una buena visión de los tres kilómetros de terreno que los separaban de la carretera. Gaunt distinguió el resplandor tembloroso del enorme incendio y con el visor observó con claridad la conmoción que se había apoderado de la línea enemiga.

Hasta ese momento no había tenido señal alguna del grupo de Mkoll, y Cirk lo urgía a que se pusieran en movimiento.

—Registrarán toda esta zona antes de que pase una hora —le insistió a Gaunt. El

comisario decidió darles otros diez minutos.

Rezó para que estuvieran a salvo. La bola de fuego había sido gigantesca. ¿Habría sido la maniobra de distracción planeada o tan sólo se había tratado de un accidente?

—Échale un vistazo a Lefivre —le ordenó a Landerson—. Dile…, dile que estamos bien. Me refiero a él y a mí. Sin resentimientos.

Landerson se dio la vuelta y entró en el molino dejando a Gaunt en la puerta. Este alzó la mirada hacia una ventana que estaba unos veinte metros por encima de él, en un costado del molino.

—¿Ves algo? —gritó.

Larkin se asomó y negó con la cabeza.

—Sigue vigilando.

Gaunt rodeó la gran base del molino y entró en el patio de carga. Feygor estaba de guardia en la puerta y lo saludó con una inclinación de la cabeza. Criid había encontrado un depósito de agua oxidado y estaba purificando el agua para llenar las cantimploras.

—¿Alguna señal del sargento? —le preguntó a Gaunt.

Criid también era sargento, jefa de un pelotón, la primera sargento del Primero de Tanith, pero todo el mundo llamaba «el sargento» a Mkoll.

—Todavía no, Tona.

Ella se encogió de hombros.

—Ayer tuve un sueño —comentó Criid—. Vi a Caff y a los críos. Estaban bien.

—Me alegro —contestó Gaunt.

Todos sufrían sueños muy vívidos, a veces engañosos. Tona Criid había sido una pandillera de Verghast y se había endurecido llevando una vida desagradable y amarga, pero todavía mostraba una ingenuidad maravillosa. Los floridos sueños que Gereon estaba provocando en su mente no eran simples ilusiones para ella. Le comentó el sueño como algo real, como si hubiera recibido un pictograma de casa. Gaunt no pensaba contradecirla. Criid era una de las personas más fiables e importantes del equipo, junto a Ven y a Mkoll.

—¿Cómo vamos? —le preguntó.

Criid y Beltayn compartían la responsabilidad de supervisar los suministros de comida y de munición de todo el grupo.

—Tenemos raciones para dos días. Cuatro si bajamos a raciones de emergencia. Yo no lo haría. La doctora está de acuerdo. Nos cansaremos y seremos más lentos. Vamos a tener que empezar a buscar comida.

Gaunt asintió. No había forma alguna de que llevaran comida para la duración completa de la misión. Buscar comida en el planeta era un mal necesario y lo había estado retrasando todo lo posible. En cuanto comenzaran a alimentarse con los productos locales, lo más probable era que aquello acelerase el efecto del Caos en sus

cuerpos.

Se les acababa el tiempo.

—¿Munición?

—Para el arma pesada hay de sobra y tenemos casi todas las cargas explosivas. Hemos gastado una tercera parte de la munición láser. Los proyectiles sólidos ya son otro asunto. Andamos muy cortos. Hemos estado en un montón de combates más de los que esperábamos a estas alturas.

Gaunt frunció los labios. Sin duda, era cierto. El enfrentamiento de Ciudad Ineuron casi lo había dejado sin cargadores de balas y de bólter.

—¿Señor?

—¿Sí, Tona?

—¿Conoce a alguien llamado Wilder?

—¿Wilder? No, creo que no.

—Un tal coronel Wilder, tiene el cabello oscuro y es un hombre atractivo.

—No, sargento. Me parece que no. ¿Por qué?

Ella sonrió mientras enroscaba la tapa de una de las cantimploras.

—También aparecía en el sueño. Caff lo llamaba «señor» todo el rato.

—Me temo que no sé de qué va todo eso, Criid.

—No pasa nada —contestó ella—. Seguro que Caff me lo contará.

Feygor los llamó en ese momento desde la puerta. Mkoll, Mkvenner y Brostin acababan de salir de entre la niebla.

Una gruesa capa de humo cubría la calzada elevada. Uexkull bajó de un salto de la escotilla de la nave de vigilancia y caminó entre el barullo de vehículos hasta llegar al punto donde la superficie de la carretera estaba ennegrecida y llena de ampollas. Las tropas de ocupación temblaban de rodillas a su espalda.

Ante él se extendía un rastro de destrucción. Rococemento doblado, figuras achicharradas, restos fundidos de vehículos.

—¿Un accidente al repostar? —preguntó.

Virag, que estaba a su lado, carraspeó con su garganta artificial.

—Creemos que no, mi señor. Hay testigos que informan de varios disparos antes de la explosión. Un tiroteo de combate.

Uexkull se giró con lentitud para mirar los molinos de viento que iban quedando poco a poco al descubierto al levantarse la niebla.

—Entonces murieron aquí o aprovecharon la confusión para atravesar las líneas.

—Han demostrado que son una gente muy ingeniosa y llena de recursos —comentó Virag—. Creo que debemos suponer que están al otro lado de la carretera. Al menos, algunos de ellos.

—Estoy de acuerdo. Quiero que comience una búsqueda punto por punto de la

zona. Empezad por los molinos y por los pueblos cercanos. Tengo la desagradable sensación de que me han tomado por tonto, y no quiero que esa sensación se prolongue demasiado. Encuéntralos, Virag. Encuéntralos o al menos indícame por dónde andan. Quiero matarlos en persona.

—Sí, mi señor.

—Una última cosa. Que vengan todos los sirdars y demás oficiales superiores al mando de esta línea. Los quiero aquí dentro de los próximos cinco minutos.

Virag asintió. Uexkull desenfundó el bólter y comprobó que el cargador estaba lleno.

—En los próximos cinco minutos, ¿entendido? Quiero castigar a los idiotas que han permitido que esto ocurra.

Idresha Cluwge llevaba eructándole en la cara desde hacía tres horas. Cierto era que sus esqueléticas doncellas le habían traducido todas las preguntas guturales, pero el pheguth sentía que ya le habían eructado bastante.

—Estoy cansado —dijo.

La jefa etnóloga del Anarca se recostó en su silla gravitatoria y colocó las manos juntas sobre su enorme pecho.

—Acabamos de empezar, pheguth —le dijo mediante una de sus protectoras vitales.

El pheguth se encogió de hombros. La ernóloga lo tenía confundido. No como persona. En ese sentido era un monstruo grotesco, y eso ya era bastante desconcertante. No. Lo que lo tenía confuso era su intención, su deber de aprender todos los detalles de la vida y de la cultura de su enemigo. Eso era lo que le había dicho en la presa. Le hacía preguntas muy curiosas como «¿Cómo se hace el signo del áquila, y qué representa?» o «Los huevos fritos son una comida muy popular en el Imperio, ¿verdad?». También «¿Qué edad debe tener un niño del Imperio antes de que él o ella sean considerados aptos para el servicio militar?» o «Explica con sencillez tos mecanismos financieros del Munitorum».

No sabían nada. ¡Nada! Aquello hacía reír al pheguth. A pesar de todo su poder, de toda su fuerza aterrorizadora, el archienemigo de la humanidad apenas conocía o entendía el funcionamiento rutinario de la vida diaria del Imperio.

En su opinión, la etnóloga era el arma más formidable del archienemigo. Las fuerzas de los Poderes del Caos podían arrasar planetas enteros, conquistarlos, destruir flotas en mitad del espacio, pero no llegaban ni siquiera a empezar a comprender lo que movía a su enemigo jurado.

Cluwge era un instrumento en esa guerra sutil. Le hacía preguntas que no se podían contestar en el fragor del combate. Le preguntaba sobre los pequeños detalles, el día a día de la vida en el Imperio. Las huestes del Arconte eran capaces de vencer a

los guerreros del Imperio, de hacerlos huir, pero el conocimiento adquirido por Cluwge les ofrecía la verdadera superioridad. Una cosa era derrotar al enemigo y otra muy distinta comprender el funcionamiento de su sociedad para controlarla y eliminarla.

Idresha Cluwge era un instrumento de dominación. Informaba a los poderes superiores de lo que aprendía y los armaba para dominar. El pheguth había respondido lo mejor que había sabido.

—Quiero irme —dijo. El dolor palpitante de la transcodificación le atenazaba el cerebro—. Mañana, o pasado mañana, podremos retomar esta conversación.

Cluwge se encogió de hombros. El pheguth se puso en pie.

—Ha sido un placer —dijo antes de dar media vuelta y salir de la estancia.

Había esperado encontrar a tos servidores cornudos en la antesala, pero no vio señal alguna de ellos. La puerta estaba abierta y la brillante luz del sol lo llamaba desde la galería que había al otro lado.

El pheguth cruzó la puerta y salió a la galería. La luz entraba a raudales por las ventanas. La galería estaba vacía de un extremo a otro. En uno de ellos había otra puerta abierta.

—Desolane, Desolane —murmuró mientras recorría la galería en zapatillas—. ¿Cuándo dejarás de hacerme estas pruebas sobre mi lealtad?

Una figura apareció en el umbral de la puerta. No era Desolane. El pheguth jamás había visto a aquel individuo. Se detuvo y entrecerró los ojos con curiosidad.

—¿Quién…? —empezó a decir.

El hombre era alto y vestía ropas de combate de color verde oscuro. Sudaba mucho, como si estuviera asustado.

—¿Eres el pheguth? —le preguntó con una voz de curioso acento. El pheguth empezó a retroceder.

—Así es como me llaman… —respondió con una voz que se fue apagando poco a poco.

El individuo sacó una pistola láser de debajo de la camisa y apuntó a cabeza del pheguth.

—¡En nombre del Pacto y el Arconte! —exclamó.

Y disparó.



CATORCE

El pheguth se quedó allí de pie y parpadeó. Sentía un dolor extraño y penetrante en el lado izquierdo de la cara y una leve tibieza sobre el hombro izquierdo. El hombre de caqui continuaba apuntándole con la pistola. Le temblaba la mano y tenía los ojos abiertos de par en par.

El pheguth bajó la mirada con lentitud. Tenía el hombro izquierdo y la pechera de la camisa empapados de sangre. Era sangre suya. Alzó una mano y se tocó con suavidad la masa fundida en que se le había quedado convertida la oreja izquierda. Se miró las puntas de los dedos. Estaban llenas de sangre. El hombre de caqui estaba tan atemorizado, tan nervioso, que había fallado un tiro a quemarropa.

El pheguth sólo estaba aturdido.

—Dios Emperador de la humanidad —barbotó.

Aquellas palabra le salvaron la vida. El fallido asesino, ya muy tenso por la adrenalina, se encogió al oír aquella frase herética para él y dio un paso atrás y se llevó las manos a los oídos. El pheguth sintió en ese momento cómo la adrenalina le recorría el cuerpo. Le lanzó un puñetazo y le partió la nariz al hombre con un chasquido sonoro.

El asesino se desplomó sobre una rodilla con la sangre saliéndole a chorros de la nariz. El pheguth dio media vuelta y echó a correr.

—¡Un asesino! —gritó—. ¡Un asesino!

A su izquierda había una puerta. La abrió de un empujón y la cruzó a la carrera cuando los primeros disparos láser comenzaron a perseguirlo. El asesino se había puesto en pie y corría en su persecución sin dejar de disparar y de echar sangre por la nariz.

La estancia era una cámara de descanso muy bien equipada, repleta de mobiliarios antiguos y con las paredes cubiertas de tapices que llegaban del suelo al techo. Al otro lado de la estancia había una puerta abierta, pero el pheguth sabía que jamás lograría cruzar la habitación y ponerse a salvo al otro lado antes de que estuviera de nuevo a tiro de su enemigo. En vez de eso, se tiró al suelo y se arrastró de pies y manos detrás de una gran butaca.

El asesino también entró corriendo en la estancia, soltando un gorgoteo desagradable al jadear por la boca y por la nariz partida y goteante. Cruzó la habitación hasta llegar a la puerta abierta y miró a ambos lados de la misma. El pheguth podía ver sus pies por debajo de la butaca.

El asesino regresó a la estancia y empezó a registrarla. El pheguth observó los pies de su atacante mientras tiraba a un lado sillas y miraba detrás de los tapices. No tardaría mucho en centrar su atención en el otro extremo de la habitación.

Un nuevo par de pies entraron en el lugar. Llevaban unas botas como las del asesino.

—¿Lo has matado?

—Ha entrado aquí —contestó el asesino lleno de nerviosismo.

—Has disparado. ¿Lo has matado?

—¡Ha entrado aquí! —repitió el primer individuo—. Está herido…

El recién llegado soltó una maldición. Sus pies desaparecieron de la vista. El pheguth oyó el sonido de un mueble pesado al que arrastraban a un lado.

—¿Está escondido?

—¡Sí! ¡Ayúdame a encontrarlo!

El segundo individuo murmuró algo más. Se movió una silla.

—Mira. ¡Mira! ¿Esta sangre es tuya? Aquí, en la alfombra.

—No.

—Está detrás de esa butaca grande.

El pheguth se dejó caer al suelo y se puso las manos sobre la cabeza. Dos pistolas láser comenzaron a disparar y varios rayos perforaron el respaldo de la butaca, atravesándolo para llegar luego a la tapicería y a la pared y provocando una lluvia de relleno de kapok. Uno de los disparos fue más bajo y rozó la cadera izquierda del pheguth, quien soltó un chillido de dolor. Se arrastró retorciéndose hasta ponerse a cubierto detrás de un piano vertical pintado a mano.

Sin embargo, uno de los atacantes lo había visto moverse. Los disparos continuaron y empezaron a destrozar el instrumento. Las cuerdas saltaron provocando

notas discordantes. Los paneles de madera se astillaron y las teclas volaron en pedazos por los aires.

Un aullido ululante inundó la habitación y la lluvia de disparos láser cesó de forma repentina. Un hombre gritó. Luego se oyó un fuerte chillido de dolor. Algo chasqueaba en el aire como un látigo. El pheguth alzó un poco la cabeza y oyó fuertes impactos y otros más leves de algo que chocaba contra el suelo. Un chorro de líquido salpicó el piano destrozado, como si lo hubieran lanzado con una esponja empapada.

Se oyó un último disparo láser. Un último grito. Un último impacto húmedo.

El pheguth miró temblando por debajo del piano y vio un par de pezuñas. Se levantó y miró por encima del instrumento destrozado.

Desolane estaba frente a él. El protector vital tenía extendidos los dos brazos. La sangre caía goteante de los cuchillos de combate que empuñaba en las manos. La capa de humo rodeaba el torso de Desolane como un enjambre de insectos. La máscara de bronce estaba manchada con unas cuantas gotitas brillantes de sangre.

Los ojos azules y acuosos del protector vital miraron al pheguth a través de los visores de la máscara.

—Ya puedes salir —le dijo Desolane.

El pheguth parpadeó. Se puso en pie. Decir que los dos asesinos estaban muertos era quedarse tan corto como decir que una supernova era el final de la existencia de una estrella. No sugería nada respecto a la tremenda violencia que incluían ambos procesos.

La estancia estaba húmeda por la enorme cantidad de sangre que se había derramado con fuerza explosiva. Había empapado los tapices y las tapicerías, corría en regueros por los paneles de madera y formaba charcos en el suelo. La alfombra estaba teñida de rojo. A los dos asesinos los habían matado con un frenesí tan feroz que ni siquiera los cráneos estaban intactos. El pheguth había visto unas cuantas escenas horrorosas en la vida, pero aun así decidió no mirar los restos cortados de forma quirúrgica y esparcidos por todo el lugar. En vez de eso se concentró en la pistola láser, que estaba partida por la mitad de un corte limpio.

Desolane envainó los dos cuchillos ketra.

—Pheguth, te pido humildemente disculpas.

Llegaron al pueblo que Plower llamaba Wheathead a primera hora de la tarde. Ya estaba oscuro y hacía frío, y la lluvia amenazaba desde hacía rato con caer procedente del este. El cielo mostraba formas cambiantes de color sulfuroso sin brillo alguno. Cirk los condujo a través de un pequeño bosquecillo hacia el seto que bordeaba la carretera. A ambos lados se veían campos llenos de cosechas que se pudrían y de filas de pequeños invernaderos destrozados.

Gaunt utilizó los magnoculares para estudiar el pueblo.

—Hay dos camiones de transporte de tropas —comentó.

—Ya deben de haber empezado a buscarnos —contestó Cirk.

—Allí, al lado del granero. ¿Qué son esos mástiles?

Cirk echó un vistazo.

—El cuartel local de los excubitores. Los enlaces de comunicación son suyos.

—Tengo pensado un plan —dijo Gaunt—. He estado discutiéndolo con mi ayudante, Beltayn. Necesitaremos vuestra ayuda para llevarlo a cabo.

—¿Qué clase de plan?

—Uno que no te gustará nada de nada. Necesitaremos una maniobra de distracción.

Cirk soltó una risa sin demasiado humor.

—Ya he visto lo que usted y los suyos consideran una maniobra de distracción, comisario coronel: incendiar la mitad del mundo. No me extraña que piense que no me gustará.

Gaunt negó con la cabeza.

—Me refiero a una maniobra de distracción de verdad. Algo que despiste al enemigo. De otro modo, no tardarán mucho en darse cuenta de por qué estamos aquí.

—Siga —dijo ella, aunque con tono de duda.

—Más tarde —Gaunt ajustó el alcance de los magnoculares—. Allí, al norte del pueblo. Ese espacio abierto. ¿Qué es?

Había señalado una porción amplia de terreno con la tierra removida hacía poco y que estaba rodeada por una valla de alambre. Varios grupos de personas encapuchadas se movían por el lugar.

—Es un cementerio —le contestó Plower—. Hay uno en casi todos los asentamientos habitados. Murieron miles de personas durante la invasión. Muchos se pudrieron en los campos de batalla, pero en los pueblos y ciudades, el enemigo metió los cadáveres en grandes fosas comunes.

—Esa gente parece estar visitando el lugar —comentó Gaunt.

—Así es, señor —le confirmó Plower—. El archienemigo cree que se deben permitir ciertas costumbres para mantener tranquila a la población conquistada y tenerla controlada. Les permite a aquellos que tienen autorización la visita a los cementerios, siempre que no infrinjan ninguna de las leyes relativas a la adoración religiosa. Por supuesto, nadie sabe quién está enterrado en qué fosa, pero a algunas personas las ayuda poder presentar sus respetos en una tumba.

Gaunt cerró los ojos. Una vez más, el abominable enemigo lo había sorprendido. Era casi un acto de humanidad permitir que la gente acudiese a llorar a las fosas comunes. ¿O se trataba simplemente de otro modo de recordarle a la gente de Gereon lo poco que valían sus vidas?

—Ayer si me entero —dijo Rawne en voz baja—. ¿Las malditas fuerzas enemigas permiten que la gente venga y visite las tumbas?

—Sí —le respondió Cirk.

—Así es como entraremos —comentó Rawne—. Me refiero a fingirnos unos parientes que visitan el cementerio.

—He pensado lo mismo —comentó Gaunt.

—Nuestra primera prioridad es intentar ponernos en contacto con la resistencia —dijo Cirk.

—Es cierto —aceptó Gaunt—. Mi otro plan puede esperar.

Un flujo de peregrinos dolientes se había reunido en la carretera que llevaba al pueblo. La mayoría iban vestidos con unas ropas de viaje en estado lamentable. Unos cuantos hacían sonar unas campanas y otros unos adornos de madera. Todos iban inmersos en su dolor, así que apenas prestaron atención al grupo de peregrinos encapuchados que se unieron a ellos procedentes de un sendero lateral.

Cirk y Acreson, con sus malditos imagos de autorización, iban en primer lugar. Rawne los seguía, acompañado de Bonin, Criid, Feygor y Lefivre.

Se había producido lo que Corbec había llamado una vez «una discusión vigorosa» acerca de quién formaría parte del grupo. Gaunt había insistido en formar parte del mismo. Después todo, era su misión y todos los Fantasmas lo sabían. Sin embargo, Rawne había quedado apartado en Ineuron y no quería que lo dejaran esperando de nuevo. Gaunt y él habían discutido de forma muy acalorada.

—¡Un jefe va y otro se queda! —le había dicho Gaunt—. De ese modo la viabilidad de la misión se mantiene. Si los dos morimos…

—¡Mkoll se pondrá al mando! Todos sabemos que lo trata como a un oficial superior, y los dos sabemos también que es capaz de llevar a cabo la misión. ¡Quiero ser parte de esto! ¡Quiero saber qué está pasando!

Gaunt se había quedado mirando a Rawne con frialdad. Pensó que quizá, después de todo, no había sido tan buena idea incluirlo en el grupo de la misión.

—Con todos mis respetos hacia Mkoll, eso no es una opción. Lo haremos según el reglamento.

Rawne asintió.

—En ese caso, señor, me toca a mí.

Rawne había escogido a Feygor y, siguiendo el consejo de Cirk, a Criid, ya que al parecer se registraba en menos ocasiones a las mujeres que a los hombres.

Estaban dispuestos para marchar cuando Lefivre pidió acompañarlos. Tanto Gaunt como Rawne habían dicho que no al principio, pero Lefivre, con un aspecto más decidido y fuerte, había insistido. A Gaunt le pareció que el miembro de la resistencia quería demostrar su valía a los guardias imperiales de un modo

desesperado después de su actuación en la calzada.

—Hay algo más —había añadido Lefivre en voz baja—. Soy nativo de esta región. Es muy probable que mi padre, mi madre y mis dos hermanos estén enterrados en esa fosa común.

Ni siquiera Rawne fue capaz de discutir un argumento como ese.

Gaunt vio desde los árboles el lento avance mediante los magnoculares.

—Sabe que puede confiar en Rawne —le dijo Mkoll en voz baja. Gaunt giró la cabeza.

—Lo sé. Lo que me gustaría es que él confiase en mí.

Mkoll sonrió.

—Lo hace, señor. A su manera.

—¿Señor? —La voz de Larkin era poco más que un suspiro. Estaba pasando la mira telescópica del rifle de francotirador por los tejados del pueblo—. ¿Qué demonios es eso?

Gaunt ajustó los magnoculares. Cerca de la plaza central del pueblo había un grupo de árboles talix desprovistos de ramas y convertidos en horcas. Un par de figuras parecidas a marionetas colgaban de dos de ellos. Se mecían bajo el soplo del viento.

—¿Landerson? —Gaunt entregó los magnoculares al miembro de la resistencia y le señaló el lugar—. ¿Qué es eso?

—Son lobos metálicos —dijo Cirk—. No los mires.

Rawne bajó la mirada al sendero embarrado. Con el simple vistazo que había echado se le había quedado grabada la imagen de las marionetas, unos maniquíes de tamaño natural fabricados con placas sueltas de metal y unidas por alambres.

—Ahora se encuentran en estado durmiente, pero no los mires —le advirtió Acreson con un susurro—. Eso los provoca.

«Pues vale», pensó Rawne.

Siguieron avanzando. Una mirada de reojo le indicó a Rawne que tanto Bonin como Criid lo estaban haciendo bien. Llevaban las cabezas gachas dentro de las capuchas. Feygor también lo haría bien si relajase los malditos hombros. Era el pariente plañidero y doliente de espalda más rígida y erguida de toda la historia de los funerales.

Rawne miró a Lefivre. Maldijo a Gaunt en silencio por su decisión de permitir que el tipo formara parte del grupo. Gaunt hasta había tenido las pelotas de llevarse a Rawne a un lado antes que se marcharan y de decirle que lo de «concesión» no era una opción por lo que se refería a Lefivre.

—Quieres dirigir esto, Rawne. Vale, por mí bien. Pero Lefivre vuelve vivo si los demás también volvéis. ¿Me has entendido? Se lo debo a todos ellos.

Los dolientes que iban con ellos gimieron e hicieron sonar las campanas. «Ya te

las verás conmigo», pensó Rawne.

Wheathead era un lugar triste. Pasaron por delante de lo que tuvo que ser la posada del pueblo antes de que un proyectil de artillería la del todo. Sólo el cartel quedaba en pie.

Se mecía con el viento, como los lobos metálicos.

La procesión de dolientes se detuvo. Los excubitores estaban registrando a los miembros de la fila. Rawne metió una mano bajo la capa y empuñó el mk III.

Oyó las voces roncas de los excubitores. Daban órdenes y maldecían en su vil lenguaje sin ni siquiera preocuparse por dejar que los implantes de voz tradujeran lo que decían.

Vio que comprobaban el imago de Cirk con un artefacto en forma de paleta.

—Estás muy lejos de casa, autorizada —dijo uno de los excubitores traduciendo de repente lo que decía.

—He venido a visitar a mis muertos, magir. He caminado durante mucho tiempo y he pagado las tarifas —oyó que le contestaba Cirk.

Los excubitores indicaron con un gesto a los demás que pasaran. Rawne olió a los excubitores. Olían a sudor, a grasa y a alguna clase de hedor que era demasiado rancio como para describirlo. Los dolientes siguieron subiendo con pasos lentos la colina en dirección al cementerio.

Cirk fue reduciendo el paso hasta que se colocó al lado de Rawne.

—Hay una casa a la izquierda donde creo que podemos contactar con la resistencia.

Rawne asintió.

Salieron de la carretera y dejaron atrás a los dolientes. A su espalda, los excubitores del punto de control no dieron muestra alguna de haberse dado cuenta. El grupo se pegó a las sombras y recorrió una calle lateral hasta llegar a un porche de piedra. Acreson alargó un brazo y giró la piedra suelta que había encima de uno de los postes.

—Ahora iremos al cementerio —dijo Cirk—. Si la resistencia está activa en este pueblo, para cuando volvamos habrá una pluma debajo de esa piedra.

—De acuerdo —dijo Rawne.

Volvieron a subir la colina hacia el cementerio. Rawne siguió mirando hacia atrás. Vio los camiones aparcados y a las tropas de ocupación registrar el pueblo casa por casa.

Y luego vio algo más.

—¿Qué feth es eso? —preguntó.

Cirk se dio la vuelta y soltó una exclamación ahogada.

—Es un glifo —dijo a continuación con un murmullo—. Aparta la mirada. Por el amor del Emperador, ¡aparta la mirada!

—Ya no veo al grupo de Rawne —dijo Gaunt—. Creo que han entrado por esa calle de ahí, a la izquierda de la carretera principal, pero las casas e tapan la visión.

—Paciencia —contestó Mkoll.

—¿Qué es eso? ¿Un fanal? —murmuró Larkin.

—¿Dónde?

De repente, Larkin se echó atrás, como si algo lo hubiera picado. Se tiró la mira telescópica del ojo. Estaba pálido como la muerte y tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué el Emperador me proteja? ¡Feht! ¿Qué es lo que he visto?

Gaunt paseó los magnoculares por el lugar. Vio la luz, que era una masa brillante, tan resplandeciente como el neón. Tenía el tamaño de una mochila y flotaba a la altura de los aleros de las casas. No tenía sentido, pero parecía poseer alguna clase de estructura brillante. Si pudiera…

No pudo seguir mirando por los magnoculares.

Levantó la vista y vio que Landerson había tapado las lentes con una mano.

—¿Qué feth estás haciendo?

—Es un glifo —le aclaró Landerson—. Créame, lo último que necesita tener es una visión clara y precisa de eso.

—¿Qué feth está…? —empezó a decir Rawne.

—¡Cállate, Rawne! —le espetó Cirk con un susurro—. Sigue caminando. ¡Que nadie lo mire!

—Pero…

—¡Nada de hablar!

Rawne hizo lo que le ordenaba. Miró atrás para asegurarse de que todos seguían caminando, esforzándose por mantener los ojos apartada de la extraña luz que flotaba sobre la calle por encima de ellos.

Todo el mundo había obedecido la orden de Cirk. Todos, menos Feygor.

Murtan Feygor permanecía de pie, transfigurado y sin de dejar de mirar a los símbolos iluminados que se retorcían y chasqueaban bajo el cielo oscurecido. ¡Era tan brillante! ¡Parecían palabras escritas sobre un relámpago! ¡Y qué palabras! No las entendía, pero hacían que se le pusieran los pelos de punta. El sonido de insectos que se arrastraban se hacía cada vez más fuerte.

—¡Murt! —lo llamó Rawne todo lo fuerte que se atrevió.

Su voz tenía un leve tono de histeria. Todos se volvieron.

—¡Mierda! —soltó Cirk cuando vio que el guardia imperial se había quedado parado.

Rawne se puso al lado de Feygor y le tiró de un brazo. Su amigo estaba inmóvil

como una estatua. Tenía los ojos abiertos y una mirada casi vidriosa. Un chorro de baba le caía por un lado de los labios flácidos.

Rawne tiró de él con más fuerza. Le estaba entrando pánico. Lo peor de todo es que él también tenía ganas de mirar. Quería inclinar la cabeza a un lado y entender lo que su camarada estaba mirando. En el aire se oía un zumbido parecido al de los enjambres con que se habían topado en los campos de Shedowtonland.

Bonin apareció con la mirada puesta de un modo deliberado en el suelo. Él también agarró a Feygor y juntos tiraron de su cuerpo rígido. Feygor se negó a dejarse llevar. Sin pensárselo dos veces, Bonin le puso una mano sobre los ojos.

Feygor soltó un gemido ahogado cuando le tapó la vista. Trastabillo y cayó en brazos de sus compañeros. Ambos olieron algo ácido: se había vaciado la vejiga encima. Luego empezó a forcejear y a temblar como un adicto a la obscura.

—¡Vámonos! —los urgió Cirk—. ¡Llevadlo en brazos si no os queda más remedio!

La mayor tenía un brazo levantado para tapar el glifo, como si se estuviese protegiendo los ojos de la brillante luz del sol. El grupo empezó a moverse de nuevo.

Pero ahora Lefivre también se había puesto a mirar el glifo.

—Explícame qué es eso —le ordenó Gaunt a Landerson con brusquedad.

Landerson se encogió de hombros.

—No puedo… Quiero decir que no soy un hechicero ni un magister. No entiendo cómo funciona el Caos.

—¡Inténtalo! —le soltó Gaunt.

—Es una expresión de la disformidad —le explicó Plower—. Eso es lo que me han dicho. El archienemigo ha marcado nuestro planeta de todos los modos posibles, incluso en la atmósfera. Un glifo es el modo en que el Caos marca el propio aire. Es un pensamiento, un concepto, una idea… Es un atisbo de los Poderes del Caos conjurado de algún modo para que cobre forma sólida. Algunos dicen que tienen conciencia. No lo creo. Los glifos son runas, sellos, símbolos del Caos, como prefiera llamarlos. Los ordinales los invocan y los sueltan para que vigilen a la población. Flotan, patrullan, acechan…

—Estupendo —lo cortó Curth—. Pero ¿qué hacen?

Plower se la quedó mirando un momento.

—Supongo que los podría definir como sensores. Como alarmas. Reaccionan a la actividad humana. No tengo ni idea de cómo lo hacen. Lo que es seguro es que responden a los imagos. Si detectan a alguien que no tiene autorización…, reaccionan. Invocan.

El primer símbolo tenía forma de media luna, pero también estaba retorcido sobre sí mismo de algún modo. El segundo parecía las marcas dejadas por las pitas de una araña sobre el polvo. El tercero parecía el conjunto de válvulas de un corazón humano. Reluciente; Tan reluciente. Tan frío. No había orden alguno entre los símbolos, ninguna estructura, porque cambiaban constantemente de lugar o se transformaban. Había más de tres. Menos de uno. Miles, que se retorcían para formar una única luz.

Lefivre sabía que debía hacer algo aparte de mirar aquella maravilla. Sintió la acidez del estómago en la boca. La herida que tenía en el brazo, donde había estado enterrado el imago, le palpitó y le dolió.

De repente recordó el encuentro que había tenido con otro glifo. Recordó que le había mordido la palma de la mano a Landerson. Recordó con toda claridad el miedo.

Pero ya no tenía miedo. Ya no. Porque comprendía los símbolos que chasqueaban en el aire ante él. Comprendía lo que significaban. No se le ocurría ninguna palabra que significara lo mismo, pero no importaba.

Lo comprendía.

Acreson era el que estaba más cerca de Lefivre. Echó a correr mientras Bonin y Rawne se llevaban al forcejeante Feygor por la calle embarrada y le hizo señales a Cirk de que los sacara de allí.

El imago de Acreson se movió y se puso tenso. Luego lo sintió retorcerse en el interior de su brazo. Odiaba aquella criatura con cada partícula de su ser, pero en esos momentos contaba con ella, contaba con la decisión de no habérsela arrancado. Lo autorizaba para caminar de día y de noche. Quizá tranquilizaría al glifo y apartaría su atención del pobre y desautorizado Lefivre.

Acreson se abalanzó contra Lefivre y lo tiró al suelo. Luego alzó el brazo sin mirar la forma luminosa y mostró su imago.

La visión del imago pareció hacer disminuir por un momento los sonidos chasqueantes que emitía el glifo. ¿Estaría retirándose? ¿Lo habría distraído?

Oyó un sonido fuerte y seco, como el de un palo al partirse. Acreson jadeó. El tiempo pareció transcurrir de un modo más lento. Sintió un dolor lacerante en el estómago, como si le hubieran clavado un espetón al rojo blanco en mitad del cuerpo. Luego sintió que los pies se le despegaban del suelo. Estaba volando…

Volando hacia atrás. La fuerza del impacto le recorrió el cuerpo como un latigazo. Acreson vio durante un largo y silencioso momento un puñado de gotas de sangre brillantes flotar en el aire ante él.

Su propia sangre.

Acreson se estrelló contra el suelo con fuerza en un estallido de dolor y de regreso al tiempo real. El disparo de la carabina láser de cerrojo le había atravesado el

estómago y lo había lanzado tres metros hacia atrás. Al otro extremo de la calle, convocados por el glifo, apareció un grupo de excubitores a la carrera con las armas al hombro. Varios disparos más cruzaron el aire. Tumbado, rígido por el dolor, Acreson los vio pasar zumbando por encima de él.

—Oh. Dios Emperador —jadeó con un suspiro.

El glifo ya había acabado su tarea, así que se alejó flotando por encima de los aleros como si todo aquello ya lo aburriera. Los excubitores gritaron para dar la alarma y siguieron corriendo. Un cuerno de carnyx resonó en algún punto del pueblo y su eco recorrió las tristes calles de Wheathead.

El equipo de la misión ya estaba corriendo. Cirk y Criid iban en cabeza, con Rawne y Bonin muy cerca, aunque seguían forcejeando con Feygor. Varios disparos de carabina pasaron cerca de ellos.

Lefivre, que ya estaba a treinta metros, se puso en pie, aturdido y confuso. Le pareció que se levantaba de un profundo sueño. ¿Qué demonios ataba pasando? No podía recordar nada.

Acreson estaba a su lado, tumbado de espaldas y retorciéndose en el suelo. El estómago de su compañero era un cráter de sangre y carne. Unos rayos de luz cruzaban el aire por encima de ellos.

Lefivre se giró y vio a los excubitores que cargaban en su dirección. Por algún capricho del destino, todavía no le habían acertado con ningún disparo.

El instinto se apoderó de él. El entrenamiento de explorador de la Fuerza de Defensa Planetaria. Leflvre sacó con tranquilidad el viejo y baqueteado rifle automático que llevaba debajo de los harapos y abrió fuego.

El silenciador del arma bufó como la válvula de una olla a presión. Lefivre frenó en seco y mató con los primeros disparos a los dos excubitores que encabezaban la carga, lanzándolos de espaldas. Hirió a un tercero y luego le acertó a otro en mitad de la frente cuando acribilló el resto de la calle.

Los excubitores saltaron en todas direcciones para ponerse a cubierto. Un disparo de carabina láser le arrancó el lóbulo de la oreja y otro le abrió un surco en el hombro. Lefivre yació el cargador y abatió sobre el barro a dos más de sus enemigos de rostro esquelético.

Cambiar el cargador. Tenía que cambiar el cargador. Manoteó y dejó caer el cargador vacío antes de rebuscar en la parte posterior del cinturón. Otro rayo le atravesó la espinilla y le arrancó la carne de la pantorrilla.

Se tambaleó pero encontró otro cargador y lo encajó en la ranura del rifle.

La calle quedó acribillada con disparos de fuego automático. Lefivre pensó por un momento que era él, pero luego descubrió que era Acreson. Su compañero se había alzado hasta quedar sentado con las piernas dobladas bajo él y estaba disparando con su arma de asalto. Las manos, el estomago y el regazo de Acreson estaban

empapados de sangre. Las entrañas de color púrpura y rojo se esforzaban por salir a través del tremendo agujero del abdomen.

—¡Por el Dios Emperador de la Humanidad! —gritó Acreson—. ¡Por Gereon! ¡Por Gereon!

Abrió fuego de nuevo. Los dos miembros de la resistencia dispararon una lluvia de proyectiles por toda la estrecha calle. Bastantes excubitores se tambalearon y cayeron. El resto se vieron obligados a retroceder mientras intentaban recargar sus armas de un solo disparo.

Lefivre se acercó corriendo a Acreson.

—¡Vamos!

Acreson levantó la mirada. Le salía sangre por las comisuras de la boca.

—Yo no voy a ninguna parte.

—Sí, sí que vienes. ¡Sí, sí que vienes!

Acreson se quedó mirando a Lefivre de un modo extraño.

—No te acuerdas, ¿verdad?

—¿Acordarme de qué? ¡Cállate y déjame ayudarte!

—El glifo —le dijo Acreson—. Tú activaste el glifo.

Lefivre se quedó dudando. Recordaba algo, una palabra, una luz. Pero no…

—Yo no quería…

—Lo sé —lo interrumpió Acreson. La sangre empezó a salirle burbujeando—. Corre.

—Pero…

—Corre, Lefivre. Sálvate.

Los excubitores habían dejado de repente de disparar. Un frío penetrante se apoderó de la calle. Un viento comenzó a soplar por las calles y el cuerno del carnyx empezó a resonar de nuevo.

En los árboles convertidos en horcas apareció una bola de luz casi incandescente que se enroscó alrededor del tronco central. Los maniquíes metálicos empezaron a temblar y a estremecerse.

—Amado Dios Emperador que nos proteges a todos… —murmuró Acreson—. Los hemos despertado.



QUINCE

Los excubitores se dispersaron aullando en todas direcciones. Los habitantes del pueblo y los dolientes llegados al cementerio huyeron para ponerse a cubierto llevados por un pánico ciego. Incluso los soldados del archienemigo, que se habían empezado a agrupar al oír la repentina alarma, echaron a correr. Algunos incluso tiraron sus armas.

El aire olía a ozono. También se percibía un olor seco a metal caliente. Las nubes se arremolinaron sobre Wheathead, extendiéndose como la tinta sobre el agua. Resonó un trueno.

La bola de luz de la horca burbujeó, más brillante que ninguna estrella. La luz de la disformidad brillaba en ella. La masa relampagueante borboteó y luego comenzó a bajar por el poste como lava, como roca fundida al rojo blanco, y se coló por las rendijas de las marionetas de metal para llenarlas de luz.

Las marionetas se estremecían mientras se llenaban. Los segmentos de metal se unieron entre ellos. Los hilos de metal que los unían zumbaron como cables cargados de electricidad. La temperatura del aire en Wheahead cayó de repente. La escarcha apareció en los tejadillos y el barro de las calles se endureció por el hielo.

Los lobos metálicos se despertaron.

El glifo los había invocado. Los rituales arcanos habían dejado el espacio sobre las horcas tan delgado que el immaterium podía atravesar el éter si se daban las

órdenes correctas. Las toscas marionetas de metal, diseñadas para contener las energías de la disformidad, vibraban llenas de vida.

Eran dos. Tenían la forma de una persona tan sólo porque habían construido las marionetas para que contuvieran la energía con esa forma. Se movieron de forma espasmódica colgados de los cables. Parecían caballeros de la antigüedad con armaduras completas, iluminados desde el interior por las lámparas más potentes jamás conocidas. Los cables de los que colgaban zumbaban y se estremecían, repletos de poder.

Aquellas marionetas con forma de maniquíes no estaban bien acabadas. Las habían creado con placas de metal sin trabajar que hacían la función de zapatos, espinilleras, musleras, cotas de malla, cascos. Una luz brillante salía de las junturas y de los huecos. Las secciones de los brazos se estremecieron. La luz salió por los huecos de los ojos con un brillo comparable a los focos de un Landraider.

Los brazos de la marioneta estaban sin acabar. Estaban las placas de los hombros, de los brazos y de los antebrazos, pero no había ni guantes ni manos. Unos cables unían los antebrazos a unas piezas sueltas de metal afilado que colgaban en el aire y que tintineaban cuando el viento las mecía. La luz, controlada por la magia contenida en la armadura, bajó por los cables y formó unas garras de resplandor sólido rematadas por esas cuchillas.

—¡Corre! —jadeó Acreson.

Lefivre dio un par de pasos atrás en el ahora quebradizo barro. Los talones de sus botas partieron delgadas capas de hielo. No podía creerse lo que estaba viendo. Sintió que los intestinos se le licuaban.

—¡Corre, Lefivre! ¡Por el Trono, corre! —le suplicó Acreson.

Los cables que colgaban directamente de la horca zumbaron de forma, frenética, como líneas telegráficas; vibraron y por fin se partieron.

Los lobos metálicos cayeron de los árboles.

Chocaron con fuerza contra el suelo. Luego, con una luz espantosa saliendo de cada juntura y hueco, se pusieron en pie. Lenta, muy, muy lentamente.

El primero dio un paso. Se oyó un sonido parecido al de la oruga de un tanque cuando se movió. El segundo lo siguió.

Sonidos chirriantes de metal, poder cegador.

Sus ojos brillantes, relucientes como focos buscadores de objetivo, recorrieron la escena que tenían ante ellos. Empezaron a husmear el aire y a gemir.

A continuación, empezaron a aullar.

—Oh, Dios Emperador… —dijo Lefivre.

Los lobos metálicos se pusieron en marcha corriendo a mayor velocidad que cualquier ser humano. Un frío espantoso los rodeaba. Los dedoscuchilla arañaban y chirriaban contra las paredes de piedra a medida que avanzaban recorriendo las calles

del pueblo con caricias lascivas.

—Por favor… Corre —repitió Acreson.

El aullido se hizo más fuerte.

Uno de los excubitores, que había quedado en terreno descubierto, cayó de rodillas ante los monstruos que se le echaban encima. Uno de ellos le dio un zarpazo con las garras de luz de metal. El excubitor cayó envuelto en un halo de luz violeta y se deshizo convertido en pedazos. Unas leves volutas de humo se alzaron de los restos despedazados.

Lefivre echó a correr.

—¿Qué feth es ese ruido? —gritó Rawne.

—¡No hagas caso! ¡No hagas caso! —farfulló Cirk jadeante—. ¡Tenemos que ponernos a cubierto ahora mismo!

Feygor se había caído de nuevo. Criid se acercó para ayudarlos a llevarlo.

—¡Vamos, por el Trono! ¡Vamos! —les gritó Cirk.

Ya habían llegado al borde del pueblo. El cielo negro se abría sobre ellos. Una luz brillante iluminaba el callejón del que acababan de salir.

—¡Corred hacia los árboles! —les ordenó Cirk, y comenzaron a subir a toda prisa el campo que ascendía lentamente desde el borde occidental de Wheathead.

—¿Qué demonios está haciendo? —le gritó Landerson—. ¡Tenemos que largarnos!

—Tengo a mi gente ahí abajo —le contestó Gaunt soltándose del agarrón del miembro de la resistencia.

—Ya no —insistió Landerson—. Créame, señor. Los lobos metálicos están sueltos. Si nos vamos corriendo ahora mismo, puede que salgamos con vida de esta.

Gaunt miró a Landerson a los ojos. Sabía que no le mentía. No tenía ni idea de en qué se iba a meter. La misión era demasiado importante. Vital. Todos y cada uno de los miembros del grupo eran prescindibles. Van Voytz había insistido en ello. Lo único que importaba era cumplir el objetivo de la misión.

Gaunt había creído en ese momento que aquello era aceptable. Sin embargo, llegada la hora, la de poner a prueba su fe en ello, se dio cuenta que no lo era. Rawne estaba allí abajo, y Feygor, y Criid, y Bonin.

Bonin. Bonin «el afortunado», quien había estado dispuesto a sacrificar su vida para acabar con la del Heredero Asfodel en Verghast y había sobrevivido para ganarse su apodo. Uno de los mejores hombres de Mkoll.

Criid, la querida Tona, la pandillera, que había conseguido sobrevivir en la colmena Vervun y que además no sólo se había convertido en una Fantasma, sino en el primer mando femenino del Primero de Tanith. El amor de Caffran. Eso sin contar a los niños, por supuesto…

Feygor. Gaunt no le debía nada a Feygor a excepción de que siempre había estado

allí y siempre había combatido con ferocidad.

Y Rawne. Su némesis. Su sombra. El hombre que, y Gaunt estaba seguro de ello, lo mataría algún día con mayor certidumbre que las fuerzas del archienemigo.

Pero Rawne era Rawne. Sin él no habría Primero de Tanith. Además, Corbec estaba muerto y enterrado en el lejano Herodor, por lo que Rawne era el único vestigio que quedaba de aquel espíritu fundador que había nacido tantos años atrás en Tanith.

Gaunt no iba a perder aquello. No iba a perder a ninguno de ellos. Que se jodiera la misión.

—¡Mkoll! —gritó—. Que el grupo se ponga en marcha. Sácalos de aquí. Si no regreso, ya sabes lo que hemos venido a hacer a este mundo y confío en que lo harás.

Mkoll asintió.

—Cumpliré la misión, señor. Por si le sirve de algo, no creo que debiera marcharse, señor.

—Yo tampoco —le contestó Gaunt—, pero debo hacerlo. Rawne está ahí abajo.

—El hombre que según me ha dicho jamás confió en usted.

—Considéralo mi modo de demostrarle que está equivocado.

Mkoll sonrió. Luego empezó a dar órdenes.

—¡Varl! ¡Brostin! ¡Que el grupo se ponga en marcha! Vamos al sur, hacia el bosque. Ni un ruido, ¿entendido? —Mkoll se calló un momento—. Mkvenner…, ve con el comisario.

—No necesito… —empezó a decir Gaunt.

—Ven se va con usted, señor. Esas son mis órdenes.

Gaunt se limitó a asentir. Ya había desenfundado las dos pistolas bólter antes de echar a correr para bajar la ladera que partía de los árboles.

—Tráelo de vuelta, Ven —le dijo Mkoll.

Mkvnner hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dio la vuelta para correr en pos del comisario coronel.

Mkoll regresó corriendo a los árboles.

—¡Vámonos! ¡Vámonos, cabrones! ¡Venga!

Lefivre ya se había marchado. Acreson, a punto de desmayarse por la pérdida de sangre, se mantuvo en posición sentada y apuntó el arma hacia el callejón.

Los lobos metálicos se arrastraron y saltaron en su dirección sin dejar de aullar. Acreson tuvo una arcada al verlos. Se limpió la bilis de la boca y abrió fuego.

Las frenéticas balas rebotaron contra la armadura del lobo más cercano y las que acertaron en la luz de las junturas entre las piezas se fundieron hasta convertirse en vapor.

Acreson disparó una y otra vez hasta que el cargador quedó vacío.

—Emperador, Emperador, Emperador…

El primer lobo metálico se le echó encima y le dio un zarpazo con sus feroces garras. La cabeza de Acreson cayó hacia un lado, con el cuello cortado casi por entero. Las garras se le clavaron profundamente y la luz hirvió. Una brillante luz violeta rodeó el cuerpo del miembro de la resistencia. Acreson quedó reducido en un segundo a un esqueleto cubierto de una ceniza blanco azulada. Los huesos humeaban.

El grupo de Rawne huyó de Wheathead a través de los setos del campo mientras en el cielo, sobre ellos, se formaba un remolino de nubes oscuras.

—¡Corred! —ordenó Rawne.

Cirk ya estaba corriendo sobre la hierba crecida. Criid y Bonin se esforzaban por cargar con Feygor.

Rawne se sacó una carga de tubo de demolición de la chaqueta y sostuvo la cinta detonadora entre el índice y el pulgar.

Los aullidos sonaban cada vez más cercanos. El cielo parecía estar hecho de sangre.

Iban a morir todos. Era un hecho.

Cómo lo hicieran dependía de Rawne.

Lefivre llegó al final de la calle sin dejar de gritar y de disparar. Los campos sin vida se extendían hasta el bosque detrás de la valla que tenía a la espalda.

El primer lobo metálico se lanzó a por él, pero Lefivre abrió fuego de nuevo y le yació el cargador en el pecho. La fuerza cinética de las balas lo hizo retroceder.

Sin embargo, el segundo se había colocado a la derecha de Lefivre. No lo golpeó. Se limitó a alargar una de las zarpas y le clavó las garras humeantes en el hombro.

Lefivre se estremeció. Abrió la boca de dolor. Una feroz aura violeta le rodeó el cuerpo.

Luego, su carne se evaporó en una nube de polvo azulado y sus huesos ennegrecidos y quemados cayeron al suelo con un tableteo.



DIECISÉIS

Landerson atravesaba a la carrera los sombríos árboles. Estaba al borde del pánico. Purchason y Plower iban delante de él, corriendo a toda velocidad. Los Fantasmas estaban…

Landerson patinó hasta detenerse y cayó sobre la tierra. Miró hacia atrás. Los Fantasmas se habían parado. Estaban parados y discutiendo.

«¡En nombre del Trono! ¡Tenemos la muerte pisándonos los talones! ¿Qué están haciendo?», se dijo.

—¿Le has dejado irse? ¿Sólo? —gritaba Curth.

—Envié a Ven con él… —dijo Mkoll.

—Esto no está bien. No deberíamos salir corriendo —dijo Beltayn.

—Gracias por compartir tu opinión, soldado —gruñó Mkoll—. ¡Ahora sigamos!

—Ya has oído al sargento —dijo Brostin—. ¡Vamos!

—No —dijo Larkin.

—¡Pues entonces vete a la mierda, Larks! —le soltó Brostin, y echó a correr de todos modos.

Mkoll miró a Varl, a Curth, a Larkin y a Beltayn.

—Os he dado una orden. Una orden del mismo Gaunt. No hagáis esto. No ahora.

—Mi querido señor —dijo Curth entre dientes—. ¿Si no es ahora, cuándo?

Se dio la vuelta y echó a correr de vuelta al pueblo entre la maleza.

—¡Alto! ¡Alto ahí, mujer! ¡Ana! —le gritó Mkoll.

Nadie había visto jamás que el jefe de los exploradores mostrara sus sentimientos de forma tan evidente. Eso no impidió que Varl, Beltayn y Larkin la siguieran.

—Lo siento, señor —dijo Beltayn girándose sobre sus pasos—. Él nos necesita. Pasa algo malo.

—¡No deis un paso! —gritó Mkoll. Prácticamente alzó el arma para apuntarles, pero se dio cuenta de lo ridículo que sería—. ¡Por favor! —les dijo en alto—. ¡Gaunt nos ordenó que nos fuéramos!

Los cuatro Fantasmas se detuvieron y se volvieron para mirarlo. Beltayn clavó la vista en el suelo del bosque, evitando la fiera mirada de Mkoll Curth se encogió de hombros. Larkin continuaba mirando al pueblo y prestando atención a los aullidos que resonaban en los campos.

Varl se limitó a sonreír.

—Sargento…, ¿desde cuándo Ibram Gaunt se enzarza en una pelea y no espera que los Fantasmas estén a su lado?

—Tenemos una misión —comenzó a responder Mkoll—. Tenemos un deber. Es importante. No podemos sencillamente…

Su voz se fue apagando.

—Mierda, no soy capaz ni de convencerme a mí mismo.

Se dio la vuelta y echó un vistazo hacia el soldado Brostin, que se alejaba a través de los árboles.

—¡Brostin! ¡Vuelve aquí! ¡Ahora mismo! ¡Por Tanith y por el Emperador, nos volvemos! ¡Vamos, soldado!

Se dieron la vuelta, alzaron las armas y echaron a correr hacia Wheathead.

—¿Que vamos a qué? —dijo Brostin. Tratando de recobrar el aliento apoyó el pesado cañón que llevaba y se volvió para mirar hacia los árboles—. Tienes que estar tomándome el puto pelo…

—¿Te hace falta que te eche una mano? —dijo Landerson, deslizándose entre la maleza por detrás de él.

—¿Qué?

—El cañón. Pesa demasiado si vamos a ir tan lejos.

—¡Mierda! ¿Tú también? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

Landerson estaba seguro de que no era así. Sólo una vez en la vida se topaba uno con alguien a quien mereciera la pena seguir. Llámese amor, llámese respeto, llámese deber, había algo en aquel hombre que hacía que uno quisiera esforzarse hasta el límite, incluso cuando tenía el horror delante. Ballerat, que el Trono lo tuviera en su gloria, había sido de ese tipo de hombres. Y Gaunt también era de esa clase. Landerson había visto las caras de Varl y de Curth, de Beltayn y de Larkin. Eso era todo lo que necesitaba saber.

Miró por encima del hombro. Plower y Purchason se habían ido hacía tiempo. Brostin parecía estar a punto de ir tras ellos.

—¿Vienes? —preguntó Landerson—. Si no, déjame que cargue con el peso. Van a necesitarlo.

Brostin se lo quedó mirando.

—Que te jodan. Que te jodan, imbécil. ¿Habéis perdido todos la cabeza?

Rodeados de una estela de abundante luz, los lobos metálicos saltaron los muros que rodeaban Wheathead y se deslizaron por los campos. Rawne se volvió a girar y los vio acercarse.

—¡Vamos! ¡Vamos! —les gritó a Bonin y a Criid, que llevaban a rastras a Feygor. La línea de árboles estaba demasiado lejos. No lo conseguirían nunca. Rawne hizo girar la carga de demolición de tubo en la mano como una batuta y decidió que éste era el momento de enfrentarse al enemigo. La hierba seca del campo se mecía alrededor de sus piernas.

Los lobos metálicos se lanzaron a por él aullando.

Cirk se esforzaba por subir la pendiente que conducía a la línea de árboles cuando vio cómo pasaban a su lado de un salto y a toda velocidad Gaunt y Mkvenner, pero en dirección contraria.

—¿Adónde vais? —gritó ella—. ¡En nombre de Terra, corred, idiotas!

Ellos hicieron caso omiso.

«Estúpidos», pensó Cirk, y prosiguió su carrera. Tropezó con una raíz y cayó al suelo. Se volvió a incorporar y miró al campo. Allí vio a Rawne, solo entre la hierba seca, enfrentándose a los monstruos de la disformidad que se abalanzaban contra él.

Rawne olió su furia. Saboreó su maldad. Los lobos metálicos atravesaban veloces el maíz agostado para llegar hasta él, como demonios embotellados en trajes tintineantes de metal.

Rawne sacó la cinta detonadora, echó atrás el brazo y lanzó la carga.

La explosión lo tiró al suelo. La sincronización había sido perfecta. La carga había explotado justo debajo del lobo metálico que iba en cabeza, que desapareció en un volcán de fuego y de tierra.

El polvo se despejó. El lobo metálico seguí allí. No lo había detenido ni por un segundo. Ni siquiera un instante.

Los dedos de Rawne se deslizaron por la chaqueta y sacó su última carga de demolición de tubo.

El lobo metálico se abalanzó sobre él. Sus garras cortaron el aire.

No había tiempo. No había tiempo. No…

Los proyectiles bólter alcanzaron al monstruo en pleno salto y lo lanzaron contra la hierba. Se levantó inmediatamente, y volvió a ser derribado por un fuego sostenido

de bólter que lo golpeó en la placa del pecho como granizo en un tejado de hojalata.

Rawne levantó la vista. Gaunt pasó corriendo a su lado disparando una pistola bólter en cada mano. Todos los proyectiles llegaron a su objetivo, haciendo que el demonio retrocediera retorciéndose una y otra vez y abollándole la placa del brazo.

Pero se negaba a morir.

Y el otro ya estaba encima de ellos. Se paró sobre dos patas y desplegó las garras.

Un rápido fuego de láser lo tiró sobre la hierba. Mkvenner también había llegado hasta ellos, pisándole los talones a Gaunt, y descargó su rifle contra aquel engendro.

El segundo lobo metálico sacudió el cuerpo y se incorporó. Allí donde había caído, había quemado y ennegrecido una zona de hierba seca y había chamuscado la tierra. Se lanzó de un salto contra Mkvenner.

Se le había agotado el cargador. Hizo girar el rifle láser como un bastón largo y golpeó al demonio atacante con el extremo de la culata del arma en la placa facial, echándolo hacia atrás. Entonces se agachó y saltó hacia un lado mientras lo buscaban las garras. Otro golpe con la culata contra el peto resquebrajado y el lobo metálico retrocedió de nuevo.

Lanzándose hacia atrás, con las piernas bien abiertas y apoyadas, Mkvenner sacó el cuchillo de guerra y lo colocó en la boca del rifle. Mientras Rawne observaba, espantado, Mkvenner hizo girar el arma por segunda vez. La plata pura refulgió en la luz pálida y dio una lanzada con ella para detener el nuevo ataque del lobo metálico. Ataque, lanzada, bloqueo, barrido, otro golpe con la culata.

Se rumoreaba que Mkvenner había recibido entrenamiento de alguna manera en el antiguo arte del cwlwhl, el arte marcial de los guerreros de los bosques, los nalsheen, desaparecidos hacía ya mucho tiempo. En los viejos tiempos, se decía, los nalsheen habían hecho causa común en los bosques cambiantes de Tanith y, armados tan sólo con bastones de pelea rematados por cuchillos de plata, habían derrocado a la corrupta dinastía. Huhlhwch, marcando así el comienzo de la edad moderna y libre de Tanith.

Un montón de cuentos antiguos, había pensado Rawne. Todo parte de una leyenda mítica y patriótica perteneciente al pasado de Tanith. Ya no había ningún nalsheen, ningún guerrero de los bosques. No se trataba de otra cosa más que de un montón de mierda, y Mkvenner representaba su papel con todas sus ganas para aumentar su reputación de tipo callado y misterioso.

Rawne reconsideró su opinión. Observó con callada admiración cómo un solo hombre, armado únicamente con un rifle descargado, luchaba mano a mano contra un demonio de la disformidad, bloqueando, golpeando, barriendo, clavando. Los movimientos de Mkvenner eran como un violento ballet. Estaba correspondiendo a todos y cada uno de los golpes y cortes de la cosa, rechazándolos, haciendo retroceder a la criatura, esquivando todos los ataques que le lanzaba con una increíble

agilidad y gracia.

Hasta que se le acabó la suerte.

El lobo metálico lo alcanzó, y Mkvenner cayó al suelo con las piernas inmóviles y el bastón de combate en que había convertido el rifle láser partido en dos por las garras asesinas.

El lobo metálico dio un salto sobre el explorador que estaba tirado en el suelo.

Rawne echó mano a la última carga de demolición de tubo sabiendo que sería demasiado tarde.

Un disparo de alta potencia golpeó al monstruo en la placa de la mandíbula y lo lanzó hacia un lado de forma violenta. Rodó sobre el suelo y se retorció, chamuscando el terreno en su caída.

Arriba, en la línea de árboles, Larkin recargó y volvió a apuntar.

—¿Quieres otro? —musitó, y disparó por segunda vez. A su lado, Mkoll y Beltayn abrieron fuego también.

El otro lobo metálico se había lanzado de nuevo contra Gaunt, aullando lo suficiente para romper el cielo en pedazos. Gaunt guardó los bólters descargados y sacó de la funda el arma que había pedido a Beltayn que cuidara durante su misión en Ineuron.

La espada de energía de Heironymo Sondar.

Apretó el botón de encendido. Se iluminó como una brasa en sus manos. Gaunt lanzó un mandoble hacia el lobo metálico que hizo salir despedida y tambaleante a la criatura, con un profundo boquete en la placa del pecho.

Sin embargo, eso no era ni mucho menos suficiente para matarlo. Volvió a atacarlo con una furia renovada.

Gaunt sabía que no iba a poder colocar la espada a tiempo para bloquearlo.

—Mi señor —dijo Virag, y le entregó una hoja impresa a Uexkull. El guerrero la leyó.

—¿Esto es correcto? —preguntó, con una voz que crujía como un árbol seco expuesto a un viento moderado.

—Sí, señor —dijo Virag—. Los servicios de vigilancia informan de que los lobos metálicos han despertado en Wheathead.

—Eso está… ¿a unos diez kilómetros de aquí?

—Una docena como mucho.

Uexkull se dirigió a toda velocidad hacia las naves de vigilancia que estaban esperando.

—Ya los tenemos. Sólo espero que siga algo vivo para cuando lleguemos, allí.

El brazo del lobo metálico lanzó un barrido circular y sus luminosas garras se acercaron silbando a la garganta de Gaunt. Pero el golpe no alcanzó su objetivo.

Un destellante chorro de disparos procedentes del potente fuego de un cañón automático alcanzó al lobo metálico, lanzándolo hacia atrás unos buenos tres metros. Algunos de los disparos de la tremenda ráfaga rompieron los hilos metálicos que movían el brazo del demonio, y las garras y la muñeca quedaron destrozadas. Una energía cegadora empezó a brotar chisporroteando de la extremidad dañada.

El lobo metálico sufrió una sacudida y el poder de la disformidad comenzó a supurar de su muñón en un aluvión similar a chispas de fundición.

—Probablemente vas a necesitar esto —dijo una voz.

Landerson alzó la vista. Brostin estaba agachado a su lado, sacando una cinta de alimentación de los cargadores de munición.

—Cárgame —dijo Landerson.

Los lobos metálicos estaban soportando un intenso fuego procedente de los árboles, junto con estallidos de láser y disparos devastadores de un rifle láser largo, pero no estaban vencidos. Temblando por las sacudidas de los impactos que estaban recibiendo, haciendo caso omiso de los pesados proyectiles de bólter y los disparos láser, seguían avanzando para llegar hasta Rawne, Gaunt y Mkvenner. Gaunt había visto el resultado de los impactos del cañón en el brazo de uno de ellos. El lobo metálico parecía estar moviéndose con más lentitud, y su luz interior se iba atenuando. Gaunt recordó a Landerson diciendo, allá en Ineuron, que aquellas criaturas agotaban su energía con rapidez. Gaunt atacó al lobo metálico herido con la preciosa espada que tenía agarrada con las dos manos. La espada de energía se hundió en los hilos metálicos del cuello de aquel ser.

Los tensos cables saltaron. Su armadura de contención estaba totalmente rota y abierta, por lo que el lobo metálico comenzó a soltar la energía contenida.

Se inflamó, y una feroz explosión de llamas blancas produjo una amplia onda expansiva que tiró al suelo a Rawne, Gaunt y Mkvenner.

Gaunt se incorporó tras la detonación y sacudió la cabeza. Los oídos le pitaban. La hierba alrededor de él estaba chamuscada y cubierta de piezas del traje metálico del demonio. A Gaunt la carne le ardía. Era como si se hubiera quemado al sol.

Volvió a sacudir la cabeza y fue recuperando el oído.

Fue entonces cuando oyó un gran estruendo.



DIECISIETE

Un camión militar atronaba a su paso por el campo en dirección a ellos. Era un transporte de tropas de la ocupación, pintado de verde mate y que removía la irregular superficie del campo con sus seis grandes ruedas. Venía de los alrededores del pueblo y había demolido al menos un muro bajo en su apresurado esfuerzo por llegar a su objetivo.

Perfecto. Ahora también había tropas aproximándose a ellos.

Gaunt intentó levantar a Rawne y Mkvenner. Ambos estaban bastante mareados, conmocionados, y tenían quemaduras a causa del calor en las caras.

—¡Vamos! —los urgió Gaunt. Tampoco él pisaba demasiado firme sobre el terreno.

El segundo lobo metálico seguía intacto. Rodeado por el humo de la explosión que se movía a su alrededor, se detuvo durante un instante, como si estuviera intentando averiguar qué le había ocurrido a su gemelo. Entonces alzó la cabeza envuelta en hierro, con las rendijas oculares convertidas en unos pozos de luz centelleantes, y comenzó a avanzar hacia los renqueantes Fantasmas. Su paso se hizo más vivo, y en un instante, estaba dando saltos y acercándose con rapidez.

Rawne seguía agarrando su última carga de demolición de tubo. La lanzó detrás de ellos y el lobo metálico desapareció en un velo de polvo y llamas.

Gaunt, Rawne y Mkvenner corrieron hacia los árboles. Una vez que se incorporó,

el lobo metálico atravesó de un salto el espeso humo negro provocado por la carga de Rawne y emprendió su persecución.

El camión apareció de golpe entre el humo y se dirigió derecho hacia el lobo metálico, que no pudo evitar que le pasara por encima. Desapareció bajo el atronador transporte. Gaunt pudo oír los chirridos y crujidos metálicos.

El vehículo dio un giro y se detuvo. Una figura estaba de pie sobre la parte trasera descubierta. Era Curth.

—¡Venga! —gritó ella.

Corrieron hacia el camión. La chica ayudó a subir a Rawne y Mkvenner a la parte trasera. Gaunt forcejeó para introducirse en la cabina y allí se encontró con Varl al volante.

—¿Qué narices estás haciendo aquí? —dijo Gaunt.

—Improvisar —contestó Varl, y metió una marcha al camión—. En realidad, ha sido idea de la doctora. Los demás le estaban dando fuego de cobertura y ella no tenía ningún arma, así que dijo VarI, dijo…

—Ahórrame los detalles —replicó Gaunt.

VarI pegó un acelerón a la pesada máquina. Criid y Bonin estaban delante, acercándose a la línea de árboles sosteniendo entre ellos a un desplomado Feygor.

—Recógelos a ellos primero. Luego tenemos que i…

De repente se oyó un ruido desgarrador, de metal contra metal, y el camión dio un bandazo cuando una salvaje sacudida lo recorrió.

—¿Qué mierda…? —comenzó a decir Van.

Una descarga eléctrica iluminó la cabina y formas de medusas de color azul que brillaban con luz tenue chisporrotearon por todo el tablero metálico.

El lobo metálico se abrió camino a tirones por encima de la puerta de carga, mientras sus garras se clavaban en la carrocería, y aterrizó sobre la parte trasera. Su armadura estaba abollada y agujereada y la energía salía a chorros por las rendijas. Le lanzó un zarpazo a Rawne, pero Mkvenner se lanzó hacia adelante y apartó al mayor de su camino. Sin embargo, la fuerza del desesperado choque de los cuerpos los tiró por encima del lateral del camión, que seguía en movimiento, y se quedaron allí colgados, buscando desesperadamente dónde agarrarse. Rawne resbaló. Mkvenner tenía una pierna y un brazo colgando sobre el lateral del camión y consiguió agarrar la muñeca de Rawne. Si la soltaba, el oficial de Tanith desaparecería bajo las ruedas traseras.

Curth retrocedió a trompicones para alejarse del lobo metálico.

—¡Maldito seas! —le gritó ella y le arrojó su estuche del nartecium. El demonio lo apartó de un manotazo y el estuche fue rebotando por toda la caja del camión desparramando su contenido. El camión dio otra violenta sacudida, e incluso el lobo metálico se tambaleo Curth cayó al suelo, golpeándose en el hombro, y desde allí

intentó encontrar algo, lo que fuera, para utilizarlo como arma.

Su mano se encontró con algo pequeño y duro Un frasco de suspensión inhibidora de su estuche. Se lo lanzó.

Se estrello contra la placa del pecho agujereada La solución inhibidora contenía varios compuestos fabricados por el Departamento Medicae para contrarrestar los efectos de contacto con la disformidad en el metabolismo humano. El fluido en el que estaba en suspensión era agua bendita del Santuario del Balneario, en Herodor.

El lobo metálico lanzo un grito. Se tambaleo hacia arras, sujetándose la cara y el pecho e hiriéndose con sus propias garras La solución inhibidora corroyó la parte de la armadura de la cosa donde la había alcanzado, penetrando como si fuera un ácido molecular.

Asombrada, Curth miró alrededor, encontró otro frasco y se lo tiró también.

El lobo metálico volvió a gritar.

Curth vio su pistola inyectora Se había salido del nartecium cuando el contenido se había desparramado por todo el camión. La agarró y cargó un tercer frasco en el depósito de dosis del arma.

Impelida por un valor enfurecido que la sorprendió incluso a ella misma, Curth se lanzó hacia adelante y clavó la punta de la pistola inyectora en la rendija izquierda del lobo metálico. Apretó el activador con el dedo.

El lobo metálico tembló, como si estuviera sufriendo un gran ataque epiléptico. La energía líquida, horriblemente brillante y enfermizamente viscosa, salió en forma de burbujas y espuma de las rendijas oculares. La Placa facial comenzó a doblarse y a fundirse como una hoja de papel bajo la lluvia.

Se tambaleó hacia atrás con las extremidades presas de fuertes temblores, y cayó por encima de la puerta de carga.

Entonces explotó.

El estallido lanzó a Curth al otro lado de la caja del camión. El propio vehículo estuvo a punto de volcar. Derrapó hasta detenerse, levantado una lluvia de tierra. Silencio. Salían nubes de humo.

Todavía medio colgado por encima del lateral del transporte, Mkvenner respiró con dificultad y soltó la muñeca de Rawne. El mayor cayó sobre sus pies y alzó la vista hacia Mkvenner.

—Gracias —le dijo.

Los Fantasmas que estaban en la línea de árboles bajaron corriendo hacia ellos. Cirk y Landerson también estaban allí. Gaunt se subió a la parte trasera del camión y ayudó a incorporarse a Curth.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza Seguía sosteniendo la pistola inyectora. Estaba rota y humeante.

—¿Qué has hecho? —le preguntó él.

—Creo… creo que he utilizado todo nuestro equipo médico en unos treinta segundos —dijo ella de manera lastimosa.

—Bueno, no creo que eso importe —replicó él.

Varl volvió a arrancar el camión y el grupo de la misión se subió a él. No había ninguna señal de Plower o de Purchason.

—¿Quieres que esperemos? —preguntó Gaunt a Cirk—. ¿Vamos a buscarlos?

Ella negó con la cabeza. Desde el otro lado del campo, los cuernos de Wheathead estaban sonando y los soldados estaban emergiendo y desplegándose sobre la hierba.

—Tenemos que largarnos de aquí, ya —decidió ella.

Varl hizo subir al baqueteado camión por la pendiente en dirección a los árboles, zigzagueando entre las zarzas y la densa maleza hasta que llegaron a la estrecha pista.

¿Al este o al oeste? No había elección. Las fuerzas enemigas se estaban acercando por el este. Se oía ya a cierta distancia el zumbido de los motores de unas naves de vigilancia. El oeste era la única dirección posible en esos momentos.

Varl pisó a fondo y el transporte avanzó dando saltos por la pista. Sentado en la cabina junto a Varl, Gaunt se dio la vuelta y abrió la pequeña ventana que daba a la caja del camión.

—¿Cirk? —llamó.

Ella se acercó y se asomó al otro lado de la ventanilla.

—Utilizaremos este camión para irnos tan lejos como podamos, para poner tierra de por medio entre este sitio y nosotros. Antes me dijiste que hacia el oeste no era una buena opción. Algo que se llama el impro. ¿Qué es eso?

—Pantanos —dijo ella—. Ahora vamos camino de los bosques profundos, que marcan la frontera. Más allá se encuentran esos pantanos. Zonas inmensas, no navegables. La palabra «impro» proviene de los primeros mapas de Gereon, los mapas de los colonos. Se descubrió que Gereon era un sitio fértil y fecundo, de ahí su reputación como uno de los principales mundos agrícolas del grupo. Sin embargo, algunas regiones, como los pantanos, no eran cultivables, eran improductivas. «Improductivas». Eso es lo que significa el nombre.

—¿Entonces no hay forma de atravesarlo?

Cirk negó con la cabeza. Parecía cansada y nerviosa, y el estigma de su mejilla parecía ahora más en carne viva que nunca. A Gaunt le dolía ver cómo se arruinaba una belleza de forma tan irreparable.

—Me temo, señor —dijo ella—, que su misión ya ha terminado. No hay forma de conseguirlo. No por ahora, al menos. Tal vez podríamos escondernos en el impro, supongo. Ahora mismo es un sitio tan bueno como otro cualquiera. Incluso las fuerzas de ocupación evitan el impro. Puede que tras unos pocos meses sin armar ruido podamos arriesgarnos a salir. Una vez que se haya calmado el alboroto, tal vez

podamos intentar contactar con una célula de la resistencia.

—Unos pocos meses —repitió Gaunt. Sabía que no disponían de ellos. La misión estaba sumamente ajustada de tiempo. Y además, unos pocos meses más y todos habrían sucumbido a la contaminación de Gereon. Especialmente después de que se hubieran acabado las medicinas de Curth.

—Ya veremos —dijo él.

—No lo veremos —replicó ella—. Me pidió que afrontara las malas noticias cuando solicitó mi ayuda, señor. Lo hice. Ahora afronte usted mismo las malas noticias. Su misión ha fracasado. No tenemos ninguna posibilidad de lograrlo.

—Ya veremos —repitió Gaunt.

Esbeltas pero poco atractivas, como aves carroñeras, las dos naves de vigilancia daban vuelta en círculo en torno a Wheathead. Un humo ceniciento ascendía de los campos secos donde ardían zonas de hierba. Uexkull utilizaba una mira telescópica para otear el horizonte. Por debajo de él, escuadras de soldados y excubitores se estaban desplegando en una amplia búsqueda en los bosques. Tenían jaurías de perros rastreadores y algunos iban en semiorugas. Cumpliendo órdenes de Uexkull, una brigada completa se estaba acercando al pueblo para reforzar las unidades.

Volvió a revisar el informe que Gurgoy le había dado. Los lobos metálicos de Wheathead habían despertado, pero no habían vuelto a su poste cuando se les agotó la energía. Eso no tenía sentido. Ellos siempre volvían a dormir, salvo que los hubieran destruido.

Y nada podía destruir a un lobo metálico, ¿verdad?

Uexkull se sentía incómodo, como si la naturaleza del cosmos hubiera perdido el equilibrio.

Él odiaba las imposibilidades.

¿Era verosímil que el Falso Emperador hubiera enviado guerreros a aquel mundo que fueran realmente capaces de destruir los despiadados instrumentos del Caos?

—¿Mi señor? —dijo de pronto Virag. Su cara reflejaba alarma. Estaba mirando fijamente a Uexkull.

—¿Qué?

—¿Se siente usted mal, señor? ¿Ha tomado veneno?

Uexkull parpadeó.

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué me preguntas eso?

—Su cara, gran señor. La tenía crispada en un rictus, una mueca, como si se hubiera infectado con toxinas. Y estaba gorgoteando y ahogándose, como si estuviera muriendo de algún mal…

—Me estaba riendo —dijo Uexkull.

—Ah —dijo el guerrero. Hizo una pausa—. ¿Por qué, señor?

—Porque habíamos rezado para tener una prueba, ¿verdad?

Todo el grupo de guerreros asintió.

—Estábamos deseando enfrentarnos en la batalla a los brillantes Astartes, pero nuestro amado Anarca, cuyas palabras ahogan todas las demás, decidió en su sabiduría que esa gloria no sería para nosotros. No nos envió a primera línea. En su lugar, nos brindó el honor de confiamos la tarea de supervisar esta desdichada ocupación. Ahora parece que podamos tener aquí una presa que merezca la pena. Rivales para la batalla. Soldados que pueden destruir lobos metálicos y que pueden hacer que los soldados normales y los excubítores persigan sus propios rastros.

Uexkull miró a sus hombres.

—Nos hemos vuelto perezosos. Ahora tenemos un verdadero desafío. Voy a disfrutar matándolos.

Los guerreros comenzaron a golpear sus placas pectorales con los puños envueltos en acero y a lanzar gritos de aprobación. Uexkull oyó el pitido de aviso por encima del bullicio.

—¿Informe?

—Mi señor —la voz del piloto crepitó por el intercomunicador—. El auspex ha detectado un objeto de metal a veinticuatro kilómetros al oeste de esta posición, desplazándose hacia los bosques. Un vehículo, señor.

—Fijad su posición —dijo Uexkull—. Velocidad de persecución. Llévenos a ellos.

El largo día estaba llegando a su fin y se estaban quedando sin carretera rápidamente. Una luz de color marrón del barro llenaba el cielo y los bosques se iban haciendo cada vez más oscuros e impenetrables. Los árboles iban cerrando el camino, que se había reducido ahora a un estrecho sendero abandonado, y las ramas golpeaban y chasqueaban contra los laterales del camión. Varl había reducido la velocidad.

A su lado en la cabina, Gaunt estaba hablando con Mkoll. Como Cirk había hecho antes, Mkoll se había inclinado para hablar a través de la pequeña ventana trasera de la cabina. Sólo podía ver la boca de Gaunt a través de la rendija. Ambos pensaron que era tan incómodo como un confesionario. Mkoll sabía que estaba reconociendo sus pecados con tanta certeza como en cualquier templo imperial.

—Te di una orden —dijo Gaunt.

—Sí, señor. Sé que me la dio.

—Llévate al equipo de aquí.

—Sí, señor. Asumo toda la responsabilidad. Deberíamos habernos ido como usted dijo.

—Pero volvisteis, todos. Abandonasteis la misión y volvisteis.

—Sí, señor. Es cierto. Como ya le he dicho, asumo toda la responsabilidad. Los demás sólo estaban haciendo lo que yo les ordené.

—Y una mierda —gritó Curth.

—Cállate —la interrumpió Mkoll. Volvió la vista a la rendija donde estaba Gaunt —. Es culpa mía, señor. Con todo gusto me arrancaré las insignias de grado. Mkvenner puede tomar el mando del grupo y…

Vista a través de la rendija de la ventana, mientras el camión rebotaba y chirriaba, la boca de Gaunt estaba sonriendo.

—Puedo adivinar muy bien lo que ocurrió —dijo con voz suave—. No estaríamos aquí si no fuera por ti.

—Señor —dijo Mkoll—. Señor —añadió.

—Cirk dice que estamos condenados, Mkoll —continuó Gaunt—. Ella dice que nos dirigimos a un páramo de ciénagas y que no tenemos ninguna esperanza de encontrar un camino que lo atraviese. ¿Te interesa demostrar el valor de esas insignias de grado ante mí?

—Sí, señor. Ven, Bonin y yo, encontraremos el camino.

—Cuento con ello.

—¿Señor? —lo llamó Bekayn.

Se arrastró hacia la parte delantera de la traqueteante caja del camión y Mkoll se apartó a un lado para que pudiera alcanzar la rendija de la ventana. Beltayn tenía los auriculares del aparato de comunicaciones alrededor del cuello y arrastraba el aparato tras él.

—¿Qué tienes ahí, Bel? —preguntó Gaunt.

—Estoy controlando el tráfico enemigo, señor. —Hizo una pausa para sonarse la nariz. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos—. Se han desplegado en gran número detrás de nosotros y han cercado los bosques. Estoy recogiendo conversaciones procedentes de al menos dos aparatos aéreos. Puede que tres. Nos están siguiendo el rastro y acercándose. Puedo conseguir una triangulación, señor, pero creo que están cerca.

—El chico tiene razón —dijo Mkoll—. Puedo oír la estela de los reactores. Hacia el este, bajos y rápidos.

En la cabina, Gaunt se giró para mirar a VarI.

—No vamos a ir mucho más lejos, ¿verdad?

—¿El Dios Emperador se tira mucho rato sentado?

—Para aquí, Van. Vamos a deshacernos del camión.

El equipo saltó fiera en el momento en que Varl paró el camión. En realidad ya no había ningún tipo de camino. Los pasos de las ruedas del camión estaban llenos de restos de zarzas y matojos.

—Asegúrate de que lo llevamos todo —le dijo Gaunt a Rawne.

—¿Todo? —replicó Rawne de forma sarcástica—. Vaya, ¿qué van a llevar los demás?

Tenía razón. No andaban bien de provisiones. La munición estaba peligrosamente baja. A Gaunt sólo le quedaban uno o dos cargadores para sus pistolas bólter y todos los demás estaban utilizando ya sus últimas cargas de energía láser. El cañón había disparado tantos proyectiles a los lobos metálicos que a Brostin apenas le quedaba medio cargador. Mkvenner ni siquiera tenía un rifle. Los lobos lo habían destruido. Conservaba su pistola automática y había salvado el cuchillo de combate. A Rawne no le quedaban cargas de demolición de tubo. Varl todavía llevaba las últimas seis del equipo en una mochila. Tenían poca comida y el agua se había reducido a la mitad. Excepto por unas pocas cosas básicas, el nartecíum de Curth estaba vacío.

Y, en realidad, esa era la peor parte. La plaga los estaba atrapando a todos. Sarpullidos, úlceras, dolores de cabeza. Todo el mundo parecía estar resfriado, especialmente Beltayn y Criid, que estaban todo el rato sorbiéndose los mocos. Feygor estaba todavía tan mareado por su exposición al glifo que tenían que ayudarlo a andar. Curth le dijo en voz baja a Gaunt que la infección que tenía Feygor alrededor del implante en la laringe parecía estar empeorando bastante, y que no se detenía.

—Todo lo que tengas dáselo a él —dijo Gaunt.

Y eso era sólo el comienzo. A causa de los fuegos artificiales que organizó en el paso elevado, Brostin tenía unas ampollas de quemaduras que estaban supurando. Rawne, Mkvenner y el propio Gaunt tenían unas quemaduras muy feas provocadas por la destrucción del lobo metálico. Curth tenía que cuidar su hombro, que tenía una fuerte contusión. Rawne se había hecho un esguince en la muñeca cuando Mkvenner le salvó la vida al agarrársela. Otros cientos de golpes y cortes y…

Gaunt suspiró. No iba a ser fácil. Eso era lo que había dicho. No iba a ser fácil. Podía verse diciéndolo. Colocado en posición de firmes en un salón iluminado por el sol de Ancreon Sextus, mientras las flores se mecían con la brisa fuera de los muros de la mansión. Biota acababa de terminar sus instrucciones y Van Voytz se había puesto en pie.

—Ya sé que no va a serlo, Ibram —había dicho Van Voytz—. Pero ¿crees que puedes hacerlo?

Gaunt había echado una mirada de reojo hacia sus oficiales. Rawne, Daur, Mkoll, Kolea y Hark. Rawne se había limitado a cruzar los brazos. Mkoll había asentido con la cabeza. Un mínimo movimiento.

—Sí, general. Los Fantasmas pueden hacerlo —había dicho Gaunt.

—Ya está preparada una nave rápida para salir de la órbita elevada —comentó Van Voytz—. ¿Cuál es su nombre, Biota?

—Fortaleza, señor.

—Ah, sí. Es una palabra apropiada, ¿no cree, Gaunt?

—Sí, general.

—El mando táctico sugiere que debería escoger un equipo de no más de doce

miembros. El trabajo de campo ya se ha llevado a cabo. Los servicios de espionaje ya han establecido contacto con la resistencia local para darle la bienvenida. Ballerat. Ballerat, ¿no?

—Sí, señor —confirmó Biota.

—Él es el hombre que debemos encontrar. Así que… ¿ya sabe a quién va a llevar?

Kolea y Daur habían levantado la mano, interrumpiéndose mutuamente.

—Yo estoy deseando…

—Si pudiera ofrecer mi…

—Gracias —dijo Gaunt, mirándolos—. Escogeré el equipo esta noche.

—Como quiera, Ibram…, no será fácil. —Van Voytz se había girado para contemplar una de las profundas ventanas del salón. La luz del sol le iluminaba la cara. Su expresión no delataba nada—. Hay bastantes probabilidades de que no vuelva.

—Soy consciente de ello, general. Me aseguraré de que en mi ausencia se mantiene una fuerte estructura de mando en el Primero de Tanith.

—Por supuesto. Mire, Ibram… —Van Voytz se volvió para mirarlo—. Este es un asunto delicado pero decisivo. No le ordenaré hacerlo. Si quiere volverse atrás, dígalo ahora y nos olvidaremos incluso de que ha tenido lugar esta reunión.

—No, general, no lo haré. Creo que esto es cosa mía, señor. Si no hubiese sido por mi decisión, esta situación no se hubiera dado nunca. Me gustaría tener la oportunidad de solucionarlo.

—Ya me imaginé que le gustaría. ¿Porque es él?

—Sí, general. Porque es él.

—¿Señor?

Gaunt parpadeó y abandonó sus pensamientos. La noche estaba cayendo. El equipo estaba listo para salir.

—Ya voy, Criid —dijo. Ella asintió y se dirigió a la cabeza de la fila.

—¡En marcha! —dijo en alto Gaunt. Comenzaron a adentrarse en el denso y oscuro bosque.

Cirk iba a su lado.

—Gaunt, hay otra cosa que creo que debe saber.

—¿De verdad? ¿Más malas noticias?

—Sí —dijo ella—. El impro no es seguro. Nada seguro.

—¿Por qué?

—Aparte de los depredadores y las plantas venenosas… están los partisanos.

—¿Los qué?

—Partisanos, señor.

—Ah, estupendo —replicó él.



DIECIOCHO

Desolane sacó uno de los afilados cuchillos ketra de debajo de la capa de humo y lo colocó sobre la mesa, al lado del pheguth.

Este se giró con lentitud para mirarlo. Tenía la oreja y la cadera envueltas en vendas quirúrgicas. Le habían dado calmantes por primera vez siguiendo los consejos del físico, aunque no lo habían ayudado con el dolor de cabeza.

—¿Para qué es eso? —le preguntó.

Desolane colocó una mano sobre la mesa con los dedos extendidos.

—Para mi castigo. Castígame, pheguth.

—¿Qué?

—He fallado a la hora de protegerte. Te hirieron. Se te permite cobrarte un castigo.

—¿Cómo?

El pheguth se quedó mirando los ojos de color azul pálido que había detrás de las ranuras de la máscara.

—Por fallarte. Por fallar en mi tarea de protector vital. Se te permite cobrarte un castigo.

—¿Qué clase de castigo? ¿Se supone que debo matarte?

Desolane se encogió de hombros.

—Si eso es lo que deseas, sí. Lo normal por este tipo de fallos es que el señor le

corte uno de los dígitos al protector vital.

El pheguth se sentó con cierta rapidez.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me estás sugiriendo que te corte uno de los dedos?

—Sí, pheguth.

—¿Por qué me atacaron?

—Sí, pheguth.

—No seas bobo, Desólane. No fue culpa tuya.

El pheguth volvió a tumbarse sobre las almohadas del camastro. Eran un cambio agradable y bienvenido respecto a sus condiciones habituales para dormir. Estaba disfrutando mucho de aquel pequeño lujo.

—Estaba ausente, y quedaste en una situación vulnerable —declaró Desolane—. No creo que lo entiendas. Soy un protector vital. Me criaron para proteger a los que están a mi cargo. Tú estabas a mi cargo. Por favor, castígame.

—No voy a cortarte uno de los…

—¡Por favor!

El pheguth se giró para mirar a Desolane de nuevo.

—Pareces estar muy ansioso por que te mutile, protector vital.

—El plenipotenciario está enfurecido por el ataque que has sufrido hoy. Insiste en que no soy el adecuado para protegerte.

—Bueno, pues yo no creo que eso sea cierto. Creo que eres más que adecuado. Me salvaste de esos asesinos.

Desólane se encogió levemente de hombros. El protector dejó la mano sobre la mesa.

—Por favor —insistió Desolane.

—No —le contestó el pheguth antes de darse la vuelta—. Esto es una estupidez.

—Pheguth, quiero que me comprendas. Si no me castigas, el plenipotenciario decidirá que no soy el adecuado para protegerte. Me sustituirá. Me odias, pheguth. Me temes. Pero odiarás y temerás mucho más a los que quizá me sustituyan.

—¿A qué te refieres?

—A los otros protectores vitales que están disponibles para esta tarea. No te… tratarían tan bien como yo lo hago. Te harían la vida más difícil. No se lo permitas. He acabado apreciándote, pheguth. Odiaría ver que… te incomodan.

El pheguth volvió a sentarse en el borde del camastro.

—Así pues, si no te mutilo, ¿acabaré sufriendo mayores crueldades?

Desolane asintió.

—¡Por el Trono! —murmuró el pheguth. Desolane encogió el cuerpo en gesto de dolor. El pheguth tomó el arma con una mano y la sostuvo sobre la palma unos momentos—. ¿Quieres que lo haga?

—Es por tu propio bien, pheguth.

El pheguth alzó el cuchillo ketra y…

Lo dejó sobre la mesa de nuevo.

—No puedo. La verdad es que yo también te he tomado aprecio. Cuidas de mí, Desolane. Me comprendes. No puedo hacerte daño.

—Pero…, pheguth, por favor…

—Si es tan importante para ti, córtate tú mismo uno de los dedo no puedo hacer algo tan salvaje.

Desolane dejó escapar un suspiro. El protector vital alargó la otra mano y empuñó el cuchillo ketra. Se cortó con rapidez el dedo meñique de la mano derecha. Un chorro de sangre roja y azul saltó del muñón, pero Desolane lo cortó de forma inmediata al colocar una grapa quirúrgica alrededor de la herida.

El pheguth se lo quedó mirando, asombrado.

—Gracias, pheguth —le dijo Desolane.

El protector vital recogió el dedo cortado y envainó el cuchillo.

Entonces, el pheguth rodó sobre sí mismo para quedarse mirando la pared. Desolane no pudo ver la sonrisa que había en su rostro.

«Esto —pensó— es el verdadero poder».

—Desolane, ¿cómo es posible que dos agentes llegaran a estar tan cerca de mí? —le preguntó en voz baja—. Me refiero en un mundo como ese.

—No lo hicieron —le contestó Desolane—. Esos dos asesinos no eran agentes imperiales.

—¿Qué dices? —le preguntó el pheguth dándose la vuelta.

—El asunto está zanjado —le respondió Desolane antes de salir del dormitorio.

Pasaron una noche intranquila en la fría oscuridad del bosque y luego emprendieron la marcha hacia el oeste poco antes del amanecer.

El terreno en esa dirección se abría en una enorme garganta de tierra negra y rocas partidas. Descendieron hasta una penumbra parecida a la de una cueva, ocultos al cielo por el gran bosque. Los árboles eran viejos, retorcidos, unas siluetas gigantescas que se mantenían agarradas a la empinada ladera gracias a unas gruesas raíces nudosas. Un liquen gris y cubierto de vello cubría la mayor parte de las superficies, y donde no lo hacia las cortezas de los árboles y las piedras estaban revestidas de un moho negruzco. Del suelo salían unos hongos de formas extrañas. Algunos eran carnosos y de bordes rosados, otros eran rugosos y duros como pan reseco o cuero de zapatos. Los de mayor tamaño median varios metros.

No se oía el canto de ningún pájaro ni el sonido de la brisa. Sin embargo, de las copas de los siniestros árboles llegaban zumbidos, chasquidos secos y golpeteos contra la madera. La única señal de vida animal era alguna mosca de largas patas que

pasaba zumbando con el mismo sonido que un viejo reloj de juguete que se estuviese quedando poco a poco sin cuerda.

Y las polillas. Estaban por todas partes. Algunas eran diminutas y salpicaban el aire como pequeñas pajas de trigo. Otras eran tan grandes como Pájaros. Cuando volaban, sus alas vaporosas sonaban como las páginas de un libro al ser hojeado. Cuando se posaban, desaparecían. Sus alas se camuflaban a la perfección contra el liquen y las cortezas arrugadas de los árboles. Brostin tropezó y movió un tronco caído, y al instante centenares de ellas se echaron a volar de forma lenta y perezosa, como si fueran una bandada de pájaros a la que hubieran sobresaltado, pero a cámara lenta.

Brostin se sobresaltó, lo que hizo que los exploradores sonrieran, pero puso muy nerviosa a Curth.

—Me pasa algo con las polillas —le dijo a Gaunt en confianza.

—¿A qué te refieres con«algo»?

—Me dan mucho miedo.

—Ana, ayer te enfrentaste a un lobo metálico.

Ella sonrió.

—Ya, ya. Pero no era peludito y polvoriento, ¿verdad? Soy un poco melindrosa con el tema de las polillas, sólo es eso.

—¿Melindrosa? ¿Tú? ¡Feth, Ana! Eres cirujana. Sueles hacer cosas que hasta a mí me revuelven las tripas y…

—Sí, sí. Todo eso es muy divertido e irónico. ¡Aggh! —exclamó ella mientras manoteaba en el aire cuando una polilla albina le pasó cerca de la cara—. Todo el mundo le tiene asco a algo, y yo se lo tengo a las polillas. ¿Vale? Y ya que hablamos del tema, ¿no es tu trabajo como jefe de la misión y, no se nos olvide, como comisario, levantarle el ánimo a un miembro valioso del grupo en un momento como este? Algo del tipo: «no pasa nada, Ana. No te pueden hacer daño. Sólo son polillas y te juro por el Trono de Terra que aplastaré en persona a cualquiera que se te acerque».

—No pasa nada, Ana. No te pueden hacer daño. Sólo son…

—Ja, ja. Demasiado tarde. Ya estoy aterrorizada.

Gaunt la miró.

—No pasa nada, Ana. Si lo peor a lo que tenemos que enfrentarnos en Gereon es mantenerte lejos de las polillas, estaré encantado. Da gracias de que lo que te dé miedo sean las polillas y no, por ejemplo… el Caos.

Curth sonrió.

—Eso está mejor.

Cirk, que iba delante de ellos por la ladera negra y empinada, se detuvo un momento y miró al resto del grupo.

—Se me olvidó decir que las polillas son venenosas —dijo en voz alta—. Que

nadie las toque ni deje que lo toquen.

Curth se quedó mirando a Cirk y luego miró a Gaunt.

—Nos estaba escuchando. Lo ha dicho por mí.

—Ni una cosa ni otra.

—Sí lo ha hecho.

—Bueno, acabaste con un lobo metálico. Probablemente se trata una de esas luchas por ser la hembra alfa.

—¿Tú crees?

Gaunt asintió.

—Sí —dijo Curth casi para ella misma—. Lo más seguro es que tengas razón y que se lo haya inventado para fastidiarme.

Cirk habló sin ni siquiera mirar atrás.

—No me lo he inventado.

Cuanto más se adentraban, más oscuro y caluroso se volvía el ambiente. La garganta parecía bajar más y más hacia el interior de la tierra. Había mucha humedad y un creciente olor a putrefacción que llenaba el aire. Los rostros se les cubrieron de sudor. El espeso follaje de los árboles alrededor y encima de ellos era de color negro y las gotas de condensación caían de las hojas. Las lianas parasitarias y las epifitas venosas rodeaban a los troncos estrangulándolos. Los sonidos extraños se hicieron más frecuentes y fuertes.

Para cuando la empinada ladera se niveló, la mayor parte del grupo había quedado en camiseta. Los brazos y los cuellos brillaban de sudor Feygor no se había quitado ninguna prenda.

—¿Te sientes bien, Murt? —le preguntó Rawne en voz baja.

Feygor ya caminaba sin ayuda, pero no había superado por completo el trauma que había sufrido el día anterior. Tenía la cara muy pálida y en sus ojos había una mirada fija y desenfocada.

—Tengo frío —le contestó—. Este sitio es tan frío y húmedo…

Rawne se limpió el sudor alrededor de los ojos con un extremo de la capa y se limitó a asentir.

Feygor estaba temblando. La carne que rodeaba al implante de voz en la garganta estaba hinchada y enrojecida, y cuando hablaba, su voz mecánica sonaba como si estuviese ahogada en flema. Rawne pensó que así eran las bajas en combate. Siempre moría alguien. Era el precio de la lucha, y esta vez le había tocado a Murt.

Bekayn y Criid no dejaban de parar para recuperar el aliento. El aire cargado de humedad combinado con sus resfriados hacía que respirar fuera para ellos todo un esfuerzo. Ambos estaban muy en forma, pero en esos momentos parecían poseer la resistencia física de un anciano.

El suelo que pisaban se hizo más blando y cargado de agua. Los árboles viejos

que poblaban el bosque y la garganta dieron paso a una plaga de manglares de raíces arácnidas y de cicadáceas bulbosas. Sin embargo, las nuevas plantas eran tan abundantes como los otros tipos de árboles y seguían tapando el cielo con sus gruesas hojas y grandes zarcillos colgantes. Las polillas allí abajo eran gruesas y de colores oscuros.

—¿Esto es el impro? —le preguntó Gaunt a Landerson.

—Todavía no. Estamos en los bordes de la zona pantanosa. En unos pocos kilómetros llegaremos al impro propiamente dicho.

—Dime todo lo que sepas de esos partisanos.

Landerson se encogió de hombros.

—Llevan aquí tanto tiempo como la gente. Se llaman a sí mismos «los sonámbulos».

—¿Los sonámbulos?

—A mí no me pregunte. Al parecer, el nombre que realmente se dan es algo parecido a «noctámbulos». Sonámbulos. Bueno, el caso es que son gente fuera de la ley por lo que yo sé. Defienden la idea de un Gereon independiente. No quieren ser parte del Imperio.

—¿Reniegan del Emperador?

—Sí. Son descendientes de radicales religiosos que llegaron aquí con las naves colonizadoras. Se produjo una guerra en los primeros tiempos del planeta y los partisanos perdieron, así que acabaron en el impro, en lugares que no servían para la agricultura. Llevan aquí desde entonces. A veces organizan incursiones o ataques terroristas. ¿Sabe que solíamos estar muy preocupados por su causa? De vez en cuando llegaban inquisidores para acabar con ellos, pero se perdían en los pantanos y jamás regresaban. Siempre fueron el secreto vergonzoso de Gereon. Un excelente mundo imperial que albergaba un grupo de secesionistas.

Landerson miró a Gaunt.

—Yo los odiaba. Eran un insulto para el nombre de mi familia y a mi honra. Y como ya he dicho, era un problema continuo. Los hombres del saco que salían de los pantanos. Y fue entonces cuando llegó el verdadero enemigo. —Apartó la mirada y respiró profundamente. Gaunt se dio cuenta de que Landerson no quería que la emoción se apoderase de él—. El verdadero enemigo. De repente, preocuparnos de unos pocos enloquecidos habitantes de los pantanos nos pareció un lujo. Por el Trono, echo de menos los días en que los partisanos eran nuestro problema más grave. —Tres grandes polillas negras revolotearon por encima del sendero que se abría ante ellos. Eran tan grandes como un libro de ceremonia de himnos imperiales.

—Si se oponen el Trono, ¿no se habrán aliado con el archienemigo? —le preguntó Gaunt.

—Ni idea. Es posible. El impro es tan impenetrable que hasta las fuerzas de ocupación han preferido dejar tranquila la zona. Por lo que yo se los partisanos siguen por aquí. Puede que ni siquiera sepan que el mundo exterior ha cambiado.

—Mi señor, ya está aquí —anunció Czelgur.

Uexkull bajó de la nave de vigilancia y cruzó el claro del bosque bajo la luz neblinosa del amanecer. La otra nave descendió del cielo rosáceo, con las luces de señalización parpadeantes y las toberas estremeciéndose. Los guerreros de Uexkull salieron a recibirla y se colocaron al lado de su señor.

La nave aterrizó con un chorro de gas final. Después de una larga pausa, la escotilla lateral se abrió con un siseo neumático y se desplegó una rampa hidráulica. El aire climatizado de la cabina de pasajeros surgió humeante al frío ambiente de la mañana. Dos excubitores se apresuraron a bajar por la rampa y a colocarse a ambos lados con las carabinas láser al hombro.

El ordinal Sthenelus tuvo que agachar la cabeza para salir por la escotilla. Era un individuo anciano y arrugado. Su cuerpo encogido se había atrofiado mucho tiempo atrás. Sólo un brazo esquelético parecía funcionarle por completo. Su cabeza encanecida reposaba en un respaldo especial. Caminó hacia Uexkull y los suyos sobre seis delgadas patas mecánicas que se clavaban en la hierba húmeda.

Sthenelus estaba en el interior de un asiento con reposabrazos y sujeto por un arnés de seguridad. Lo rodeaban varios mecanismos de bronce de aspecto intrincado que manejaba con el brazo bueno. Unos giróscopos siseantes mantenían equilibrado aquel asiento sobre una pequeña unidad motora de la que surgían las seis extremidades alargadas. Montado en aquel artefacto se alzaba por encima de las cabezas de los marines del Caos, a unos cuatro metros de distancia del suelo. A Uexkull le pareció frágil.

Con un simple golpe de la mano acabaría a la vez con Sthenelus y con su silla móvil.

Sin embargo, Sthenelus era un ordinal superior, uno de los consejeros principales del plenipotenciario. Debía mostrarle respeto y deferencia.

—Nueve punto tres metros desde la base de la rampa hasta este lugar. Una inclinación del dos por ciento. Terreno blando. A ciento ocho metros por encima del mar local. Mil seiscientos metros cúbicos de bosque y de…

—Mi ordinal —le dijo Uexkull.

—¡Silencio! Estoy anotando —le ordenó Sthenelus. Ajustó algunos de los complejos instrumentos. Su voz era poco más que un susurro seco—. Sujeto número uno, lord Uexkull, con quinientos treinta y tres…

—¡Mi ordinal! No lo he mandado llamar para anotar y registrar.

Sthenelus arrugó todavía más su envejecido rostro.

—Pero eso es lo que yo hago. En nombre del Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás. Soy su asesor planetario. Realizo mapas precisos y registro todos los detalles mensurables de los mundos conquistados. Estaba ocupado en la provincia de Therion cuando me llegó su llamada. Me dedicaba a medir las hectáreas de tierra cultivable para la siembra de semillas. La topografía de allí es muy interesante. No existe una variación mayor al ocho por ciento de…

—Ordinal, lo he llamado por un motivo muy concreto.

—Supongo que uno, lord Uexkull, que requiere codificación de datos. Así sirvo al Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás. Será mejor que sea importante. El plenipotenciario Isidor me ha ordenado que realice un estudio completo de Therion para dentro de dos semanas. Dígame cuál es esa tarea urgente y especial. ¿Debo contar los árboles de esta región? ¿Debo registrar sus formas y especies? ¿Quizá desea que explore y mida un lago o un cuerpo acuático similar? Huelo agua. Hay una humedad de once por encima de cinco, con un gradiente ascendiente de…

—No, mi ordinal. Necesito que siga y localice a alguien para mí.

Sthenelus se quedó tan sorprendido que parpadeó. Cuando sus párpados resecos se cerraron y se abrieron, unos diminutos conductos le surgieron de las sienes y vaporizaron líquido lubricante en los secos glóbulos oculares para impedir que las pestañas se pegaran.

—Se ha debido de producir algún error —dijo por fin Sthenelus—. No sigo rastros. No soy un simple sabueso. Se trata de una lamentable pérdida de esfuerzos. Calculo que en el tiempo que he tardado en llegar hasta aquí desde Therion hubiera cartografiado quince punto siete hectáreas de…

—Es una misión del Anarca, ordinal —lo interrumpió de nuevo Uexkull—. Se trata de un asunto de seguridad planetaria. Nada, ni siquiera su escrupulosa labor de medición, tiene mayor prioridad. Consúltelo con el plenipotenciario si cree que debe hacerlo, pero sin duda lo reprenderá por perder el tiempo ante un asunto tan urgente.

—De acuerdo, señor —dijo Sthenelus—. Explíqueme la situación.

—Insurgentes, ordinal. Individuos peligrosos. Agentes del Falso Emperador andan sueltos por Gereon y han matado a muchos servidores valerosos del Anarca. Debemos encontrarlos y detenerlos antes de que logren el objetivo para el que los han enviado aquí.

—¿Y cuál es, señor?

Uexkull dudó un instante.

—Eso es algo que descubriremos mientras torturamos hasta la muerte a los que queden. Han huido a la zona llamada impro. Debemos encontrarlos.

—Ah, sí. El impro. Una región pantanosa/cenagosa que cubre novecientos mil kilómetros cuadrados de tierra desde…

—Ordinal.

—Me dijeron que el impro debía quedar sin cartografiar de momento debido a las dificultades del proceso. Es una tierra no cultivable comparada con la producción de cosechas de, por ejemplo, la zona de Lectica, de la que se obtienen una media anual de ocho mil millones de…

—¡Ordinal!

—Aunque debo decir que estaba deseando cartografiar el impro, lord Uexkull. ¿Una búsqueda dice? Eso suena a que se necesitará mucho esfuerzo.

—Mis guerreros proporcionarán todo el esfuerzo necesario.

Sthenelus se lamió los delgados labios con una lengua pálida parecida a una babosa.

—No tengo duda de ello. Sin embargo, ¿qué desea de mí? No soy un soldado.

—El plenipotenciario y yo charlamos en la ceremonia de celebración del primer mes de la Intercesión. Me comentó su talento y los inapreciables instrumentos que posee. Por supuesto, han sido diseñados para medir y para cartografiar, pero tienen otras ventajas, ¿no es así? Nada escapa a su escrutinio. Ni una hoja de hierba doblada, ni una ramita rota. Me dijo que había rastreado fugitivos con anterioridad. En Baldren. En Scipio Focal. Que había localizado hombres que se creían perdidos. Que es capaz de encontrar la famosa aguja en un pajar.

—Admito que lo he hecho, pero por diversión.

Uexkull asintió.

—El impro es una extensión sin explorar y se dice que nadie es capaz de cartografiarla. Yo creo que es cierto, a excepción de usted. Encuéntreme a esos enemigos, ordinal. Lléveme a ellos, y el Anarca en persona se lo agradecerá.

Las ciénagas se extendían ante ellos, amplias y misteriosas. Una neblina amarilla salía de debajo de los árboles de aspecto torturado. Las polillas y las moscas relucían en las escasas columnas de luz pálida que se filtraban a través de la densa espesura. Todo olía a podrido.

Habían tenido que empezar a vadear. La tierra se había desvanecido por completo y sólo quedaban grandes charcas de aguas estancadas. Mkoll y Bonin iban en cabeza y tanteaban el agua con grandes palos, como los barqueros de las bateas. El grupo tenía que cambiar de dirección cada pocos minutos cuando uno de los palos revelaba que no llegaba al fondo del agua que se abría ante ellos.

Los manglares se alzaban sobre la espesa agua con sus raíces gruesas. Una capa de algas cubría la superficie del líquido y de vez en cuando salían chorros de burbujas del gas generado por la descomposición. Parecía que estaban vadeando en el interior de una cueva, sólo que en ninguna cueva haría un calor tan espantoso. Apenas se distinguía la luz del sol.

Las sanguijuelas se retorcían sobre el agua en fermentación. Curth tuvo que

arrancar unas cuantas de los brazos desnudos. Eran gordas y negras y se resistían. Bajo el agua se movían seres que se deslizaban o salían disparados hacia los lados. VarI distinguió una silueta medio de anguila medio de serpiente, tan fea que estuvo a punto de pegarle un tiro. Los insectos de largas patas aprovechaban la tensión superficial del agua para corretear.

Larkin alzó de repente el rifle largo láser.

—¿Qué? —le preguntó Gaunt con un susurro.

—Movimiento —contestó el francotirador.

Algo emergió de la oscuridad. Era un insecto del tamaño de un perro pequeño que vadeaba el agua sobre unas largas patas que se hundían en el líquido. Llevaba las bocas llenas de colmillos dirigidas hacia abajo, preparadas para sumergirse y atrapar a las presas que se movían bajo la superficie. Había bastantes más de esos seres detrás del primer insecto. En cuanto se dieron cuenta de la presencia de los humanos, desplegaron unas alas membranosas y huyeron volando por el aire caliente arrastrando tras de sí las patas de un metro de largo.

Larkin bajó el arma.

—Feth —murmuró.

Criid tuvo que pararse otra vez. Apenas podía respirar. Curth utilizó la última dosis de inhibidor para aliviarla.

Mkvenner había cortado una larga rama recta como Mkoll y Bonin. Había fijado el cuchillo de combate Tanith en uno de los extremos, como si fuera una lanza, y la estaba utilizando para cortar las plantas que colgaban y les impedían el paso. Algunas de las lianas retrocedieron como si fueran serpientes cuando les acercó el cuchillo.

Nadie llegó a ver qué era lo que atacó a Cirk. Ella cayó pataleando de repente cuando algo tiró de ella hacia el agua. Desapareció de la vista, y cuando los Fantasmas se dirigieron a grandes zancadas hacia el punto donde la habían visto por última vez, Cirk apareció a varios metros manoteando y aullando.

Algo la había atrapado. Se sumergió de nuevo. Gaunt soltó una maldición y acuchilló el agua con la espada mientras Mkvenner lo hacía con la lanza. Cirk apareció de nuevo de repente tosiendo y boqueando. Estaba cubierta de algas y de hojas sueltas, pero Landerson la agarró con fuerza. Algo largo, sinuoso y oscuro agitó el agua mientras se alejaba.

Cirk tenía la pantorrilla izquierda desgarrada y ensangrentada. En una de las dentelladas se había quedado clavado un diente. Tenía unos cinco centímetros de largo y era estrecho y transparente.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Gaunt.

—¡Sí!

—Sabbatine…

—Estoy bien. Sigamos —insistió mientras intentaba quitarse las pegajosas algas

del cabello.

—Curth puede vendarte las heridas y…

—He dicho que sigamos —le soltó Cirk—. Dile a tu novia que se ahorre las vendas.

—¿Mi qué? Ana no es mi novia; Es…

—¿Es qué, Gaunt?

—Un valioso miembro del equipo.

—¿Ah, sí? —Cirk se sentó sobre una raíz y se sacó otro diente de la pierna. Tenía los dedos cubiertos de sangre diluida. Arrojó el diente a la espesura—. Ya he visto el modo en que te mira. Ya he visto cómo la tratas.

—Cirk… —empezó a decir Gaunt, pero luego se calló y apartó la mirada—. Mira, no tengo tiempo para esto. Es inútil. Tenemos que seguir y…

Un grito penetrante cruzó el agua estancada.

—Es tu novia —le dijo Cirk.

Gaunt ya se había puesto en movimiento removiendo el agua contaminada. Los demás también se estaban acercando con las armas en alto.

Curth no había querido gritar. No había querido, pero lo que había visto en las sombras de la espesura… Lo que había visto…

Había caído de rodillas y el agua la llegaba al pecho.

—¡Ana! —gritó Gaunt cuando llegó a su lado con una pistola bólter en la mano —. ¿Qué pasa?

Ella señaló con una mano temblorosa.

—Allí. La he visto allí.

—¿El qué?

—Una po… polilla.

Gaunt enfundó la pistola y les indicó a los demás con un gesto que retrocedieran.

—Feth, Curth, te dije que…

—No lo entiendes, Ibram. Era enorme.

—Sí, pero…

—¡Me refiero a enorme de verdad! ¡Enorme, cabrón! ¡Del tamaño de un hombre!

—¿Qué?

Se giró y desenfundó la pistola de nuevo.

—Estaba agazapada ahí y me estaba mirando. Esos ojos de feth…

—Levántate. Curth, levántate. Beltayn, llévala atrás. Ayúdala.

Beltayn se acercó a ellos.

—Vamos, doctora. Venga —le dijo mientras la rodeaba con un brazo.

Gaunt dio otro paso adelante. Era cierto que había algo allí delante, en la penumbra de la espesura. Una forma gris.

Bonin se puso al lado de Gaunt apuntando con el rifle láser hacia adelante.

—¿Qué es lo que ha visto? —preguntó con un susurro.

—Algo ahí. Distingo una…

Gaunt se calló y avanzó poco a poco. La silueta se movió. Distinguió unos ojos relucientes de múltiples facetas y unas alas grises cubiertas de vello que se desplegaron al cabo de un momento. Era una polilla. Era un hombre polilla. Que les estaba apuntando con una carabina láser.

—Feth —soltó Bonin—. Creo que hemos encontrado a los partisanos.

—En realidad —lo corrigió Landerson mientras levantaba los brazos sin atreverse a moverse—, creo que son ellos los que nos han encontrado a nosotros.



DIECINUEVE

—Que nadie haga movimientos bruscos —murmuró Gaunt.

—¿Soltamos las armas, señor? —le susurró Beltayn.

—No, pero que nadie apunte a ningún lugar. Si lleváis las armas colgadas al hombro, que se queden ahí.

—¿Qué estamos haciendo? ¿Rendirnos? —dijo Rawne con un susurro enfurecido. Su voz sonaba con una rabia apenas contenida—. ¿Es que nos rendimos? ¡Feth! ¡Por feth que no…!

—Cállese, mayor —lo cortó Gaunt hablando entre los dientes apretados—. ¿Es que no se da cuenta? Nos tienen rodeados.

Rawne se calló y giró la cabeza con lentitud. Los miembros del grupo de infiltración estaban desplegados por toda la charca. Unas formas grises parecían acechar y estremecerse detrás de todas las raíces y de los troncos de los árboles que los rodeaban.

—¡Mierda! —soltó, y dejó el arma al hombro.

Gaunt enfundó la pistola y mantuvo la espada envainada y la mirada fija en la figura que tenía enfrente. Alzó ambas manos con las palmas hacia ella. La figura se puso un poco tensa y apretó con más fuerza la carabina que empuñaba.

—Pax Imperialis —dijo Gaunt—. No queremos luchar contra vosotros.

La figura mantuvo en alto la carabina láser. Dijo algo, pero Gaunt no captó lo que

era.

—No soy vuestro enemigo —contestó Gaunt con las manos abiertas todavía.

Landerson lo miró. Por lo que el miembro de la resistencia le había dicho antes, aquello no era cierto del todo. Sin embargo, los partisanos, si eso eran aquellos seres, los tenían atrapados y acorralados de un modo más completo de lo que había logrado ninguna de las fuerzas del archienemigo desde que habían llegado a Gereon. Hablar era la única manera de salir de aquello. Cualquier intento de abrirse paso a tiros tendría dos únicas consecuencias: ellos morirían y la misión fracasaría.

—Pax Imperialis —repitió Gaunt—. No somos vuestros enemigos. Me llamo Gaunt —dijo señalándose el pecho—. Gaunt.

El ser que les apuntaba con la carabina láser no bajó el arma, pero habló de nuevo y con más claridad.

—*Aunt*.

—Gaunt. Ibram Gaunt.

—Kaunt.

La voz era gutural y chasqueante, con un fuerte y extraño acento.

—Dicen —le indicó Landerson con un susurro muy lento y marcado—, que los sonámbulos todavía utilizan la lengua antigua. El gótico antiguo. O un dialecto del mismo.

Gaunt pensó a toda velocidad. El lenguaje principal en el Imperio era el gótico bajo, con unas cuantas variaciones regionales. Luego estaba el gótico alto, utilizado por la Eclesiarquía y otras organizaciones, como la Inquisición, para los archivos, las proclamaciones y los actos conmemorativos. Ambas tenían sus raíces en el protogótico, que había sido el lenguaje de la humanidad en las primeras Eras de la Expansión. Como la mayoría de las personas con estudios superiores, Gaunt había tenido que estudiar el gótico antiguo como parte de su educación. El gran maestro Bonifacio, de la scholam progenium en el planeta Ignatius Cardinal, había tenido el placer, casi sádico, de enseñarles la lengua a sus jóvenes pupilos con poemas égpicos como El viajero del vacío y El sueño del Águila. La cabeza de Gaunt había tenido que aprender tantas cosas desde entonces que buena parte de lo que aprendió había acabado olvidado.

«¡Piensa! ¡Recuerda algo!».

—*Salus* —empezó diciendo—. *Nesum… mmm… nesum nomem Gaunt, de… mmm… Tanith est mundis*.

—¿Pero qué feth …? —murmuró Bonin mirando de reojo a su comandante.

Gaunt frunció el entrecejo esforzándose. Casi podía ver la cara del viejo Bonifacio y oler la clase polvorienta de la scholam. Vavnom Blender se sentaba en el pupitre de al lado y dibujaba eldars de ojos bizcos en la cubierta de su placa de datos.

—Ya no está en la clase de vocabulario básico, alumno Gaunt —le decía

Bonifacio—. ¡Conjugue el verbo, jovencito! ¡Comience! Nesum nomen, tusum nomen… ¡Vamos! ¿Blenner? ¿Qué es lo que está dibujando? ¡Muéstreselo a la clase!

—*Salus, amicus* —dijo Gaunt con mayor convicción—. *Nesum no, mem Gaunt, de Tanith est mundis. Favorem, ¿qui nomen sed tuus?*

—*Nesum nornem Cynulff* —le contestó el partisano—, *de Geryun est mundis*.

La voz resonó en el aire como pegamento.

—Salus, Cynulff —siguió Gaunt—. Salutem begni, et desidero bona benedicione.

—¿Pero es que se ha vuelto loco? —susurró Rawne.

—Cállate, Rawne —lo cortó Curth—. ¿Es que no ves que está consiguiendo algo?

Gaunt se atrevió a dar otro paso adelante. El agua del estanque burbujeó a alrededor de sus botas.

—Salutem begni —repitió—, et desidero bona benedicione.

El partisano bajó poco a poco la carabina láser y dio un paso adelante. Al hacerlo, salió de la sombra de los manglares. Gaunt oyó que Curth soltaba un jadeo.

El partisano no era, como Gaunt había empezado a temerse, un mutante, un híbrido entre humano y polilla. Al menos, a primera vista parecía básicamente humano.

Eso no hacía que atemorizara menos. Era muy alto, les sacaba una cabeza a Gaunt o a Mkvenner, los de mayor estatura del grupo. Habría sobresalido por encima incluso de Corbec o de Bragg, que el Emperador los tuviera en su seno. Pero es que, además de tener una gran estatura, era muy delgado. Era de grandes huesos y de aspecto poderoso, pero estaba delgado hasta el punto de la inanición. Los músculos de las largas piernas no mostraban ni rastro de grasa. Lo que Gaunt había tomado equivocadamente en un principio por ojos de facetas múltiples como los de un insecto eran en realidad composiciones ovaladas de escamas relucientes, colocadas como un mosaico alrededor de los verdaderos ojos, sombreados con kohl, y que se extendían hasta el cráneo rapado. Los ojos verdaderos eran pequeños y casi brillaban en la oscuridad. Las alas no eran más que una capa segmentada que parecía confeccionada con grandes plumas grises y que colgaba de un arnés que el individuo llevaba sobre el cuello y los hombros. Las ropas no eran más que harapos cosidos entre sí. Tanto esos harapos como la piel estaban cubiertos de una materia parecida a la arcilla que tenía un tenue brillo gris iridiscente. Llevaba diversos colgantes plateados en el cuello y unas bandas también plateadas le decoraban los dedos y los largos y esbeltos brazos. Tenía un bigote igualmente largo y lacio, pero endurecido con alguna clase de hierba pastosa y gris, por supuesto. Su peinado se asemejaba a las mandíbulas de un insecto y añadía otro detalle más a su aspecto general de polilla con forma humana. Gaunt se dio cuenta de que el arma adornada que empuñaba no era una carabina láser, sino un mosquete de diseño arcaico, tan largo como alto era el partisano. El sistema de

disparo era un mecanismo de martillo con un trozo de pedernal en el extremo y que funcionaba como percutor. El extremo del cañón del arma tenía incorporada una hoja dentada de aspecto peligroso.

El individuo sostuvo el arma con una mano y alzó la otra con la palma gris abierta hacia Gaunt.

—*Nesum nomem Cynulff de Geryun est mundis, du Noctu. Salutem begni Kaunt et altre amicum et desidero bona benedicione in questa bona occasionem.*

—Yo… —empezó a contestar Gaunt—. Es decir…, es decir, a ver… Nesum…

Se esforzó por recordar, lleno de pánico. El maestro Bonifacio había dicho muchas veces a sus alumnos que «una falta de conocimientos matará a cualquier persona con más certeza que un millar de armas».

«Espero que estés contento, viejo loro —pensó Gaunt—. Porque resulta que vas a tener razón».

—*Nesum nomem Gaunt*… —empezó a decir de nuevo.

«No, eso ya lo he dicho. ¡Piensa! ¡Piensa!».

El partisano se puso tenso y volvió a empuñar el largo mosquete. «Feth, la he cagado», pensó Gaunt.

—*Salus, Cynulff du Noctu et restum fraterem* —dijo de repente una voz a su espalda—. *Fecundam occasionem, gratia acceptacione ad Vostra terra, cum obligacione. ¡Buen encontro!*

Gaunt miró a su lado. Mkvenner se había acercado hasta él. Llevaba la lanza improvisada apuntando hacia lo alto y la palma de la mano izquierda hacia adelante. El partisano lo saludó con un gesto de la cabeza.

—¿Ven? —le preguntó Gaunt con un susurro.

—Un momento, señor —le indicó Mkvenner antes de seguir hablando—. *Salus, amicus, desideramos pace internos. Armori bellum apartes, mostratione bona fides. Favorem, vadis a vostrem concilium*.

El partisano pareció fijarse en el cuchillo de combate Tanith que Mkvenner llevaba en la punta de la lanza.

—*Favorem, ¿argens est?*

—*Nomen argens est* —contestó Mkvenner asintiendo.

El partisano bajó el mosquete y cruzó vadeando el estanque hasta quedar cara a cara con Mkvenner. Estudió el cuchillo con gran interés y Mkvenner le permitió sin mostrar preocupación alguna que tomara la lanza en su mano. Hablaron un poco más, pero de un modo tan rápido y complejo que Gaunt no entendió nada.

—No me gusta nada esto —le susurró Bonin a Gaunt—. ¿De qué feth va todo esto?

—Ahora mismo va de que no nos acribillen a todos con esos mosquetes. Espera, tú espera —le ordenó Gaunt.

Miró a su alrededor. Brostin y Rawne estaban a punto de perder los nervios y empuñar las armas. Cirk también. Los demás parecían alarmados o confundidos. Todos excepto Feygor. Se había sentado recostado contra una raíz, con el agua hasta el pecho y la cabeza inclinada hacia adelante.

—¿Ven? —lo llamó Gaunt.

Mkvenner lo miró y vio que le señalaba a Feygor con un gesto. El explorador intercambió unas cuantas frases más con el partisano y el individuo asintió.

—Curth puede ayudarlo —dijo Mkvenner.

—Gracias. Y dale las gracias de mi parte. ¿Ana?

Curth vadeó el agua estancada hasta llegar a Feygor y empezó a examinarlo. Beltayn la acompañó.

Gaunt centró de nuevo su atención en Mkvenner y el partisano. Seguían hablando con rapidez y sin que él se enterara de nada.

—*¡Argens mostram!* —dijo Mkvenner en voz alta—. Enseñadles vuestros cuchillos. ¡De prisa!

Los Fantasmas mostraron con rapidez los cuchillos de combate. Algunos de ellos tuvieron que quitarlos de la punta de los rifles. Gaunt sostuvo el suyo mano en alto.

El partisano, Gynulif, asintió, como si estuviera complacido.

—Ya podéis envainarlos —les ordenó Mkvenner antes hacer una inclinación de cabeza hacia el partisano y luego volver con Gaunt.

—Ha accedido a que parlamentemos. Usted y su jefe. Por lo que parece, han quedado impresionados con nuestra plata.

—¿Es seguro? —le preguntó Gaunt.

Mkvenner se encogió de hombros.

—La situación no es nada segura, señor. Nos matarían a todos en un momento si hacemos un movimiento equivocado. Es posible incluso que nos estemos metiendo en una trampa, pero creo que es lo mejor que podemos hacer.

Gaunt asintió.

Gynulif hizo una señal y casi cuarenta partisanos, todos vestidos como él y de la misma estatura, salieron de las sombras humeantes. Grises y siniestros, alados con aquellas capas tan particulares, iban armados con una combinación de mosquetes y unas armas parecidas a ballestas.

—*¡Avans totus!* —gritó el jefe de los partisanos acompañando el grito con un gesto.

—Quiere que nos pongamos en marcha —dijo Mkvenner.

—Gracias —le contestó Gaunt—. Eso sí lo había entendido.

El pheguth acudió esa mañana a la siguiente sesión de transcodificación, pero cuando Desolane lo informó de que durante la tarde, en vez de descansar, tendría que visitar a

Mabbon Etogaur, el pheguth se negó.

Desolane lo miró fijamente un momento.

—Pheguth, no es un asunto que se pueda discutir.

—Desolane, estoy cansado y me siento como si me fuera a estallar la cabeza —le contestó el pheguth. Estaba sentado en una sencilla silla de la celda en la torre mientras intentaba contener una tremenda hemorragia nasal con una especie de venda quirúrgica que le había dado el protector vital—. Quiero cooperar, por supuesto, pero la transcodificación ya es bastante dura de por sí. Me obligas a asistir a reuniones, a soportar entrevistas que casi son interrogatorios. Creo que deberías darme un descanso.

—¿Darte un descanso? —dijo Desolane. El protector vital repitió las palabras como si fueran algo sucio.

El pheguth asintió. Era una táctica peligrosa, y lo sabía. En esos momentos disponía de un cierto poder sobre Desolane, pero el protector vital seguía siendo el ser más peligroso que jamás hubiera conocido. El pheguth tenía que probar su poder recién adquirido, pero no demasiado. Existía una línea que ni siquiera Desolane estaría dispuesto a cruzar.

—¿De qué os serviría si estoy agotado, Desolane? ¿Si estoy quemado? Me siento agotado por completo. Estoy seguro de que la transcodificación tarda más debido a mi tremenda fatiga.

—Es posible, supongo —contestó Desolane con cierta inseguridad.

—¿No me he sometido a todos los procesos necesarios? —le preguntó el pheguth.

—Lo has hecho, pheguth.

—Y sólo pienso en el esquema general de la situación. Conozco mi valor potencial para el Anarca. Deseo que llegue el día en que pueda ofreceros toda mi ayuda, pero también tengo que tener en cuenta mi estado de salud.

El pheguth dejó que las palabras quedaran en el aire. De forma deliberada no había mencionado el intento de asesinato ni el descuido de Desolane, que había permitido que aquellos asesinos se acercaran tanto, pero la implicación era evidente por su propia omisión. «Me lo debes, protector vital, porque me fallaste y ni siquiera quise castigarte. No me presiones».

Desolane se quedó quieto durante unos cuantos segundos y luego asintió.

—Veré lo que se puede hacer —dijo, y salió de la celda.

Al phegurh se le concedió toda la tarde para descansar y le llevaron comida. Lo cierto era que a pesar de las hemorragias nasales y del dolor de cabeza, y a pesar de las heridas que había sufrido a manos de los asesinos, el pheguth se sentía mejor que en cualquier momento de los meses anteriores, con la cabeza despejada, tranquilo, lleno de energía.

La transcodificación estaba liberando por fin las ataduras que los psíquicos del

Comisariado Imperial habían colocado sobre su valiosa mente. El pheguth sabía cuánta de su memoria había quedado reprimida por el cierre mental y lo poco que había recuperado, pero no se había dado cuenta de lo mucho que habían reprimido también de su propio ser.

Eso era lo que estaba volviendo a él con cada día que pasaba. Su carácter. Su personalidad. Se sentía como un hombre distinguido de nuevo. Se sentía un jefe, un comandante, un general. Recordaba lo que era ser respetado y temido. Sentía de nuevo el gusto adictivo del poder.

Lo disfrutó. Había pasado mucho, mucho tiempo. Años. Había sido un oficial de alto rango, un señor del Imperio. Huestes enteras de hombres habían entrado en combate con una simple palabra suya. Y luego llegó aquel cabrón, aquel cabrón arrogante que se lo había arrebatado todo y lo había dejado en aquella situación miserable.

El nombre del cabrón era algo que jamás había olvidado. Ni siquiera el cierre mental había conseguido apagar ese recuerdo de su cerebro. Ibram Gaunt.

El pheguth se relajó y tomó un sorbo de té. La suerte empezaba a favorecerlo. Se alzaría de nuevo y se convertiría en un señor de ejércitos. Ejércitos diferentes, quizá, pero el poder era el poder. Desolane ya era su peón voluntarioso y el pheguth suponía que Mabbon sería su aliado. Tenía ante sí de nuevo un gran destino cuando durante tanto tiempo había supuesto que su vida se había acabado.

Desolane regresó poco antes de que anocheciera.

—Pheguth. Cuando le conté al etogaur tu estado de agotamiento y pospuse tu visita, él insistió en visitarte a ti.

—Es muy amable por su parte —contestó el pheguth—, pero creo que ahora me iré a dormir. Preséntale mis disculpas al etogaur. Estoy seguro de que, como tú, conoce lo mucho que el Gran Sek valora mi bienestar.

Desolane dio un paso hacia él. Una de sus pezuñas resonó con fuerza contra el suelo de piedra de la estancia.

—Pheguth, hay ciertas palabras que no puedo permitir que pronuncies con tus labios paganos. El nombre del Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás, es el más importante de ellos.

El pheguth se incorporó con brusquedad. Se dio cuenta inmediatamente que había ido demasiado lejos. El protector vital no era su vasallo.

—Te pido disculpas —dijo con rapidez—. Por favor, dile al etogaur que entre.

«Aplaca a la criatura, gana su favor de nuevo…».

—Lo haré. Gracias, pheguth. Lo avisaré de que no esté demasiado tiempo para no cansarte.

Mabbon Etogaur entró en la estancia momentos más tarde. Le estrechó la mano de un modo muy formal al pheguth y luego se sentó en la silla que había traído uno

de los servidores.

—Vuestro protector vital me ha comentado que os encontráis indispuesto, señor —le dijo mientras se acomodaba en el asiento.

—Es tan sólo un poco de fatiga. Gracias por su preocupación. Le pido disculpas por no haber podido asistir a nuestro encuentro de esta tarde. ¿Era algo importante?

—Puede esperar —lo tranquilizó Mabbon—. Había preparado al primer regimiento entrenado para que le pasara revista. Pensé que le gustaría verlo.

—Por regimiento entrenado…, ¿se refiere a los Hijos de Sek?

—El Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás, me ha encargado que establezca el primer campamento de entrenamiento aquí, en Gereon. Se encuentra en las tierras centrales, a unos treinta kilómetros de aquí. Los hombres lo están haciendo muy bien. Desean su llegada para que los supervise.

—Estoy deseando pasar esa primera revista.

El etogaur cogió un maletín de documentos y sacó un fajo de pictografías de alta resolución. Le pasó una al pheguth.

—Aquí puede verlos en formación, señor.

El pheguth miró la pictografía. Se quedó impresionado. Era una toma alejada de unos trescientos hombres en fila y en posición de firmes, Todos eran tipos fornidos de cráneo rapado a excepción de una franja de cabello en la parre central. Llevaban puestos unos uniformes de corte perteneciente a la Guardia Imperial, pero teñidos de color ocre.

—Parecen un grupo de excelentes individuos, etogaur —le dijo el pheguth.

—Lo son. Han sido escogidos uno a uno.

—¿Por usted?

—Por supuesto, señor.

Mabbon le pasó unos cuantos pictogramas más.

—Cuando nos llamaron para anular la visita, decidí preparar un ejercicio en sustitución. Los hombres recibieron sus armas y se les asignó un objetivo. Como puede ver en las imágenes, cumplieron su misión.

El pheguth fue pasando los pictogramas. Las manos empezaron a temblarle un poco.

—¿Qué…? ¿Qué objetivo se les dio, etogaur?

—Un pueblo de la región de los cultivos. Un lugar llamado Nahren, con una población de dieciséis mil personas. Eso los autorizados, por supuesto. Nahren era un centro conocido de la resistencia donde acudían muchos individuos sin autorización.

—Se… encargaron de destrozar bien el lugar.

Mabbon asintió.

—De un modo experto. En esta toma, y en esta otra, verá el combate que se inicio cuando la resistencia hizo su aparición. Creo que esos idiotas en realidad querían

proteger a la población civil.

—Es de suponer…

—En mi opinión, una mala táctica —comentó el etogaur—. La resistencia ha sobrevivido gracias a que ha mantenido la cabeza agachada y se ha mantenido oculta a toda costa. El ataque contra Nahren los hizo salir como ratas. Un error de combate elemental. Hubiera sido mejor huir y mantener la clandestinidad. Fueron superados. ¿Lo ve? Aquí…, y aquí.

—Los mataron a todos.

—A todos. Cincuenta y nueve miembros de la resistencia, sin ninguna baja por nuestra parte.

—No… Me refiero a que mataron a todo el mundo.

—Ah. Sí, señor. Toda la población fue eliminada. Una demostración magnífica, ¿no cree?

El pheguth se quedó mirando durante unos momentos los pictogramas y luego los reunió en un bloque para devolvérselos a Mabbon.

—Excelente. Un trabajo excelente. Simplemente excelente.

Mabbon sonrió.

—Los hombres estarán encantados de saber que está tan satisfecho.

—¿Dieciséis mil…?

—Así es, señor. Ya están quemando los cuerpos. Los Hijos de Sek hicieron una pira con ellos en honor de nuestro amado Anarca.

—Cuyas palabras ahogan a todas las demás… —dijo el pheguth.

—Sin duda. ¿Pheguth? ¿Se encuentra bien?

—Sólo estoy… un poco cansado. No se preocupe por mí, etogaur. Ha sido toda una… demostración lo que sus hombres han hecho hoy. Muy… implacable. —El pheguth alzó la mirada hacia el etogaur—. Estoy impresionado.

Mabbon pareció estar muy contento.

—Voy a ordenar que realicen otro ejercicio pasado mañana. Un pueblo llamado Furgesh, con unos cuarenta mil habitantes. ¿Será suficiente para usted?

—Será perfecto —contestó el pheguth con un suspiro.

Mabbon metió los pictogramas de nuevo en la cartera y se puso en pie.

—Le agradezco el tiempo que me ha dedicado, señor. Sé que está cansado. Me… me contaron lo del ataque. ¿Le molestan mucho las heridas?

—En absoluto.

El etogaur asintió y dio media vuelta para irse.

—¿Mabbon? —lo llamó el pheguth.

El guerrero se detuvo y se giró.

—Mi protector vital me dijo que los asesinos no eran agentes imperiales. ¿Cómo es eso posible?

—Señor, no estoy autorizado a…

—Por favor, Mabbon.

El etogaur volvió y se sentó en la silla de nuevo. Habló en voz baja.

—Los asesinos eran miembros de las fuerzas de ocupación, señor. Hombres cuya lealtad al arconte supera a su lealtad hacia su lugarteniente, el Gran Sek. Algunos lo consideran a usted una herejía y un monstruo del enemigo al que no debería mostrársele ninguna piedad. En resumen, para ellos sigue siendo un general imperial y eso lo convierte en un objetivo.

—He renunciado al Imperio de la Humanidad. Soy un general traidor.

—Lo sé, señor, pero muchos creen que… eso se lleva en la sangre. Algunos de los individuos leales al arconte temen que lo traicione al ayudar al Gran Sek. Otros simplemente no pueden entender el motivo por el que un hombre que lleva toda su vida combatiendo contra nosotros puede recibir alimentos y cuidados como si fuera un amigo.

—¿Pero usted lo entiende, no, Mabbon?

El etogaur asintió.

—Sí, señor. Lo entiendo porque yo mismo soy un traidor.

El campamento de los sonámbulos cubría casi media hectárea de pantano, pero muy pocas partes estaban en contacto con el suelo. Lo habían construido en un claro de manglares especialmente viejos y grandes. El campamento consistía básicamente en una serie de plataformas de madera suspendidas entre los árboles. Las situadas a menor altura se apoyaban sobre las gruesas raíces o sobre pequeñas isletas de tierra que surgían de las charcas de aguas espesas, a menudo con un árbol o dos saliendo por la parte superior. Otras, las de mayor tamaño, estaban construidas directamente entre las raíces y a unos dos metros de la superficie del agua. El peso lo soportaban una combinación de postes clavados en el fondo de las charcas y unos armazones enganchados directamente a los troncos de los árboles vivos. Había incluso algunos más arriba, colgados de las ramas más: grandes con cuerdas gruesas. Unas pasarelas de madera comunicaban las plataformas del suelo, mientras que a las de arriba se llegaba mediante, escaleras de cuerda. La superficie de las plataformas estaba salpicada por las tiendas en forma de cúpula de los partisanos, tejidas con una tela de color pálido, y que se articulaban del mismo modo que sus capas.

El campamento tenía una iluminación algo espectral. Había varias hogueras encendidas por todo el lugar, y el brillo que se reflejaba en el agua y en las hojas daba al espacio que lo rodeaba un sombreado gris verdoso.

Brostin sonrió cuando vio las llamas de las hogueras y olfateó el aire.

—Promethium… —murmuró.

El sonámbulo más cercano lo miró con una expresión inconfundible debía

permanecer en silencio. Brostin se encogió de hombros.

Habían tardado más tres horas en llegar al campamento. Avanzando aquel silencio obligado. Gaunt ansiaba poder hablar con Mkvenner, los partisanos habían dejado bien claro que no iban a permitir que hablara, así que mantuvo la boca bien cerrada. No quería enemistarse ellos en un momento como aquel.

Además, los superaban en número en una proporción de casi cuatro a uno. Los sonámbulos les habían permitido conservar las armas, pero no había duda alguna de quién tenía el control de la situación. Gaunt estaba seguro de que aunque las armas de los partisanos tuvieran un aspecto primitivo eran, por supuesto, letales. Estaba muy interesado sobre todo en las ballestas, que al mirarlas más de cerca resultaron no ser ballestas en absoluto. Tenían una apariencia similar, pero no mostraban ninguna clase de cuerda o cable. Eran de fabricación artesana y cada una de ellas era distinta, aunque todas seguían el mismo esquema básico: un tubo alargado y hueco de metal o de madera con un gatillo y una culata detrás. Por lo que Gaunt logró ver, existía alguna clase de célula de energía en el interior de la culata. Los brazos en forma de arco estaban muy curvados hacia atrás a los lados del tubo, más que los de ninguna ballesta, incluso bajo la tensión máxima. Eran de metal, con unos contrapesos también de metal en los extremos. Aquellas armas eran una incógnita. La ausencia de un percutor o de un mecanismo similar indicaba que no eran armas de fuego, pero tampoco eran arcos. Quizá se trataba de armas de disparo de energía. Lo cierto era que los sonámbulos que las empuñaban también llevaban colgadas lo que a Gaunt le parecieron aljabas.

Beltayn y Varl llevaban entre ellos a Feygor, que parecía entrar y salir de un estado de consciencia enfebrecida. Cirk cojeaba mucho, y lo miraba enfurecida como si aquella situación fuese culpa del comisario.

Gaunt no le hizo ni caso. La quemadura que tenía en la cara le dolía cada vez más y no hacía más que atraer a los insectos. Estaba seguro de que a Rawne y a Mkvenner les estaba pasando lo mismo.

Se preguntó qué les esperaba. Había considerado desde el principio que la misión que tenían que llevar a cabo era una empresa desesperada, pero durante un tiempo le pareció que podrían cumplirla. Sin embargo, habían tenido que dejarla a un lado por completo. La mala suerte los había obligado a alejarse más y más de su objetivo y en esos momentos estaban inmersos en un mundo algo irreal. Mientras viajaban hacia Gereon se había imaginado todo lo que les podía suceder cuando estuvieran allí. Aquello era tan diferente a cualquiera de las posibilidades que se le habían ocurrido que casi le daban ganas de echarse a reír.

Los sonámbulos los condujeron a través de las charcas hasta el campamento. Otros muchos sonámbulos los observaron acercarse desde las plataformas. La mayoría eran hombres, pero Gaunt también vio mujeres y niños. Todos eran de

estatura elevada, delgados y de piel gris.

Cynulff du Nocte, o fuese cual fuese su nombre, los llevó hasta las pasarelas de las plataformas inferiores y entraron en el campamento bajo la mirada silenciosa de los demás individuos. Siguieron hasta llegar delante de una especie de baúl anclado a la plataforma, y Cynulff levantó la tapa.

—*Restam armori qui* —les ordenó con su extraño acento.

—Las armas —tradujo Mkvenner—. Quiere que las dejemos en ese cofre.

—¿Es una orden? —le preguntó Gaunt.

Mkvenner se lo preguntó a Cynulff y escuchó atentamente la respuesta.

—Es su ley —contestó al cabo de un momento—. Los invitados no pueden llevar armas de disparo en el campamento. Debemos dejarlas aquí, donde estarán seguras. Por lo que parece, podemos guardar las armas de filo, y no le preocupa su espada.

—Hacedlo —ordenó Gaunt al grupo.

Los rifles y las pistolas láser acabaron en el cofre, junto al cañón automático de Brostin y los rifles automáticos que llevaban Cirk y Landerson. Larkin soltó un suspiro y le dio un beso a su rifle de francotirador antes de dejarlo.

Cynulff cerró la tapa y les indicó por gestos que volvieran a seguirlo. Lo hicieron hasta llegar a una plataforma de mayor tamaño. Allí señalo una plataforma más pequeña a la que se llegaba mediante una escalera de cuerda.

—Quiere que esperemos allí arriba mientras consulta con su jefe —les aclaró Mkvenner.

Subieron uno por uno. Tardaron unos cuantos minutos en conseguir subir a Feygor hasta aquel lugar. En cuanto llegó arriba, se tumbó sobre las tablas llenas de líquenes y se quedó dormido casi en seguida. Los demás se sentaron y procuraron descansar donde pudieron. La plataforma se balanceó un poco a medida que iban llegando y cambiaba el peso de un lado a otro.

Gaunt se quedó al lado del extremo superior de la escalera y observó el campamento que tenía a los pies. Cynulff y los demás partisanos que los habían llevado hasta allí se alejaban hacia el grupo de tiendas en forma de cúpula de la plataforma principal. No había dejado ningún guardia para vigilar a los Fantasmas, pero Gaunt sabía que sin duda esperaban que se quedaran en aquella pequeña plataforma hasta que Cynulff regresara.

Mkoll se puso en cuclillas al lado de Gaunt.

—Bueno, todo esto es muy raro —comentó.

—Podría ser peor —añadió Gaunt.

—Sí, podíamos estar muertos —dijo Mkoll acabando la broma.

Ambos sonrieron.

—Si quiere, puedo escaparme sin que me vean. Por ese árbol de ahí, a lo mejor. Puedo echar un vistazo por los alrededores. O recuperar algunas de las armas.

Gaunt negó con la cabeza.

—Creo que nos han traído demostrando su confianza. Por el Trono, Mkoll, podríamos conseguir que esto se volviera a nuestro favor. Si lográramos que nos ayudaran…

—A mí no me parecen del tipo de gente que ayuda, señor.

—¿A ti que te parecen?

—Los de pinta rara que resulta que todavía no nos han matado.

—Ya veo. También es lo que yo pienso, pero démosles el beneficio de la duda. Para mí está claro que si nos quisieran ver muertos ni siquiera nos habríamos enterado hasta que hubiera ocurrido. Creo que los tenemos intrigados. Son curiosos. Hablando de curiosidades, tráeme a Ven.

Mkvenner se acercó a ellos en respuesta a la señal de Mkoll.

—¿Sí, señor?

—Ven, creo que seguimos vivos sólo porque posees una capacidad antes desconocida de hablar el protogótico.

Mkvenner se encogió de hombros.

—Ese encogimiento de hombros no va a ser suficiente. Necesito saber la verdad.

—Es un asunto personal señor. Privado. Preferiría no hablar de ello.

—Y yo preferiría no tener que preguntártelo, pero te lo pregunto. Las necesidades de esta misión tienen prioridad sobre cualquier asunto personal que tengamos ninguno de nosotros. Así están las cosas.

Mkvenner inspiró profundamente.

—Voy a acercarme a comprobar cómo está Feygor —dijo Mkoll con rapidez antes de ponerse en pie y marcharse.

—Así que… ¿ni siquiera el sargento conoce los secretos de su mejor explorador? —comentó Gaunt.

—Conoce algunos. Más que nadie, pero no lo sabe todo.

—Puedes hablar la lengua antigua.

—Sí, señor.

—Porque…

—La aprendí de niño en Tanith.

—Yo también la aprendí de niño, en la escuela, en Ignatius Cardinal. Pero Ven, no lo hablo como si fuera mi lengua materna.

—Es posible.

Gaunt se quitó la gorra y se pasó los dedos por el cabello lacio.

—Mkvenner, no soy dentista, ¿sabes?

—¿No es… qué?

—Esto es como sacarte los dientes. No tenemos mucho tiempo. Cuéntamelo, por feth. ¿Tiene eso algo que ver con los nalsheen?

Mkvenner se puso tenso de repente.

—Sí, señor. ¿Quién se lo ha contado?

—Ven, se han oído rumores sobre ti desde el día de la Primera Fundación. No hay nadie en el regimiento que no los haya oído, y ninguno de los que te han visto combatir cuerpo a cuerpo lo duda. Tu habilidad no tiene igual.

—Señor.

—Ven, se supone que los naisheen ya no existen, que no son más que un recuerdo de los días feudales de Tanith. Por lo que he oído contar, los naisheen eran guerreros de los bosques, una hermandad de combatientes que vivían en las florestas de nal y que derrocaron a los antiguos tiranos. Algunos creen que son un mito. Algunos creen que jamás existieron. Pero sí que existieron, ¿verdad, Ven?

—Sí, señor.

—Venga, hombre. Me gustaría pensar que confías en mí.

Mkvenner se sentó al lado de Gaunt. Los pies le quedaron colgando del borde de la plataforma.

—Los nalsheen existieron, señor. Hasta el mismo día que Tanith murió. Continuaron sus tradiciones en los bosques más remotos y pasaron el conocimiento del cwlwhl de padres a hijos. Quedaban muy pocos, pero habían jurado mantener viva la hermandad por si la tiranía regresaba a Tanith. Mi familia ha pertenecido a los naisheen desde que existen archivos sobre ello.

Gaunt asintió y esperó a que Mkvenner continuara.

—Me empezaron a entrenar desde pequeño, creo que desde que tuve tres o cuatro años. Mi padre me llevó al viejo maestro que habitaba en los bosques de nal y me transmitió todos sus conocimientos. Las habilidades de combate, la vida en el bosque, la propia fe. Y el lenguaje. Los naisheen siempre utilizaron la forma antigua del gótico como su lengua privada. Era la misma lengua que los primeros pobladores del bosque hablaban cuando colonizaron Taníth en los primeros tiempos.

—Lo mismo que aquí —comentó Gaunt.

—Sí, señor. Cuando oí hablar al partisano, se me heló la sangre. Me pareció que oía a mi padre de nuevo.

Mkvenner se quedó mirando a los árboles del pantano durante unos largos momentos, perdido en sus propios recuerdos.

—Es suficiente, Ven. Has contestado a mi pregunta. No era todo lo que me hubiera gustado preguntar, pero es suficiente.

—Gracias, señor, pero creo que debería preguntar todo lo que quisiera. Se merece saberlo. No creo que deba tener secretos para mi comandante.

—Muy bien. ¿Eres uno de los nalsheen, Mkvenner?

—No, señor. Poseo muchas de sus habilidades, pero no llegué a acabar el entrenamiento. Mi padre quería que lo hiciese, lo mismo que el maestro del bosque,

pero era joven y testarudo. Yo…, yo pensé que sabía lo que hacía. Verá, yo quería servir al Emperador. Me alisté en la milicia de la ciudad más cercana, y cuando se anunció la fundación del regimiento me alisté en la Guardia Imperial. Los últimos de los naisheen…, hombres como mi padre y los demás maestros de los bosques remotos…, murieron cuando el Caos quemó nuestro planeta.

Gaunt asintió.

—Ven, si no hubieses sido un joven testarudo, si no te hubieras ido de los bosques y te hubieses alistado en la Guardia, habrías muerto en el planeta, y habría dos personas muy decepcionadas.

—¿Quiénes, señor?

—Yo soy una de ellas, porque sin ti los Fantasmas habrían perdido muchas batallas. ¿Cuántas veces me has salvado la vida? Ayer mismo, en aquel campo, con los lobos metálicos. Te debo mucho. Los Fantasmas te deben mucho. Sé que Corbec te debió mucho hasta el día que murió.

—¿Colm es el otro hombre, señor?

—No, Ven. La otra persona es tu padre. Si te hubieras quedado en los bosques de nal y hubieras muerto con él, no habría habido uno de los naisheen para guiar hoy a los últimos hombres de Tanith.

Brostin estaba sentado al otro lado de la plataforma contemplando el pantano y fingiendo fumarse uno de sus preciados pitillos de Iho. No le importaba que lo viesen.

—¿Puedo pillar uno? —le preguntó Curth mientras se sentaba a su lado.

Brostin sonrió. Era un tipo enorme y de aspecto brutal, pero su sonrisa contagiosa. Sacó el paquete de uno de los bolsillos de la camisa y le ofreció uno a Curth.

Se quedaron sentados un rato imitando los gestos de un fumador.

—Mmmm… Sabe muy bien —murmuró ella.

—Una de las mejores clases de iho de todo el Imperio —dijo él mostrándose de acuerdo y siguiéndole el juego.

—Por supuesto, como doctora de la Guardia Imperial, debo advertirte sobre sus peligros sobre la salud. Fumar Iho es muy, muy malo.

—Vale, doctora, lo sé. De verdad que sí. Es algo asqueroso.

—Exacto. Fumar lho es, francamente, una estupidez. Sólo los estúpidos lo hacen. Sólo los muy, muy estúpidos.

—¿Sabe lo que es realmente una estupidez? —dijo Brostin mientras apoyaba un pie en el borde de la plataforma y fingía darle otra calada al pitillo.

—Dímelo, soldado.

—Es la gente que finge fumar.

Ella soltó una risa.

—Estoy de acuerdo, Brostin. Lo que sería capaz de dar por encender uno.

Él la miró de reojo y alzó una ceja de modo sugerente. Curth se rio de nuevo. Brostin se rio también antes de señalar al otro lado del campamento.

—Allí puede encenderlo.

Señalaba una de las hogueras del campamento, que resplandecía llameante.

—Está demasiado lejos —contestó ella.

—Eso es promethium, pero promethium puro, sin refinar. Lo utilizan como combustible. De hecho, por eso el campamento está aquí.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Curth, olvidando de forma momentánea seguir con la pantomima de fumar.

—Mire allí —le indico Brostin señalando hacia las charcas situadas al oeste del campamento. El agua de la zona era de un color marrón oscuro y la superficie burbujeaba con suavidad. Los sonámbulos habían colocado varios postes señalizadores en el centro de las charcas—. Es un pozo natural. Sale directamente del yacimiento. Es promethium puro, sin sintetizar. Supongo que esos pirados polilla levantaron el campamento en este lugar para sacar el combustible para las hogueras.

—¿Estás seguro?

—Puedo olerlo, doctora —le contestó Brostin dándose unos golpecitos en la nariz carnosa con un dedo sucio—. Además, mire las manchas de aceite en el agua. Como si fueran un arco iris. Es promethium crudo que sale directamente de los pozos. Tan seguro como que no soy una chavalita rubia llamada Ana.

Ella lo miró fijamente.

—Sólo es una suposición, pero ¿no será que tienes un enorme deseo de prenderle fuego a todo eso?

—Doctora, muchos lo llaman incendiario. Muchos me llaman pirómano. Yo sólo pienso en ello como jugar con cerillas. Pero le dirá esto: tiraría todo mi paquete de pitillos de iho por tener la oportunidad de encender todo eso. Es fuego. Es lo que yo hago.

Curth fingió hacer caer algo de ceniza del pitillo.

—Bueno, sigamos con la pantomima.

De repente, vieron movimiento en las plataformas inferiores. Cynulff du Nocte volvió a aparecer con un grupo de sonámbulos armados y le indicó a Gaunt por gestos que descendiera.

—Ven, baja conmigo —dijo mientras se ponía en pie—. Rawne, estás al mando. —Hubiera preferido darle el mando del grupo a Mkoll, pero Rawne tenía más rango —. No hagas ninguna estupidez.

—Ya, claro.

—Ni tú, ni nadie.

Gaunt bajó por la escalera de cuerda hasta llegar a la plataforma inferior. Mkvenner lo acompañó. Luego siguieron a Cynulff y a sus hombres hacia la plataforma principal.

—Así que se llaman a sí mismos sonámbulos —le preguntó Gaunt a Mkvenner con un susurro.

—No, señor. Ellos se llaman noctugane, que significa «los que caminan bajo la noche». En realidad, son «noctámbulos».

Gaunt asintió. Los habitantes del planeta habían traducido mal la palabra. Había perdido el sentido original por completo.

—La noctu es la oscuridad de estos pantanos —comentó Mkvenner—. Es lo único que conocen.

La tienda principal, articulada como un paraguas gigantesco, estaba iluminada en su interior por un quemador de promethium que colgaba de una cadena. Los partisanos se habían reunido allí rodeando al jefe, que se parecía más a una polilla gigante que cualquiera de ellos. Su capa era larga y gruesa y se extendía a su espalda por la plataforma. Sus ojos brillaban en el interior de los óvalos de mosaico. Su bigote era tan largo que incluso estaba trenzado.

Se llamaba Cynhed du Nocte. Él era «de la noche», algo en lo que insistió mucho a través de la traducción de Mkvenner. Les presentó a sus hijos: Eszekel, Eszebe y Eszrah y casi a otra docena más. Gaunt se perdió. Todos parecían iguales debido a las capas y a la piel de color gris.

Cuando le llegó el turno de hablar, Gaunt intentó explicar su identidad y el motivo que lo había llevado allí. Fue una tarea lenta. Mkvenner se esforzó por traducirlo todo, pero el jefe no paraba de interrumpir y de hacer preguntas.

—Gereon ha cambiado —repitió Gaunt una y otra vez—. El mundo fuera del noctu ha cambiado. El Imperio ya no es vuestro enemigo. Ha llegado el Caos.

—*¿Kaous?* —repitió el jefe—. *¿Qui significatum questi conceptum?*

—El archienemigo de todos nosotros —intentó explicarle Gaunt—. Mi equipo, mis hombres, han venido a cumplir una misión muy importante. Es vital para el Imperio. Muchos morirán si no lo conseguimos… —Miró a Mkvenner, que seguía traduciendo—. Esto no nos lleva a ningún lado, ¿verdad?

—Usted siga, señor.

—Dile…, dile que quiero la ayuda de los partisanos. De los noctugane. Quiero guías que nos conduzcan a través del impro para poder llegar a Lectica y a las tierras centrales. Dile que conseguiremos salvar…

—Muchas vidas. Sí, señor. Ya se lo he dicho. Dos veces. Parece que lo que le ha llamado la atención es la noción de que hay otro enemigo.

—¿Otro enemigo?

—El Caos, señor.

—*Favorem* —dijo el jefe inclinándose hacia adelante—. *¿Quí est Kaous, amicus?*

—Ven, dile que el archienemigo es una bestia asesina, una que quiere matarlo a él y a todos los suyos tanto como quiere matarnos a nosotros. Hemos venido a luchar contra ella en nombre del Dios Emperador.

Mkvenner tradujo de nuevo y el jefe lo escuchó interesado.

—Dile que…

Cynhed du Noctu lo interrumpió alzando una mano gris.

—Auditus hem. Concilium habemus. Partebus totus, et desideram bona fides. Decisionem nostri advenis.

Los sonámbulos los acompañaron fuera de la tienda.

—¿Y bien? —preguntó Gaunt.

—Ahora tenemos que esperar —le respondió Mkvenner—. Va a pensar en todo lo que les hemos dicho y van a decidir sobre ello.

Uno de los excubitores del ordinal se había tragado una polilla por accidente. El individuo empezó a retorcerse en el agua espesa, salpicando por doquier y vomitando sangre y entrañas.

Uexkull se quedó mirándolo. No merecía la pena gastar un proyectil para acabar con su sufrimiento. El ordinal tenía otros cinco excubitores más. La disformidad sabría para qué se los habría llevado. Sthenelus ya disponía de una escolta de cinco marines del Caos. ¿Para qué necesitaba los excubitores?

El ordinal se acercó hasta el excubitor moribundo. El agonizante individuo manoteó y se agarró a la pata metálica con las manos resbaladizas, esperando su bendición y un alivio. El ordinal se limitó a extender un brazo de pruebas y tomó una muestra de la espuma sanguinolenta que rodeaba la boca del excubitor.

—Las toxinas muestran unos niveles de ocho punto uno en la escala de Fabius. La humedad ahora es de nueve partes de nivel. La charca tiene una profundidad de medio metro y el suelo de la misma se inclina unos dos grados. Tomaremos muestras de la flora.

Los codificadores pictográficos del ordinal empezaron a soltar chasquidos mientras registraban de forma visual las masas de árboles que lo rodeaban. El excubitor sufrió una última convulsión y murió.

Los cráneos psicobernéticos remotos de maquetación sobrevolaron la zona y la grabaron en los registros.

El ordinal continuó su catálogo verbal y encendió los delicados sensores de bronce del aparato de locomoción para que cartografiaran el lugar. Las varillas metálicas se extendieron en todas direcciones.

—Registro una fruta de baya con exocarpio de color rojo, tóxica, pero con un valor potencial en el mercado de aceites de semillas. También una fruta pendular con

médula de color marrón…

—Mi ordinal —lo interrumpió Uexkull—, por favor, concéntrese. El enemigo. ¿Dónde está el enemigo?

Uno de los largos brazos de muestreo de Sthenelus surgió de la ciénaga.

—Un momento, lord Uexkull. Mmmm… una parte en diez millones, pero es sangre humana sin duda. A alguien lo mordieron aquí. También detecto una curiosa concentración de veneno de polilla. Es curioso. Es una composición artificial.

—¿En qué dirección? —le preguntó Uexkull.

Sthenelus señaló con un brazo.

Los miembros de la misión, todavía en lo alto de la plataforma elevada, siguieron esperando. Los minutos se convirtieron en horas. El tiempo pareció transcurrir con su paso más lento. El silencioso campamento y las leves y tranquilas neblinas de la ciénaga iluminada que lo rodeaban parecían acoplarse a ese lento ritmo de avance del tiempo.

—Esto es inútil —soltó Rawne.

—Siéntate —le ordenó Gaunt.

—Es una pérdida de…

—Rawne, siéntate, por feth. No te lo diré otra vez.

—Por feth, al menos deberíamos enviar a los exploradores. Los chicos de Mkoll podrían cubrir la zona y recuperar las armas. Podrían…

—No, Rawne.

—Pero…

—He dicho que no, y lo digo en serio. —Gaunt alzó la mirada hacia su irritado segundo al mando—. Esperaremos, Elim. Esperaremos a ver qué conseguimos. Si no conseguimos nada, así será. Pero si podemos conseguir algo, no estropearé esa posibilidad con acciones precipitadas.

—Yo estoy de acuerdo con Rawne —declaró Cirk.

—Vaya, qué sorpresa —murmuró Curth.

Varl soltó unas risitas.

—Tú cállate, mujer —le espetó Cirk.

Curth se puso en pie y se encaró con la jefa de la célula de resistencia.

—A lo mejor son imaginaciones mías, pero creo que formaba parte de este grupo antes de que aparecieras, y tengo un rango…

Cirk se encogió de hombros de forma despreciativa.

—¿De verdad? Todos sabemos por qué estás aquí, mujer —le soltó mientras señalaba con un dedo a Gaunt—. El jefe de la manada sólo se concentra en la misión si está satisfecho y disfruta de una atención particular cada…

—¡Eeehh, señora! —la interrumpió Curth dando un paso hacia ella—. ¿No sabe

cuándo debe cerrar la boca, verdad?

Cirk se irguió. Su estatura era mucho mayor que la de la doctora. Sonrió.

—He tocado un punto débil. ¿A qué sí?

—Puedo localizar y dañar más puntos débiles de los que tú jamás habrás soñado, hija de…

—Ya basta. Las dos.

—La señora Curth… La doctora Curth… está aquí por su formación médica —dijo Landerson mientras se ponía en pie. Luego se interpuso entre las dos y miró a los ojos a Cirk—. Sugerir cualquier otro motivo sería impropio de un soldado de Gereon.

Cirk se quedó mirándolo.

—Landerson, no eres más que un pelota de…

De repente, se oyó un chasquido seco. Curth le había propinado un puñetazo a Cirk en toda la boca con su pequeña mano. La jefa de la célula de la resistencia trastabilló hacia atrás y tan sólo la rapidez y agilidad de Beltayn y de Criid impidieron que se cayera de la plataforma.

—¡Pequeña zorra! —bufó Círk.

—¿Quieres más? —le contestó Curth riéndose.

—¡Callaos! ¡Callaos! —las interrumpió Larkin—. ¡Calladlas, por feth! ¡Ya vuelven!

Debajo de ellos, Cynulff y bastantes sonámbulos más se dirigían hacía la escalera.

—Ya nos veremos —la amenazó Cirk.

—Sí, sí. Que te jodan —le replicó Curth.

—Callaos —las cortó Gaunt.

—Vaya, vaya. Las mujeres se pelean por usted… —se burló Rawne.

—Cállate tú también.

—Como disfruto de estos momentos —soltó Rawne antes de callarse del todo.

Cynulff señaló hacia Mkvenner y le hizo un gesto para que bajara.

—Te quiere a ti —le indicó Gaunt.

Mkvenner asintió y bajó a la plataforma inferior para reunirse con los partisanos. Miró un momento a Gaunt antes de marcharse. Gaunt se colocó ambas manos en el pecho e hizo la señal del áquila.

—Lo siento —dijo Curth en voz baja—. Te pido disculpas.

—Vale. ¿Crees que podrías disculparte con ella? —le preguntó Gaunt señalando con el mentón a Cirk, que estaba sentada en una esquina de la plataforma mirando a la ciénaga que rodeaba el campamento.

—Si me lo pides con amabilidad… —le contestó Curth.

—No tendría por qué hacerlo. Cirk es un oficial superior. Otros comisarios le habrían pegado un tiro sin dudarlo ni un segundo a cualquiera que hubiera golpeado a un superior.

Curth lo miró fijamente.

—Estás de broma.

—Es completamente cierto. Lo he visto hacer.

—¿Me pegarías un tiro? —le preguntó Curth con un susurro y con los ojos abiertos de par en par.

—Ni en un millón de años, así que hazlo y que sea amable.

—No creo que vaya a ser fácil —dijo Curth antes de abrir el nartecium y rebuscar en el interior—. He efectuado unas pruebas con lo que me quedaba de equipo. No es algo definitivo porque no tengo el material necesario para que sea exacto, pero me fío del resultado.

—¿Y cuál es?

—Los cambios de humor. La intolerancia. Todo forma parte de la influencia del Caos. Nos está infectando. Nos está cambiando. Rawne va a por ti. Cirk está fuera de control.

—¿A quién le hiciste la prueba?

—A mí —le contestó ella con lágrimas en los ojos—. La golpeé porque… porque ya lo tengo dentro. Está haciendo que me comporte… de forma diferente, de forma violenta. Afecta a nuestras hormonas. Las altera y aumenta las que controlan la agresividad…

—Ya está, Ana —la interrumpió Gaunt mientras la abrazaba. Curth se echó a llorar—. Si lo que dices es cierto, ya es demasiado tarde para nosotros, pero creo que podemos vencerlo. Creo que podemos ser fuertes. Te enfrentaste a ella porque te preocupas por mí y te repugnó oír esas calumnias. Lo conseguiremos.

Ella dijo algo, pero quedó ahogado por el abrazo contra el pecho. Él La apartó un poco.

—¿Qué?

—Digo que ya estás haciendo lo del comisario, ¿verdad? Estás diciendo lo apropiado, tal y como te entrenaron.

Gaunt sonrió.

—Si te digo que no, pensarás que eso también forma parte del entrenamiento, ¿no?

—A lo mejor.

Gaunt se sentó a su lado.

—Entonces, malo si lo hago y malo si no lo hago. Ana, saldremos adelante. Si el Caos nos está afectando, lo hace de un modo lento. Llevamos aquí muy poco tiempo.

—Cirk lleva mucho más. Ella ha estado aquí desde el principio.

Gaunt pensó en aquello unos momentos.

—Sí, es cierto —dijo al fin—. Sí que lo ha estado.

—Os lo dimos todo —le dijo Sabbatine Cirk cuando Gaunt se puso en cuclillas a su lado—. Perdimos nuestro mundo, no trajisteis la liberación con vosotros y aun así os dimos todo lo que teníamos. Toda la célula de la resistencia acabó muerta por haceros entrar en el planeta. Ballerat y todos los demás. ¿Para qué? Para esta estupidez. Para esta locura.

—Lo siento —le contestó Gaunt—. Si te sirve de ayuda, casi todo lo que hago…, casi todo lo que hacen mis Fantasmas…, parece ser una locura por el modo en que lo hacemos. Todavía tengo una misión y un objetivo. Lo cumpliremos, estoy completamente convencido.

—Eres un mentiroso.

—Y muchas cosas más y peores. Mantente a mi lado, Sabbatine. Te necesito.

Beltayn lo llamó.

Mkvenner estaba de regreso.

—Han dicho que no —les dijo Mkvenner en cuanto subió a la plataforma.

—¿No? —preguntó Brostin—. ¿No a qué?

—No van a proporcionarnos guías. No van a ayudarnos a salir de este pantano. Somos el viejo enemigo. Han luchado contra nosotros desde hace tanto tiempo que no van a ayudarnos ahora.

—Feth —soltó Rawne.

—Ven, ¿dónde está tu insignia?

—No lo sé. Debe haberse caído.

—¿De verdad han dicho que no? —le insistió Curth.

—Beltayn —dijo Mkvenner sin hacer caso de Curth y llamando al encargado de las comunicaciones—. Sintoniza tu comunicador a mi frecuencia.

—¿Por qué?

—Dejé caer el transmisor y el microrreceptor en la tienda del jefe, pero fuera de la vista. Conéctate.

—Haré lo que pueda.

Mkvenner miró a Gaunt.

—Están tramando algo. No van a ayudarnos pero tengo la impresión de que tampoco quieren que nos marchemos.

—No pillo nada… Sólo estática… —dijo Beltayn con los auriculares pegados a las orejas.

—Esos cabrones van a traicionarnos —declaró Rawne.

Uexkull se detuvo. Su visión térmica no detectaba nada más que calor sobre calor en aquella ciénaga, pero confiaba en sus ojos.

Varias figuras habían surgido de las charcas y de las raíces que tenían delante. Eran unos seres de color gris polvoriento, tan leves como Fantasmas.

—Que nadie dispare —les ordenó a sus hombres.

Los espectros se acercaron a ellos.

—Es fascinante —comentó Sthenelus—. Nativos, indígenas…

—¡Silencio! —le ordenó Uexkull.

La figura que iba en cabeza se acercó más, vadeando la charca de agua estancada. Iba envuelto por una capa de pellejo de polilla e iba armado con una especie de ballesta.

«Un campesino», pensó Uexkull.

A pesar de ello, alzó una de sus enormes manos.

—Saludos —dijo en voz alta.

—*Favorem* —contestó la figura que los encabezaba—. *¿Kaous esr, amicus?*

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Uexkull por encima del hombro.

—Es extraordinario —contestó Sthenelus—. Por lo que parece, esta criatura no tiene ni idea de lo que somos. De hecho, siente curiosidad.

—*¿Kaous? ¿Kaous est, amicus? ¿Favorem?* —repitió el partisano. Alzó una mano y sostuvo en alto la insignia reluciente del regimiento Tanith que le había robado a Mkvenner.

—Han entrado en contacto con los insurgentes —exclamó Uexkull en cuanto la vio—. Ordinal, ¿podría rastrear el recorrido de estos seres hasta su punto de origen?

—Por supuesto, señor. Mediante las feromonas e incluso mediante el rastro de toxinas de polilla que han dejado a su paso.

—Excelente —contestó Uexkull amartillando su arma—. Estas almas grises han venido en busca de… ¿Cómo ha dicho? ¿Kaous? ¿No era eso?

El jefe de los partisanos asintió con firmeza y sostuvo en alto de nuevo la insignia.

—Vamos a enseñarles lo que significa el «Kaous» —gritó Uexkull.

Los cinco marines del Caos abrieron fuego. Los disparos abatieron a la primera fila de partisanos y los lanzaron de espaldas en una lluvia de restos ensangrentados. Los demás echaron a correr, pero también acabaron muertos. El aire quedó impregnado de un leve vapor sanguíneo.

La insignia de Tanith cayó de una mano muerta y se hundió con rapidez en las aguas removidas.



VEINTE

—Ahí está —dijo Beltayn, concentrado, mientras realizaba los últimos ajustes en el aparato de comunicación—. Capto voces. Suenan muy débilmente…

Le entregó los auriculares a Mkvenner, quien se los puso e inclinó la cabeza para oír mejor.

—Esos cabrones van a traicionarnos —repitió Rawne.

—Sshhhhh —lo mandó callar Mkvenner—. Apenas puedo… Beltayn, ¿puedes ampliar la señal?

—Lo intentaré. ¿Mejor?

—Algo —Mkvenner escuchó con atención—. Ajá. Sí. Están hablando. Oigo al jefe… y un par de voces más. Dicen que hay que esperar… Esperar para enterarse de algo. Un momento.

Todos menos Feygor, que seguía durmiendo, se agolparon en silencio alrededor de Mkvenner. Les pareció que el explorador tardaba una eternidad en oírlo todo. Por fin, Mkvenner alzó la vista hacia Gaunt.

—No es bueno —le dijo—. Los partisanos han localizado a otro grupo que también se encuentra en las cercanías. También son desconocidos de fuera.

—¿Nos están buscando? —le preguntó Gaunt.

Mkvenner se encogió de hombros.

—Es muy probable. El jefe ha enviado a un grupo de guerreros para entrar en

contacto con ellos y descubrir más cosas.

—¡Os lo dije! —saltó Rawne—. ¡Nos van a traicionar! ¡Van a traicionarnos!

—Al tipo de monstruos que nos están buscando no les interesa hacer tratos —comentó Gaunt.

—Eso no importa —lo interpeló Cirk—. Los partisanos los traerán directamente hasta nosotros, lo quieran o no.

—Vale —dijo Gaunt—. Se acabó. Lo hemos intentado pero no ha salido bien. Es hora de aprovechar el tiempo que nos queda. Recuperemos las armas y pongámonos en marcha. Si a los partisanos no les gusta, mala suerte. Preparaos para…

De repente, Mkoll dejó de hacerle caso. El jefe de los exploradores se giró y miró más allá de la plataforma, hacia la oscuridad neblinosa.

—Disparos —fue todo lo que dijo.

Uexkull y sus guerreros surgieron de las neblinas del pantano atravesando las charcas de agua espesa y disparando de forma indiscriminada. Los fogonazos de las armas atravesaban la oscuridad. Los disparos de bólter y de cañón de Uexkull, Nezera y Virag, los rayos de plasma de Czelgur y los rugientes chorros de fuego del lanzallamas de Gurgoy. El ordinal Sthenelus los seguía dándoles órdenes a los excubitores para que se desplegaran.

El sector occidental del campamento quedó reducido a cenizas bajo el ataque inmisericorde. Los troncos de los árboles se partieron, el follaje desapareció arrastrado por la lluvia de disparos y las plataformas se estremecieron al ser agujereadas. Las tiendas estallaban en llamas.

Los sonámbulos murieron a mansalva. Muchos individuos de piel gris se quedaron mirando asombrados el ataque que se estaba produciendo, aturdidos por el enorme tamaño de los guerreros que los invadían. Los miembros del grupo de Uexkull los mataron a todos: hombres, mujeres y niños. Los demás huyeron corriendo. Czelgur alzó el arma de plasma, y disparó varios rayos brillantes y de color púrpura contra el campamento. Toda una sección de plataformas se derrumbó en el agua y docenas de partisanos se hundieron en el espeso líquido. Cuando salieron a flote, braceando y pataleando, murieron bajo la siguiente lluvia de proyectiles.

Uexkull cruzó una de las pasarelas, que crujió bajo su gran peso. Disparó el cañón y acribilló a otros tres partisanos. Varios puñados de grandes escamas de color gris salieron despedidas de las capas y se quedaron flotando en el aire como ceniza.

—Desplegaos —ordenó a sus hombres—. Matad a todo el mundo. Encontrad a los imperiales y traedme sus cuerpos.

—¡Moveos! —gritó Gaunt. Vio el resplandor de los disparos y oyó el rugido del

ataque que sufría el otro extremo del campamento—. ¡Rawne! ¡Brostin! ¡Larkin! ¡Recuperad las armas! ¡Beltayn y Landerson, encargaos de Feygor! ¡Vamos!

—¡Tenemos que huir! —le gritó Cirk.

—¡Están matando a toda esta gente! —le contestó Gaunt.

—¡Oh, por feth! —le soltó Rawne, que ya estaba a mitad de la escalera—. ¡Esta gente iba a traicionarnos, y además, ni siquiera son ciudadanos imperiales!

—¡Obedecedme! —les ordenó Gaunt—. ¡Necesitamos las armas! ¡Se acabó huir! ¡Nos enfrentaremos a ellos aquí!

El comisario hizo caso omiso de las protestas que siguió oyendo a su espalda y se bajó de un salto de la plataforma. Aterrizó en la que estaba debajo con una gracia felina y desenvainó la espada de energía mientras se erguía.

—¡El Emperador protege! —les gritó antes de lanzarse a la carrera hacia el lugar del ataque.

Los partisanos pasaron corriendo a su lado, pero en dirección contraria. Gaunt se dio cuenta de que faltaba algo crucial en aquella terrible escena: no se oían chillidos, ni gritos de horror. Hasta los hijos de lo sonámbulos guardaban silencio.

Las armas no lo hacían. Distinguió el sonido de los disparos de plasma, el siseo chasqueante de un lanzallamas y el estampido de los bólters. Armas potentes…

Siguió avanzando y vio por fin a los atacantes mientras atravesaban el campamento y disparaban a mansalva.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que había tomado una mala decisión. Una decisión muy mala. Quizá Curth estaba en lo cierto. Quizá la contaminación del Caos era ya tan profunda que actuaban de forma irresponsable y precipitada. Deberían haber huido. Huido. Deberían haberse olvidado de las malditas armas y simplemente huir para salvar la vida.

Los atacantes eran unos gigantes protegidos por las servoarmaduras típicas de los marines espaciales. Gaunt se fijó en las placas de ceramita tan pulidas y relucientes como la madreperla, la filigrana de oro manchada de óxido y todo ello adornado con insignias abominables.

Marines espaciales del Caos. Los guerreros más poderosos y grotescos de las hordas del archienemigo. La Guardia Imperial no combatía contra los marines del Caos. Le dejaban esa tarea a los sobrehumanos Astartes, por la simple razón de que era muy poco lo que un guardia imperial podía hacer para molestar siquiera a un marine del Caos, así que mucho menos para hacerle frente. Hasta las brigadas de guardias imperiales bien pertrechadas solían retroceder espantadas ante la simple aparición de unos cuantos marines del Caos.

Gaunt tan sólo disponía de una docena de guardias imperiales. Estaban desarmados, con las armas guardadas en un cofre en algún punto de aquel campamento. Superados era una palabra que ni siquiera se acercaba para definir la

situación.

Una mala decisión. Muy, muy mala.

Beltayn, Landerson y Curth estaban esforzándose por bajar a Feygor de la plataforma. Criid y VarI bajaron de un salto. Los demás ya se alejaban corriendo hacia el cofre de las armas.

—Va a cargar él solo —le decía Criid—. Gaunt va a cargar él solo y son marines.

—Estás de broma —le dijo Varl.

—Míralo tú mismo.

—Feth. Estamos muertos. Tenemos que recuperar las armas…

—¿Para qué? —lo interrumpió Criid—. ¿Para darles un poco de juego?

—Tona… —le dijo Varl con un tono de advertencia.

—Dame tu macuto. Ahora, Varl. ¡Ahora mismo!

VarI le pasó sin pensarlo el macuto donde llevaba las últimas seis cargas de demolición de tubo. Ella lo atrapó en el aire y corrió en pos de Gaunt.

—¡Tona! ¡No hagas locuras! —le gritó Van, pero ella ya se había marchado.

Echó a correr hacia el cofre de las armas, pero se detuvo en seco.

—¡Feth! —maldijo y se dio la vuelta para salir corriendo detrás de Criid.

Había cuerpos grises tirados por todos lados, entre las tiendas en llamas y los árboles destrozados. Algunos colgaban de los bordes de las plataformas, con los miembros flácidos hundidos en el agua verdosa. Sus capas segmentadas estaban rotas y dobladas como las alas de los pájaros muertos o las polillas aplastadas. Nezera, un individuo de casi dos metros y medio de alto protegido con la enorme armadura que parecía un caparazón, cruzó con pasos pesados la pasarela que llevaba a una plataforma superior y apuntó con el arma contra un grupo de partisanos que intentaban ponerse a cubierto detrás de los restos destrozados de una tienda.

Gaunt salió de detrás del grueso tronco de árbol que proporcionaba el apoyo central para el peso de la plataforma. Concentró todas sus fuerzas en el golpe de espada a dos manos. Sólo tendría una oportunidad.

Nezera tuvo el tiempo justo de darse cuenta de que había aparecido una figura a su derecha. Luego, la espada de energía incandescente de Heironymo Sondar corto el aire y su cuerpo Una armadura de ceramita era capaz de resistir casi cualquier ataque disparos de rifle laser, de bólter, incluso cañonazos Sin embargo, era como papel ante aquella arma de energía. El mandoble de Gaunt atravesó la placa pectoral de la armadura y el torso que había detrás hasta partirle la medula espinal en una lluvia de sangre y trozos de vísceras. Nezera se tambaleó sorprendido con el cuerpo medio partido a la altura de las costillas Los sistemas curativos se esforzaron por anular el dolor y reparar el tremendo daño traumático.

Sin embargo, la herida era demasiado grave. La sangre saltó a chorros por la enorme fisura abierta en la armadura como el agua de una cascada y lo mancho todo

a su alrededor. Los bordes del corte brillaban y crujían.

Nezera cayó muerto boca abajo sobre la plataforma con un fuerte estampido El impacto fue tan fuerte que la plataforma se estremeció y se balanceo peligrosamente.

Gaunt miro a los partisanos acobardados Tenían los ojos rodeados de mosaicos abiertos de par en par.

—¡Levantaos! —les grito sin preocuparse ya de intentar utilizar su lengua—. ¡Levantaos y luchad, o nos matarán a todos!

Uexkull pensó que algo había cambiado mientras seguía acribillando un grupo de tiendas y cuerpos grises de los que surgían chorros de sangre Lo sentía. Como el cambio en el aire antes de una tormenta. Era….

Recibió los primeros disparos Eran virotes metálicos, que cruzaban zumbando el aire como avispones enfurecidos Rebotaron contra la armadura o se detuvieron en seco por la resistente ceramita.

Sonrió Así que los campesinos estaban luchando.

Un momento después, uno de los virotes metálicos le atravesó la mejilla izquierda.

Sintió una punzada de dolor, pero los sistemas de su cuerpo lo contrarrestaron en seguida Uexkull cerró la mandíbula y se saco el virote seguido de un chorro de sangre Sintió que las glándulas del cuerpo comenzaban a producir un antídoto para el veneno de un modo frenético y que la sustancia le recorría todo el sistema sanguíneo. Los virotes estaban envenenados con una sustancia letal en extremo, sin duda derivada de las polillas locales. Un hombre normal habría muerto en un segundo o dos.

Uexkull no era un hombre normal. Ni por asomo. Su cuerpo rechazó el terrible veneno. Saboreó la tremenda cantidad de antídoto que lo recorrió por entero. No le hizo ni caso a la lluvia de virotes que rebotaban chasqueando contra la armadura y siguió avanzando.

Y matando.

Inspirados por el ejemplar acto de valentía y sacrificio que Gaunt había mostrado al abatir al marine del Caos, los sonámbulos se reagruparon. Muchos continuaron huyendo y llevándose consigo a las mujeres y a los niños hacia el interior de las ciénagas para sacarlos del campamento, pero otros empuñaron sus armas y se enfrentaron a los atacantes. Dispararon los mosquetes, aunque los proyectiles también se estrellaron de forma inefectiva contra las servoarmaduras de los marines. También siguieron disparando las ballestas.

Gaunt atravesó la desolación humeante en la que había quedado convertido el campamento por los disparos enemigos y observó cómo utilizaban las ballestas. Cada partisano sacaba un virote envenenado del carcaj, lo dejaba caer por el tubo del cañón de la ballesta y luego se llevaba el arma al hombro para disparar. La ballesta no hacía

ruido alguno, tan sólo el silbido del proyectil al salir disparado con una fuerza tremenda.

Gaunt se dio cuenta de que era fuerza magnética. El abultamiento del extremo posterior de cada ballesta era un potente imán. Tiraba del proyectil hacia el interior, y al apretar el gatillo se invertía la polaridad y lo disparaba. Simple y perfecto.

Pero completamente inútil contra los marines del Caos con servoarmaduras. Marines que podían sobrevivir al veneno como si no fuera más que un simple arañazo.

Si querían ganar aquella batalla, y Gaunt dudaba mucho de que existiera un solo táctico en el mundo que predijera una victoria a su favor, tendría que ser de otro modo.

Unos guardias imperiales desarmados y un puñado de nativos equipados con armas primitivas no detendrían, no podrían detener a un grupo de marines espaciales; sin embargo, Gaunt ya había matado a uno gracias a su espada. Y lo haría de nuevo.

Aunque eso significara enfrentarse a ellos uno por uno.

Sthenelus avanzó sobre las grandes patas de su plataforma móvil y parpadeó cuando vio a dos de sus excubitores caer boca abajo en el agua apestosa para no volver a levantarse. Los virotes metálicos siseaban a su alrededor y dos rebotaron contra la base de su andador.

Utilizó uno de los brazos articulados para sacar uno del agua.

—Un proyectil de manufactura primitiva que quizá merecería el nombre de «virote», de quince centímetros de largo, fabricado a partir de hierro de poca calidad. La polarización latente indica un disparo por impulso magnético y en la punta quedan restos de un compuesto resinoso creado a partir de las escamas tóxicas de las alas de las polillas locales.

El excubitor que estaba a su lado se desplomó sobre la espesa agua con un fuerte chapoteo cuando el proyectil de un mosquete le destrozó la cabeza. Los dos excubitores que quedaban con vida dispararon las carabinas láser y empezaron a recargarlas.

Antes de que les diera tiempo a terminar de hacerlo habían caído muertos alcanzados por varios virotes.

Sthenelus bajó la mirada hacia los cadáveres de los excubitores, que flotaban inertes sobre el agua sucia que lo rodeaba.

—La toxina antes mencionada tiene un efecto rápido sobre las formas de vida humanoides, lo que sugiere…

Se calló. Miró hacia abajo. Un virote le había pasado rozando y desgarrado el tejido que cubría su barriga deforme. En la carne había un único arañazo longitudinal del que salía sangre en gotas parecidas a pequeños rubíes.

—¡Lord Uexkull! —gritó—. ¡Lord Uexkull!

El ordinal Sthenelus quiso gritar el nombre una tercera vez, pero para entonces la boca ya se le había llenado de una espuma burbujeante. La diminuta dosis de veneno lo mató un instante después al convertir su sangre en lodo. El pequeño cuerpo se estremeció con fuerza una vez y después se quedó inmóvil. Un momento más tarde, otros dos virotes se clavaron en su torso, pero ya no hicieron más que derribarlo. El hombre deforme sobre la alta plataforma móvil cayó de espaldas en la ciénaga y el agua apestosa le cubrió el rostro.

Criid vio que los partisanos ya se estaban enfrentando a los marines del Caos, pero sabía que eso no iba a ser suficiente. Los cuatro marines del Caos que seguían con vida estaban convirtiendo el campamento en una zona llena de madera convertida en pulpa y en llamas. La sargento trepó por uno de los troncos más gruesos con las manos alrededor de la corteza húmeda. Llevaba el morral con los explosivos colgado del cuello.

Vio debajo de ella a uno de los monstruos, el que llevaba el arma de plasma. Avanzaba sin cesar, sin hacer caso de la lluvia de virotes envenenados y proyectiles de mosquete mientras lo vaporizaba todo a su paso.

«No mires arriba. No mires arriba», deseó Criid con todas sus fuerzas.

Rawne abrió de una patada el cofre de las armas y empezó a sacarlas a manotazos. Mkoll, Mkvenner y Bonin atraparon los rifles láser al vuelo y salieron corriendo hacia el combate. Brostin sacó el pesado cañón y comenzó a meter los últimos proyectiles en el cargador.

—¡El rifle largo! —gritó Rawne.

Larkin también lo atrapó en el aire y metió una carga de alta potencia en la recámara. Si algo podía mellar la armadura de un marine del Caos era una carga de alta potencia. Larkin sabía que tenía que apuntar muy bien, entre las placas de la armadura. Era la única oportunidad que tenía.

De repente, Brostin se puso a disparar. El cañón rugía con un tremendo sonido vibrante. Uno de los monstruos enemigos se les había echado encima.

El marine del Caos cargó hacia ellos sin siquiera amilanarse ante el cañón automático de Brostin. Un golpe lateral con el puño de combate dobló el arma como si estuviera hecha de hojalata y lanzó a Brostin por los aires. El Fantasma cayó flácido al agua pantanosa al otro lado de la plataforma.

—¡Larks! —gritó Rawne.

Larkin alzó el rifle de francotirador. El marine del Caos apuntó con el lanzallamas. El mundo desapareció en una oleada de llamas blancas.

Uexkull se detuvo en mitad de la matanza y se arrodilló mientras de las bocas de sus

sobrecalentadas armas salían columnas serpenteantes de humo.

Se había encontrado con un cadáver. Era uno de sus hombres.

Nezera estaba muerto de un tajo de un lado a otro. ¿Muerto? ¿Cómo era posible? Uexkull alargó una de las manos y tocó con los dedos de acero las entrañas todavía calientes que salían por los bordes de la armadura cortada del guerrero.

Un verdadero desafío. Eso era lo que había dicho Uexkull. De eso se había vanagloriado Uexkull ante su grupo de guerreros. Al parecer, eso era lo que se había encontrado Nezera. Por los dioses sonrientes, ¿qué era lo que les esperaba en aquel lugar?

Los sobrehumanos sentidos de Uexkull lo advirtieron de que estaba a punto de descubrirlo.

Gaunt surgió de las sombras y se abalanzó contra Uexkull blandiendo la espada. El marine del Caos se echó hacia atrás en el último momento y alzó uno de los guanteletes para desviar el golpe. La espada rebotó con una lluvia de chispas. El tremendo impacto le hizo daño a Gaunt en los antebrazos. Intentó repetir el golpe, pero Uexkull ya se había puesto en pie. La hoja de la espada cortó el cañón del bólter y el trozo libre de metal cayó al suelo siseando.

Uexkull se lanzó a por él bramando y dejando caer el arma inutilizada Gaunt se tiró al suelo y rodó sobre sí mismo.

—¡Pequeño cabrón! —aulló Uexkull.

Lanzó un puñetazo contra la presa humana. Las planchas de madera crujieron y se partieron. Gaunt se puso en pie y empezó a subir por una de las escaleras de cuerda que llevaban a la siguiente plataforma.

—¡No podrás escaparte! —le dijo Uexkull con un rugido.

Abrió fuego con el cañón que llevaba al hombro y la tremenda salva de disparos atravesó la plataforma y acribilló el follaje que se extendía sobre ella. Gaunt rodó de nuevo hacia un lado encogido de miedo ante los enormes agujeros que se abrían en la madera cerca de él.

Uexkull disparó de nuevo y siguió acribillando la plataforma y partiendo buena parte de los árboles que la sustentaban. Toda la plataforma se dobló y se hundió con un estruendoso crujido de madera partida. Gaunt salió despedido y cayó con ella.

Criid, con la respiración jadeante y atemorizada, se balanceó con las dos piernas entre dos ramas. El marine estaba casi exactamente debajo de ella y seguía disparando contra todo lo que se movía. Criid se sacó el macuto por la cabeza y lo sopesó un momento en las manos para probar. Luego sacó una de las cargas de demolición de tubo y anudó la correa del macuto a su alrededor para que hiciera de contrapeso. Por último, tiró de la cinta de detonación y lo lanzó.

El macuto giró en el aire. La puntería de Criid fue perfecta. La correa se enroscó

alrededor del cuello del marine.

El tubo estalló. Un milisegundo después, las otras cinco cargas de demolición del interior del macuto también estallaron.

El marine desapareció con un destello cegador.

Criid tuvo un breve instante para disfrutar su acierto. Un momento después, la creciente bola de fuego subió hacia las copas de los árboles y la rodeó.

Cayó gritando hacia las llamas.

Larkin estaba en el suelo, derribado por la onda expansiva del chorro de fuego del lanzallamas. ¿Estaba muerto? ¿Inconsciente? No había tiempo para comprobarlo. Había poco tiempo para hacer nada.

Ni siquiera para rezar.

Rawne cogió del suelo el rifle del francotirador. El aire estaba lleno de fibras de madera que flotaban y de humo. El marine del Caos se giró, lo vio a través las partículas esparcidas por el aire y comenzó a alzar el arma.

Una oportunidad. Un disparo. Rawne no era un gran tirador, no como Larkin. Ni siquiera había practicado alguna vez el tiro con el rifle láser largo, pero tenía un disparo de carga de alta potencia metido en la recámara y Rawne sabía que tenía que aprovecharlo.

El lanzallamas del marine del Caos se dispuso a rugir de nuevo. Rawne se colocó la culata del arma en el hombro, se relajó y apretó el gatillo.

El disparo fue a quemarropa y prácticamente le arrancó la cabeza al marine del Caos.

Los impactos de los disparos de cañón chapotearon con ferocidad a su espalda. Gaunt salió a la superficie escupiendo agua pero sin haber soltado la espada y se esforzó por llegar a una pasarela. Corrió chorreando hasta la siguiente plataforma procurando mantenerse entre las sombras.

Pero Uexkull lo vio y lo siguió, vadeando el agua pantanosa sin que el cañón dejara de disparar. Gaunt consiguió protegerse detrás de un grueso tronco de árbol a tiempo de ponerse a salvo. Oyó cómo los proyectiles se enterraban en la madera de la vieja cicadácea. Hojas, insectos y gotas de agua cayeron de la estremecida copa del árbol. El comisario echó a correr de nuevo por una pasarela que llevaba hasta la siguiente plataforma.

El peso de Uexkull hizo que la plataforma a la que se subió al salir del agua se bamboleara y chirriara. El líquido apestoso se deslizó por la parte inferior de la armadura de ceramita. Gaunt distinguió el sonido característico de los cargadores automáticos metiendo más munición en el arma humeante. Buscó una nueva cobertura y salió corriendo, pero tropezó y cayó. Los disparos del cañón le pasaron zumbando por encima de la cabeza.

Gaunt rodó con ímpetu mientras los proyectiles machacaban la vieja madera y se

puso a cubierto detrás de uno de los postes de apoyo de los que salían numerosas cuerdas de soporte. Las cuerdas eran antiguas y hechas a mano, y las habían tratado con alguna clase de proceso de barnizado para endurecerlas. Le dio un tajo con la espada al nudo central. La plataforma tembló, crujió, y por último se hundió por uno de los extremos.

Uexkull cayó al agua cuando se inclinó su extremo de la plataforma. Los disparos del cañón acribillaron las copas de los árboles en su caída y provocaron una lluvia de hojas machacadas.

Gaunt se deslizó por la plataforma inclinada. Encontró un asidero y se subió hasta la siguiente plataforma. Uexkull surgió del agua estancada lanzando rugidos letales, casi animales, como si fuera un monstruo del pantano. Estaba cubierto de hierbas y de algas y parecía alguna clase de demonio primigenio de la ciénaga que hubiese despertado después de eones por culpa de los sonidos del combate.

Uexkull trepó en pos de Gaunt.

Criid cayó de mala manera contra la plataforma astillada. El impacto le sacó todo el aire de los pulmones. Se echó a un lado rodando y sin respiración. Las planchas de madera que había bajo su cuerpo estaban calientes y humeantes. El marine del Caos estaba tendido a su lado, muerto. La explosión de todas las cargas de demolición combinadas habían partido la armadura como si fuera la cáscara de un huevo y el interior sangrante salía como la yema.

La sargento intentó ponerse en pie. Estaba aturdida y a punto de desmayarse. Apenas podía respirar. Jadeó en un intento por volver a llenarse los pulmones. Se retorció sobre la plataforma y los ojos se le llenaron de puntitos luminosos y pequeñas luces que daban vueltas sobre sí mismas, como polillas en la noche.

Uno de los partisanos, en silencio y con el rostro grisáceo, tiraba de ella para sacarla de allí. Otro partisano, armado con una ballesta, estaba de pie al lado de los dos y murmuraba algo que parecía urgente en su lenguaje gutural.

Criid alzó medio cuerpo.

—Vale —dijo jadeante—. Vale…

El partisano que tiraba de ella le sonrió. Luego desapareció del pecho para arriba en una nube hirviente de sangre y tejidos. Su cadáver destrozado cayó hacia un lado sin dejar de sostenerla por la mano.

Un segundo marine del Caos apareció rugiendo entre la nube de humo disparando todavía el bólter. Criid notó el calor achicharrante de los proyectiles que le pasaron muy cerca de la cabeza.

El segundo partisano disparó la ballesta y murió un instante después cuando uno de los proyectiles de bólter le impactó en el pecho, donde estalló. Sin embargo, el virote del partisano había conseguido atravesar las rejillas del respirador del marine

del Caos. Este trastabilló hacia atrás y dejó caer el bólter con un golpe secó. Un chorro de sangre surgió de debajo del morro del casco, en el punto donde el virote se había clavado. Se llevó las dos manos al morro mientras soltaba monstruosos chillidos que eran aumentados por el sistema de comunicación de la servoarmadura.

Criid oyó el chasquido de algo que se partía mientras intentaba alejarse arrastrándose. El marine del Caos se había sacado el virote. Avanzó tambaleante y alargó las enormes manos hacia ella al mismo tiempo que Criid se encogía de miedo. Los guanteletes de la armadura eran inmensos, cada uno era lo bastante grande por sí solo como para rodearle la cabeza y aplastársela como si fuese una simple baya.

—¡Qué te jodan! —le gritó Criid.

Una mano de acero la agarró por la parte baja de la pierna y empezó a tirar. Criid pataleó de forma infructuosa.

Varl apareció procedente de la nada. Empuñó el bólter que el marine del Caos había dejado caer al suelo y lo alzó con un gruñido de esfuerzo por el peso del arma. Colocó el grueso cañón del bólter debajo del borde del casco del marine.

Y apretó el gatillo.

Varl mantuvo el dedo apretado. El arma, antigua y enorme, se estremeció mientras vaciaba el cargador y amenazó con derribarlo por el terrible retroceso de disparo. El Fantasma afirmó los pies y su hombro metálico se mantuvo en posición.

El casco del marine comenzó a deformarse y a doblarse desde el interior al quinto impacto.

Reventó al séptimo disparo. Varl, Criid y el por entonces ya descabezado marine del Caos quedaron cubiertos de la sustancia viscosa que saltó desde dentro. Los pequeños restos del casco tintinearon al caer alrededor de ellos.

El poderoso cuerpo del marine se tambaleó un momento antes de caer de espaldas.

Uexkull titubeó y miró a su alrededor. La zona de la plataforma estaba oscura y caliente, por lo que su visión modificada era inútil. En vez de eso, utilizó el sentido del oído y escuchó el sonido de las gotas al caer por las hojas, el tamborileo y los chasquidos de los insectos, el crujido de las cuerdas de soporte, el zumbido de los refrigeradores automáticos del cañón del hombro que soltaban vapor y siseaban.

Cerca, muy cerca.

Un buen combate, mejor de lo que se había esperado. Un verdadero desafío. Sin embargo, se había acabado. La espada de energía había sido toda una sorpresa, pero el hombre que la empuñaba…

No era más que un hombre. Un trozo de carne y hueso. Un ser de fácil destrucción.

Uexkuli dio otro paso. Empezó de forma deliberada a provocar en las glándulas

del cuerpo la producción de un estimulante basado en la adrenalina. Sintió cómo el ansia de matar aumentaba en todo su cuerpo. Aquella sería una muerte preciosa, una muerte para recordar. Una muerte sobre la que componer canciones. Se le comenzó a nublar la vista por las ganas de destrozar al enemigo, por la sed de sangre que le envolvía el alma.

Los sentidos se le agudizaron. Olió el sudor que caía por los nudillos en carne viva de su oponente, el olor acre de la espada encendida, el frenético tamborileo del corazón y el jadeo de una respiración que no se podía ocultar o ahogar.

—¿Quién eres? —gritó. Los insectos chirriaron. Las llamas lanzaron chasquidos. El agua goteó—. ¿Quién eres, guerrero? —gritó de nuevo mientras avanzaba acechante—. Yo soy Uexkull. Has luchado bien. Más de lo que hubiera esperado de alguien como tú. Sólo por eso te prometo algo.

Se oyeron los cantos y graznidos de los pájaros. El agua que chapoteaba contra la orilla. Un palpitar muy cercano.

—¿Me oyes? Te prometo algo. Una muestra de respeto. Ríndete ahora mismo y te mataré con rapidez, sin que el dolor dure. Eso es lo que te prometo, de un guerrero a otro.

Los insectos siguieron chirriando. Las ramas crujieron. Las hojas cayeron revoloteando. Cada suave golpe de las hojas al llegar al suelo resonó en los oídos de Uexkull como el estampido de un disparo. El olor a sudor humano ya era muy fuerte. Estaba muy cerca. Ya oía el zumbido de la maldita espada de energía. Ya degustaba en el aire la carne, el cuero húmedo de las botas, plata.

«Haz que el enemigo salga, atráelo para que se ponga al descubierto…». Siguió avanzando riéndose y dio unas cuantas palmadas de forma lenta con los guanteletes de acero.

—Bravo, guerrero. Bravo. ¿Eres un guardia imperial? ¡Bravo! Me has llevado de aquí para allá. Todo eso se acabará ahora mismo, por supuesto. Te juro que tu fin será rápido.

Allí estaba. Detrás del árbol que había a la derecha. El olor a sal rancia de un hombre, el tamborileo de su corazón. Allí mismo…

—He de confesarte que no me he encontrado nunca con un guerrero tan magnífico entre todos los guardias imperiales que he matado.

—Deberías salir más —gritó Gaunt con un rugido al mismo tiempo que surgía por el otro lado del tronco.

La espada silbó en el aire y le partió por la mitad el cañón del hombro provocando una lluvia de chispas procedentes de los cables cortados.

Uexkull soltó un rugido al darse la vuelta. Su furioso grito hizo que la plataforma se estremeciera y que las gotas de agua y las hojas cayeran como lluvia desde las ramas superiores. Le lanzó un puñetazo a Gaunt.

El comisario se agachó, rodó por el suelo y se puso en pie lanzando un mandoble definitivo contra el pecho de la armadura de su oponente.

Pero el marine del Caos fue mucho, mucho más veloz.

Uexkull golpeó con el puño a Gaunt y lo envió por los aires al otro lado de la plataforma. De la mejilla herida saltó un chorro de sangre. El comisario se estampó contra el suelo en una mala postura y la espada de energía de Heironymo Sondar se le escapó de la mano y resbaló por la superficie húmeda de la plataforma.

Gaunt intentó ponerse en pie mientras la cabeza le daba vueltas, pero las rodillas se negaron a mantenerse firmes y las piernas se doblaron bajo su peso, haciéndolo caer sobre el estómago. Se agarró por un momento a la plataforma al sentir cómo ésta se bamboleaba por los terribles pisotones de Uexkull, lanzado a la carrera a por él.

Se cubrió la cabeza y rodó sobre sí mismo de forma instintiva. El puño blindado de Uexkull abrió un tremendo agujero en el suelo de la plataforma. El gigantesco guerrero soltó una maldición y se giró. Entrelazó ambas manos y se dispuso a aplastar a su enemigo tendido bajo él.

Un virote de hierro se le clavó de repente en la nariz con un chasquido desagradable. Uexkull retrocedió aullando de dolor. Un momento después, toda la maleza estalló en una lluvia de siseos. Otros tres virotes rebotaron contra las placas de los hombros. Un cuarto le atravesó la mejilla como una aguja de zurcir y un quinto se le clavó en la barbilla.

El siguiente le perforó la ceja izquierda.

Uexkull siguió aullando mientras el rostro se le cubría de sangre e intentaba avanzar. Los virotes de hierro lo golpeaban ya como gotas de lluvia y rebotaban contra las placas de la armadura o se clavaban en las junturas de las mismas. Uno de ellos le entró por la cuenca del ojo izquierdo y se quedó allí, rígido e inmóvil.

Uexkull empezó a gritar. El grito era ensordecedor, inhumano. Atravesó todo el claro. Hizo que el impro se estremeciera hasta sus profundidades más cenagosas.

Otro virote se le enterró en el pómulo. Uexkull continuó avanzando a tropezones sin cesar de gritar en ningún momento. Tenía la boca abierta en un rictus carnoso y sangriento.

Gaunt se había puesto en pie y había recuperado la espada de energía, pero ya no la necesitaba.

Los partisanos surgían de las sombras que los rodeaban a ambos y, envueltos en sus capas grises, disparaban y recargaban las ballestas magnéticas para disparar de nuevo. Todos apuntaban a la cabeza desnuda y sin protección.

Uexkull dejó de gritar porque ya no podía hacerlo. Su cabeza ya no era una cabeza, era una masa de carne deformada y hueso roto tan cubierta de virotes de hierro que muchos de los disparos rebotaban contra la masa de astiles de metal.

La sangre le corría de forma abundante por la placa pectoral y las hombreras.

Lord Uexkull, con el cráneo transformado en un acerico deformado, cayó sobre el suelo de la plataforma y murió.



VEINTIUNO

—¿Qué feth le has hecho a mi rifle? —murmuró Larkin.

—Pues salvarte la vida, así que cierra ese pico de feth —le replicó Rawne.

—Sólo preguntaba… —contestó el francotirador mientras acariciaba el rifle largo, arrullándolo como si fuera una novia a la que hubieran intentado seducir mientras él no estaba mirando.

—Bueno, pues no lo hagas —lo cortó Rawne—. Feth, ni siquiera sé si esto se ha acabado.

—Se ha acabado —le informó Mkoll surgiendo de la nube de espeso humo que se alzaba desde las tiendas que todavía ardían.

Era algo evidente por la tranquilidad que se había apoderado del destrozado campamento. El tiroteo había cesado.

Los Fantasmas se reagruparon, aturdidos todavía por la ferocidad del salvaje combate que habían librado y bastante asombrados por la magnitud de lo que habían logrado hacer. Entre todos habían matado a cinco marines del Caos, y además sin pérdidas propias. Criid y Larkin estaban magullados, pero lo más cerca que habían estado de perder a un hombre era Brostin, que casi muere ahogado. Landerson se había ocupado de salvarlo en mitad de la confusión.

—Cinco —murmuró Rawne—. Cinco de esos cabrones. ¿Cómo feth pudimos hacerlo?

—¿Por suerte? —sugirió Bonin.

No parecía que la suerte hubiese favorecido a los partisanos. Los guerreros del archienemigo habían matado a más de cuarenta de ellos, incluidos mujeres y niños. El campamento de plataformas estaba destrozado. Gaunt le ordenó a su equipo que los ayudaran del modo que pudieran. Los Fantasmas se desplegaron por el campamento y se dedicaron a clasificar y tratar a los heridos bajo la dirección de Curth. La doctora reunió los suministros médicos que le quedaban y las vendas que llevaban los soldados para curar las heridas menos graves. Sin embargo, algunas de ellas eran demasiado graves incluso para sus reconocidas habilidades médicas.

—Habrá otros cinco o seis muertos dentro de pocas horas —le dijo a Gaunt.

El comisario asintió. Tenía la mejilla desgarrada y ensangrentada en el punto donde el guantelete de Uexkull lo había golpeado, pero se había negado a que se lo vendaran.

—Estoy bien. Otros lo necesitan más que yo.

Los partisanos no parecieron entender al principio las intenciones de los Fantasmas, pero Mkvenner se esforzó por explicárselo todo y permitieron a regañadientes que Curth tratara a los heridos. Brostin, que de vez en cuando vomitaba agua del pantano, se ocupó de supervisar la extinción de los fuegos que todavía azotaban ciertas partes del campamento. Su dominio del fuego era impresionante tanto cuando se encargaba de apagarlo como de provocarlo.

Landerson ayudó a los Fantasmas en todo lo que pudo. Sólo Cirk se negó a socorrer a los partisanos. Se sentó en una de las plataformas inferiores y vigiló a Feygor, que seguía tumbado.

Los partisanos supervivientes, silenciosos y sombríos en sus capas segmentadas, se dedicaron a reunir todos los objetos recuperables del campamento. Las tiendas que no habían quedado agujereadas o quemadas por el combate, quedaron enrolladas sobre sí mismas y las metieron en fundas de tejido resistente. Todo lo demás acabó en el interior de sacos de cuero cosido a mano. También llenaron unas cantimploras hechas de calabazas con promethium crudo y las sellaron para poder transportarlas sobre unos balancines que se llevaban al hombro.

—Se marchan —comentó Gaunt.

Mkoll asintió.

—Por lo que Ven ha podido averiguar, son gente nómada de todas maneras. Existen muchos campamentos de plataformas como éste por todo el impro. Los construyeron todos hace mucho tiempo. Viajan de uno a otro, se quedan unas cuantas semanas y se marchan de nuevo. Al parecer, es muy poco probable que regresen a este. Está… contaminado. Contaminado por todo lo que ha ocurrido.

—Hemos traído el mal hasta ellos —dijo Gaunt.

—No, señor, no lo hemos hecho. Lo han traído ellos mismos. Rawne piensa que

ni siquiera deberíamos ayudarlos.

—Es curioso, Mkoll —comentó Rawne apareciendo procedente de las sombras que tenían a la espalda—. Tengo un rango.

—Le pido disculpas, mayor —contestó Mkoll.

—¿Es cierto eso, Rawne? —le preguntó Gaunt.

—Sí, señor. Usted mismo me nombró mayor.

—Me refiero a lo otro, y Lo sabes. No te hagas el loco, Rawne. No estoy de humor.

—Señor.

—¿De verdad no puedes entender por que los ayudamos?

Rawne se encogió de hombros.

—Se negaron a ayudarnos. Intentaron traicionarnos. No entiendo por qué luchamos antes para defenderlos. No entiendo por qué estamos gastando nuestras últimas vendas en curar a sus heridos.

—Porque el Emperador protege, Rawne.

—¿Incluso a aquellos que no reconocen su poder?

—Creo que sobre todo a esos.

Rawne soltó un bufido y se marchó.

—Este sitio lo está volviendo chiflado —murmuró mientras se alejaba.

¿Era así? Era perfectamente posible. Habían ganado el combate, pero lo cierto era que había sido un error presentar batalla. ¿Estaba en duda su capacidad de mando? ¿Estaba tomando decisiones irresponsables? ¿Tenía tan metida la impureza de Gereon en su cuerpo que no pensaba con acierto?

Intentó dejar a un lado aquella duda inquietante. Sentía la mente clara y despejada. Se sentía bien. Pero ¿no era así como siempre comenzaba? Las personas no se veían atraídas hacia la locura del Caos como un posible cambio en el estilo de vida. La insidiosa influencia de los Poderes del Caos se instalaba en el interior de los sujetos y los cambiaba de un modo lento y sutil, sin que las víctimas se percataran de ello, haciendo que la locura de la oscura disformidad pareciera lo más natural de todo el cosmos.

Gaunt se había dado cuenta de ello durante su vida como comisario. Por eso los comisarios debían mantenerse siempre tan alerta. Y ser tan severos. En Herodor, hasta el mismo final, Agun Soric le había parecido a todo el mundo un individuo leal y sensato. Gaunt había confiado en él, había admirado su espíritu, su valor sencillo y directo.

Pero el hombre estaba perdido. Tenía la marca de los psíquicos. No había tenido otra elección que enviarlo a las naves negras.

Gaunt había leído con dedicación todos los textos de los eruditos durante sus años de estudio, y todavía los releía de vez en cuando. Algunos de ellos, como la filosofía

poética de Ravenor, escrita casi medio siglo antes, lo habían convencido de todo lo anterior, sobre todo cuando Ravenor escribía de un modo tan elocuente, tan conmovedor, sobre la caída de su maestro, Eisenhorn. El terrible destino final de Gregor Eisenhorn era toda una lección sobre el poder seductor de la disformidad.

Pero Gaunt se esforzó por concentrarse en un recuerdo, una lección que le enseñó su propio maestro, Delane Oktar, tiempo atrás, en lo que le parecía una vida pasada. Oktar estaba convencido de que una persona debía esforzarse todo lo posible por hacer lo que creía era lo correcto. Gaunt recordó los campos en deshielo de Darendara, muy poco tiempo después de la liberación, casi treinta años antes. Se habían enfrentado a secesionistas, no al Caos, y se produjo un gran debate sobre el castigo adecuado que debían recibir los prisioneros. Muchos de los comisarios instaron a que se llevara a cabo una purga exhaustiva y un programa de ejecuciones. El comisario general Oktar se había pronunciado por un método distinto, más benigno.

—Seamos firmes, pero reeduquemos a esta gente. No siempre la sangre es la respuesta.

Tres de los comisarios de rango superior que se oponían al punto de vista de Oktar habían hablado con el cadete Gaunt con la esperanza de que el joven utilizara el cariño que le tenía Oktar para que influyera en su decisión. Gaunt había cenado con su maestro en una de las estancias iluminadas por lámparas del Palacio de Invierno y había sacado el tema a colación durante la comida.

Oktar había sonreído con paciencia.

—Chico —le dijo. Siempre se refería a Gaunt como «el chico»—. Chico, si matáramos a todos los que no están de acuerdo con nosotros, la galaxia se convertiría en muy poco tiempo en un lugar vacío.

—Sí, pero… —había comenzado a discutir el chico.

—El Emperador protege, Ibram. Nos observa a todos, sin importar lo oscuro que sea el rincón donde nos encontramos. Nuestra misión debe ser mostrarles ese mensaje a los demás, a los perdidos y desesperanzados, a los ignorantes y a los apenados. Debemos encontrar modos de ayudarlos a aprender, ayudarlos a aceptarlo y a beneficiarse de la bondad del Dios Emperador, lo mismo que hacemos nosotros. Existen multitud de seres en esta galaxia tres veces maldita contra los que no nos queda más remedio que luchar y matar sin tener que hacerlo ente nosotros. Piensa esto… Sí hacemos lo que creemos que es correcto, el Emperador nos observa y le verá. Si lo aprueba, nos protegerá y nos hará saber que está satisfecho de nuestras obras.

—Señor, algunos dirían…

—¿Qué dirían, chico?

—Algunos dirían que eso es una herejía, señor.

¡Por el Trono!, ¿de verdad había dicho aquello? Gaunt torció el gesto al recordar que le había dicho aquella estupidez a su maestro. Pocos años después de la liberación de Darendara se había creado el nuevo consejo de gobierno, formado en buena parte por políticos perdonados por Oktar, se había firmado un nuevo pacto de lealtad y se habían renovado los juramentos de fidelidad hacia el Imperio. Darendara se convirtió en uno de los planetas más leales de todo el subsector. Las ideas de Oktar se habían visto justificadas.

Gaunt caminó por las plataformas todavía humeantes y llegó hasta una de las plataformas superiores que todavía estaba intacta. Miró a las ciénagas, a los pantanos del impro.

—El Emperador protege —murmuró para sí mismo—. El Emperador protege…

Júzgate a ti mismo y después juzga a los demás. Esa era la primera regla del comisariado. Gaunt sacó una de las pistolas bólter de la funda. Le quedaban muy pocos proyectiles en ambas. Mientras le quedara un proyectil, podría tomar la decisión más importante de todas.

Al día siguiente, sus ideas se vieron justificadas.

Habían dormido bastante mal sobre el duro suelo de una de las plataformas. La noche había sido húmeda y el aire del pantano muy sofocante. Curth había estado despierta hasta después de la medianoche atendiendo a dos partisanos que habían muerto a pesar de sus esfuerzos. Brostin, al que le habían destruido el cañón, se había pasado toda la noche trasteando con el lanzallamas que llevaba uno de los marines del Caos. Se trataba de algo bastante primitivo, y lo cierto era que también demasiado pesado y voluminoso para que lo llevara alguien que no estuviera equipado con una servoarmadura. Sin embargo, perseveró y le quitó todas las piezas excepto las esenciales y limó los símbolos e insignias más ofensivas del Caos. Por último, se fabricó un arnés con algunos de los cables de apoyo de las plataformas que habían quedado cortados para así distribuir el peso. Practico un poco con él y decidió que sólo podía llevar uno de los tres cargadores de combustible con los que estaba equipado el marine del Caos. Hizo unos cuantos ajustes más. Poco antes del amanecer había cruzado una de las ciénagas y había llenado el cargador directamente del pozo natural.

—¿Funcionará? —le preguntó VarI.

—¡Por feth que sí! —le contestó Brostin con un bufido, y apretó el gatillo para ponerlo a prueba. Un pequeño chorro con sonido a tos, mitad llama, mitad vapor, fue lo único que salió de la bocacha del arma—. Vale —dijo Brostin—. Sólo harán falta unos cuantos ajustes, ya lo verás.

Cuando los Fantasmas se levantaron, cansados y somnolientos, descubrieron que los partisanos estaban a punto de marcharse. Todas las pertenencias del campamento ya estaban empaquetadas y al hombro. Los heridos iban en unas camillas

improvisadas. A los muertos los habían dejado sobre las plataformas destrozadas, con flores de los pantanos cubriéndoles el rostro.

Cynhed du Nocte, el jefe, se acercó para hablar con Mkvenner, y se llevó a bastantes guerreros con él. Hablaron durante bastante rato. Por fin, Mkvenner regresó con los Fantasmas, que lo estaban esperando con impaciencia, acompañado por uno de los guerreros.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gaunt.

—Se marchan ya, pero el jefe ha cambiado de opinión. Ha decidido ayudarnos después de todo lo que ha pasado aquí. Al parecer, han quedado impresionados con nuestros esfuerzos por defenderlos.

—Estupendo. ¿Eso qué significa, Ven?

—Que nos entrega a uno de sus hijos.

—¿Qué?

Mkvenner señaló con un gesto al partisano de elevada estatura que seguía a su lado. El hombre de gris parecía una estatua por lo quieto y silencioso que estaba.

—Este es uno de sus hijos, Eszrah du Nocte. Va a ser nuestro guía y nos va a llevar a través de los pantanos hasta las tierras centrales.

Gaunt se quedó mirando al individuo alto y delgado.

—¿De verdad?

—Sí, señor.

«Si lo aprueba, nos protegerá y nos hará saber que está satisfecho de nuestras obras».

—Pues pongámonos en marcha.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que los partisanos ya se alejaban. Estaban desapareciendo poco a poco en la neblina de la ciénaga. Eszrah du Nocte ni siquiera se giró para verlos marcharse.

Unas cuantas siluetas, pocas, parecidas a Fantasmas gracias a las capas segmentadas, esperaban para realizar el último rito del abandono del lugar. Brostin las vio, dejó en el suelo el hasta el momento sólo posible lanzallamas y se bajó de un salto de la plataforma para vadear el agua entre grandes salpicaduras en dirección a las figuras.

—¿Puedo? ¿Puedo hacerlo yo? —les pidió.

Uno de los partisanos, que no entendió sus palabras pero sí su deseo urgente y los ojos ansiosos, le entregó la antorcha llameante a Brostin.

—¿Desideram? —le preguntó el partisano.

—Como no te haces una idea —le contestó Brostin.

Los partisanos murmuraron unas cuantas oraciones rituales con la cabeza agachada.

—¿Ya está? ¿Ya está? ¿Puedo hacerlo?

Uno de ellos asintió.

Brostin lanzó la antorcha con un fuerte impulso de su grueso brazo tatuado. Aterrizó cerca del pozo natural que había en el centro de la ciénaga. El pozo se encendió con un sonido siseante seguido de un fuerte estampido. Unas tremendas llamaradas amarillas se extendieron por el campamento destrozado. El claro ardió. Los muertos quedaron carbonizados y sus espíritus partieron a reunirse con el dios o los dioses que habían adorado desde los comienzos de la colonia.

Brostin vadeó de regreso para reunirse con el grupo, que ya se estaba alejando del fuerte calor.

—Eso es lo que me gusta —les dijo riendo.

—¡Vámonos! —gritó Rawne.

Gaunt miró atrás una última vez. Ya era difícil ver ante el fulgor de aquel infierno, pero ya no había señal alguna de los partisanos. Los sonámbulos se habían desvanecido en el impro.

Eszrah du Nocte siguió sin mirar atrás. No dijo nada. Alzó una mano gris e hizo un gesto. Los demás lo siguieron.

—¿Cómo te tentaron para que te unieras a su causa? —le preguntó el pheguth mientras caminaban por el campo alejándose de la carretera donde estaban aparcados los transportes.

—¿A qué se refiere, señor? —le preguntó Mabbon a su vez.

Desolane caminaba un poco por delante de ellos. El pheguth estaba seguro de que el protector vital era capaz de oír la conversación, pero no le importaba.

—Al Gran Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás —le explicó el pheguth llevándose la mano a la boca en un gesto de imitación del ritual del archienemigo—. Eras un oficial superior del Pacto Sangriento.

—No estoy seguro de poder explicarlo… —contestó Mabbon.

El pheguth asintió.

—Entiendo. Es algo privado…

—No, no se trata de eso. Me refiero a que no puedo explicar cuándo comencé a sentirme insatisfecho. Era un oficial superior, como ha dicho, y había realizado el pacto cortándome contra los bordes afilados de la propia armadura de Gaur. Fue un privilegio. El Pacto Sangriento es una fuerza de combate extraordinaria. Ser un comandante de esa fuerza, ser un etogaur, era todo el honor al que un individuo podía aspirar.

Caminaron un poco mis. El día era soleado pero triste. Unos bancos de nubes destacaban en el cielo como manchas de moho sobre un pan blanco. El campo era ancho, y en él no había nada más aparte de cascajos y unos matorrales bajos y nudosos.

Desolane no estaba dispuesto a correr ningún riesgo desde el intento de asesinato contra el pheguth. El protector vital había insistido en una seguridad reforzada para la salida de aquel día. Con ellos iban doce soldados de las fuerzas de ocupación, que los rodeaban en una circunferencia amplia y con las armas preparadas. Otros vigilaban las cercanías de la carretera y las filas de setos. Dos naves de vigilancia sobrevolaban observando la zona desde otro campo próximo. El pheguth oía el siseo de los motores a la espera.

—Supongo —dijo Mabbon al cabo de un rato—, supongo que todo cambió cuando conocí al Anarca. Enviaron la división del Pacto Sangriento que estaba bajo mi mando al Grupo Khan para apoyar al Gran Sek Me impresionó al instante. Tiene un gran encanto personal. Una inteligencia feroz. La capacidad de ver lo que hay que hacer y la habilidad de conseguirlo. El arconte Gaur es un jefe insuperable en muchos aspectos, pero lo que consigue, lo consigue mediante la fuerza bruta. Es un asesino de mundos, un dominador, un ser feroz y salvaje. Ni una sola vez en todos los años que he estado a su servicio como etogaur me ha pedido expresar mis pensamientos o ha prestado atención a mis opiniones. No admite consejos. Los oficiales y comandantes del Pacto Sangriento, yo mismo incluido, recibimos en muchas ocasiones órdenes de llevar a cabo acciones precipitadas y costosas en bajas por puro capricho suyo. He perdido a muchos hombres de ese modo. Me he visto obligado a enviar unidades enteras a su destrucción, incluso cuando era evidente que existía un modo mejor de derrotar a las fuerzas del Falso Emperador. Cuando el arconte Gaur da una orden, no hay margen para la discusión.

—Ya veo —comentó el pheguth, aunque tan sólo estaba escuchando a medias.

El dolor posterior a la sesión de transcodificación seguía constante en el interior de su cabeza. El aire fresco parecía ayudarlo un poco a desaparecer, pero no mucho.

—El Gran Sek es diferente —continuó diciendo Mabbon—. Es sutil y busca entre sus comandantes ideas que pueda incorporar a su estrategia.

—He oído decir que es brillante en ese sentido.

—Disfrutará al conocerlo cuando llegue el momento.

—Estoy seguro de que así será.

—Una vez al servicio del Anarca, conquisté tres mundos en rápida sucesión. Cada victoria se debió, en gran parte, a la cooperación activa entre el Gran Sek y los comandantes de campo. Eso me abrió los ojos a otras posibilidades.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Como, por ejemplo, a que la consecución de la victoria en la guerra contra el Imperio depende de algo más que la pura rabia la fuerza. Para conseguir el triunfo en estos Mundos de Sabbat hará falta astucia e inteligencia. Su señor de la guerra es un individuo inteligente.

—¿Macaroth? Bueno, supongo que lo es. Aunque se arriesga demasiado. Es

osado.

—Es audaz —indicó Mabbon. El pheguth se sintió sorprendido por el atisbo de admiración en la voz del etogaur—. Esa es su fuerza: luchar tanto con audacia e inteligencia cómo con hierro y con músculos. El Gran Sek admira bastante a vuestro Macaroth.

El pheguth sonrió.

—Ya no es mi Macaroth, Mabbon. Ya no.

—Discúlpeme, señor. Sin embargo, lo cierto es que el Anarca vigila de cerca los movimientos de Macaroth. Me ha dicho que espera con impaciencia la posibilidad de enfrentar sus habilidades de forma directa contra las de Macaroth cuando llegue el momento adecuado.

—¡Haces que suene cómo si fuese una partida de regicida! —exclamó el pheguth con una carcajada.

Mabbon lo miró.

—Un tablero de mayor tamaño, con miles de millones más de piezas, y de piezas vivas, pero…

El etogaur sonrió.

Se acercaron a la línea de árboles de aspecto enfermizo que separaban el campo del valle que se abría al otro lado. El phegurh distinguió el conjunto del sistema de campos de formación cuarteada e irregular que los rodeaban.

—Entonces —le preguntó el phegiith—, ¿pensaste que habías apostado al caballo equivocado?

—¿Cómo dice?

—Es una expresión. Te pido disculpas. Me refiero a que… tomaste esa decisión porque pensabas que el arconte nombrado no era el mejor arconte posible.

—Esperad aquí —ordenó Mabbon al destacamento de tropas que los acompañaban—. Tú también puedes esperar aquí, protector vital.

Desolane miró fijamente al etogaur.

—Lo protegeré, Desolane. Tienes mi palabra.

Desolane se detuvo también con cierta renuencia. Mabbon llevó al pheguth hasta los árboles, que estaban afectados por alguna clase de plaga o de dolencia. Las hojas estaban marchitas y resecas, y los troncos estaban húmedos atacados por una podredumbre negra. Se olía por doquier un fuerte olor a descomposición.

—Debemos tener cuidado con lo que decimos —le indicó Mabbon al pheguth mientras seguían caminando—. Desolane selecciona en persona a vuestros guardianes, pero, como ya habéis descubierto, existen individuos en nuestra hueste que consideran estas opiniones como una herejía. El arconte sigue siendo el arconte. Es nuestro señor, el de todos, incluido el Gran Sek.

—¿Pero tú quieres cambiar el equilibrio de poder?

Mabhon Etogaur se detuvo. Alzó una mano y se tocó de forma inconsciente las viejas cicatrices que tenía en el rostro y en el cráneo rapado. Parecía estar pensando en el mejor modo de contestar. Eso, o estaba recordando un dolor pasado y la promesa que contenía.

—Muchos creemos que si Gaur sigue al mando de todas nuestras tropas, agotará nuestras fuerzas con su furia y desgastará nuestras huestes con sus incesantes ataques contra Macarof, y al final nos llevará a la derrota ya la aniquilación. Muchos creemos que Sek debería haber sido nombrado el sucesor de Nadzybar después de Balhaut. Muchos creemos que ese error debe ser corregido, y pronto, antes de que perdamos los Mundos de Sabbat para siempre.

—¿Y cuál será el primer paso? —le preguntó el pheguth—. ¿Proporcionarle a Sek una fuerza militar capaz de rivalizar con el Pacto Sangriento?

Mabbon asintió.

—Eso ya lo sabe, señor.

—Sí, lo sé, pero creo que es ahora cuando realmente me estoy dando cuenta. La… la escala del proyecto. La audacia.

Mabbon soltó una breve risa.

—Ese concepto de nuevo. Se lo dije: Sek admira esa cualidad.

—Pero el arconte nos matará a todos. Esto es casi una insurrección. Gaur ha sido mi enemigo durante mucho tiempo, y ahora que ya he superado eso, no me apetece la ironía de que ocurra de nuevo.

—Por lo que se refiere al arconte, cree que estamos ayudando al magíster Sek a mejorar sus fuerzas, y de ese modo la calidad del servicio a Gaur. No somos los simples brutos que los imperiales creen, señor. Somos capaces de efectuar maniobras políticas y de intrigar unos contra otros. Ocultaremos y mentiremos, y detrás de esos engaños crearemos nuestra propia fuerza. El resto, la parte más peligrosa, puede esperar. Es posible que pasen años antes de que Sek esté preparado para hacer su movimiento Tenemos esos años. Esta guerra ya dura demasiado, y no va a resolverse con rapidez.

—¿Por eso tú también te has convertido en un pheguth?

Mabbon soltó una fuerte carcajada.

—Un traidor, ¿eh? Un traidor al arconte. Sí, ése es el motivo. Creo en el futuro, y Urlock Gaur no es el futuro.

—¿Has renunciado al Pacto Sangriento?

—Lo he hecho. Fue fácil cambiar mi mente y mi corazón. No ocurrió lo mismo con mis cicatrices rituales. —Alzó aquellas manos suaves y pálidas que tenía—. Las fundiciones de carne me han proporcionado nuevas manos para borrar las marcas de mi juramento.

El pheguth miró su propia mano artificial.

—Es extraño, ¿no te parece, Mabbon?, que ambos celebremos nuestras traiciones, la ruptura de nuestras antiguas lealtades, con manos nuevas.

—Debe contarme eso alguna vez, señor.

—Mi querido Mabbon, lo haré. En cuanto consiga recordarlo.

Salieron de entre los árboles y llegaron a un campo situado más abajo. El pheguth tuvo ante sus ojos lo que le habían llevado a ver, y era algo impresionante.

Unos trescientos hombres, desnudos de cintura para arriba y vestidos con unos pantalones de combate de color ocre y botas marrones, se entrenaban distribuidos por parejas a lo largo de todo el campo. Se enfrentaban con rifles falsos unos largos trozos de madera en realidad, para perfeccionar el combate con bayoneta. El aire resonaba con jadeos y gruñidos unidos a los chasquidos de la madera contra la madera. Cada hombre llevaba colgado del cuello un amuleto. Era la insignia del Anarca.

Eran los Hijos de Sek.

Mabbon llevó al pheguth hacia las filas de combatientes. Las armas de práctica parecían de juguete, pero el modo en que practicaban no era en absoluto un juego. Los rifles de madera se partían bajo los golpes constantes y el sudor brillaba en las anchas espaldas y en los gruesos brazos de los que se entrenaban. La madera partida cortaba la carne. El pecho y el estómago de buena parte de ellos también estaban cubiertos de sangre producida por los fuertes arañazos. Algunos de los reclutas estaban tumbados en el suelo y los atendían para curarlos de unos cortes profundos y heridas incisivas. Dos de ellos estaban inconscientes.

Los jefes de disciplina, a los que Mabbon llamaba fustigadores, recorrían las filas con látigos y silbatos castigando a todos aquellos que no se esforzaban al máximo. Los fustigadores eran unos individuos de aspecto brutal protegidos por cotas de malla de color azul y cascos de hierro.

—Gaur basó el Pacto Sangriento en los principios estructurales de la Guardia Imperial —le explicó Mabbon—, pero no duplicó todos los aspectos. El Pacto Sangriento no dispone del equivalente a…, ¿cómo se llaman?

—¿Comisarios?

—Exacto. Eso es algo que mi magíster desea corregir en los Hijos de Sek. Los fustigadores han sido escogidos entre las filas de las unidades más veteranas y se les entrena aparte de los Hijos, con mi cuerpo de oficiales. Los deberes de los fustigadores son la disciplina, la formación y la moral.

—El magíster es muy perspicaz. Sin los comisarios, la Guardia Imperial no sería nada.

El pheguth vio cómo uno de los fornidos fustigadores golpeaba la espalda de un individuo con el látigo por haber aflojado el ritmo en el entrenamiento y a

continuación se daba la vuelta para aconsejar con atención a otro sobre una técnica de combate. «Igual que los puñeteros comisarios —pensó el pheguth—, con una mano te golpean y con la otra te enseñan».

—¿Lo aprueba, señor?

El pheguth asintió. La excelencia marcial que tenía ante su vista era innegable. El increíble salvajismo. Pero la cabeza le dolía cada vez más. El dolor estallaba y le palpitaba detrás de los ojos. Quizá se debía a la luz del sol. Hacía mucho tiempo que no estaba tanto tiempo bajo ella. Se preguntó si debería haberle pedido un gorro a Desolane.

Caminaron a lo largo de las líneas admirando el ejercicio. El ruido que los rodeaba era fuerte y brutal: armas de madera que entrechocaban, jadeos y bufidos, restallidos de látigos.

—¿Cuántos? —preguntó el pheguth mientras se frotaba la frente dolorida.

—¿Perdón, señor?

—¿Cuántos hombres calculas que estarán entrenados en el primer año?

—Esta es la unidad de prueba, pheguth. Mis oficiales planean crear otros dos campamentos de un tamaño similar a éste en las tierras centrales dentro de pocas semanas, pero tengo previsto disponer de seis mil hombres el próximo invierno entre los campamentos de este mundo y de otros dos planetas cercanos. Todo ello sujeto a su consejo y ayuda, por supuesto.

—Por supuesto.

El rostro del pheguth se contrajo con una mueca de dolor cuando la pareja que estaba combatiendo a su lado acabó el último asalto con uno de ellos tirado de espaldas en el suelo con la nariz rota por un golpe muy preciso.

—¡Un físico! —gritó uno de los fustigadores antes de soplar con el silbato para darle más énfasis a la frase.

—Comenzaremos la próxima exhibición esta tarde, señor —le comentó Mabbon —. Furgesh es una pequeña población situada al otro lado de esas colinas. Esperaba que pudiera dirigirles unas cuantas palabras a los hombres antes de que partieran.

—Estaré encantado.

El pheguth se masajeaba con los dedos la cabeza palpitante de dolor. De repente, los colores le parecieron muy brillantes, los sonidos demasiado fuertes.

—También quisiera pedirle que tuviera una charla con los fustigadores superiores. Quizá podría hablarles sobre el funcionamiento del Comisando.

—Por supuesto —contesto el pheguth.

Maldito dolor. En un punto preciso detrás de los ojos. Como una aguja caliente. Uno de los Hijos de Sek que estaba cerca perdió un trozo de carne del hombro que su compañero le cortó con la bayoneta falsa. El individuo lanzó un grito de dolor cuando la sangre de la herida saltó al aire tibio.

El pheguth se estremeció. El grito había sido muy fuerte, como una verdadera bofetada física, y le pareció que le seguía resonando en el interior de la cabeza una y otra vez.

—¿Está bien, señor? —le preguntó Mabbon.

—Sí, estoy bien —contestó el pheguth, pero se dio cuenta de que estaba sudando mucho—. Estoy bien. Tan sólo son los efectos de la transcodificación. Creo que se debe a todo esto de hablar sobre los comisarios. Me ha tocado una fibra sensible, Mabbon. Recuerdo algo sobre un…

… un algo…

… algo recuerdo algo sobre…

… sobre…

Un sonido de algo que corría, como agua por una cañería. Un zumbido. No había luz. Oscuridad. Sin luz. Un regusto a sangre.

Y luego Gaunt. Ibram Gaunt, con el uniforme completo y con los brocados de comisario, con los ojos entrecerrados esa expresión de superioridad que le encantaba que los demás vieran. Gaunt tenía algo en la mano. Una pistola bólter. La sostenía por el cañón y le ofrecía la culata.

—Último deseo concedido —dijo Gaunt.

Maldito, maldito. ¿Quién se creía que era? ¿Quién se creía que era…?

… quién era…

… era…

… era…

… quién era…

… quién no era…

No era Ibram Gaunt. Era Desolane. La pistola era una botella de agua. La luz apareció, como si hubieran encendido unas lámparas. Volvió a oír. También el olor del campo. El pheguth oyó en la lejanía a Mabbon, que ordenaba a los hombres que retrocedieran.

—¡Por grupos! ¡Por grupos ahora mismo! ¡Fustigadores, que vuelvan a ponerse en fila!

—¿Pheguth? —le preguntó Desolane.

—Nnngg.

—Te has caído, pheguth. Perdiste el conocimiento.

—… vez que un… en jefe…

—¿Qué? Pheguth, ¿qué has dicho?

—He dicho que el único momento en que un general en jefe pierde el conocimiento es el día de su graduación.

—¿Estás bien?

El pheguth se incorporó hasta quedar sentado. La cabeza le daba vueltas, pero el

dolor había desaparecido. Respiró profundamente y miró a su alrededor. Los Hijos de Sek, en silencio y a su alrededor, con las armas falsas apuntando al suelo. Desolane estaba de rodillas a su lado y le acercó la botella a los labios.

El agua estaba deliciosamente fría.

—Te caíste… —empezó a decir Desolane.

—Pues ayúdame a levantarme —lo cortó el pheguth.

De repente, sentía la cabeza despejada por completo. Más despejada de lo que la había sentido jamás.

Desolane lo ayudó a levantarse.

—Te sangra la nariz —le susurró el protector vital.

El pheguth se pasó la mano por la nariz y se manchó la mejilla de sangre. Miró a las filas de guerreros. Vio sospecha y asco en sus rostros sudorosos. Aquello era inaceptable.

—Siento que hayáis tenido que ver esto —les dijo con voz repentinamente poderosa, y alzándola tal como había hecho en los campos de desfile de Fantine—. La debilidad de un oficial no es algo que deban ver los soldados, y vosotros sin duda sois soldados de la mejor clase. Sois los Hijos de Sek.

Se oyó un rumor que recorrió las filas.

—Esto no ha sido una debilidad —gritó. Estaba recuperándolo todo, la manera de hablar, la retórica sin esfuerzo, el arte de modular la voz, la confianza del mando. Había olvidado aquella maravillosa sensación—. No, no ha sido una debilidad. Ha sido la desagradable consecuencia de un proceso llamado cierre mental. ¿Puedo confiar en vosotros, soldados? ¿Puedo confiar en vosotros, amigos, y deciros la verdad?

Los Hijos de Sek dudaron unos instantes, pero luego gruñeron asintiendo.

Les sonrió, saludándolos, jugando con sus sentimientos. Alzó una mano, la mano verdadera, para que se callaran. Todos guardaron silencio de forma inmediata.

—Veréis, vuestros enemigos decidieron que mi cerebro era demasiado valioso, que mis secretos eran tan increíbles que jamás deberíais conocerlos. Sus psíquicos colocaron una jaula, una jaula que meses de trabajo han logrado abrir por fin. Mi mente está casi libre de nuevo. Mis secretos son casi vuestros. ¡Vuestros, y de nuestro amado Anarca!

Los hombres rugieron de aprobación. Entrechocaron con furia y entre sí los rifles de madera.

—¿Pheguth? —le susurró Desolane en mitad de aquel tumulto.

El general traidor se limpió la sangre de la nariz y se giró hacia el protector vital.

—No me llames así. Nunca más. Estoy recuperando todos los recuerdos, como si volvieran en un alud. He recordado cosas, Desolane. Incluso mi propio nombre, y así es como te dirigirás a mí en el futuro.

—¿Có… cómo?

El general en jefe Noches Sturm ni siquiera se molestó en contestar. Se giró para encararse de nuevo hacia las filas de los Hijos de Sek. Esta vez alzó la mano implantada y la cerró en un puño.

—¡Por el futuro! —aulló.

Empezaron a vitorearlo. Como animales. Como demonios. Como conquistadores.



VEINTIDOS

La noche y el día no se diferenciaban mucho bajo el dosel continuo de las copas de los árboles del impro.

Caminaron, vadearon y treparon para atravesar la penumbra permanente repleta de nieblas cálidas y miasmas de gas pantanoso. Las espesas ciénagas de agua verdosa palpitaban y burbujeaban, y seres inimaginables serpenteaban atravesando el agua, delatados tan sólo por las leves olas que dejaban a su paso. Otras formas de vida lanzaban chasquidos y silbidos en las negras copas de los árboles. La poca luz que entraba era tan dura como el mármol verde.

Aquel no era un lugar para los humanos, ya que los humanos no podían dominarlo. No habían podido cuando llegaron por primera vez al Planeta y lo habían bautizado como Gereon, y seguían sin poder dominarlo después de tanto tiempo. Ni siquiera los sonámbulos, acostumbrados a los peligros acechantes propios del impro. Aunque llevaban viviendo allí desde hacía generaciones, no eran más que inquilinos, tolerados por los verdaderos dueños de los pantanos.

Aquel era el dominio de los insectos. Estaban por todos lados. Eran piojos en la cabeza, parásitos en la piel, formaciones de ellos sobre la superficie del agua, a miles, que cruzaban a toda velocidad la superficie en tensión del agua. Eran trepadores sobre la corteza de los árboles, marchando en formación, excavadores en el barro, devoradores de madera. Cruzaban el aire húmedo con alas membranosas y

transparentes.

Gracias a la protección del impro, nadie les había dicho cuándo dejar de crecer. Las polillas aleteaban bajo las copas de los árboles como halcones y cazaban escarabajos voladores. Las libélulas zumbaban en los claros cerniéndose en el aire como buitres, y con su mismo tamaño. Algunos de los que tenían largas patas, pero hinchados como globos, se alimentaban de las criaturas que sacaban del fondo de los estanques con las expertas mandíbulas y a las que dejaban secas después de absorberles todos los fluidos internos.

Los Fantasmas vieron mientras avanzaban insectos del tamaño de ciervos pequeños que se mantenían sobre la superficie del agua mediante centenares de largas y delgadas patas. Vieron gusanos pálidos y gruesos como dedos relucientes que se retorcían mientras salían de los troncos podridos. Vieron arañas mantis tan grandes como perros de caza que se enfrentaban en lentos bailes espasmódicos con orugas avispa.

El aire apestaba a telarañas volantes. A telarañas volantes, a madera podrida y a agua estancada.

Los tres exploradores marchaban en vanguardia siguiendo a Eszrah du Nocte, quien parecía saber hacia dónde se dirigía. Para disgusto de Mkvenner, que no había dicho nada, Larkin había decidido que el nombre del partisano era Eszrah du Noche. El sobrenombre se le quedaría, sin duda. Larkin tenía un don especial para acuñar nombres sencillos. Después de todo, ellos se habían convertido en los Fantasmas de Gaunt por él.

La retaguardia del grupo se retrasaba. Feygor todavía no había recobrado la conciencia, y Beltayn, Curth, Landerson, y a veces el propio Gaunt, se turnaban para llevarlo.

Rawne estaba tenso. Gaunt le había ordenado que mantuviera unido al grupo, pero cuanto más se retrasaba la retaguardia, más lejos quedaban los exploradores.

Se detuvo en un claro donde unos gordos pulgones del tamaño de un puño chupaban en enjambres de cientos las raíces albinas de un manglar derribado. La vanguardia ya había desaparecido de la vista, y la única señal del resto del grupo era un chapoteo distante algo por detrás de ellos.

—Feth —soltó Rawne.

—Estoy de acuerdo —dijo Cirk apareciendo cerca de él, con el arma al hombro.

La piel le brillaba por el sudor y tenía dos medios círculos que le manchaban la camiseta. A Rawne no le gustaba en absoluto, pero se descubrió a sí mismo admirándola. Y no por primera vez. Era una mujer tremendamente atractiva. Bien cargada, como la hubiera descrito Murt Feygor. Llevaba la camisa desabotonada y suelta, y la camiseta que llevaba debajo le acentuaba el busto mientras se acercaba a él.

Cirk se puso a su lado, con la cara pegada. Rawne tragó saliva. Olió su sudor acentuado. Su boca de labios generosos sonreía levemente. Inclinó la barbilla un poco y abrió los ojos de par en par con un falso gesto de sorpresa.

—Eh, ¿has visto algo? —le preguntó.

Rawne se dio cuenta de que estaba mirándola fijamente. Aquello estaba mal. Lo sabía. No se podía confiar en ella. Aquella marca en la mejilla. Esa…, esa marca del Caos. Se obligó a sí mismo a mirar esa señal. Intentó dominar su libido pensando en la repugnante criatura que se retorcía en el interior del brazo de Cirk. Aquello funcionó. El imago de feth. Rawne no tenía ni idea de por qué Gaunt no la había ejecutado todavía. Era peligrosa. Rawne sabía que Cirk había intentado ponerle en contra de Gaunt. Se había fijado en su vieja enemistad, y desde entonces se había puesto al lado de Rawne en cada discusión y toma de decisiones. La mujer estaba intentando crear una alianza de la que Rawne no quería formar parte. Ibram Gaunt jamás, jamás, sería amigo de Elim Rawne, pero por el bien de la misión no estaba dispuesto a que aquello…

—¿Rawne? ¿Qué te pasa?

Levantó la vista y sus ojos se cruzaron. La mirada de Cirk estaba cargada de un calor hirviente, más caldeada que aquella maldita ciénaga, una promesa de algo ilícito y tabú. Rawne se esforzó por apartar la mirada de la marca en la mejilla, pero en esos momentos hasta aquella señal parecía ser parte de su atractivo. Se preguntó cómo sería tocar las cicatrices del estigma. Él…

Sorprendido por sus propios deseos, Rawne apartó la mirada. ¡Feth, era un soldado del Dios Emperador! No era el más puro, y él sería el primero en admitirlo, pero también era un oficial de la Guardia Imperial. Además, ya estaba con una mujer. Desde Aexe Cardinal tenía una relación con Jessi Banda, la chica verghastita que servía como francotiradora del tercer pelotón. La relación era secreta, pero significaba algo para él. ¡Por el Trono, si hasta llevaba un rizo del cabello de Banda en un casquillo de proyectil que llevaba colgando al cuello!

—Mayor, se están retrasando —le dijo Cirk.

—Lo sé, mayor —contestó Rawne.

¿Qué demonios le pasaba? Según Curth, la contaminación de aquel mundo ya estaba muy dentro de ellos y estaba afectándoles al equilibrio hormonal, a sus emociones, a su autocontrol. ¿Había llegado el momento? ¿Estaban todos empezando a perderse, incluido él?

—Ya va siendo hora de proporcionarle el descanso definitivo al pobre hombre —comentó ella mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la chaqueta. El movimiento de alzar el brazo realzó sus grandes pechos.

—He dicho que ya va siendo hora de proporcionarle el descanso definitivo al pobre hombre. ¿Qué te pasa?

Rawne dudó un momento.

—Nada, nada. Nada de nada. Creí haber visto un bicho. Ahí… en tu garganta.

—¿Se ha ido?

—¿Tu garganta?

—¡No, idiota!

—Sí, se ha ido.

Rawne apartó los ojos de su considerable atractivo. Pensó en la señal. En la marca que tenía en la mejilla. Se esforzó por recordar la cara de Banda.

—¿Te refieres a Feygor?

—Sí. Está… acabado.

—No vamos a dejar atrás a Feygor —le contestó Rawne a la vez que observaba los árboles que ella tenía detrás.

Eso tampoco sirvió de mucho. La disposición de las ramas parecía imitar la forma de la marca en la mejilla de Cirk.

—¿De verdad? ¿Por qué no?

—Porque cuidamos de los nuestros.

Cirk soltó una carcajada sin humor.

—Eso díselo a Acreson. O a Lefivre.

—Cirk, dame un respiro. Gaunt arriesgó su propia vida por salvar las suyas. Lo mismo hice yo. Tuvieron una buena muerte.

—No existe nada semejante, mayor.

—Lo que tú digas.

Cirk se encogió de hombros. Por el Trono, era realmente bonita, pensó Rawne. Luminosa. La niebla que se alzaba detrás de ella… Por un segundo pareció que el vapor que se arremolinaba allí tomaba unas formas humanas. Entrelazadas. Las de un hombre y de una mujer.

—De todas maneras, lo que yo piense no importa —insistió Cirk—. Tu comandante está a punto de abandonar a Feygor.

—¿Qué?

—Lo oí decirlo.

Aquello lo hizo reaccionar por fin. Sintió una nueva emoción, tan primitiva como la lujuria. Rawne se puso en movimiento.

—Quédate aquí. No. Tráete a los exploradores. Que vuelvan aquí. Regresó por el camino que habían seguido.

Beltayn y Landerson dejaron el cuerpo de Feygor sobre una masa de raíces que sobresalían del agua. Beltayn se esforzaba por espantar las moscas atraídas por la sangre que se posaban en la cara de Feygor.

—No podemos llevarlo —dijo Gaunt.

—Podemos, señor —indicó Beltayn—. Todo el camino.

—No, Beltayn —le contestó Gaunt—. Me refiero a que no podemos permitirnos llevarlo. Nos está retrasando mucho. Nos está agotando.

Miró a Curth, que se había sentado sobre un montículo de lodo y se estaba quitando las sanguijuelas que se le habían enganchado a las pantorrillas. Gaunt jamás la había visto tan cansada. Parecía un pictograma desvaído de sí misma, una imagen gastada y estropeada.

—Todavía no está muerto —dijo ella sin levantar la vista.

—Lo sé, Ana…

Curth se puso en pie y cruzó el agua hasta ellos. Echó a un lado a Beltayn y a Landerson y comprobó los signos vitales de Feygor de nuevo.

—Murt es un cabrón duro de feth —dijo al cabo de unos momentos—. Va a hacer falta mucho más para matarlo.

Gaunt miró por encima del hombro de la doctora. La piel de Feygor tenía una palidez anormal, con un tono parecido a la cera. Tenía los ojos cerrados y hundidos en las cuencas, profundas y oscuras, y la carne de su rostro estaba flácida. Tenía los hombros y los brazos llenos de manchas marrones. Gaunt no se atrevió a preguntarle a Curth qué eran. Sospechaba que se trataba de alguna clase de hongo. Cada jadeo del moribundo Feygor les hacía llegar un olor dulce y podrido. Las moscas parecían sentirse atraídas por aquel olor. Lo peor de todo era la garganta de Feygor. La piel que rodeaba el artefacto que llevaba implantado en la laringe estaba hinchada y enrojecida, en carne viva, y empezaba a ulcerarse. Tenía el mismo aspecto de un plomero hinchado y podrido a punto de explotar a causa de la putrefacción. Por los labios cuarteados del soldado salía una mucosidad apestosa de color amarillo. Cada respiración jadeante hacía resonar la flema acumulada en la garganta.

—Va a morir dentro de poco, ¿verdad, Ana?

—Cállate —le soltó ella mientras limpiaba con una esponja el cuello de Feygor.

—Ana, por favor, y por Feygor, dime la verdad.

Curth se giró para mirarlo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Cállate, Gaunt!

—Sólo dime una cosa. ¿Puedes hacer algo más por él?

—Puedo… —dijo ella, pero se calló.

—¿Ana? ¿Hay algo más? ¿Cualquier cosa?

Curth se dio la vuelta del todo y le lanzó un puñetazo. El golpe lo alcanzó en el hombro. Le lanzó otro puñetazo, y otro más, y luego empezó a aporrearle el pecho con las manos cerradas, apretadas. Estaba demasiada agotada para hacerle ningún daño. Él la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho, inmovilizándole las manos. Ella empezó a sollozar con la cabeza enterrada en el pecho del hombre.

—¿Entonces no hay nada?

—No tengo… no tengo nada… No me queda nada… Ni medicinas…, ni nada de

nada… Oh, Trono…

—No pasa nada —la tranquilizó él abrazándola con más fuerza—. No pasa nada. Eso ocurre a veces.

—¿Señor?

Era Landerson.

Gaunt la soltó a poco a poco y dejó que Beltayn se la llevara hasta un grupo de raíces donde pudiera sentarse y recuperarse.

—¿Sí, Landerson?

—Quiero presentarme voluntario para llevar a Feygor, señor.

—Entendido, pero…

Landerson negó con la cabeza.

—Comprendo la situación, señor. Comprendo que tenga que abandonar a Feygor porque está retrasando al grupo. Comprendo la importancia de la misión, pero no formo parte del grupo. Si me retraso, que así sea. Me gustaría intentarlo, me gustaría darle una oportunidad a este hombre.

Gaunt miró a Landerson a los ojos. Se sintió sorprendido al notar que los suyos se estaban llenando de lágrimas. Aquel hombre le estaba ofreciendo un sacrificio tan grande, y después de todo…

—Landerson —empezó a decir Gaunt sorbiendo por la nariz y esforzándose por no perder el control—, te estarías condenando y no voy a permitirlo.

Landerson estaba a punto de contestar cuando Gaunt oyó un gruñido a su espalda. Rawne apareció de la nada. Se abalanzó sobre él y lo derribó tirándolo al agua.

—¡Feth! —gritó Beltayn.

Las dos figuras salieron a la superficie forcejeando. Rawne tenía agarrado a Gaunt por el cuello y lo empujó para meterle la cabeza de nuevo en el agua.

—¡Que te jodan! ¿Vas a dejarlo para que se muera? ¡Que te jodan! —gritó Rawne chorreando agua—. ¡Nos dejarías a todos aquí para que nos muriéramos! ¡Como dejaste morir a Tanith!

Gaunt desapareció otra vez con un chorro de burbujas.

—¡Feth! —gritó Beltayn de nuevo, y corrió para separarlos. Landerson corrió con él—. ¡Suéltelo, señor! —chilló mientras tiraba de los brazos de Rawne.

—¡Anda que te jodan a ti también! —le contestó Rawne.

—¡Mayor Rawne, pare ahora mismo! —le gritó Landerson.

Agarró a Rawne por el cuello de la camiseta y tiró con fuerza. El mayor tuvo que girarse hacia atrás, y Gaunt salió de nuevo a la superficie escupiendo agua y jadeando.

—¡Suéltame! —aulló Rawne antes de propinarle a Landerson un golpe cortante en la garganta con tanta fuerza que éste se dobló y cayó jadeante al agua.

Curth se puso en pie.

—¿Cómo? —le chilló—. ¿Ahora? ¿Precisamente ahora? ¿Estás de broma, Elim?

Rawne estaba demasiado ocupado ahogando a Gaunt y repeliendo a Beltayn. Curth se acercó corriendo al medio ahogado Landerson y lo saco del agua de la ciénaga.

—¡Pare ya! ¡Pare ya! —aulló Beltayn tirando con fuerza de Rawne. El mayor se dio la vuelta y le propinó un puñetazo en la cara a Beltayn y el ayudante de Gaunt retrocedió trastabillando.

Rawne rodeó la garganta de Gaunt de nuevo y lo metió otra vez en la espesa agua verde.

—¡Por feth, no me lo puedo creer! —le gritó Curth—. ¿Así que ya estamos? ¿Ha llegado el momento de que arregles tus cuentas con Gaunt? ¡Rawne, eres increíble, joder! ¿Cuántos años has esperado, y vas y decides hacerlo ahora? ¡Gracias, cabrón estúpido!

—¿Qué? —exclamó Rawne.

—¡Tu pelea con Gaunt! ¿Has decidido resolverla ahora?

Rawne titubeó y parpadeó.

—¿Qué? —repitió Rawne. Soltó a Gaunt—. Esto no va sobre él y yo, va sobre Feygor…

Gaunt, al que había soltado, salió del agua y lo golpeó con tanta fuerza con el puño que lo envió al otro lado del claro.

Rawne se estampó contra el tronco de un árbol y se arañó la cara contra la corteza antes de darse la vuelta.

Gaunt le apuntaba a la garganta con el cuchillo de combate. Plata pura.

—¿Vamos a acabar esto de verdad, Rawne? —le preguntó Gaunt.

—No voy a permitir que lo abandones —le contestó Rawne mientras se limpiaba la boca.

Gaunt apartó el cuchillo con lentitud.

—Voy a hacer unas cuantas concesiones, Rawne. Este lugar nos está volviendo locos. Todos sabíamos cuáles serían los riesgos cuando nos ofrecimos voluntarios para esta misión. No creo que ninguno de nosotros estemos ya pensando con claridad. Gereon nos está jodiendo. ¿Lo entiendes?

Rawne asintió.

—Pero tenemos que esforzarnos por hacer esto juntos. Tenemos que procurar esforzarnos en la misión. ¿Has olvidado la misión, Rawne?

—No, señor.

—¿Has olvidado el nivel de clasificación de la misión?

—No.

—¿Y recuerdas lo que eso significa? La misión es vital, es lo primero. Todo lo demás, todos los demás, somos prescindibles. Todos lo sabíamos desde el principio.

Todos sabíamos que algo como esto podría ocurrir, y que tendríamos que enfrentarnos a ello. Feth, es posible que todavía tengamos que enfrentarnos a decisiones peores, pero ésta tiene que ser así.

Rawne dejó escapar un suspiro.

—Sí, lo sé. Vale.

Gaunt asintió y miró a los demás.

—Descansemos aquí treinta minutos. Descansemos y recuperemos el sentido común. —Luego se dirigió a Rawne—. Treinta minutos. Luego tomaremos la decisión final sobre Feygor.

—No lo… abandone aquí, por favor.

—No iba a hacerlo. Si el Emperador no puede proteger, al menos puede mostrar algo de misericordia.

El grupo de exploradores llegó al claro, llevado de vuelta por Cirk. Brostin, Varl, Criid y Larkin iban con ellos. Mkoll miró a Gaunt al sentir que algo raro había ocurrido.

—Descansaremos un rato aquí —se limitó a decirle Gaunt.

Mkoll se encogió de hombros y los exploradores encontraron unos cuantos sitios donde sentarse sobre las raíces.

—Lo siento —le dijo Curth en voz baja a Gaunt—. Es la segunda vez que pierdo el control por completo. No paro de llorar. No sé lo que me pasa…

—Sí lo sabes. No es culpa tuya, así que olvídalo.

—Vale, pe… —Curth se interrumpió—. Eh, ¿qué está haciendo?

Gaunt miró a su alrededor. Eszrah du Nocte estaba de pie al lado del cuerpo de Feygor y lo miraba con curiosidad.

Gaunt y Curth vadearon el agua para acercarse a él. El comisario le indicó con una señal a Mkvenner que también se acercara.

—¿Favorem? —le preguntó Gaunt al partisano.

Eszrah miró al comisario coronel con sus indescifrables ojos oscuros rodeados de mosaicos y murmuró algo a la vez que señalaba a Feygor. Fue algo demasiado complicado como para que Gaunt lo entendiera.

—Más lentamente —le dijo Gaunt.

El sonámbulo repitió lo que había dicho, pero seguía siendo algo demasiado complejo. Mkvenner le preguntó algo en protogótico e intercambiaron unas cuantas frases.

—Dice que su gente ha visto muchos casos de infecciones como ésta en los últimos meses —dijo finalmente Mkvenner.

—Desde que llegó el Caos —comentó Gaunt.

—Exacto —contestó Mkvenner asintiendo—. Los partisanos tienen una cura que a veces funciona. Se ofrece a intentarlo con él si se lo permitimos.

Gaunt miró a Curth.

—Mira —dijo ella a la vez que hacía un gesto de impotencia con las manos—, estoy en el borde de la ciencia médica imperial y lo único que veo delante es la oscuridad. Llegados a este punto, merece la pena intentar cualquier cosa.

—De acuerdo —contestó Gaunt. Asintió con la cabeza mirando a Eszrah—. Hazlo.

El sonámbulo abrió una de las dobleces de la capa segmentada y dejó al descubierto unas cuantas pequeñas calabazas con tapones que colgaban de un cinturón. Escogió una, le quitó el tapón y pasó dos dedos por el borde interior. Cuando sacó los dedos, estaban manchados con una pasta gris, del mismo color pálido que cubría cada centímetro de su piel. Se inclinó sobre Feygor y le puso la pasta con suavidad alrededor de la garganta hinchada. Feygor se estremeció un poco pero no se despertó.

—¿Qué es eso? —preguntó Curth.

—*¿Quid est, amicus?* —le preguntó Mkvenner a su vez. Escuchó con atención la respuesta y después se giró hacia Gaunt y la doctora—. Es… mmm…, básicamente es veneno de polilla.

—¿Qué? —barbotó Curth—. ¿Veneno de polilla?

—Básicamente.

—Estupendo. Quizá también podríamos ayudar a Feygor metiéndole una puñalada.

—Mire, si no lo he entendido mal, esta sustancia funciona. El único modo que los partisanos han tenido de sobrevivir durante tantos siglos en un entorno tan venenoso es comprenderlo. La pintura con que se tiñen la piel sirve para camuflarse y para espectáculos rituales, pero está compuesta por escamas de alas de polilla. Ha ido creando una inmunidad en ellos. Existen muy pocos venenos de esta zona que puedan afectarlos de verdad. Utilizan una versión más concentrada para envenenar las puntas de los virotes. Esta pasta tiene el suficiente como para purgar ciertas infecciones del Caos.

Curth soltó el aire mientras pensaba en ello.

—Puede que tenga algo de sentido —admitió—, pero es posible que lo que funciona con ellos no funcione con nosotros. Feygor no tiene esa inmunidad.

—Feygor tampoco tiene otra opción.

Eszrah acabó de poner la pasta y cerró la calabaza. Luego se puso en cuclillas al lado de Feygor, cruzó los brazos y se puso a esperar.

El tiempo de descanso que había ordenado Gaunt pasó. El comisario dejó que se alargase un poco con la esperanza de ver alguna clase de cambio en Feygor. Cuarenta minutos. Cuarenta y cinco. Estaba a punto de ponerse en pie y decirles que se

pusieran en marcha cuando oyó un gemido extraño y escalofriante.

Feygor tenía alguna clase de ataque espasmódico violento. El cuerpo sufría fuertes convulsiones que le arqueaban la espalda. Los sonidos que emitía eran más inquietantes de lo normal porque los producía el implante de su garganta.

—¡Feth! —gritó Curth.

Todo el mundo se había puesto en pie y se estaba acercando a él. El partisano intentaba mantenerlo en el sitio con suavidad.

De repente, el ayudante de Rawne se puso en pie de un salto y resbaló sobre la superficie húmeda de la raíz. Manoteó con fuerza en el aire y derribó al sonámbulo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y de la boca aullante le salían espumarajos. Tenía los ojos en blanco.

—¡Agarradlo! —gritó Gaunt—. ¡Ponedlo en el suelo!

Bonin era el que estaba más cerca, pero la fuerza enloquecida de los brazos de Feygor tomó por sorpresa al duro explorador, que acabó aterrizando con fuerza en el agua.

Feygor echó a correr.

Corrió a ciegas, aullando y moviendo los brazos como si estuviera envuelto en llamas. Se estrelló contra varios árboles y arrancó la resistente maleza a su paso. Varias nubes de polillas saltaron al aire como confeti asustadas por su loca carrera.

Gaunt y Rawne echaron a correr detrás de él. El mayor le lanzó una mirada asesina y amenazante al sonámbulo cuando pasó a su lado.

—¡Quedaos aquí! —le ordenó Gaunt por encima del hombro a Mkoll. Corrieron hacia la parte más cenagosa esquivando ramas bajas y cortinas de moho flácido, con las botas removiendo el cieno. Feygor ya había desaparecido de la vista en la penumbra, pero todavía se lo oía. Vieron las huellas de su paso en el agua. Unas manchas marrones de sedimentos removidos salpicaban el agua verde en una larga línea sinuosa.

—Bueno, pues eso es lo que hay —soltó Rawne mientras corrían.

—Intentaba ayudarlo —le contestó Gaunt.

—Buen trabajo.

—¿No era mejor que no hacer nada?

—Supongo.

—La dosis de toxina ha debido ser excesiva.

El triste aullido les llegó procedente de la izquierda.

—Está volviendo —dijo Rawne—. Feth, parece que lo estuvieran torturando.

—¡Ahí está! —gritó Gaunt.

La pálida y harapienta figura de Feygor se había detenido en un claro cercano. Había dejado de gemir de un modo tan horrible y estaba tirado de cara contra un tronco de árbol. Las manos costrosas estaban arañando débilmente la corteza.

Gaunt y Rawne dejaron de correr mientras se acercaban. El comisario miró al mayor y sacó la pistola con silenciador.

—No se enterará de nada —le dijo a Rawne—. Mejor que sea con rapidez, en vez de una muerte lenta por envenenamiento.

Rawne detuvo a Gaunt con una mano. En su mirada había una terrible expresión de fatalismo.

—Mejor que sea yo.

—Para esa clase de piedad, mejor que sea un amigo —insistió.

Gaunt asintió y le entregó la pistola.

Rawne vadeó el agua del estanque mientras mantenía pegada la pistola al pecho.

—Tronó Dorado de la Tierra, perdóname… —susurró.

Feygor se había quedado inmóvil, con la cara pegada a la corteza y los brazos rodeando el tronco.

Rawne amartilló el arma y apuntó a la cabeza de Feygor.

Al oír aquel sonido, Feygor levantó de repente la cabeza y miró a su alrededor. Se quedó mirando la pistola con la que Rawne le apuntaba.

—¿Para qué feth es eso? —le preguntó.



VEINTITRÉS

—¿Le va a llevar mucho tiempo? —preguntó Sturm.

Desolane miró al jorobado maestro médico y el hombre negó rápidamente con la cabeza.

—No mucho más, pheguth —dijo Desolane.

—¿Desolane …?

Había un tono de advertencia en la voz de Sturm.

—Mis disculpas, ph…, Mis disculpas, señor. Me está costando acostumbrarme a su nuevo nombre.

—Mi antiguo nombre, Desolane. Mi antiguo nombre.

El maestro médico completó su serie de pruebas. Levantó el casco del escáner cromático articulado de la cabeza de Sturm y le extrajo las agujas del cuero cabelludo.

—Puede sentarse —dijo el maestro médico.

Sturm se sentó al mismo tiempo que unos pequeños motores zumbaban al colocar la camilla de examen en posición vertical para servirle de respaldo. El general traidor contempló con cierta desgana la sala del médico. Por toda ella se veían aparatos médicos ornamentales: sensoriums, transfusores, mesas de servo-cirugía, baños para heridas, drenadores de sangre y estructuras de metal para los montajes con escalpelo láser. Las herramientas metálicas de cirugía yacían sobre un mantel de seda de color

rojo brillante. Sobre las estanterías se alineaban diferentes botellas y frascos con especímenes orgánicos fibrosos bañados en un fluido parecido a la orina mientras que en las paredes colgaban gráficos y pergaminos: los mapas con la distribución de los nervios, los puntos de sangrado, las técnicas de trepanación y otras cuestiones anatómicas descritas en tinta marrón. También podían verse colgados de estructuras de metal diferentes esqueletos articulados, algunos humanos y otros subhumanos, con sus huesos y junturas marcados con etiquetas de pergamino.

El maestro médico abrió el ojo derecho de Sturm y lo observó. Leyó los capilares de la retina utilizando una lente.

—¿Su dolor de cabeza?

—Casi ha desaparecido.

—¿Y la anomia, se le pasa?

—Recuerdo mi nombre. Y los nombres de otros que eran simplemente siluetas sin rostro en la niebla que nublaba mi memoria hasta esta mañana.

—Ha habido una mejora considerable en la actividad cerebral —dijo el maestro a Desolane—, pero puedo detectar un pequeño trauma psicológico. Recomiendo que los psíquicos lo vean cuanto antes.

—¿Más transcodificación? —interrumpió Sturm mientras se incorporaba.

—Tenemos que asegurarnos de que la destrucción del bloqueo mental no haya dejado sorpresas desagradables —dijo Desolane—. Es el momento crítico.

Sturm estaba desnudo, pero no se cubrió. El cambio en él había sido bastante sorprendente. Hasta su postura se había alterado. Había una marcada diferencia en su porte y en su voz. Una seguridad y una arrogancia regia que había enderezado su espalda y cuadrado sus hombros.

Desolane le entregó su camisa.

—No —dijo Sturm—. Estos harapos no. No puedo soportarlos. Buscadme algo apropiado que ponerme, o iré desnudo.

Desolane se volvió y ladró algunas órdenes a los infantes que había en la puerta de la sala. Desaparecieron rápidamente.

—Supongo que se ha informado al plenipotenciario —le preguntó Sturm mientras inspeccionaba de forma despreocupada algunas de las cuchillas cromadas que había en un carrito cercano.

—Así es. Está arreglándolo todo para venir cuanto antes. También se ha llamado a los oficiales del estado mayor, estrategas y otros cargos clave. Después de la transcodificación necesitará descansar bien. Los días siguientes serán difíciles.

Sturm asintió.

—Quiero una habitación mejor. Con una buena cama. Y no más grilletes.

—Señor, yo… —comenzó a decir Desolane.

—Quiero una habitación mejor. Con una buena cama. Y no más grilletes. ¿Está

claro?

—Sí —respondió Desolane.

Los servidores regresaron con un uniforme. Era la vestimenta de gala de un sirdar de la fuerza de ocupación, pero habían quitado todas las insignias de rango y las medallas. Botas y camisa negra, bombachos verdes y una chaqueta larga verde. Sturm se vistió en silencio y admiró su reflejo en un espejo que colgaba de la pared de la sala.

Miró su imagen un rato. Había visto su cara en espejos muchas veces desde que lo encerraron. De hecho, los transcodificadores le mostraban su reflejo con frecuencia esperando que lo ayudase a liberar sus recuerdos. Fue escalofriante. La cara que veía entonces le era desconocida, una cosa extraña.

Ahora era como una vieja amiga. Cada línea, pliegue y arruga tenían una agradable familiaridad. Se rascó la barba que le estaba creciendo por la zona del mentón.

—Quiero afeitarme —le dijo a su guardián—. Esto es inaceptable.

—Sí, señor —dijo Desolane—. Pero primero debemos ver a los psíquicos.

Caminaron juntos por los pasillos y los corredores llenos de ecos del bastión. Se cruzaron con sirvientes con prisas, con soldados pacientes, con excubitores enjutos y con grupos de oficiales que charlaban. Desolane observó que el pheguth ya no arrastraba los pies. Caminaba recto.

Una criatura con aspecto de diablillo los esperaba en la puerta de la repugnante cámara de transcodificación. Medía poco más de un metro, y su cuerpo simiesco y encorvado estaba cubierto por una túnica roja de terciopelo decorada con hilos dorados. La túnica se extendía sobre las baldosas. Llevaba un arnés mecánico alrededor del torso. La parte frontal formaba un atril que se apoyaba en su pecho. Sujeto a éste había una máquina de metal negra para imprimir, con hileras de delgadas palancas de letras y un grueso rollo de papel colocado en el rodillo. El hombrecillo tenía la parte de las palancas abierta cuando se acercaron y estaba aplicando tinta cuidadosamente en el reverso de las letras utilizando una gamuza. Levantó la vista. Sus ojos eran redondos y brillantes y no tenía nariz. Su boca era una mueca sin labios que mostraba las encías y los dientes descoloridos y triangulares. En lugar de orejas tenía micrófonos de amplificación cosidos a la carne, y un armazón de cables iba de cada sólida trompetilla de latón hasta los lados de la cabeza.

Se llamaba Humiliti y Desolane había ordenado que lo llevasen allí.

—¿Para qué? —le preguntó Sturm.

—Es un lexígrafo. Lo acompañará siempre y registrará sus comentarios para que no se pierda nada.

Humiliti cerró la parte de las palancas de su máquina con un sonido metálico, volvió a guardar la gamuza en una bolsa que tenía al lado y dobló sus huesudos dedos

un momento. Entonces comenzó a teclear, produciendo un inquietante sonido. El rollo de papel comenzó a girar.

Desolane abrió la puerta y Sturm entró. El pequeño lexígrafo caminó detrás de él balanceándose. Sturm se sentó en la silla y las esposas eléctricas se cerraron inmediatamente sobre sus manos y tobillos.

—No serán necesarias —dijo, y escuchó al lexígrafo registrar las palabras. Tras una pausa, las esposas se abrieron. La silla se inclinó hacia atrás hasta que se quedó mirando al techo surcado de arcos.

—Pheguth —susurró una voz.

—Esta vez no —respondió.

—Empecemos otra vez.

Sturm escuchó el arrastrar de pies y sintió que la cámara se helaba. Unos dedos fétidos extrajeron las clavijas de goma de su cráneo. Después, con su inconfundible agudo rechinar, las agujas de la sonda psíquica se desplegaron y se deslizaron en los agujeros.

Sturm gruñó un poco molesto.

—Empecemos de nuevo desde el principio —ordenó la voz psíquica—. ¿Su rango?

—Lord militante general.

—¿Su nombre?

—Noches Sturm.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Sturm se aclaró la garganta. Por encima de la acústica del vacío que llenaba su cabeza podía escuchar al maldito lexígrafo tecleando en su máquina.

—Según creo, era prisionero en la nave de transporte militar que sufrió una emboscada cerca de Tarnagua. Cuando los atacantes se dieron cuenta de que habían capturado a un oficial de rango superior de la Guardia Imperial, fui llevado directamente a un mundo seguro para ser interrogado. Allí fue donde se descubrió el cierre mental. Se me envío aquí, a Gereon, apartado de la línea del frente, para que pudiera deshacerse ese cierre mental.

—¿Qué sabe de ese cierre mental, Noches? —preguntó otra voz psíquica. Esa parecía la desquiciante voz de un niño pequeño.

—Es una medida habitual en los casos en los que un sujeto posee información delicada. El Gremio Astropático puede dejar totalmente en blanco la mente de un hombre, pero eso no permite futuras recuperaciones de su memoria.

—Su mente está llena de secretos, Noches —dijo la voz masculina—. Datos de inteligencia del nivel más alto de confidencialidad. ¿Por qué no le borraron la memoria?

—No lo sé —dijo Sturm.

La máquina del lexígrafo siguió repiqueteando.

—Eso no es cierto —dijo una voz de mujer anciana—. ¿Verdad? Píenselo. Es un recuerdo que puede alcanzar.

Sturm cerró los ojos. Se dio cuenta de que ya podía recordar. Era increíble.

—Me prepararon para un juicio. Para un consejo de guerra. El Comisando no quería que se borrase mi mente porque no podría hacer frente al examen cruzado. Pero hasta el día del juicio, se consideró que era demasiado arriesgado dejarme… accesible. El Gremio Astropático me puso el cierre mental para asegurar mis secretos. Pretendían quitarlo el día del juicio.

—Eso tampoco le gustó mucho, ¿verdad, Noches? —preguntó la voz de niño.

—Lo detesté. Les rogué que no lo hicieran. Pero lo hicieron de todos modos. Fue monstruoso. Abrumador. Además, no sabía lo que habían hecho. Sólo tenía el leve recuerdo de una barbaridad que se había llevado a cabo en mi mente. Se lo llevó todo. Ahora estoy empezando a entender cuánto se me había quitado.

—Sus recuerdos vuelven con rapidez.

—Sí, pero no hablo sólo de hechos y cifras, nombres o fechas. No hablo de los datos empíricos que bloquearon. Me había olvidado a mí mismo. Mi carácter. Mi naturaleza. Mi alma. Se habían llevado mi personalidad. El hombre que han estado transcodificando estos días era sólo un caparazón. No era Noches Sturm. Había olvidado incluso cómo ser yo mismo.

Se produjo una pausa. El murmullo acústico lo rodeó.

—¿Hola? —llamó Sturm.

—¿Por qué lo encerraron, Noches? —preguntó la voz masculina—. ¿Por qué lo iban a llevar ante un consejo?

—Fue un error. Me traicionaron.

—Explíquese.

—Servía en la defensa de la colmena Vervun, en el planeta Verghast. Fue una lucha dura, y al parecer nos iban a aplastar. Pero mi peor enemigo era un comisario de la Guardia Imperial. Nuestros caminos se habían cruzado antes y existía rivalidad entre nosotros. Estaba decidido a dejarlo pasar, había una guerra que ganar, no había tiempo para riñas estúpidas. Pero manipuló la situación y me acusó de dejar mi puesto. Se inventó cargos. Pero era un comisario y gozaba de cierta popularidad, en aquellos momentos desesperados. Utilizó los cargos y, con el respaldo de sus superiores del Comisariado, me encarceló y me llevó a juicio.

—¿No realiza el Comisariado normalmente ejecuciones sumarias? —preguntó la voz de niño.

—Con tropas y gente de bajo rango. No con un general en jefe. Mi familia tiene conexiones poderosas con los grandes señores. Si me hubieran quitado la vida, habría habido un gran escándalo.

—¿Cómo se llamaba?

Sturm sonrió. La única cosa que no pudo bloquear el cierre mental fue ese nombre.

—Ibram Gaunt. Ojalá arda en el infierno.

Las voces giraban y susurraban a su alrededor.

—¿Hemos acabado? —preguntó Sturm.

—Estamos satisfechos con el estado de su mente, Noches. Su memoria ha regresado casi completamente. Los últimos retazos del cierre mental se están desprendiendo de su psique. Nuestro trabajo ha concluido.

—Y yo se lo agradezco —dijo Sturm—. A pesar de los días en que me hicieron gritar. Me alegra haber vuelto.

—Hay una última pregunta —dijo la voz femenina.

—Háganla.

Las tres voces preguntaron al unísono, como un coro.

—Cuando vino a nosotros por primera vez, juró lealtad al Anarca. Prometió que una vez hubiese desbloqueado su mente, renunciaría a la causa del Falso Emperador y lucharía a nuestro lado contra sus fuerzas.

—Así es.

—Pero hoy ha admitido que ahora es una persona distinta. Nos ha dicho que la piltrafa que hizo ese juramento no era Noches Sturm. Por tanto, le preguntamos… ¿Ha cambiado de idea?

—Me han hecho cambiar de idea —dijo Sturm—. Si miento, lo leerán en mi cabeza. Por tanto, escuchen bien. Serví al Imperio con lealtad y dediqué mi vida al Trono. Pero el Imperio se volvió contra mí y me echó como a un perro. No hay marcha atrás. El Imperio se ha convertido en mi enemigo y va a desear no haberlo hecho.

Detrás de la silla, Humiliti estaba tecleando de forma casi frenética en la máquina.

—Juro lealtad al Anarca, las palabras de cual ahogan a todas las demás —dijo Sturm—. ¿Responde eso a su pregunta?

El sonámbulo los guió por la gran cuenca del impro, a través de los húmedos claros del noctu. Bordearon vastos matorrales de espinos carmesíes, tan densos que no había forma de atravesarlos. Vadearon verdes aguas y apestosas ciénagas de color ámbar. Cuando por fin empezó a bajar el nivel del agua, donde la tierra subía, el mundo se convirtió en un mar de lodo gris y espeso. Hongos como globos blancos se agrupaban en la negra corteza de los árboles roídos. Algunos emitían luz y creaban datos de radiación glacial blanquiazul en los que las polillas revoloteaban por millones. Había enjambres de ellas por el aire. Seguía sin haber luz solar. Estaban bajo un impenetrable techo negro.

El equipo siguió adelante. Habían necesitado dos días de marcha completos para llegar desde el campamento de los partisanos a aquellos pantanos de las tierras altas. La temperatura había bajado varios grados y la humedad era menor. En consecuencia, pasaron mucho frío. Las ropas, que se habían empapado durante horas, se les pegaban al cuerpo. Hacían pausas para descansar con regularidad, pero fue casi imposible encontrar un sitio en el que dormir entre tanto barro líquido.

No obstante, habían recuperado los ánimos. Feygor estaba vivo. Su salud era aún delicada y era el miembro más débil del equipo con diferencia, pero estaba consciente, lúcido y caminando. La infección de su garganta era menos virulenta. Era posible que el veneno de Eszrah du Nocte casi lo hubiese matado, pero también le había salvado la vida. Ni Rawne ni Gaunt hablaron de lo cerca que habían estado de darle de tiro de gracia.

Su camino los llevó por la espesa arcilla gris y las hileras de árboles. Aquellos pantanos altos eran el dominio de los lagartos: veloces correteadores de árboles y anfibios de ojos saltones que acechaban debajo de las piedras y de los troncos caídos para atrapar polillas con sus pegajosas lenguas. Un eructante coro de voces anfibias petardeaba y burbujeaba a su alrededor mientras caminaban.

Sus raciones se habían acabado y el hambre los habría matado dejando olvidados sus huesos mondos en un claro del impro, pero Eszrah los sustentó. Enseñó a los exploradores algunos trucos básicos para encontrar caza y les mostró lo que era comestible y lo que había que rechazar. El sonámbulo hizo la mayor parte de las capturas con su arco magnético. Dejó que todos los exploradores lo probaran. Mkvenner fue el que lo hizo mejor.

Curth utilizó lo que le quedaba de su botiquín para analizar el veneno del partisano y examinar las presas que traían. Descubrió que algunas cosas sólo las podía soportar el sistema inmunológico de Eszrah. Pero había ciertos tipos de anguila del barro y un lagarto arborícola similar a una rata que todos podían ingerir, siempre que se asasen o cociesen con cuidado. El lanzallamas de Brostin, que seguía sin funcionar, sirvió de utensilio de cocina. Gaunt había pensado en ordenar a Brostin que se deshiciese del arma. Era un objeto del Caos. Pero dadas las circunstancias, y con la corrupción afectándolos a todos, parecía ridículo preocuparse. Lo alegró no haberlo hecho. Sin ella, no habrían comido.

En una ocasión, Gaunt se sentó con Eszrah a terminar una comida. El partisano le permitió examinar su arma.

—Favorem, amicum —le dijo Gaunt tocando la ballesta—. ¿Quid nomen est?

—Nomen est balistae —respondió Eszrah antes de seguir arrancando carne delicadamente de un hueso de rana alargado con sus pequeños dientes blancos.

—¿Balistae? —repitió Gaunt.

Eszrah asintió.

—Questam balistae pluviam ferrum dartumque virotem supra capites inimicus nostrum, quid posibile lesionem ad nos.

Un arma para hacer que lluevan proyectiles sobre las cabezas de los enemigos. Gaunt sonrió. Lo había visto hacer. Que el Emperador bendijera a los noctámbulos.

La senda giró hacia el noroeste, siguiendo la falda de otra profunda cuenca llena de gases. Se quedaron en la parte alta, deslizándose por los bordes del territorio de las ranas, con las piernas cubiertas de cieno. Pasaron otro bosque de espinos carmesí, el más grande que habían visto, y después deambularon por la linde de un escalofriante bosque cubierto de un mantillo de crujientes hojas en el que los árboles eran altos, rectos y delgados, como lanzas clavadas en el suelo. Más allá, lechos de juncos cubrían un lodazal en el que revoloteaban miles de moscas. A continuación el terreno se elevaba formando una irregular pendiente negra de bosque que se extendía varios kilómetros.

Los árboles eran muy viejos. Estaban roídos y se retorcían formando imágenes grotescas y formaciones delirantes. Escuchaban chasquidos de forma constante y Gaunt se dio cuenta que era la cubierta vegetal en movimiento. Los árboles se movían con el viento. Estaba dolorosamente cansado, pero eso infundió ánimos. Aquello sería una buena señal, ¿no?

Un poco más adelante, Eszrah hizo que se pusieran a cubierto. En lo alto de la pendiente algo cruzó la penumbra. Nadie lo vio con claridad, pero todos sintieron como sus pisadas aplastaban el suelo y escucharon su ronca respiración. Las tierras altas del impro eran evidentemente el territorio de caza de los depredadores más grandes.

Tres horas más tarde, Bonin fue el primero que vio la luz. Iba adelantado, explorando las arboledas cubiertas de musgo. Al principio creyó que era un extraño árbol de corteza blanca, totalmente recto y sin ramas. Entonces se dio cuenta que era un solo rayo de luz del día que atravesaba la interminable bóveda oscura.

Caminó bajo él y alzó la vista, andando lentamente en círculos, sonriendo mientras la preciada luz le inundaba los ojos.

—¡Por aquí! —gritó.

El resto se le unió rápidamente, muchos gritando de alegría ante aquella visión. Se reunieron a su alrededor durante un breve instante, atreviéndose a tocar con la punta de los dedos el rayo, haciendo lo que Bonin había hecho, deleitarse bajo este. Cirk tocó el rayo como si diera suerte.

Sólo Eszrah du Nocte siguió adelante.

Continuaron su marcha con el ánimo más elevado, aprovechando más el tiempo. Encontraron otros rayos de luz, que se convirtieron en habituales a medida que la cobertura de los árboles se iba haciendo menos densa. La noche se convirtió en penumbra y el suelo se hizo más firme.

Seguramente estaremos llegando al extremo del impro, pensó Gaunt Muchos de los Fantasmas se reían y hacían bromas sobre el final de su viaje.

—Pregúntale cuánto queda para llegar al final de este lugar —dijo Gaunt a Mkvenner.

Mkvenner asintió y trasladó la pregunta a Eszrah. La respuesta le hizo fruncir el entrecejo.

—¿Y bien? —preguntó Gaunt.

—No lo sabe, señor —respondió Mkvenner—. Jamás había llegado tan lejos.



VEINTICUATRO

El día comenzaba en las tierras del interior de Lectica, mostrando el difuso tapiz que formaba el interminable terreno parcheado de suaves rojos, verdes y amarillos. Aquel enorme territorio era el granero de Gereon, la más productiva de todas sus provincias agrícolas. En la distancia, como una marca azul en el horizonte, yacía el macizo del interior, una elevación montañosa coronada de nubes. Tan lejos y, sin embargo, tan visible.

El cielo de la mañana era vidrioso y estaba cruzado por tiras de nubes trenzadas como torzales de algodón. Rawne estaba tumbado en la alta hierba y las miraba. Cada maldita nube tenía una forma reconocible. Allí, una mujer a caballo. Allí, un larisel. Esa era un pájaro, o tal vez un par de ojos entreabiertos. Esa de allí, una mano empuñando un cuchillo.

Se estaba volviendo loco. Estaba seguro. Se dio la vuelta y cerró los ojos, no queriendo ver más. La delicada luz del sol tocó su cara sucia. Tras aquellas noches en el impro, donde no daba el sol, se sentía el calor.

Todos estaban enfermos. Todos. Algunos, como Feygor, infectados físicamente. Otros, como Curth, trastornados emocionalmente. Antes de embarcar, los médicos y los sacerdotes les habían advertido, pero una advertencia es sólo una advertencia. No había forma de que se hubiesen preparado para la realidad.

Rawne veía símbolos allá donde miraba. Sabía que era la corrupción afectando a

su mente, pero eso no facilitaba las cosas. Veía imágenes en nubes, en hojas, en sombras, en la hierba, en la forma de las piedras. Todas eran especificas y a cada una se le podía dar un nombre Todas teman un significado concreto.

Incluso ahora, con los párpados cerrados, podía ver símbolos formados por puntos y formas dibujándose contra un fondo al rojo. Una anguila, un ploimero, una mujer de grandes pechos. Un estigma.

Abrió los ojos.

Vio por todas partes la obscena marca que Cirk llevaba en la mejilla. Ahí estaba de nuevo, en ese puñado de hierba. Allí, en la arcilla gris seca adherida a la puntera de su bota. Allí, en las líneas de la mano, en las líneas de las yemas de sus dedos.

—¡Rawne!

Levantó la mirada.

—¿Qué?

Gaunt lo estaba llamando. Rawne se levantó y se fue con los otros. El modo en el que se agrupaban alrededor de Gaunt también componía la forma de la marca. Sólo faltaba una pieza, y al acercarse y unirse a ellos él completaría la forma.

Necesitaron otro día entero de marcha para ir desde el primer rayo de luz que Bonin había encontrado hasta el límite de las tierras interiores. El camino los había llevado por deprimentes bosques y profundos barrancos de tierra endurecida donde crecían matorrales de hierbajos que llegaban a la cintura. Se habían dado prisa en llegar hasta la luz, hasta la promesa de un día de verdad detrás de los cada vez menos densos árboles.

Después vino el ascenso de la ladera de la profunda hondonada del impro a través de desoladas tierras ascendentes llenas de matojos y piedras sueltas. Los árboles estaban muertos y sin hojas. Unas puntiagudas cornamentas de madera seca que surgían del inclinado suelo. Vieron algunos groxes famélicos y ganado asilvestrado que evidentemente había escapado de las vecinas tierras del interior y pastaban en el asolado brezal. Con uno de ellos prepararon una buena cena, la mejor que habían tenido en Gereon.

El suelo se cubría de hierba más allá del brezal, y entraron en el bosque fronterizo de ancestrales árboles que bordeaba el extremo oeste del impro. Gaunt se dio cuenta de lo nervioso que se había puesto Eszrah du Nocte. Se seguía deteniendo a oler el extraño aire nuevo y, a veces, se quedaba atrás mirando al cielo.

—Nunca antes lo había visto —le dijo Mkvenner a Gaunt.

—Me he dado cuenta.

—No para de llorar —añadió Mkvenner.

—Es sólo la luz —le aclaró Curth—. No está acostumbrado a la luz. Le están llorando los ojos.

Varl revolvió en el interior de su maltrecha mochila y sacó sus preciadas gafas de

sol. Le gustaba llevarlas para tener un aspecto moderno cuando no estaba de servicio. Sólo el Trono sabía por qué las había traído. Se las dio a Eszrah.

—Toma Eszrah Noche —le ofreció—. Cógelas. Son tuyas, tío.

El partisano estaba perplejo e insistió en devolverlas hasta que Mkvenner le explicó lentamente su finalidad. Eszrah se las puso. Una extraña sonrisa cruzó su cara. En esos momentos, con las oscuras y brillantes gafas ocultando sus ojos, parecía una polilla humana.

—Ven, dile que ya puede volver. Puede regresar con los suyos. Dale las gracias de mi parte. Ha hecho por nosotros más de lo que nunca habría esperado.

Mkvenner volvió unos minutos más tarde.

—No se va a ir, señor —dijo.

—¿Por qué no? —le preguntó Gaunt.

Mkvenner se aclaró la garganta.

—Porque es suyo, señor.

—¿Qué?

—Es de su propiedad, señor.

Gaunt se acercó y habló con Eszrah personalmente. Mkvenner tuvo que unírseles para ayudar. El sonámbulo fue bastante firme al respecto. A cambio de los esfuerzos realizados por Gaunt y su equipo al defender el campamento partisano, Cynhed du Nocte les había entregado uno de sus hijos. Al parecer, los partisanos eran gente terriblemente literal. Cuando Gaunt pidió en un principio un guía para que los guiase por el impro, Cynhed entendió que estaba pidiendo la propiedad permanente de un sonámbulo. No era de extrañar que se negase.

Pero el padre de Eszrab se sintió en deuda tras la batalla con los asesinos de Uexkull y les había dado el guía que habían estado pidiendo. Le dio literalmente a Gaunt uno de sus hijos. Para siempre. Como muestra de gratitud.

—Puedes irte ya —le dijo Gaunt a Eszrah—. Has hecho todo lo que te pedí. Vuelve con tu padre.

Mkvenner se lo tradujo. Eszrah frunció el entrecejo y se volvió a negar.

—Por favor, vuelve —le pidió Gaunt.

Eszrah hizo un gesto para quitarse las gafas de sol.

—Puede quedárselas —dijo Van.

Dejaron a Eszrah du Nocte sólo en la linde del bosque.

Sin embargo, los siguió a cierta distancia.

—No va a volver —aventuró Mkoll.

—Ven, habla otra vez —dijo Gaunt—. Házselo entender.

Cuando Mkvenner volvió, Eszrah Noche iba con él llevaba sus gafas de sol a modo de trofeo.

—No hay manera, señor —dijo Mkvenner—. Creo que es un asunto cultural. Una

cuestión de honor. Su padre le dijo que fuera con usted y que lo guiara, y eso es lo que va a hacer. Muy probablemente para siempre. No le vuelva a pedir que regrese. Nunca ha llegado tan lejos y no está totalmente seguro del camino. Además, pedirle que vuelva sería lo mismo que pedirle que desobedeciese las estrictas instrucciones de su padre. Quiere a su padre, señor. Ha hecho un juramento. No creo que deba esperar que lo rompa.

Gaunt asintió con la cabeza. Se volvió hacia a Eszrah y le tendió la mano. Eszrah du Nocte se la estrechó con cuidado.

—Ahora eres uno de los nuestros —dijo Gaunt.

Eszrah pareció entenderlo. Sonrió.

Fue un extraño momento de unión que Gaunt recordaría el resto de su vida.

Al amanecer, bajo el manto del bosque, Gaunt reunió a su maltrecho equipo alrededor de él, Más allá, los campos de cultivo se mostraban tranquilos. Sabía que la tranquilidad era una ilusión. Los informes indicaban que las zonas del interior eran el territorio de Gereon guardado con mayor seguridad.

Y además, la ubicación de su objetivo.

—Necesitamos comer y descansar bien y reponer provisiones —comenzó Gaunt.

—Hay una aldea a unos tres kilómetros al noroeste de aquí —dijo Mkoll—. Parece estar desierta.

—Empezaremos por allí. Lo más importante, necesitamos averiguar dónde estamos exactamente. ¿Cirk?

Se encogió de hombros.

—Lectica, el borde oriental. A partir de ahí, no tengo ni idea.

—¿Señor Landerson? —preguntó Gaunt.

—Ese pueblo de más allá podría ser Hedgcerton. Pero claro, podría tratarse de media docena de comunidades del interior. Lo siento.

—Vayamos a la aldea —dijo Gaunt.

El lugar no era más que un puñado de granjas abandonadas, el cobertizo de un herrero, un almacén de grano y un pequeño templo. Todo estaba cubierto de maleza, con las ventanas rotas y los marcos de las puertas atestados de hierbajos.

Se acercaron con cautela bajo la cálida luz del sol. Los insectos revoloteaban. Los exploradores se desplegaron y rodearon el lugar. No había señales de vida. La aldea había sido evacuada hacía meses, probablemente en el momento de la invasión, y desde entonces nadie la había visitado.

Se dividieron y buscaron en varias de las viviendas. Encontraron alimentos secos, carnes en salazón y botes de conservas en alguna de las despensas. Beltayn encontró una vieja escopeta y varias lámparas de queroseno. En una habitación de la planta superior Curth encontró una muñeca en una cuna vacía. Aquello la hizo volver a llorar. Juró y maldijo la debilidad que la corrupción le había engendrado. Criid la

encontró y trató de calmarla. Entonces vio la cuna vacía y también empezó a llorar. Fue una bendición para Curth. La hizo controlar sus emociones de modo que pudiese consolar a su amiga.

Feygor y VarI buscaron en otra casa. Nada más entrar, Feygor vio una vieja cama con un colchón de paja raído. Se tumbó en él.

Cuando Varl volvió a buscarlo. Feygor estaba profundamente dormido. VarI se sentó en el extremo de la cama y se quedó mirándolo.

Rawne entró en la siguiente granja y encontró una mesa puesta para la cena. Seis sillas, cubiertos y platos. Un montón de carbón yacía bajo la olla en la lumbre ya fría. Habían abandonado la cena con prisas.

Rawne se sentó a la cabecera de la mesa y miró los preparativos. Tenían la forma de un bote de remos. Allí estaba la forma de un sol naciente. Rawne cogió algunos cubiertos y volvió a colocarlos y situó los platos en nuevas posiciones.

Así estaba mejor. Ahora formaban la marca del estigma.

Larkin y Bonin encontraron en el cobertizo del herrero un tanque medio vacío de promethium que había sido utilizado para el horno de la herrería.

—Ve a por Brostin —dijo Bonin.

El hombretón apareció unos momentos más tarde y, con una sonrisita de deleite, empezó a rellenar sus depósitos.

El microtransmisor soltó un pitido.

—Uno —respondió Gaunt.

—Mkoll. Venga al templo señor. Traiga a Landerson.

Gaunt y Landerson entraron en la enorme penumbra del templo de la aldea. Como todos los edificios de aquella remota comunidad granjera, era poco más que una casucha de madera. La luz del sol pasaba por los agujeros de las tablas de la pared e iluminaba el polvo que levantaban los visitantes. Las recias sillas de madera estaban ordenadas en filas, haciendo que la nave mirase al áquila de latón suspendida sobre el altar. Hizo la señal del águila y comenzó a recitar la Renuncia de la Ruina.

Era bastante probable que aquél fuese el último templo imperial sin profanar de todo el planeta.

Gaunt cerró los ojos. En las últimas noches había empezado a soñar de nuevo, por primera vez desde su llegada a Gereon. Esos sueños recientes habían sido muy vívidos. Ahora se reproducían de nuevo en su mente. Sabbat, siempre haciéndole señas, aunque a veces se parecía a Cirk. Eso estaba bien. Mientras la beata estuviera con él, no importaba el aspecto que adoptase.

Pero había evidentes ausencias en esos sueños renovados. Algunos de sus amigos perdidos hacía mucho ya no acudían a él durante su sueño. Slaydo seguía ahí, aunque transparente y apenas visible. Gaunt también había visto a Zweil, y el arrugado sacerdote se había estado riendo. Pero no había señal de Bragg. Ni de Vamberfeld. Y

Gaunt no podía recordar la última vez que había visto la cara de Colm Corbec.

Lo peor de todo era que Brin Milo todavía no se le había aparecido. Gaunt no había visto aún a Milo en sus sueños desde que dejó Herodor. Pero, y eso lo inquietó, estaba siempre el grito. El hombre gritando en el vacío. ¿Quién demonios era? Estaba bastante seguro de que conocía la voz…

Ibram Gaunt se tomaba los sueños en serio. Creía que eran el único conducto por el que el Dios Emperador podía hacer que el hombre común entendiese sus propósitos. Gaunt nunca había pensado así, pero las visiones que lo guiaron a él y a los Fantasmas hasta Herodor habían sido tan reales, que ahora interpretaba cada sueño como un mensaje.

Se alegró de que al final hubiesen vuelto, sin importar lo inquietos que pareciesen.

—¿Señor?

Mkoll lo llamó por encima de un enorme libro que estaba hojeando.

—¿Qué es eso?

—Registros de la parroquia, señor —respondió Mkoll—. Mire aquí. —Abrió una polvorienta página y pasó un sucio dedo por las anotaciones en caligrafía—. Nacimientos y muertes. Matrimonios.

—¿Eso es lo que quería que viera?

Mkoll cerró el pesado volumen con cantoneras de latón y lo volvió a abrir por la primera página.

—Registro de la parroquia de la aldea de Thawly —leyó Gaunt—. ¿Landerson?

Landerson se apresuró a reunirse con ellos.

—¿Thawly? ¿Lo conoces?

Landerson negó con la cabeza.

—Lo siento, señor. No. Podría preguntarle a Cirk…

—Eso da igual —dijo Mkoll—. Hay más.

Desdobló la página y la extendió. Era un maltrecho mapa de los límites de la parroquia. Mostraba Thawly y los pueblos cercanos.

—Por el Trono… —dijo Gaunt—. Tenemos un mapa.

Se reunieron en el porche del templo y Gaunt les mostró el viejo mapa.

—El señor Landerson tenía razón. Ese pueblo de ahí es Hedgerton. Y eso es Leafering. Mirad. Ahora estamos situados.

—¿Dónde está el objetivo? —preguntó Rawne.

—Justo fuera del mapa, por aquí, más allá de Furgesh, aquí. ¿Ves?

Rawne lo veía todo demasiado bien. Veía cómo sus sombras adoptaban la forma de una mantis en el suelo del porche.

Y vio la marca en la mejilla de Gaunt, la que los nudillos de Uexkull le habían dejado y que Gaunt no quiso que le vendaran. Ahora la cubría una costra, pero la

forma era inconfundible. La marca del Caos. El estigma. Igual que la que ese demonio belleza de Cirk llevaba con tanto orgullo.

Gaunt había sido marcado.

—¿No va siendo hora de que nos revele su misión, señor? —preguntó Cirk.

—Pronto, mayor, muy pronto —le respondió Gaunt—. Mirad el mapa y decidme lo que sepáis.

Landerson se inclinó hacia adelante.

—Hedgerton es un lugar pequeño. Probablemente lo único que encontremos allí sean glifos y excubitores. Leafering es más importante. Es una comunidad grande y lo último que supe es que había una célula activa allí. ¿Mayor Cirk?

—Landerson tiene razón —dijo Cirk—. Hay muchas posibilidades de entablar contacto en Leafering. Pero tiene una guarnición. Un asentamiento bien mantenido con una base de comunicaciones y un montón de tropas de ocupación. Sin contar con los lobos metálicos.

—Puedo con los lobos metálicos —replicó Curth—. No me asustan.

Gaunt decidió no mencionar el hecho de que el modo en que Curth había derrotado al hombre lobo ya no era posible.

—¿Una base de comunicaciones? ¿Estás segura, Cirk?

Se encogió de hombros.

—La última vez que lo comprobé así era.

Gaunt sonrió. Para Rawne, eso hizo que la marca se retorciese en formas más obscenas.

—Leafering es el lugar —anunció Gaunt—. Sin duda. —Hizo una pausa—. Van, ¿dónde está Feygor?

—Lo dejé durmiendo, señor —respondió Van.

—Buena idea —dijo Gaunt—. Todos necesitamos dormir bien. Nos pondremos en marcha por la mañana.

La noche cayó sobre la aldea, fresca y negra. En las distintas viviendas, los Fantasmas habían encontrado camas y estaban durmiendo más profundamente que nunca desde que habían llegado al planeta. A nadie le preocupaba el olor a rancio de las sábanas de los catres ni la humedad. Comparado con el lodo gris del impro, era un lujo.

Eszrah du Nocte no dormía. Se quitó las gafas de sol y las colgó con cuidado del cinturón. Era de noche, eso era algo que entendía.

Vio movimiento en la estrecha calle de la aldea y fue hacia allí. Era el hombre llamado Rawne. Estaba deslizándose entre las casas, con un cuchillo plateado en mano.

Eszrah introdujo un virote de hierro por la boca de su ballesta.

Gaunt había elegido una cama en la planta de arriba de una de las casas. Las

sábanas apestaban y estaban llenas de moho, por lo que se tumbó encima de ellas y se durmió con la ropa puesta.

Se dio cuenta vagamente de que la puerta se abría. Levantó la vista, y en la oscuridad vio la silueta de una mujer en contraste con la luz de las estrellas que entraba por la ventana.

—¿Ana?

Se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo. A continuación, se sentó en el extremo de la cama y se quitó las botas. El resto de su ropa siguió rápidamente.

—Ibran —susurró.

La tomó en sus brazos y se besaron. Los dos rieron mientras ella se esforzaba en quitarle la ropa.

—Ana… —susurró.

—Shhh… —dijo ella.

Rawne subió las escaleras de la casa en la oscuridad con la hoja plateada en la mano. De arriba venían ruidos apagados. Subió algunos escalones. Ahora podía escuchar gritos orgásmicos a través de las delgadas paredes de madera de la casa.

Después el silencio.

Rawne subió los últimos escalones, silencioso como una sombra y abrió cuidadosamente la puerta de la habitación.

Miró en su interior.

Desnudos, durmiendo, Gaunt y Cirk yacían abrazados el uno al otro, con las extremidades entrelazadas. Justo igual que el símbolo que Rawne había visto en las nieblas del impro.

Cerró la puerta y volvió a bajar las escaleras. El cañón de la ballesta magnética de Noche se acercó de repente a su cara.

Rawne enfundó su cuchillo de guerra.

—Vete a dormir —le dijo al partisano—. Tú vete a dormir.

Gaunt se despertó sobresaltado. Era temprano, todavía estaba oscuro. Había estado soñando que compartía su cama. Le volvieron muchos recuerdos confusos. Extendió la mano y descubrió que las enmohecidas sábanas seguían calientes al tacto.

Alguien había estado allí con él. Ahora tenía un vivo recuerdo de piel suave. De necesidad. De calor.

—¿Ana? —llamó—. ¿Ana?

Dejaron Thawly mientras salía el sol, neblinoso y rojo, por encima de los campos. Un buen descanso y la oportunidad de lavar la ropa y el equipo con la bomba de agua del pueblo les había levantado el ánimo. Incluso Feygor parecía un poco mejor, con un

poco de color de vuelta en la cara.

Mkoll marcó un paso enérgico. Siguieron el sendero de la aldea hasta que se unió a un camino que trascurría entre campos y que, a su vez, se unía a una carretera comarcal. Durante las dos primeras horas del día no vieron a nadie pero a medida que el sol se alzaba, algunos transportes empezaron a ir y venir, por lo que la dejaron y cruzaron campo a través, trazando una línea recta hasta Leafering.

Los campos del interior estaban en mucho mejor estado que los de las granjas de alrededor de Ineuron. Los invasores habían conservado su uso agrícola y había muestras de programas de grandes siembras y uso de pesticidas. La zona de cultivos era un recurso que el archienemigo pretendía utilizar para mantener alimentada a su fuerza de ocupación, incluso también para generar suministros alimenticios que serían enviados fiera de aquel mundo para alimentar a sus huestes en la línea del frente.

A medida que se acercaban a Leafering, vieron muestras de un uso de la tierra más inquietante. Grandes zonas de cultivo, algunas creadas mediante la eliminación sistemática de las antiguas separaciones a fin de unir varios campos, habían sido transformadas en plantaciones industriales.

El aire apestaba a fertilizantes y los campos estaban cubiertos de una gruesa costra de nitratos rosados. De esa capa brotaban hileras e hileras de gruesos y carnosos tallos negros en los que se desarrollaban millones de bulbosos frutos de color malva.

—Estas no son medidas de producción locales —dijo Cirk.

—Ni eso es un cultivo local, te lo aseguro —respondió Gaunt.

Con los años había leído muchos informes sobre las plantaciones masivas de xenocultivos del archienemigo en mundos agrícolas capturados como Gereon. Altamente resistentes a enfermedades y al clima, tal vez híbridos de crecimiento acelerado, esas plantaciones rápidamente triplicaron o cuadriplicaron la producción de cultivos del planeta, pero a un enorme coste para el ecosistema del mismo. Tras unas décadas de xenocultivos, el planeta quedaría árido e infértil, con todos los recursos orgánicos arrancados de la capa superior del suelo. Se preguntó si Cirk tenía idea de lo que estas plantaciones significarían para el futuro de su mundo.

—Si alguna vez tienes la oportunidad —le dijo—, aconseja a la resistencia que ataque estas plantaciones. No las queráis aquí, incluso menos de lo que queréis al archienemigo.

Lo contempló con una mirada extraña. Durante toda la mañana sus ojos habían ofrecido una mirada extraña. Gaunt estaba a punto de preguntarle por eso cuando Bonin dio la alarma y todos buscaron cobertura en los espesos setos que bordeaban la plantación. Una máquina se acercaba por el campo. Parecía el soporte de un depósito. Sus secciones centrales estaban impulsadas por ocho extremidades aracnoides. Pero

esas extremidades medían más de veinte metros de alto, por lo que el vehículo se levantaba del suelo como una torre, como si caminase sobre zancos. Se colocaba sobre las hileras de la plantación con un grupo de patas a cada lado de la línea de cultivo, de modo que su cuerpo quedase colgado sobre esta. A medida que avanzaba soltaba nubes tóxicas de pesticida por unos tubos del vientre.

Los Fantasmas se deslizaron por el seto, a lo largo de la tranquila calzada, y cruzaron al siguiente campo de la plantación.

Se abrieron paso por al menos diez kilómetros de plantación. Gaunt se preguntó cuántos miles de kilómetros cuadrados del interior estaban infestados con el cultivo alienígena. El equipo evitó otros rociadores zancudos y lo que parecían ser máquinas cosechadoras mecánicas que trabajan a lo lejos.

Leafering estaba ya a menos de media hora. Parecía un sitio grande con viejos edificios de piedra. Cuando estuvieran lo suficientemente cerca, los exploradores llevarían a cabo una evaluación rápida y decidirían cómo entrar.

Las carreteras estaban bastante concurridas, principalmente transportes y camiones, por lo que se mantuvieron a cubierto en los arbustos, cruzando a campo abierto sólo cuando tenían que hacerlo. Durante una parada de descanso bajo una arboleda de talix, cuando el sol calentaba en lo alto, Gaunt se sentó junto a Curth.

—¿Qué tal estás?

—¿Hoy? Mejor. No me encuentro tan alterada.

—Yo también, creo —dijo Gaunt. Tomó un trago de la cantimplora—. Te marchaste.

—¿Me marché de dónde? —preguntó.

—Te marchaste. Esta mañana.

—¿De qué demonios hablas? —le preguntó—. ¿Te has vuelto a pasear bajo el sol sin la gorra?

—Da igual —dijo Gaunt. Decidió que no tenía sentido forzar la situación cuando Curth era tan vulnerable y propensa a cambios de humor. Se levantó—. En marcha. Acabemos con esto.



VEINTICINCO

Tres excubitores deambulaban por el patio. Los largos cañones de sus carabinas láser de cerrojo se balanceaban. Intercambiaron algunas palabras, a continuación se dieron la vuelta por el portón y desaparecieron por la calle de las banderas hasta la zona comercial.

Bonin esperó a que se hubieran ido, se deslizó fuera de las sombras, recorrió el patio y se ocultó detrás de una pila alta de fardos de papeles.

Algunos papeles sueltos sobresalían, y Bonin cogió uno y lo leyó. Era un panfleto burdamente impreso en el que se animaba a los ciudadanos de la Intercesión a hacerse prosélitos y a convertirse. Bonin lo volvió a poner donde lo había encontrado.

Anochecía temprano en Leafering, y la iluminación de las calles empezaba a encenderse, aunque las calles en sí seguían estando muy concurridas. En una hora sonaría el toque de queda, obligando a todos aquellos que podían salir de día a que volviesen a sus viviendas. Bonin tenía buena visibilidad a lo largo de la parte trasera del patio desde aquella posición estratégica detrás de los panfletos de propaganda apilados. Las fuerzas de ocupación estaban utilizando el gran edificio de ouslita de su izquierda como comisaría. Por la parte frontal había gran actividad de tropas, y una hilera de semiorugas estaba aparcada en el pasaje.

Esa pequeña zona de patio, rodeada de un muro de piedra alto, recorría la parte trasera del edificio. Había varios anexos más pequeños, uno de los cuales estaba

adornado con repetidores de comunicaciones y antenas.

Nadie a la vista. Ni ninguna señal de horribles sorpresas como los glifos. Tuvieron que pasar bajo los postes de donde colgaban los lobos metálicos para entrar en la ciudad, y al menos una vez habían visto el resplandor de un glifo detrás de una hilera de edificios cercana. La visión había hecho temblar a Feygor.

Pero aquel pequeño patio estaba bastante despejado.

Bonin hizo la señal.

Mkoll y Mkvenner saltaron el muro, se descolgaron y cruzaron hasta el extremó del patio hasta que sobrepasaron a Bonin. Los tres tenían las pistolas desenfundadas.

Mientras Bonin cubría el patio moviendo su arma de izquierda a derecha, Mkoll y Mkvenner llegaron al anexo con el repetidor en el tejado. Mkvenner cubrió a Mkoll mientras entraba.

Treinta y cinco segundos después salió y dio la señal de todo despejado.

Bonin asintió y presionó su microtransmisor.

—Plata —dijo.

De repente, se abrió la puerta trasera del edificio principal que daba al patio. Mkoll y Mkvenner se habían deslizado por la puerta del anexo y Bonin se volvió a ocultar en las sombras del muro exterior. Salió un sirdar uniformado, acompañado de un oficial subalterno y cuatro excubitores y comenzaron a caminar por el patio.

—¡Bragg! ¡Bragg! —susurró Bonin.

Gaunt escuchaba con dificultad por su auricular oculto entre las sombras de un callejón en el extremo del muro del patio.

—¿Bonin? ¿Bragg o plata? ¿Cuál?

Una pausa larga.

—¿Bonin?

—Bragg —el susurro volvió.

Rawne y Beltayn estaban listos para saltar el muro.

—Esperad —ordenó Gaunt—. No está despejado.

—He oído a Bo decir «plata» —repuso Rawne.

—Bueno, ha cambiado de idea —dijo Gaunt.

—Voy a saltar de todos modos —replicó Rawne haciendo gestos a VarI para que juntara las manos y lo impulsara para saltar el muro—. Si no, estaremos aquí toda la noche.

—¿No puedes controlar a tu gente? —susurró Cirk.

—Hasta ahora no ha habido pruebas de que eso ocurriera —respondió Gaunt.

—¡Plata, plata! —comunicó Bonin.

—Venga, adelante —dijo Gaunt.

El sirdar y su escolta habían salido por el portón. Bonin volvió a hacer señales, y Rawne y Beltayn aparecieron sobre el muro y se deslizaron hasta el patio. Corrieron

hacia Bonin, quien los envió al anexo donde Mkvenner esperaba en la puerta.

El anexo era la oficina de comunicaciones de la comisaría. Dentro, en una habitación lúgubre iluminada por amarillentas bombillas incandescentes había una gran unidad transmisora de comunicaciones. Rollos y haces de cables llegaban hasta el tejado y se conectaban al repetidor. Era parte de la red principal de comunicaciones de las fuerzas de ocupación. Estaba sintonizada con los principales canales de mando y repetidores del archienemigo y, lo más importante de todo, estaba equipada con un módulo de cifrado que descifraba los códigos de seguridad de la red. Dos operarios habían estado trabajando en el anexo. Mkoll dejó sus cuerpos en la esquina de la habitación.

Beltayn se precipitó al interior y descolgó su equipo de comunicaciones del hombro. Sacó la funda y abrió la tapa del puerto de conexiones lateral.

—Lo más rápido que puedas —lo urgió Rawne.

—No me agobie mientras trabajo —respondió Beltayn sin levantar la mirada.

Desabrochó una bolsa de herramientas y sacó un cable conector. Seguidamente centró su atención en la máquina enemiga.

—Sonegraph 160. Muy, muy vieja y claramente modificada. Hace mucho que no trasteo con una de estas.

—No me asustes más ¿vale? —gruñó Rawne. Miró a la puerta exterior en la que Bonin y Mkvenner estaban alerta.

Beltayn movió algunos de los interruptores del transmisor y estudió la pantalla de longitud de onda. Tras eso, utilizó un destornillador de relojero para quitar las clavijas que mantenían una placa de inspección en su sitio. La placa salió, revelando circuitos de cables y pequeñas derivaciones de válvulas de conexión. Bekayn utilizó unas pinzas pequeñas y un voltímetro de su equipo para probar y cambiar varios de los conectores de cable y sacó una de las válvulas. Después unió un extremo del cable conector a su equipo y el otro a un enchufe de salida del transmisor.

—Date prisa —dijo Rawne.

Se estaba poniendo nervioso. El manojo de cables que Beltayn había expuesto tenía precisamente la forma del estigma. Miró para otro sitio. Beltayn encendió su equipo, hizo ajustes en los diales y volvió a la gran máquina. Presionó varias teclas en la consola principal para probar y, como los indicadores brillaban en ámbar y las agujas temblaban, empezó a desplazarse hacia abajo en una columna de datos que se mostraba con gráficos temblorosos en una subpantalla.

—Lo tengo —dijo Beltayn—. Sí, lo tengo. Es el registro de transmisiones. ¿Cuánto quiere?

—¿Cuánto hay? —le preguntó Rawne.

Beltayn se desplazó un poco más hacia abajo mirando atentamente.

—Umm…, alrededor de ocho meses por lo menos. Tardaré un poco en obtener

todo eso.

—¿De cuánto estamos hablando?

Beltayn se encogió de hombros.

—Probablemente de cinco a diez minutos por semana.

—¡Mierda! —soltó Rawne.

—Pilla la última semana —dijo Mkoll—. No tenemos tiempo para más. Recemos porque haya algo utilizable en ella.

Beltayn miró a Rawne.

—Haz lo que dice —le ordenó Rawne.

Beltayn estableció el dispositivo, presionó las teclas de activación del transmisor y de su propio portátil, y la información empezó a descargarse del conector hasta el búfer de almacenamiento del equipo.

—¡Silencio! —les dijo Mkvenner desde la puerta.

Fuera, dos soldados de ocupación andaban por el patio charlando y fumando Iho. Hablaban de cosas triviales.

—Vamos —susurró Bonin—. Fumároslos y nos vamos.

Beltayn se levantó y caminó en silencio hasta su equipo, estudiando la pequeña pantalla.

—Pasa algo raro —susurró.

Rawne sintió que se le paraba el corazón.

—¿Qué quieres decir?

Botayn reinició su equipo y volvió al transmisor principal para hacer lo mismo.

—Está transfiriendo, pero los datos están encriptados. Tendré que empezar de nuevo. Lo que tengo hasta ahora no vale para nada.

—¡Joder! —susurró Rawne.

Los soldados del patio seguían fumando y charlando.

—Piensa, piensa… —se dijo Beltayn a sí mismo. Encontró el módulo de cifrado y lo examinó—. ¿Por qué no funcionas? ¿Por qué demonios no funcionas?

Se volvió a Rawne y Mkoll.

—Tiene un cierre de seguridad. El cifrado necesita una llave para empezara a ejecutarse.

—¿Un código?

—No, una llave de verdad. Va ahí dentro.

Mkoll volvió a los cuerpos de los operarios. Buscó en sus bolsillos y encontró una pequeña llave de acero en una delgada cadena alrededor del cuello de uno de los muertos.

—¿Es esta?

Beltayn la probó. Cuando la llave giró, el módulo de cifrado comenzó a zumbar. Dos luces del monitor se encendieron.

—Volvemos a la tarea —dijo, y volvió a activar la transferencia.

Bonin estaba muy seguro de que los dos soldados estaban a punto de irse cuando la puerta que daba al patio volvió a abrirse y un subalterno de uniforme salió corriendo con una hoja de papel en la mano. Se dirigía al anexo. Un ayudante con un mensaje urgente para que lo enviasen los operarios.

—Alguien viene —dijo Mkvenner.

—¿Hacia aquí? —preguntó Rawne.

—Justo hacia aquí —contestó Bonin.

Mkoll se acercó a la puerta.

—Dejadle entrar —dijo—. Dejad que entre y cargároslo. Sin ruidos.

El ayudante llegó a la puerta del anexo e hizo lo único que no se esperaban. Llamó a la puerta.

Los Fantasmas se miraron unos a otros sin saber qué hacer.

El ayudante volvió a llamar. Esperando en la puerta, balanceándose ansiosamente sobre sus pies, se giró y sonrió a los dos soldados. Uno de ellos gritó algo. El ayudante contestó y se rieron. Seguidamente volvió a llamar.

—¿Voi sahm, magir? —dijo en voz alta.

Todos miraban a Rawne.

—¡No lo sé! —dijo indignado moviendo los labios—. ¿Cómo demonios se dice «adelante»?

Lo único en lo que Rawne podía pensar era que Cirk lo habría sabido. Desesperado, profirió algunos sonidos inventados, entrecortados de forma deliberada para que pareciesen un ladrido incomprensible. Funcionó. El ayudante abrió la puerta y entró. Su sonrisa desapareció.

Vio tres soldados enemigos con unos mugrientos monos negros agrupados alrededor del transmisor principal. No vio a los otros dos que había a cada lado de la puerta detrás de él. Mkvenner puso la mano izquierda alrededor de la boca del mensajero antes de que pudiera pronunciar una palabra y le clavó el cuchillo de combate. Agarró al hombre, que tenía los ojos abiertos de par en par, mientras se movía y se agitaba.

Cuando cesó el movimiento, dejó el cuerpo en el suelo sin hacer ruido con la ayuda de Mkoll.

Bonin volvió a entornar la puerta con cuidado y echó un vistazo fuera. Los soldados se iban.

Mkoll bajó su mirada hasta el ayudante.

—Tenía prisa. Tal vez esperaban que trajese una respuesta rápida. Me apuesto lo que queráis a que lo echan de menos en los próximos quince minutos.

Rawne miró a Beltayn.

—¿Cuánto falta?

Beltayn estaba mirando la pantalla del equipo.

—Es lento. Diez, tal vez doce minutos más.

Aquellos minutos pasaron dolorosamente lentos. Bonin y Mkvenner en cuclillas junto a la puerta. Mkoll, sentado; totalmente quieto, en una de las sillas de los operarios. Rawne deambulaba, tamborileando con los dedos de su mano derecha sobre los nudillos de la izquierda. Se dio cuenta de que Mkoll lo estaba mirando fijamente, con los ojos entreabiertos. La inquietud de Rawne realmente molestaba al tranquilo y calmado jefe explorador.

Rawne miró a Mkoll.

—Soy un mayor —dijo con brusquedad—. Puedo hacer lo que me dé la gana, joder.

—Y en eso, muy a menudo, reside nuestro problema —respondió Mkoll con frialdad.

Todo el mundo lo miró. Con la posible excepción de Mkvenner, Mkoll era el hombre más reservado y sereno de los Fantasmas. Nunca antes nadie lo había visto entrar al trapo y soltar una pulla semejante.

—¿Has dicho algo? —dijo Rawne dando un paso hacia adelante.

La silla de Mkoll se arrastró hacia atrás cuando él se levantó. Rawne era lo bastante más alto que Mkoll, pero se cruzaron miradas asesinas.

—¿De verdad quieres recibir, gilipollas? —le dijo Mkoll.

Mkvenner y Bonin se habían levantado, flanqueando a Rawne desde detrás.

Aunque estaba rodeado por tres de los hombres más peligrosos del Primero de Tanith, Rawne pareció no inmutarse en absoluto.

—Sabes, capullo, creo que sí —respondió sin apartar los ojos de los de Mkoll.

—¡Oh, por feth! —gritó Bekayn tan alto que hizo que todos diesen un respingo —. ¿Qué le pasa, mayor? ¿Tiene planeado pelearse con todos los que forman el equipo de la misión antes de que hayamos acabado?

Los cuatro hombres lo miraron fijamente. Beltayn se echó hacia atrás con las manos levantadas.

—O también podría seguir metiéndome en mis asuntos.

La expresión de su cara hizo que Bonin se riese.

Los hombros de Rawne se relajaron ligeramente.

—El chico tiene razón. Por el amor del Emperador —murmuró—, ¿qué estoy haciendo?

Mkoll también se echó para atrás, mirando al suelo con los dedos en las sienes.

—Por el Trono Sagrado —dijo—. Ese era yo, ¿verdad? —Miró a Rawne—. Lo siento, señor. No sé cómo he soltado eso.

Rawne se mordió los labios y movió la cabeza con tristeza.

—Somos todos —le contestó—. Somos todos.

—La transferencia se ha completado —los avisó Beltayn. Comenzó a desacoplar su equipo y a recoger sus cosas.

—Vámonos —ordenó Rawne.

—Como dijo mi amigo el hombre de las comunicaciones —afirmó Bonin—, pasa algo raro.

Un camión, pintado con los colores de las fuerzas de ocupación, había parado en el patio durante su estúpido enfrentamiento. Cuatro hombres bajaron, y bajo la supervisión de un quinto, un hombre mayor y obeso con uniforme de sirdar, empezaron a cargar los fardos de panfletos de propaganda de la pila en la plataforma del camión.

—Esto no nos viene bien —comentó Bonin.

Rawne echó un vistazo.

—Emperador, bésame el culo —suspiró—. Van a tardar una eternidad en cargar toda esa mierda. Estamos atrapados aquí hasta que hayan acabado.

—O hasta que alguien venga buscando al del mensaje —dijo Mkoll.

—O hasta que salgamos y los matemos —sugirió Beltayn—. No yo, claro. Vosotros sois los tipos duros y peligrosos que pueden hacer cosas como esa.

—Lo último que queremos ahora es una pelea que pueda ir a más —dijo Mkoll.

El atardecer estaba convirtiéndose en noche. El toque de queda había sonado y las calles se estaban despejando. El equipo de Mkoll estaba tardando demasiado.

Gaunt había retirado al resto del grupo del callejón, donde estaban demasiado expuestos, y se habían metido en la parte trasera de una sastrería en ruinas, unas puertas más abajo. Larkin cubría el frente, Varl la retaguardia y Criid hacía de centinela en la puerta lateral de las instalaciones. Gaunt esperaba con Cirk, Landerson, Feygor, Curth y Brostin en una sala llena de maniquíes sin cabeza y patrones arrugados. Eszrah du Nocte acechaba en un rincón, hojeando lentamente un pesado catálogo y pasando con curiosidad sus grises dedos sobre las fotografías de atractivos caballeros y señoras que vestían los modelos de la última temporada.

—¿Qué querías decir con eso de que me marché? —preguntó Curth de repente.

—Ahora no, Ana —respondió Gaunt.

—No. ¿Qué querías decir?

Gaunt se levantó rápidamente y se marchó. Fue al pasillo trasero.

—¿Novedades? —le preguntó a Criid.

Ella negó con la cabeza.

—Mierda —dijo, y se volvió.

Cirk lo había seguido fuera. Bloqueaba la puerta.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Tu mujer no se marchó —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Fui yo quien se marchó, Ibram.

Gaunt la miró. Estaba a punto de responder cuando su microrreceptor sonó. Había dicho a Rawne que utilizase ese canal en caso de emergencia.

—¿Uno?

—Aquí dos. Tenemos el material. Pero estamos retenidos en el anexo. Unos idiotas están cargando un camión en el patio.

—¿Podéis encargaros, dos?

—Yo diría que no, señor. Podríamos encargarnos de ellos, pero la cosa se podría complicar rápidamente. No obstante, tampoco queremos quedarnos aquí sentados mucho más tiempo.

—Entendido, permaneced a la espera. Cuando escuchéis «plata», salid al callejón. Uno fuera.

—¿Problemas? —preguntó Cirk.

Alargó la mano y la puso en el pecho de Gaunt. Él la apartó.

—Ahora no, Sabbatine. Hablaremos de esto más adelante.

—¿De qué hay que hablar? —preguntó.

—Déjalo. —Gaunt volvió a la sala—. Todo el mundo en pie —les dijo—. Parece que es el momento de uno de esos sucesos que tanto teme la mayor Cirk.

—¿Una invasión planetaria? —bromeó ella con agudeza.

—Una maniobra de distracción —respondió.

—¡Por el Trono! —gruñó mientras su mandíbula sobresalía de forma amenazadora—. Muy bien, siempre que no implique a tu pirómano.

—Malas noticias, segunda parte —replicó Gaunt—. Brostin, esto es cosa tuya. ¿Ese maldito quemador sigue funcionando?

—Veremos, señor —respondió Brostin mientras se colocaba el arnés de la pesada arma sobre los anchos hombros.

—¿Varl? —llamó Gaunt.

Varl respondió rápidamente, entrando en la sala con el rifle láser preparado.

—Voy a salir con Brostin. Reúne al equipo, salid al callejón y esperad al grupo de Rawne. ¿Cirk?

—¿Sí, Ibram?

Gaunt no hizo caso de aquel trato familiar.

—La siguiente fase depende de ti y del señor Landerson. La célula de Leafering. ¿Cómo podemos encontrarlos?

—Puede que hayan cambiado las cosas, pero solía haber un punto de contacto en el Templo de la Santa, justo al oeste de aquí —le contestó ella.

«El Templo de la Santa —sonrió Gaunt—. Qué apropiado».

—De acuerdo —dijo—. Díselo a Varl, explícale cómo llegar hasta allí. Quiero que los dos estéis listos para guiar al equipo en cuanto nos unamos a vosotros. Si oís

la palabra clave… eh… «Sabbat», utilicemos «Sabbat»… Si la oís, seguid sin nosotros. Sin preguntas, Varl. En ese momento, el oficial de mayor graduación tendrá el mando de la misión.

—Sí, señor.

—Deja de sonreír, Varl —le dijo Gaunt—. Si las cosas van de culo ahora, podrías ser tú.

—El Emperador protege —dijo Varl con voz dulce—. Y también nos pone a parir desde muy alto.

Gaunt guió a Brostin por la parte delantera de la tienda y salieron a la calle vacía. El alumbrado público era pobre en esa zona, aunque algunas farolas brillaban más allá de la esquina, iluminando el bulevar que había frente a la comisaría. Oían el tráfico rodado y, procedente de algún lugar, el sonido de un gong.

Eso estaba bien. Había varios sonidos que Gaunt no quería escuchar, y el principal era el aullido de los lobos metálicos. No quería volver a escuchar ese ruido en concreto.

—¿Cuál es el plan? —susurró Brostin.

Gaunt estaba a punto de responder cuando una figura apareció detrás de ellos. Se dio la vuelta apuntando con su automática.

Era Eszrah.

—Atrás —susurró Gaunt—. ¡Vuelve con los demás!

El sonámbulo frunció el entrecejo sin comprender. Estaba claro que su vínculo era con Gaunt específicamente y no con el grupo en general. Eszrah du Nocte era propiedad de Gaunt y por tanto Eszrah du Nocte iría allí donde Gaunt fuese.

—Favorem, amicus… uh… —empezó a decir Gaunt—. Ah, que le den por el culo. Vamos. ¡Avans totus!

Eszrah asintió. Gaunt no se molestó intentando decir «y no hagas ruido». El partisano parecía incapaz de hacer algo así.

El trío se apresuró a cruzar la calle. Cuando pasaron por el portón abierto del patio, miraron y vieron a los soldados cargando el camión iluminados por los faros del vehículo.

Gaunt hizo señas a Brostin y Eszrah y se deslizaron por la abertura en dirección al bulevar principal.

—Esa —dijo Gaunt señalando a otra tienda abandonada que quedaba enfrente del puesto de vigilancia.

—¿Qué pasa con esa? —preguntó Brostin.

—Quiero que la quemes, Brostin.

Una enorme sonrisa surcó la cara de Brostin.

—Señor, eso es lo más bonito que me han dicho nunca.

Avanzaron hasta la entrada de la tienda y Gaunt forzó la puerta. Era una tienda de

tejidos. Era evidente que aquel era el barrio de las tiendas de moda de la ciudad.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —dijo Brostin—. Muchas cosas inflamables, mucha mecha.

—¿Mecha?

—Es una cosa de pirómanos. No se preocupe. Simplemente esté listo para irnos cuando lo avise.

Gaunt agarró a Eszrah por el brazo y lo llevó de vuelta al portal. Brostin dio una vuelta por el escaparate de la tienda, tocando fardos de tela y rollos polvorientos de materiales como si los estuviese evaluando. Se detuvo en una gruesa tela de terciopelo.

—Allá vamos —dijo.

Activó el disparador del alimentador para que saliera el promethium líquido de la boca del lanzallamas y derramó el combustible por el fardo y en otras pilas e hizo un reguero que llegaba a las paredes de la tienda.

Seguidamente reculó hasta el portal de la tienda, dejando un reguero de líquido que cruzaba la puerta tras de él. Se colocó el lanzallamas a la espalda, sacó una cerilla y se agachó.

—¿No vas a usar el lanzallamas? —preguntó Gaunt desde detrás.

—Una llamarada del lanzallamas convertiría este lugar en un horno. Pensé que quería que pareciese un accidente.

Gaunt asintió.

—Decidle hasta luego al señor fuego —susurró Brostin, y encendió la cerilla, que chisporroteó entre sus dedos—. Y preparaos para correr como demonios.

Brostin movió su peludo y tatuado brazo, no tan fuerte como para que se apagase la cerilla pero con la energía suficiente como para lanzarla un par de metros. Aterrizó en el reguero de promethium del suelo de la tienda y prendió inmediatamente. Unas llamas surgieron con un crujido y recorrieron el reguero de combustible hasta los empapados fardos de tela.

—Me encantaría quedarme a mirar —masculló Brostin—. Pero deberíamos irnos. Deberíamos correr.

Bajaron corriendo la calle en dirección a la boca del callejón de la parte trasera del patio. Detrás de ellos se produjo un ruido de succión y después una fuerte explosión que voló por los aires los cristales del escaparate de la tienda. Un torbellino de fuego envolvió la planta baja de la tienda y crepitó en el aire de la noche a través de las ventanas rotas.

Gaunt, Brostin y Eszrah se pusieron a cubierto tras el extremo del muro. Se escuchaban los gritos elevándose por encima del crepitar de las intensas llamas. Algunas figuras se precipitaron fuera del patio lanzando gritos de alarma. Dos, tres, cinco. El obeso sirdar fue el último en salir.

—Plata —dijo Gaunt.

Comenzaron a sonar alarmas de incendio. Brostin se colocó junto al extremo del muro, y vio cómo la llamas devoraban la fachada de la vieja tienda.

—Es simplemente maravilloso —susurró.

—¿Vienes o qué? —gritó Gaunt.

El equipo de la misión se reagrupó y corrió por los oscuros callejones, dejando atrás el feroz fuego. Ahora sonaban más alarmas de incendios y el resplandor iluminaba el cielo nocturno.

—¿Lo tenéis? —le preguntó Gaunt a Rawne.

—Lo tenemos. Pero hemos dejado tres cuerpos ahí atrás que les harán pensar.

—Entendido. ¿Cirk? ¿Dónde está ese templo?

—¡Por aquí! —exclamó.

Cruzaron dos calles más y recorrieron un bulevar vacío durante unos veinte metros. De repente, Cirk y VarI los empujaron para ponerse a cubierto. Se ocultaron en las sombras. Su pulso latía rápido. Medio oculto, un glifo pasó por el extremo de la calzada mientras su obscena luz se reflejaba en las pulidas losas. Curth tuvo que taparle la boca con las manos a Feygor para que dejase de gritar.

El glifo se había ido. Empezaron a moverse de nuevo. Se oía el ruido de sus pisadas sobre los duros adoquines.

—¡Oh, mierda! —dijo Varl.

Cinco excubitores habían aparecido de repente por el extremo de la calle. Miraron al grupo de figuras que tenían delante y comenzaron a levantar las carabinas láser.

—¡A cubierto! —gritó Gaunt.

Todo el mundo se dispersó a derecha e izquierda.

Todos menos Eszrah du Nocte. Había visto a esas criaturas antes. Alzó su ballesta y colocó un dardo de hierro en la frente de la primera figura. El excubitor voló hacia atrás y cayó al suelo. Eszrah recargó. El proyectil tintineó cuando se deslizó por el cañón del arco, atraído por los poderosos imanes. Volvió a disparar.

Un segundo excubitor cayó agitando los brazos. Hizo un fuerte ruido al golpear las baldosas. Su carabina se partió bajo su peso. Tranquilamente, el partisano volvió a cargar. Clinc-tup.

El resto de excubitores estaban disparando. Sus armas restallaron y algunos proyectiles pasaron silbando sobre la alta figura gris. Ni siquiera pestañeó.

Criid y Van, arropados por la mejor cobertura de la calle, se asomaron y dispararon sus pistolas automáticas. Las ráfagas sordas y entrecortadas derribaron a dos excubitores más.

El último excubitor comenzó a correr. Eszrah avanzó uno o dos pasos, apuntó y disparó.

Fue un disparo a largo alcance. El excubitor había desaparecido tras la esquina. El

proyectil envenado se estrelló detrás de su cráneo afeitado e hizo que se desplomase de cabeza con un ruido de huesos rotos.

—¿El templo? —instó Gaunt a Cirk.

—Por ahí —dijo ella.

El templo estaba vacío y en silencio. Era la cosa más triste que Gaunt había visto en Gereon. Los grupos de trabajadores del Iconoclave local habían reducido los iconos a escombros destrozado las estatuas. Habían pintado obscenidades en los murales.

Con las armas listas, el equipo se internó en las sombras. Cuerpos destrozados y descompuestos hacía ya tiempo yacían en el suelo de mármol del santuario interior, donde había sido asesinados meses atrás. Mujeres y niños pidiendo refugio a la Santa. Gaunt cerró los ojos.

Eso era exactamente lo que estaban haciendo en esos momentos.

Se dirigió hacia el altar en ruinas y se arrodilló. La cara de la Santa era sólo visible a través de los improperios y barbaridades que habían grabado las fuerzas de ocupación.

—Por favor —susurró Gaunt a la imagen desfigurada—. Por favor.

—No te escucha —dijo Cirk con brusquedad, y paso delante de él—. Aquí sólo estoy yo.

Cirk tomó un candelabro de oro abollado y lo movió para que mirase al norte.

—Ahora escondámonos y esperemos —dijo.

Un sacerdote del templo llegó justo después de la medianoche para realizar su culto prohibido y furtivo. Cuando vio el candelabro, hizo la señal del águila y se retiró de forma apresurada.

Una hora más tarde, volvió.

—¿Hola? —llamó.

Estaba jorobado y era viejo y de voz débil.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Gaunt se levantó y salió de las sombras.

—Hola —dijo.



VEINTISEIS

—Esto es inaceptable —dijo el coronel Noth—. Sencillamente inaceptable.

—Bueno, estoy seguro que quiere llegar a algún sitio con eso que ha dicho —respondió Gaunt—. Pero me gustaría que lo hiciese rápido.

Estaban en el sótano de un almacén municipal en el noroeste de Leafering. La célula local, cincuenta hombres fuertes y sorprendentemente bien armados, los había sacado del templo y llevado a un escondite. El equipo de la misión estaba allí, relajándose, durmiendo o bebiendo la sopa que les habían preparado en las crepitantes fogatas del sótano.

Maxel Noth era un hombre bajo y fornido de poco menos de cincuenta años. Su largo cabello moreno estaba mojado y recogido en una coleta.

—Viene aquí con esa historia increíble. Increíble. ¿Y tiene las agallas de pedirme que le crea?

—Tal vez quiera hablar con la mayor Cirk —sugirió Gaunt—. Ella también es de una célula.

—Eso dice ella. De la celda de Ineuron. Pero todo el mundo sabe que la celda de Ineuron fue descubierta y aniquilada hace aproximadamente una semana. Podrían ser cualquier cosa. Podrían ser informadores bien instruidos.

—Noth —dijo Gaunt con desánimo—. Necesito su ayuda. Estoy aquí para hacer un trabajo para el Emperador. Necesito amigos.

—¿Para hacer qué? —le preguntó sin rodeos el jefe de la célula—. Dicen que son guardias imperiales. ¿Están aquí para liberar mi mundo?

—Otra vez no… —suspiró Gaunt.

Landerson se acercó.

—¿Coronel Noth? Creo que deberíamos arreglar esto. El comisario coronel y su escuadra están aquí en una misión de extrema prioridad.

—¿Qué tipo de misión? —le preguntó Noth.

—No tengo ni idea. No me lo han dicho. Pero me fío de él, señor. Ballerat en persona me ordenó traerle a él y a su equipo.

—Ballerat, ¿eh? Un buen hombre.

—Está muerto, señor —le comunicó Landerson.

—¿De veras? ¿Muerto?

—Murió ayudando a la gente de Gaunt, eso debería hacerle ver lo importantes que los consideraba.

Noth se encogió de hombros.

—Esa no es la cuestión. Tal y como está Leafering, estamos entre la espada y la pared. No se puede esperar que nosotros…

—El Emperador lo espera, señor —lo interrumpió Gaunt. Noth lo miró fijamente.

—Entiéndalo, señor. Llevamos luchando de forma encubierta desde los últimos meses. Hemos utilizado nuestro anonimato para atacar almacenes de grano, cruces de vías y plantas de energía. Nada de lo que hemos hecho ha sido… vulgar o visible. La vulgaridad y la visibilidad llevan al descubrimiento y a la muerte. Entonces, esta noche, usted mismo reconoce que han entrado a duras penas en Leafering, iniciado incendios y matado oficiales de ocupación. Es increíble que no se hayan despertado los lobos. ¡Por el Trono, señor! ¡Va a hacer que nos descubran a todos!

—Tal vez lo haga —le dijo Cirk mientras se sentaba junto a Gaunt—. Coronel, cuesta creerlo…, lo sé…, pero tiene que entender que el comisario coronel está aquí por un motivo mucho más importante que usted y que yo. Mucho más importante que esta célula. Mucho más importante que Gereon. Por la voluntad del Emperador tal vez todos encontremos la muerte, y si Gaunt tiene éxito habrá valido la pena. Por favor, tómese esto en serio. Se trata del Imperio, y si Gereon tiene que arder para que ocurra, entonces que así sea.

Noth frunció el entrecejo.

—Me he estado tomando las cosas en serio desde que el archienemigo llegó a mi planeta. Todo tiene que ver con la vida y la muerte. No me dé lecciones sobre responsabilidad. —Miró a Gaunt—. ¿Qué necesitarían de mí? —le preguntó.

—Algunos suministros. Raciones, vendas, munición, granadas si las tienen. Entiendo que sus recursos son escasos para empezar. Aparte de eso, transporte. Deben tener rutas encubiertas para mover personal de un sitio a otro.

—¿Transporte hasta donde? —preguntó Noth.

—Espero poder decirle eso dentro de poco —respondió Gaunt.

—¿Algo más? —insistió Noth.

—Es posible que también le pida una maniobra de distracción —comentó Cirk con malicia—. Le gustan mucho.

—Es muy probable —admitió Gaunt.

Mkoll estaba sentado cerca de ellos, junto a una de las fogatas, deslizando cuidadosamente las células de energía de los rifles láser del equipo en las llamas. Todos los miembros del equipo tenían pocas municiones de energía y, aunque recargar las células era bastante sencillo, el suministro de energía local no era muy fiable. Exponer el receptor termal de una célula de energía al calor era un método drástico pero efectivo de recarga. No obstante, acortaba bastante la vida de los cargadores de energía.

Mkoll se había resignado. Tenía la impresión de que su esperanza de vida había quedado reducida a días, si no a horas.

Mkvenner se acercó con los últimos cargadores que había recogido de Criid y Varl. Ayudó a Mkoll a acercarlos al fuego.

—Eso no debería haber ocurrido —dijo Mkoll.

—¿El qué?

—Esa tontería con Rawne. No puedo creer que hiciera eso. Durante un momento no era yo, ¿sabes Ven? No era yo en absoluto.

—Curth dice que nos puede ocurrir a todos. Hemos estados expuestos a este mundo durante demasiado tiempo y estamos empapados de esa plaga. Dice que cambiará nuestra personalidad. Nuestro humor cambiará. Ya lo has visto.

Mkoll suspiró.

—Sí. Pensé que había escapado a su toque hasta ahora. —Se miró las manos y dejó el último cargador en el fuego. Al igual que todos, tenía la piel llena de sarpullidos y sus uñas habían empezado a ennegrecerse—. No vamos a salir de esta, Ven. Nuestros cuerpos se caen a pedazos y nos estamos volviendo locos.

—Pero si lo miramos por el lado bueno… —dijo Mkvenner.

Mkoll sonrió. «Esa fortaleza nalsheen …», pensó.

—No creo que nos destruya —continuó Mkvenner pensativamente tras una larga pausa.

—¿Qué? —preguntó Mkoll.

—El Caos. Nos avisan muy a menudo que la contaminación de los Poderes del Caos destruyen a un hombre como una enfermedad. Pero no es así como se siente, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando, Ven? Me siento mal de verdad.

—Nos está cambiando —dijo Mkvenner—. Eso es lo que hace. Por eso es tan…

peligroso. Mira a Rawne.

—¿Tengo que hacerlo?

—Rawne nunca se ha fiado de nadie. Ahora la corrupción se ha apoderado de él, ha hecho salir esa parte suya. La ha potenciado. Ahora está paranoico. Eso puede verse. Tan nervioso. Y la doctora Curth. Siempre había sido muy terca, pero en todo momento mantuvo alejada su furia por el coste de la guerra para poder centrarse en salvar vidas. Pero el Caos está dejando salir toda su furia oculta como si fuera un torrente. También Beltayn. Siempre ha sido un poco gallito, pero hacía lo posible por controlarse. Ahora te responde y dándoselas de listo. Y tú…

—¿Yo? —respondió Mkoll.

—Finalmente le estás diciendo a Rawne todas las cosas que siempre quisiste decirle. El Caos no nos destruye, busca las cosas que siempre estuvieron dentro y las hace salir. La fealdad, los defectos, lo peor de nosotros. Esa es la razón por la que la humanidad debería temerle realmente. Hace salir lo peor de nosotros, pero lo peor ya está ahí.

—Puede que tengas razón —dijo Mkoll mostrándose de acuerdo.

—Puede —afirmó Mkvenner—. O puede que esa idea sea fruto del Caos que ha sacado mi peor parte.

Beltayn, al otro lado del sótano, estaba trabajando con su equipo de comunicaciones. Larkin estaba sentado a su lado.

—¿Qué tal va? —le preguntó.

—Lento. Hay demasiado material que revisar. Me estoy dejando la vista.

Beltayn estaba desplazándose por el registro de transmisiones que había copiado del transmisor de comunicaciones del enemigo.

La pantalla de visualización del equipo era pequeña y se estaba esforzado en ver los datos.

—Está desencriptado, pero voy a tener que pasarlo todo por el sistema de traducción del equipo y ya sabes lo desesperante que es. Sólo un conocimiento rudimentario de las formas de comunicación del enemigo. Montones de palabras aparecen como «no encontradas».

—¿Qué has obtenido? —le preguntó Larkin.

Sólo lo que vale la pena de la última semana, pero sólo eso son miles de transcripciones. Primero voy a examinar el registro de las emisiones de datos principales del enemigo. Parece el mejor sitio para comenzar.

—¿Necesitas ayuda?

Beltayn lo miró.

—Tengo la mejor vista de los Fantasmas —le dijo Larkin—. Ve a tomar un poco de esa asquerosa sopa y déjame hacerlo a mí.

Gaunt durmió durante unas tres horas. Al principio no había soñado, pero después

empezaron a venirle imágenes. Vio hielo y nieve, que podían ser de Hagia, el mundo santuario. Un lobo plateado corría por los campos nevados sin dejar rastro. Llegó a un grupo de árboles negros y miró atrás. El lobo tenía los ojos de Rawne.

Procedente de algún lugar, empezó a escucharse un grito. Distante pero claro. La voz de un hombre gritando, y gritando con mucho dolor. Conocía la voz. ¿Quién era?

El lobo había desaparecido. Por motivos de la lógica de los sueños, se abrió una puerta en medio de los árboles y salió una figura. Era la Santa, pero también era Cirk. El estigma de su mejilla era una águila.

Su boca se movía a medida que hablaba, pero los sonidos no estaban sincronizados con sus labios.

—Bajo la piel. Lo que importa está en el interior.

Seguidamente volvió a entrar por la puerta, como una imagen reproduciéndose hacia atrás, y la puerta se cerró.

Entonces los gritos empezaron a escucharse más alto, hasta que no hubo nieve, ni hielo, ni puerta, ni árboles, ni siquiera sueño. Sólo gritos. Entonces Beltayn lo despertó. A Gaunt le pareció estupendo. Bostezó y se estiró. Larkin estaba detrás de Beltayn.

—¿Y bien?

—Creo que lo tenemos —le comunicó Beltayn—. Larkin lo ha visto.

—¿Y?

—Estaba en el canal de mando principal. Varias transmisiones ayer y anteayer. Existe actividad en el bastión de Lectica. Según yo lo veo, hay un montón de altos cargos que se están reuniendo allí. La transmisión utiliza nombres en clave para el personal importante. Es algún tipo de reunión de alto nivel.

—Bien —dijo Gaunt—. Pero el bastión es una de las fortalezas principales de Gereon. Una reunión de altos cargos no sería un acontecimiento poco frecuente.

Beltayn asintió.

—Uno de los nombres en clave es «eresht». Eso significa paquete o algo así. Quien tenga el nombre en clave «eresht» parece que ya está en el bastión. El resto vienen a verlo. Han sido convocados para verlo. Señor, en los primeros datos de inteligencia reunidos antes de la misión, «eresht» se utilizaba como la palabra clave para nuestro objetivo.

Gaunt se golpeó las mejillas con las manos y miró al suelo.

—¿Sigue allí?

—Sí, señor.

—Por el Sagrado Trono, sigue allí. —Gaunt levantó la mirada hacia Beltayn y Larkin—. Bien hecho, los dos. Vamos a hablar con el coronel Noth. Y traed a Cirk y al señor Landerson también. Es hora de que sepan la verdad.

—Nuestra misión aquí en Gereon es encontrar y eliminar a un individuo —dijo Gaunt.

Los Fantasmas estaban sentados formando un semicírculo alrededor de Gaunt. Nada de lo que iba a decir su jefe les era nuevo. Lo era para Landerson, Cirk, Noth y cuatro de sus principales tenientes.

—¿Un individuo? —le preguntó Noth. Se rio—. ¿Quién? ¿El plenipotenciario? No puedo pensar en nadie tan importante como para invertir tantos esfuerzos. Ni siquiera el plenipotenciario, en caso de que fuera él. El Anarca simplemente sustituiría a ese sapo de Isidor por otro… —Su voz se fue apagando—. Por el Trono Sagrado, ¿no está aquí, verdad?

—¿Quién?

—¡El puto Anarca! No está en Gereon, ¿verdad?

—No —respondió Gaunt—. Nuestro objetivo es un hombre llamado Noches Sturm.

—¿Un hombre? —dijo Landerson. Tras toda su paciencia y confianza se sintió defraudado.

—De hecho, es un prisionero. El archienemigo lo retiene en el bastión de Lectica.

Noth se incorporó.

—¡Dije que todo esto era un montón de tonterías! ¡Está loco!

—Siéntese coronel —le pidió Gaunt.

—No quiero formar parte de…

—Coronel Noth, el hombre del que le acabo de hablar también tiene un rango. Noches Sturm es el lord general militante Sturm de la Guardia Imperial.

Noth pestañeó y se volvió a sentar. Landerson lanzó una larga y silbante exhalación.

—¿Tienen a un lord general? —preguntó Noth.

—Hace ya varios meses que lo tienen. Como se pueden imaginar, esto supone un riesgo de seguridad crítico para los ejércitos de la cruzada. No es exagerado decir que podría cambiar el curso de toda la guerra en los Mundos de Sabbat. Un lord general sabe… bueno, ¿por dónde empiezo? Códigos de guardia, patrones de cifrado, distribución de fuerzas, despliegue de ejércitos, situación de las flotas, planificaciones tácticas, protocolos de comunicación, debilidades, puntos fuertes, secretos.

—¿Cómo demonios lo atraparon? —preguntó Landerson.

—Accidente —dijo Gaunt—. Y hasta cierto punto, por una mala estimación que hice yo.

—¿Qué? —exclamó Cirk—. ¿Por eso ha acabado en esta pesadilla de misión? ¿Para arreglar el hecho de haber dejado que lo capturaran?

Gaunt la miró.

—No, Cirk. Estoy aquí para arreglar el hecho de no haberlo matado cuando tuve

la oportunidad.

—No entiendo —dijo Noth.

—Sturm es un traidor, coronel. Hace varios años, él y yo éramos los responsables de la defensa de una ciudad colmena del planeta Verghast. Fue muy reñido, ganamos por poco. En el peor momento, temiendo por su propio pellejo, intentó abandonar la colmena y escapar. Sus acciones debilitaron la defensa y casi nos cuestan la batalla. Como comisario de mayor rango, lo arresté por deserción y cobardía. Decidió tomar la salida honorable, pero entonces convirtió esa oportunidad en otro intento de fuga. Le corté la mano y lo detuve. Debería haberlo ejecutado, en aquel lugar y en aquel momento.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó Cirk.

Gaunt vaciló.

—Después de todo lo que había hecho, Cirk, pensé que quería que sufriese. Quería que soportara la vergüenza de un consejo de guerra, la humillación pública. Una simple ejecución sumaria en el campo de batalla, algo dentro de mis posibilidades, habría sido demasiado sencillo. Además, como comisario podía ver el valor de un consejo de guerra. Esa humillación pública, el juicio y la ejecución de un lord general servirían de mensaje a todos los comandantes demasiado diligentes y ambiciosos: no se debe jugar con el nuevo señor de la guerra. Sturm fue transportado para ser detenido a la espera del juicio. Este se programó para mediados del año pasado, pero se interpuso el contraataque de todo el Grupo Khan. Por desgracia, Sturm estaba de camino para el consejo de guerra cuando su nave fue capturada por una escuadra enemiga. Se dieron cuenta con rapidez del trofeo tan valioso que habían conseguido por accidente.

Uno de los oficiales de Noth alzó la mano.

—Señor, ¿no es demasiado tarde ya? Es decir, lo más seguro es que Sturm haya revelado ya todos sus secretos, ¿no?

—Sobre todo si lo torturan —añadió Noth.

—El Gremio Astropático colocó a Sturm un cierre mental cuando fue detenido. Es una práctica habitual en estos casos. El consejo habría desactivado el cierre en el juicio para que se pudiera hacer un examen cruzado de Sturm.

—Entonces, ¿no puede decirles nada? —preguntó Landerson. Gaunt se encogió de hombros.

—No de forma voluntaria, señor Landerson. Pero el archienemigo tiene psíquicos poderosos. Un cierre mental es difícil de desactivar, pero no imposible. No, me temo que la única forma de asegurarnos de que Sturm no revele sus secretos es que muera con ellos.

—Si es tan importante —dijo Noth—, ¿porqué enviar sólo un grupo de soldados? ¿Por qué no enviar a la flota y aplastar el bastión desde la órbita?

—Por la misma razón por la que aún no ha empezado la liberación de Gereon, coronel —le contestó Gaunt—. Todavía estamos repeliendo el contraataque. La flota está al límite, y además, no habría garantías. Con un bombardeo, nunca habríamos estado seguros de si habíamos acabado con Sturm.

—Sabe que el bastión de Lectica no es el típico sitio en el que se entra tan tranquilamente, ¿verdad? —dijo Noth en voz baja.

Gaunt asintió.

—Va a hacer falta una planificación escrupulosa y mucha suerte.

—¿Están seguros de que está allí? —preguntó Cirk.

—Tan seguros como podemos. Los datos de inteligencia que se recogieron antes de la misión indicaban que el bastión era con certeza el lugar en el que el enemigo tenía retenido a Sturm. Había muchas posibilidades de que lo trasladaran, pero mi oficial de comunicaciones ha logrado acceder y leer las transmisiones recientes de los canales de mando del archienemigo.

Gaunt miró a Beltayn. Este se aclaró la garganta.

—El enemigo se refiere a Sturm utilizando la palabra clave «eresht», que quiere decir paquete o algo parecido. Es seguro que sigue allí. De hecho, parece que se está preparando algo grande. Un gran número de altos cargos se están reuniendo en el bastión para encontrarse con él.

—¿Algo grande? —dijo Noth—. ¿Como… la ruptura del cierre mental a lo mejor?

Bekayn se encogió de hombros.

—Yo no soy quién para decirlo. Es imposible traducir muchas de las transmisiones. Pero sabemos que está allí. Se emplean varias claves para referirse a él. «Eresht» es la principal. También utilizan «pheguth», pero mi sistema no puede dar significado a esa palabra.

Rawne se paseó por la habitación asintiendo con la cabeza.

—¿Tal vez la mayor Cirk pueda decírnoslo?

Cirk miró a Rawne.

—No me pidan una traducción literal. La palabra es complicada. Muy desagradable. De forma general significa traidor.

Noth se incorporó.

—Reuniré todos los mapas y gráficos que pueda encontrar. Empezaremos a trazar un plan de entrada. Cirk también habló de una maniobra de distracción. Eso me parece muy importante. Un gran estruendo para atraer la atención del enemigo. Esta noche me pondré en contacto con el resto de jefes de célula del interior. Juntos podremos contar con unos seiscientos guerreros. No debería ser difícil coordinar un ataque conjunto sobre el bastión, especialmente si le digo a mis colegas al mando que hay una oportunidad de destruir toda una multitud de altos cargos del enemigo de un

golpe. Esa es una oportunidad que la resistencia no puede dejar pasar.

—Coronel —dijo Gaunt en voz alta—. Se da cuenta de que eso es mentira, ¿verdad? Incluso con seiscientos hombres, las posibilidades de atravesar las puertas son escasas. No es probable que llegue a acercarse a los altos cargos.

Noth asintió.

—Sé que es mentira. Pero tengo que decirles algo a los comandantes si voy a persuadirlos para que sacrifiquen todas sus células sólo para que ustedes entren.



VEINTISIETE

—¿Qué demonios es ese ruido? —preguntó Sturm.

El lexígrafo, que estaba detrás de él, tecleó las palabras.

—¡No copies eso, idiota! —le gritó Sturm—. ¿Desolane?

Era media tarde, pero la luz ya estaba desapareciendo, como si se acercara una tormenta. Los servidores recorrían los largos pasillos del bastión para encender las lámparas. Había mucha actividad en toda la fortaleza. Habían estado llegando transportes y aeronaves todo el día, y los patios principales estaban repletos de tropas recién aterrizadas. Sturm disfrutó de saber que todo aquello era en su honor. Toda aquella agitación, todas las ceremonias formales que se iban a llevar a cabo en su honor.

—¡Desolane!

El protector vital se encontraba en el otro extremo de la galería de mármol hablando con varios sirdars de la guardia del bastión. Los oficiales se habían vestido para la ocasión con unos extravagantes uniformes de gala repletos de fruncidos dorados y botones de plata. Las gorgueras del cuello tenían gemas engarzadas y los cascos de plata que sostenían bajo el brazo estaban festoneados de plumas blancas.

Desolane despidió a los sirdars al oír la llamada de Sturm y se apresuró a acercarse al general.

—¿Señor?

—Ese ruido tan desagradable, Desolane. ¿Qué es?

—Es la banda del Primer Escalón de Mando, señor. Están ensayando para la recepción de esta noche. El gran sirdar Brendel insistió en que la banda tocara cuando llegara el plenipotenciario.

—Ese Brendel es un idiota.

—Es gran sirdar del ejército de ocupación, señor. Será uno de los dignatarios de mayor rango que le hará preguntas cuando comiencen las entrevistas formales.

—Le diré lo que quiera saber —bufó Sturm—. Y le diré que su banda es una desgracia con la que debería acabar.

—Debe hacer lo que crea oportuno, por supuesto.

Recorrieron juntos la galería, con el lexígrafo pegado a sus talones. Humiliti acababa de sacar otro fajo de papeles impresos del rollo de la máquina y se lo había entregado a un servidor para que lo llevara a los archivos. El lexígrafo había seguido a Sturm durante todo el día por el bastión anotando todos y cada uno de los comentarios del general. Ya había tenido que cambiar dos veces de rollo de papel.

Sturm estaba de un humor magnánimo, deseoso de hablar, aunque mostraba un cierto desprecio hacia su servidor enano. Los recuerdos volvían sin parar. Algunos eran pequeños y fragmentados; otros, largos y complicados. Sturm disfrutó contando todo lo que se le venía a la cabeza para que el lexígrafo lo anotara. Revivió los acontecimientos de ciertas acciones, los detalles de los uniformes con los que había servido, algunos hechos de su infancia, la personalidad de los hombres que había conocido, el pasado de su familia, su primer éxito en el campo de batalla.

En un momento dado, a primera hora de la tarde, se había detenido en seco y lo había anunciado con voz fuerte.

—Solomillo asado de grox, poco hecho, nada pasado. Ese es mi plato favorito. Acabo de recordarlo. Es curioso que no recordara eso.

Soltó una breve risa. Desolane tomó nota mental de que debía asegurarse de que hubiera solomillo asado de grox en el menú del banquete. Poco hecho, nada pasado.

Al protector vital le pareció que Sturm estaba desesperado por transcribir al papel todos los recuerdos. El general en jefe había especulado con la posibilidad de «escribir una autobiografía completa», ya que sólo una obra de ese calibre era adecuada para un hombre como él, de su talla e importancia.

—La historia debe conocerme, Desolane, ya que la historia se transformará por mi causa.

Desolane había asentido con respeto. El protector vital no tenía ningún deseo de interrumpir el flujo de recuerdos urgentes de Sturm, ya que cada nuevo recuerdo parecía traer otros detrás. Un pensamiento llevaba a otro, una idea le recordaba a Sturm una docena de nuevas cosas que decir.

Pero lo cierto era que todo aquello era fruto de la desesperación. Parecía que

Sturm deseara que se registrara todo por si acaso lo olvidaba de nuevo. Lo cierto era que el cierre mental había sido muy cruel. Sturm no quería sentirse tan perdido jamás.

El general llevaba puesto el sencillo uniforme de las fuerzas de ocupación que Desolane le había encontrado, pero ya había insistido en que debían encontrar «algo más digno» para las ceremonias formales de la noche.

—Desolane, algo con entorchados, por favor. Una chaqueta larga y un fajín. También una gorra de oficial, ¿o es pedir demasiado?

—Me ocuparé de todo ello —le contestó Desolane.

En aquellos momentos, mientras la luz del día se apagaba, salieron desde la galería hasta la amplia balconada de mármol que daba a la doble escalera de la sala principal del bastión. Los candelabros de cristal ya estaban encendidos y unos enormes estandartes de seda decoraban las paredes mostrando las insignias de varias unidades, los símbolos de los Grandes Poderes y, en el centro, la insignia del propio Anarca.

Sturm había empezado a hablar de nuevo, algo sobre una ceremonia formal a la que había asistido y que se parecía mucho a aquella. Humiliti anotó todo lo que decía y tan sólo se detuvo para recargar de tinta el artefacto. A sus pies, los soldados y los sirvientes se apresuraban arriba y abajo por el amplio suelo de la sala empujando carritos cargados de copas de cristal y de comida traída por los transportes.

Desolane tenía muchas cosas en las que pensar. La seguridad en el bastión debía ser perfecta. Aparte del propio Sturm y del ensalzado plenipotenciario, había trescientos ocho ordinales superiores y oficiales de estado mayor que iban a llegar antes de que cayera la noche. La mayoría llevarían consigo sus protectores vitales o sus guardaespaldas, pero Desolane se sentía el responsable último y principal de su seguridad. El protector vital había supervisado en persona cada detalle de la seguridad después del intento de asesinato sufrido por Sturm. Desolane no se atrevía a delegar aquello en ninguno de los sirdars y no se sentía cómodo con la idea de confiar en nadie más para que se cumpliera aquella tarea.

—Están llegando más ordinales —comentó Desolane al tiempo que señalaba hacia las enormes puertas de la sala.

—¿Tengo que salir a recibirlos? —pregunto Sturm.

—No, ya le serán presentados de un modo formal en la recepción, cuando haya llegado el plenipotenciario. Ese es el ordinal Ouflen. Es un lingüista experto y querrá preguntarle sobre los lenguajes de batalla del Imperio. Junto a él se encuentra el ordinal Zereth, que está especializado en propaganda. Le preguntará sobre la moral del Imperio y los métodos que se pueden emplear para socavar la confianza y la motivación del guardia imperial corriente. Quien entra por la puerta ahora mismo es la comandante sirdar Erra Fendra Ezeber, del mando especial. Ella tiene mucho interés en conocer sus tácticas y también su astucia y sutileza.

—¿Qué es eso? —le preguntó Sturm señalando una figura enorme vestida con una túnica de bordes de piel que acababa de entrar e iba escoltada por dos servidores de plata.

—Ah. Es Pytto, un agente del almirante de flotilla Oszlok. Él le hará muchas más preguntas. Tácticas de combate de la flota imperial, puntos débiles de las naves, es posible que incluso la disposición de la flota. Ha pasado bastante tiempo desde que podía acceder a esa clase de información, pero el almirante tiene la esperanza de que será capaz de señalar los puertos seguros y los puntos de anclaje utilizados por las naves de guerra imperiales. Un ataque sorpresa a un puerto seguro imperial podría acabar con una parte importante del poder de combate espacial del señor de la guerra.

—He dicho algo sobre eso antes, ¿verdad? —dijo Sturm volviéndose hacia Humiliti, quien asintió con energía—. Ha sido esta mañana. Recordé algunos detalles de los puestos de anclaje ocultos en la atmósfera superior de uno de los planetas base del Grupo Khan. El enano lo anotó todo. Asegúrate de que los fragmentos relevantes de la transcripción le son entregados a nuestro estimado almirante con mis felicitaciones.

—Quizá debería descansar un poco —le sugirió Desolane.

—Lo haría si esa puñetera banda dejase de tocar.

Desolane se inclinó un poco para mostrar su asentimiento.

—El plenipotenciario llegará dentro de tres horas, y será entonces cuando comenzarán las formalidades. Por lo que sé, desea comenzar con una ceremonia en la que usted jurará lealtad al Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás. Después de eso creo que le concederá un rango honorífico, comandante sirdar o algo así, y le impondrá una medalla por sus esfuerzos y cooperación.

Sturm asintió.

—Eso es algo inteligente. Será bueno reforzar la percepción que tienen estos comandantes de que soy un hombre de importancia.

Desolane se sentía un poco divertido. Sturm no era capaz de ocultar el orgullo que llenaba su alma. Había recuperado el respeto, la admiración, el poder, después de tanto tiempo.

—Haré que le preparen un baño en sus aposentos, señor —le indicó Desolane—. También enviaré a unos sirvientes para que lo ayuden con su ropa. Iré a verlo quince minutos antes de que comience la ceremonia. Y ahora, señor, si me disculpa.

Desolane hizo otra reverencia y bajó las escaleras de forma apresurada, deteniéndose tan sólo para dar unas cuantas instrucciones a un grupo de excubitores. Luego, el protector vital bajó hasta la sala principal y se acercó al invitado que acababa de llegar.

Mabbon Etogaur llevaba su habitual atuendo de cuero marrón, pero las botas y los botones estaban pulidos y había añadido una insignia dorada con el emblema del

Anarca en el botón del cuello. También llevaba una pistola láser de aspecto caro en la funda del cinturón y una espada de energía corta y curvada en una vaina muy adornada.

—Etogaur —lo saludó Desolane acompañado de una inclinación.

—Protector vital. Me pediste que viniera pronto.

—¿Sabe por qué?

—Por seguridad, o eso decía el mensaje.

—Así es.

Mabbon Etogaur se giró e hizo un gesto de asentimiento en dirección a los dos hombres que lo acompañaban. Eran dos soldados enormes de grandes músculos que llevaban puestos unos uniformes de color ocre con fajines dorados y cascos blancos con un semivisor que les cubría la mitad de la cara. Estaban en posición de firmes, rígidos, mirando hacia adelante y con los rifles láser cruzados sobre el pecho.

—Va a ser una noche magnífica —dijo Mabbon—, y no veo por qué no puede ser una ocasión adecuada para que los dignos comandantes de las fuerzas del Anarca tengan una primera impresión de los Hijos de Sek. He traído un destacamento de sesenta hombres, los mejores del campamento. Confío en que eso servirá de ayuda para los preparativos de seguridad.

—Me siento halagado —contestó Desolane—. La mayoría deberían desplegarse en el patio superior, listos para la revista. Me gustaría que unos cuantos estuvieran preparados para reforzar las puertas principales y la muralla durante el banquete. ¿Podría disponer también de dos de ellos para que protegieran al pheguth…, perdón, al general Sturm en sus estancias privadas?

Mabbon asintió.

—Me pediste que trajera a los dos en los que más se podía confiar, protector vital, pero te voy a contar algo curioso. A lo largo de las semanas de entrenamiento les he estado hablando a los hombres de vez en cuando del… pheguth, y de cómo al final les proporcionaría conocimiento y sabiduría. Casi llegaron a adorarlo ante semejantes expectativas. Después, el otro día, cuando llegó para pasarles revista en aquel campo, cuando Sturm perdió el conocimiento delante de ellos…, temí que le perdieran todo el respeto. Ya sabes que los Hijos de Sek desprecian la debilidad.

—¿Y? —le pregunto Desolane.

—Tú estabas allí, protector vital. Viste cómo Sturm se recuperó, cómo se puso en pie y se enfrentó a ellos sin una pizca de vergüenza, y les soltó un discurso. Así de fácil. Fue increíble. Ese hombre tiene verdadero carisma. Es un líder nato. No me extraña que ascendiera hasta un rango tan elevado en el ejército del Falso Emperador.

—Estoy de acuerdo. Fue algo inspirador.

—Fue asombroso. Verás, el problema es que cuando me pides que elija a los dos en los que se puede confiar más, no sé a cuales escoger. Los Hijos de Sek adoran al

general Sturm, casi lo idolatran, y todos morirían por proteger su vida.

—Al general le encantará oír eso.

—¿No es él quien está en esa balconada?

Sturm todavía seguía donde Desolane lo había dejado. Hablaba sin parar, contándole al lexígrafo algún nuevo detalle que había recordado.

—Lo es. Lleva todo el día caminando por los pasillos del bastión, recordando.

—¿Recordando qué? —preguntó Mabbon Etogaur, extrañado.

—Por lo que yo sé —contestó Desolane—, todo.

El bastión era gigantesco. Bajo la luz cada vez más débil parecía formar parte de la monstruosa cadena de montañas que lo rodeaban, discernible tan sólo gracias a las miles de ventanas iluminadas que salpicaban sus costados. La construcción consistía en un gran torreón central flanqueado por dos torres de menor tamaño que se apoyaban como anchos hombros contra el edificio central. Había un patio superior, rodeado por una muralla de apoyo, y luego la parte baja, rodeada por otra inmensa muralla.

A medida que se acercaban pudieron distinguir las baterías de defensa desplegadas en los emplazamientos de la muralla, con la potencia de fuego suficiente para repeler el ataque de una brigada sin el menor esfuerzo. Un flujo continuo de aeronaves descendía hacia el campo de aterrizaje que había en el interior de la muralla de menor tamaño. Las luces de aterrizaje parpadeaban bajo el frío aire de las montañas. Naves de vigilancia, lanzaderas, transportes. La flor y nata de la jerarquía del archienemigo se daba cita en el reluciente bastión aquella noche.

La única carretera que llevaba al bastión subía serpenteando por el profundo valle que se abría a los pies de la fortaleza. Había placas de hielo en la carretera y tan sólo una valla pequeña y frágil impedía la caída por uno de los lados. El abismo que se abría por ese lado era tan profundo que el fondo se perdía en la negra oscuridad.

Las diez ruedas del transporte resbalaron.

—Mantén la vista en la carretera —dijo ella. El conductor, que llevaba la capucha echada, asintió.

La carretera estaba repleta de tráfico. Vehículos de transporte de soldados, de mercancías, vehículos blindados y los espléndidos carruajes de motor de los ordinales que llegaban por tierra. Todos ellos se dirigían hacia la fortaleza. En los puntos de control situados bajo las puertas principales se habían formado colas debido a que los soldados de la fuerza de ocupación y los excubitores comprobaban cada vehículo que llegaba.

Bajaron de velocidad y se unieron a la cola principal. El gran motor del transporte tosió y petardeó.

—¡No dejes que se pare!

—Ya vale, ¿de acuerdo?

Ella miró por el espejo retrovisor de la puerta y vio que ya tenían unos cuantos vehículos detrás formando cola.

—Atención —dijo el conductor.

Dos excubitores, a los que la respiración formaba nubecillas de vapor al salir de las rejillas de ventilación, habían empezado a recorrer la fila de vehículos dando órdenes.

—*¡Voi shet! ¡Abenna barat voir! ¡Mej! ¡Mej!*

—¿Qué pasa? —preguntó el conductor.

—Quiere que nos quitemos de en medio, que nos echemos a un lado. Tenemos que dejar espacio.

—*¡Ahenna barat voir! ¡Mej! ¿Avar voi squen? ¡Mej!*

—¡Échate a un lado! ¡Vamos! Quieren que dejemos pasar algo.

—Lo intento, ¿vale? —se quejó el conductor—. Este pedazo de chatarra es… una chatarra.

Aceleró un poco y tiró del pesado volante para girar el enorme vehículo y pegarlo a la rocosa cuneta. Los demás vehículos de la fila, delante y detrás de ellos, hicieron lo mismo siguiendo las órdenes de los excubitores.

Esperaron, y después de uno o dos minutos, un transporte enorme acompañado de cuatro vehículos de escolta pasó a buena velocidad. Le indicaron por señas que siguiera adelante y que ni siquiera se detuviera en el puesto de control.

—Debe de tratarse de alguien importante —comentó ella.

—Recuérdame que averigüe quién es para matarlo más adelante —le contestó el conductor.

La fila comenzó a avanzar de nuevo con lentitud.

—Tú tranquilo. Tú mantente tranquilo. Haz lo que yo te diga y déjame hablar a mí.

—¿Y si eso no funciona?

—Despídete de tu culo.

Tardaron otros diez minutos en llegar al puesto de control exterior. Los guardias estaban comprobando de forma minuciosa todos los vehículos. Ella vio que habían hecho salir de la fila al menos a tres camiones a los que estaban inspeccionando. Los encargados de los transportes esperaban fuera, bajo el frío, con las manos en la cabeza mientras los apuntaban con las armas y los perros tiraban de las cadenas en su afán por morderlos.

—Si eso nos pasa a nosotros… —murmuró el conductor.

—No nos pasará —lo tranquilizó ella—. Porque lo vamos a hacer bien. Bien, allá vamos.

Se detuvieron delante de la barrera bajada del puesto. Los soldados de ocupación rodearon el camión. Ella vio el emplazamiento de un cañón láser a la izquierda. El

arma apuntaba directamente al vehículo. Tres excubitores se acercaron. Uno de ellos sujetaba las cadenas de un par de feroces perros.

La mujer abrió la ventanilla cuando el excubitor principal llegó a su altura.

—¿Voi shet? ¿Hakra atarsa?

—Autorizada, magir. Estoy autorizada.

El excubitor puso en marcha el traductor de su comunicador.

—¿Qué sois?

—Reparto de mercancías, magir. De Gorneli. Comida. Tenemos que llevarla a la cocina antes de que se estropee. Los ordinales se disgustarán mucho si la carne se pudre y…

—Cállate —la cortó el excubitor—. Hablas demasiado, autorizada.

—Sí, magir.

El excubitor que llevaba a los perros dio una vuelta con ellos alrededor del vehículo. Los animales ladraron y husmearon.

—¿Tu estigma? —le preguntó el excubitor jefe.

Ella giró la cara y le mostró la mejilla.

—¡Muéstrame tu autorización! —le exigió.

Ella se remangó y sacó el brazo por la ventanilla.

—*¡Eletraa kyh drowk!* —le dijo d excubitor a sus compañeros.

—*¡Chee ataah drowk!* —le contestó el otro. Sacó un largo artefacto de metal del cinturón y colocó un extremo sobre el imago. La mujer se puso tensa cuando sintió a la criatura retorcerse en el interior del brazo. Varias runas del artefacto se encendieron.

—*Fehet gahesh* —le dijo el excubitor a su compañero.

—Puedes proceder, autorizada.

Ella hizo un gesto de asentimiento al conductor, quien metió una marcha al motor. Sin embargo, la barrera no se levantó.

—¡Espera! —le ordenó el excubitor.

Los dos perros estaban nerviosos. No paraban de gruñir y de olisquear en la parte trasera del camión de diez ruedas. El encargado de los perros gritó unas cuantas palabras y el excubitor le contestó antes de mirarla de nuevo.

—Los perros han olido algo. Debemos registrar el transporte. Retrocede y aparca ahí.

—Claro que han olido algo, magir —dijo la mujer con rapidez—. La carga es carne cruda. Filetes y carne de pecho para asar, algunos cuartos traseros y cuatro groxes enteros. Huelen la sangre. Lo extraño es que no hayan entrado de un salto.

El excubitor se lo pensó un momento. Se giró y le gritó algo a su compañero que ella no entendió. El encargado de los perros le contestó.

—Puedes entrar.

El excubitor asintió y la barrera se levantó.

—Gracias, magir.

El camión avanzó por la pendiente hasta pasar por debajo del arco de la puerta principal.

El interior estaba repleto de vehículos ruidosos, todos con los faros encendidos. La sombra nocturna que se extendía detrás del lienzo de la muralla era especialmente oscura. Los excubitores dirigían el tráfico con varas luminosas hacia los destinos apropiados. Ella asomó un poco el cuerpo por la ventanilla, le dijo a uno de los excubitores lo que llevaban y recibió las instrucciones adecuadas. Entró de nuevo en la cabina del camión y cerró la ventanilla.

—A la derecha. Por ahí, hacia donde van esas camionetas.

—De acuerdo —contestó el conductor.

Se acercaron al baluarte interior y entraron en el lugar por una de las numerosas poternas. En el interior, ya debajo de las inmensas murallas del bastión, condujeron hasta llegar a un pequeño patio que servía como zona de descarga para las cocinas.

—Aparca ahí. Ahí, detrás de esos camiones. Métete pegado a la pared del patio.

El conductor asintió y obedeció las instrucciones. Detuvo el camión de diez ruedas y apagó el motor. Ambos soltaron unos largos suspiros de alivio.

Varl se separó del volante y se bajó la capucha. Le sonrió a Cirk.

—Eso estuvo cerca —le dijo.

—Lo sé —le contestó ella.

—Cerca de feth. Por un momento…

—Lo sé —repitió Cirk.

—Estuviste genial. Le vacilaste a esos guardias. ¿Naciste siendo una mentirosa, o te sale de forma natural?

—Ni siquiera has empezado a ver de lo que soy capaz, soldado.

—Sí, pero eso ha sido muy improvisado. Te besaría.

—No lo hagas.

Él lo hizo de todas maneras y Cirk sonrió.

—Venga, sigamos —dijo ella antes de golpear con un puño el panel de separación con el compartimento de carga.

En la parte trasera del vehículo de transporte los grandes trozos de carne sangrienta colgaban de ganchos del techo, mientras que las mejores piezas estaban colocadas en bandejas y protegidas con papel encerado. El aire estancado apestaba a sangre.

Gaunt oyó los golpes.

—Preparaos —les dijo a los Fantasmas.

Todos se pusieron en pie, reunieron su equipo y se colocaron en fila delante de la puerta trasera.

—¿Todo bien? —le preguntó Gaunt a Landerson.

El guerrillero de la resistencia empuñaba el rifle automático nuevo que la gente de Noth le había entregado.

—Señor, quería agradecerle otra vez que me haya permitido…

Gaunt se llevó un dedo a los labios.

—Ha llegado hasta aquí, así que sería una descortesía muy grave no dejarlo venir, señor Landerson.

Gaunt miró a Eszrah du Nocte, el otro extraño en el grupo. Gaunt no quería que el partisano participase en la misión de esa noche, pero había sido imposible disuadir al sonámbulo de que se separara del comisario.

Gaunt y Mkvenner le habían estado explicando de forma cuidadosa durante el viaje por las tierras centrales lo que estaba en juego y lo que se esperaba de él.

—Abrimos las puertas —dijo Mkoll.

—Adelante —contestó Gaunt.

Las grandes puertas traseras del camión chirriaron al abrirse y los Fantasmas bajaron de un salto a la oscuridad, uno por uno. Gaunt fue el último en salir. Caminaron agachados y se reunieron con Cirk y con Varl para recorrer con rapidez el espacio a oscuras entre los transportes aparcados y la pared del patio.

Habían tardado casi un día entero en llegar hasta el bastión desde Leafering. La gente de Noth lo había preparado todo. Habían utilizado las carretas de los avitualladores para atravesar los campos y llegar a un pueblo llamado Gornell, a los pies del enorme macizo montañoso. Allí, la célula local, bajo el mando de una mujer llamada Thresher, los había acogido. Noth le había enviado los detalles de la misión a ella, quien había estado esforzándose por encontrar un modo de que el grupo entrara en el bastión. Un contacto que tenían en una de las compañías carniceras de Gereon los había informado que les había llegado un pedido de última hora de grox para el personal del bastión y de que estaban preparando un camión para enviarlo.

A partir de ese punto no habían tenido más ayuda.

Pegados a las sombras de las paredes, envueltos en sus capas de camuflaje, los Fantasmas se dirigieron a las entradas iluminadas que daban a las cocinas. Los encargados iban y venían con carritos llenos de comida y se oían los gritos dando órdenes contra el trasfondo de las conversaciones. El calor y el olor a comida impregnaban la brisa de las montañas.

Mkoll y Mkvenner iban por delante. Comprobaron una de las entradas con las manos alzadas para indicar precaución y luego las movieron con rapidez para avisar de que se podía pasar.

El grupo se apresuró a cruzar la entrada iluminada, que daba a un pasillo de paredes de piedra con puertas a la derecha de las que salían vapor y olores de cocina.

Mkoll les indicó que siguieran avanzando y corrieron por el pasillo hasta llegar a

un cruce. ¿Derecha, izquierda o las escaleras que tenían delante y llevaban arriba?

Arriba, le ordenó Gaunt por señas.

Subieron por las escaleras deteniéndose en cada rellano, las pistolas con silenciador en la mano.

Cinco pisos más arriba alcanzaron un pasillo ventilado iluminado por grandes velas. Se pegaron de nuevo a las paredes y aprovecharon las sombras para avanzar de una a otra. Los diagramas del bastión que Noth había conseguido eran malos e incompletos, pero bastaban para indicarle a Gaunt que las cocinas se encontraban en la torre de la derecha, y que cualquier invitado de la importancia de Sturm estaría alojado en el torreón principal, probablemente en los pisos superiores.

Oyeron música procedente de algún punto lejano. Una música marcial discorde y desagradable. Bonin les indicó con la mano que cruzaran la siguiente intersección y se quedó de guardia con la pistola en alto hasta que pasó el último de ellos. ¿Qué era aquel griterío que se oía?

Había unas aspilleras cerca. Rawne se colocó al lado de una y echó un vistazo al exterior.

—Estamos en el torreón principal —les comunicó con un susurro.

«Ahora empieza la parte difícil —pensó Gaunt—. Como si todo por lo que hemos pasado hubiera sido lo fácil». El bastión era enorme, con miles de estancias. Sturm podía estar en cualquiera de ellas.

Subieron por otro tramo de escaleras y llegaron a una galería elevada. La galería había estado repleta antaño de grandes cuadros al óleo representando a la nobleza de Gereon y a los comandantes de ejército. En las paredes ya sólo quedaban los marcos dorados. Habían arrancado a cuchilladas las telas y pintado un signo del Caos en cada hueco de pared visible.

El viento gemía por la larga galería de piedra. Oyeron nuevos acordes de la música triunfal que resonaba en el patio, muy por debajo de ellos.

Un arco que había al otro extremo de la galería llevaba a un amplio rellano de escalera. Gaunt todavía estaba decidiendo hacia dónde ir cuando por la esquina aparecieron tres soldados de las fuerzas de ocupación.

Landerson parpadeó sorprendido. Sus muertes habían sido tan rápidas… Apenas se acababa de dar cuenta de la aparición de los tres soldados cuando ya estaban muertos. Los tres exploradores limpiaron los cuchillos de plata y ocultaron los cuerpos en un guardarropa apestoso que había al otro lado del rellano.

El grupo siguió avanzando por un largo pasillo que salía del rellano y en el que se abrían numerosas puertas que conducían a dormitorios privados.

Mkoll alzó una mano.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gaunt con un susurro cuando se detuvieron.

—No lo sé, señor. ¿No hay alguien cantando?

Gaunt indicó por gestos al resto del grupo que permanecieran allí y cruzó el frío pasillo con Mkoll. Él también lo oía. Un canturreo, unas risas. Voces que conversaban.

Una de las puertas estaba abierta.

Era un aposento regio, alumbrado por globos luminosos. Dos mutantes con cuernos, sirvientes del bastión, estaban haciendo la cama. Uno de ellos estaba cantando una tonada sin compás mientras otro parloteaba sobre algo mientras alisaba la cama de cuatro postes y baldaquino. Había un carrito de madera cerca de la puerta lleno de escobas, trapos de limpieza; tarros de lejía, bolsas con hierbas aromáticas y pilas de sábanas limpias.

Gaunt asintió en dirección a Mkoll y se puso a la vista con la pistola en alto.

—Sturm —dijo con claridad—. ¿Dónde está?

El mutante que estaba más cerca de la cama defecó por el miedo y le arrojó el cepillo alisador que tenía en la mano. Gaunt se agachó y lo mató de un disparo. El otro gimió y salió corriendo hacia la puerta. Mkoll lo atrapó, pero la bestia era sorprendentemente fuerte y se lo quitó de encima. Gaunt se giró con rapidez y el silenciador zumbó dos veces. El sirviente fugitivo cayó de bruces contra el carrito de madera y lo arrastró en su caída.

—Lo siento, señor —se disculpó Mkoll mientras se ponía en pie—. Supongo que soy más lento a causa de la edad.

Gaunt sabía que no se trataba de eso. No quiso pensar en los verdaderos motivos por los que las reacciones de Mkoll eran más lentas.

Criid y Mkvenner se acercaron hasta el aposento y los ayudaron a esconder los cadáveres de los mutantes debajo de la cama. Criid también recogió el carrito derribado.

—¡Señor! —lo llamó Criid.

Había encontrado un rollo de pergamino que se había caído del carrito. Se lo entregó al comisario.

Era una larga lista de nombres o de títulos, y a cada uno le correspondía un número. Aparte de eso, no tenía ningún sentido.

—¡Cirk! —la llamó Gaunt a su vez en voz baja. Ella se acercó—. ¿Puedes leerlo?

La mayor estudió con atención el pergamino.

—Es un registro de habitaciones —dijo—. Existe una lista de ordinales, de dignatarios y de oficiales superiores, y ésta es una lista de las habitaciones que se les han asignado para alojarse. Quienquiera que fuese el que escribió esta lista no quería que nada se pasara por alto. Todo está anotado hasta el último detalle. Cada una de las necesidades que tienen.

Mira, aquí lo dice: «el ordinal Cluwge exige una habitación que dé al sur». Y aquí: «La cama del gran sírdar debe hacerse con sábanas de cáñamo y se debe colocar

una sola lámpara en su mesita de noche».

—Sí, pero…

—Ya lo había pensado —lo interrumpió ella—. Aquí está. Dice que el gran apartamento del piso decimosexto debe quedar preparado para «el pheguth». Tiene que tener el baño listo. También dicen algo sobre un uniforme. Bla, bla. Por lo que parece, quiere sábanas de algodón.

Cirk lo miró.

—¿Y el decimosexto piso? —le preguntó Gaunt.

—Según esto, estamos en la novena.

Gaunt asintió.

—Acercaos —los llamó. El grupo se reunió a su alrededor—. Aquí es donde nos separamos —les dijo Gaunt.

La lanzadera del plenipotenciario, repleta de focos, aterrizó en el patio superior. La banda comenzó a tocar, con los instrumentos de viento resonando por encima de los tambores. Se formó una guardia de honor para recibirlo. A sus espaldas, las largas filas de soldados de las fuerzas de ocupación se pusieron en posición de firmes y las falanges de ordinales inclinaron las cabezas.

El plenipotenciario Isidor Sek Encarnado bajó de la aeronave. Dos gigantescos marines del Caos lo flanqueaban con gestos feroces en el rostro y las armas en la mano. Detrás de ellos salieron cuatro minotauros, que bufaron por el aire frío. Sostenían los palos de la sombrilla que protegía la cabeza altiva del plenipotenciario.

Saludó con indiferencia a la multitud que gritaba enfervorizada, incluidos los soldados que entrechocaban sus armas. El gran sirdar se acercó a él y se inclinó en una reverencia. Desolane, que estaba a su lado, se inclinó también.

Isidor asintió y permitió que le besaran las manos al mismo tiempo que la banda comenzaba a tocar una nueva pieza.

—¿Me espera el general Sturm? —preguntó Isidor haciéndose oír por encima del estruendo de la música.

—Os espera, magir —le contestó Desolane.

El plenipotenciario tardó veintisiete minutos en recorrer la larga alfombra. Se detuvo con frecuencia para saludar a los sirdars de las filas y luego comenzó a hacer lo mismo con los ordinales, permitiéndoles que se arrodillaran y le besaran los dedos.

Para entonces, Desolane ya había enviado un mensajero para que avisara al pheguth.

Sturm estaba de pie, admirándose en el largo espejo del vestidor. Se tiró de las mangas.

—No está mal. La chaqueta me aprieta un poco, pero el fajín es excelente.

El lexígrafo siguió anotando todo lo que decía.

—¡No escribas eso, gusano!

Humiliti se encogió de miedo y sacó el borrador para eliminar las líneas que acababa de escribir.

—¿Dónde estaba? —preguntó Sturm mientras paseaba por la estancia.

El lexígrafo le mostró las hojas que salían impresas de la máquina. Sturm leyó la última parte.

—Ah, sí. La colmena Vervun. Todavía tan cerca de mí bárbaro cierre mental… ¿Estás copiando esto, macaco?

Humiliti asintió sin dejar de teclear con energía.

—Todavía tan cerca de mi irrazonable e inhumano cierre mental, tengo cierta dificultad para recordar los detalles, pero poseo un recuerdo bastante claro del asunto, por supuesto. Gaunt era mi contrapunto. Ese individuo no tenía talento para la milicia. Para lo que tenía talento era para las malas acciones. Verás, era un miembro del Comisariado, como ya creo que he dicho. ¿Ya lo había dicho?

El lexígrafo leyó unos párrafos anteriores y luego asintió.

—Era un miembro del Comisariado, la división de disciplina. Si quieres saber mi opinión, no eran más que maniobras políticas. Ese tipo no era más que un cabrón egoísta. ¿Y las acusaciones? Déjame que te pregunte esto: ¿has conocido a alguien al que acusaran de un modo tan injusto? ¿Deserción? ¿Es de extrañar que odie tanto al Imperio? Llevaba toda mi vida sirviendo al Dios Emperador… ¿Y qué es lo que les permite hacer a unos lacayos suyos? ¡Cabrones! ¡Era un lord militante general!

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Sturm.

La puerta se abrió y uno de los Hijos de Sek se asomó a la estancia.

—Magir. El plenipotenciario lo espera.

Sturm se puso la gorra.

—Vamos.

El coronel Noth, oculto detrás del borde irregular de la carretera que llevaba al bastión, se ajustó el casco y miró a la hilera de soldados.

—A mi señal —susurró por la línea de comunicación—. Tres, dos, uno… ¡Adelante!

La resistencia de Gereon se lanzó al asalto de las puertas del bastión de Lectica disparando todas sus armas.

—¡Gereon resiste! —gritó Noth—. ¡Gereon resiste!



VEINTIOCHO

La oleada de guerrilleros de la resistencia avanzó como una marca, atravesando el punto de control y abatiendo a todos los excubitores y guardias. Los soldados que estaban en los emplazamientos de armas del comienzo de la carretera ni siquiera tuvieron ocasión de responder a los disparos. Las granadas de rifle acabaron rápidamente con su participación en la ocupación de Gereon.

La tormenta de disparos procedente de cientos de guerrilleros fue tan feroz que los últimos transportes de la cola que esperaban permiso para entrar en el bastión acabaron acribillados y uno estalló en llamas.

—¡Avanzad! ¡Avanzad! —gritó Noth por encima del estruendo de los disparos—. ¡Las murallas y la puerta!

Cientos de granadas de rifle llovieron sobre la superficie inclinada de la muralla y la cubrieron de explosiones. Algunas lograron pasar por encima de las almenas y aterrizaron sobre la parte superior de la muralla destrozando las baterías allí colocadas. Sin embargo, la enorme cantidad de armas desplegadas sobre la muralla comenzaron a responder al fuego y diezmaron las filas de guerrilleros que se aproximaban al bastión. Las cadenas de la entrada tiraron de las grandes hojas de las puertas.

Los guerrilleros habían reunido todos sus recursos y habían desplegado todos los miembros y las armas que les quedaban en los almacenes secretos. Al menos una

docena de tubos lanzacohetes y veinte morteros portátiles contestaron a los disparos de las murallas. Los siseantes cohetes impactaron en salvajes oleadas y uno de ellos voló toda una sección de las almenas. Los trozos de mampostería y los muertos cayeron por fuera de la muralla.

Pero si la puerta principal se cerraba, nada de aquello serviría. Noth miró a su alrededor con desesperación mientras seguía corriendo. Los disparos láser cruzaron el aire por todos lados. Un guerrillero que corría justo delante de él se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo. Otro salió despedido por la explosión de un cañonazo.

Noth vio el camión. No era mis que otro camión de suministro que subía por la carretera que daba al bastión. Sólo que no lo era.

Esquivó a los vehículos destrozados en el puesto de control y aceleró para romper la barrera. Cruzó el espacio que lo separaba de las puertas a toda velocidad.

La guardia del bastión lo acribilló desde la muralla, destrozando las ventanas de la cabina, agujereándolo de arriba abajo y reventando la rueda trasera, pero siguió avanzando. Noth vio cómo el conductor se bajaba de un salto.

El transporte se estampó contra las puertas con un terrible crujido metálico. Las cadenas siguieron tirando de las puertas, pero el transporte destrozado había quedado incrustado entre ellas. El chasis metálico se deformó cuando las enormes puertas se cerraron un poco más, pero luego las cadenas empezaron a tirar sin resultado.

«¿Por qué está tardando tanto? —pensó Noth—. ¿Por qué está…?».

Casi una tonelada de explosivos en forma de masilla de ficelina, todo lo que habían reunido las distintas células de las tierras centrales, explotó por fin en la parte trasera del camión.

El destello rojizo fue lo bastante brillante para cegar, y cuando llegó el martillazo sónico de la onda expansiva, un segundo más tarde, fue tan potente que lanzó al suelo al coronel Noth y a muchos de los guerrilleros. Algunos de ellos estaban demasiado cerca de la explosión y acabaron vaporizados.

Pero grandes trozos de las puertas también quedaron atomizados.

Un humo de olor repugnante que arrancaba lágrimas de los ojos los rodeó mientras en el aire seguían cruzándose centenares de disparos. Noth se puso en pie.

—¡A las puertas! ¡Vamos! ¡A las puertas! —les gritó a sus hombres—. ¡Gereon resiste! ¡Gereon resiste!

Las primeras explosiones iluminaron el otro lado de la muralla como relámpagos. Luego, un enorme estallido lanzó restos en llamas por los aires en mitad de la noche en la zona de la puerta principal.

Las multitudes reunidas en el patio interior se dieron la vuelta y se quedaron heladas. La banda dejó de tocar. Se produjo un repentino sentimiento general de asombro y luego se oyeron gritos y las filas se rompieron. Todos se dieron cuenta de que las

baterías de defensa de las murallas habían abierto fuego.

Desolane echó a correr. Los protectores vitales del plenipotenciario ya lo estaban llevando de regreso a la seguridad de su aeronave. A su espalda se oyó un rugido creciente entre las filas de los dignatarios allí reunidos.

—¡Las tropas a las murallas! —ordenó Desolane—. ¡Ahora mismo! ¡Excubitores, llevad a los ordinales al interior del bastión! ¡Ponedlos a salvo!

Los hombres corrían en todas direcciones alrededor del protector vital. Desolane agarró a un sirdar de la guardia del bastión.

—Reúna a su grupo —le ordenó—. El general Sturm viene de camino. Intercéptelo y escóltelo de regreso a sus aposentos. Yo iré dentro de poco.

—¿Habéis oído eso? —susurró Bonin.

Mkoll asintió. El estremecimiento provocado por la explosión se había notado incluso a través de las gruesas paredes del bastión.

—El ataque ha comenzado —dijo Landerson, e hizo el signo del áquila.

Una parte de él, el de su ferviente patriotismo, deseaba estar allí afuera, luchando con la resistencia, pero Gaunt lo había escogido para un honor mayor.

—¿Estamos listos? —preguntó Mkoll.

—Casi —le contestó Varl.

Estaba terminando de colocar con mucho cuidado una carga de demolición flexible en la parte baja de la pared del pasillo. Criid y Brostin cubrían un extremo del corredor y Beltayn y Bonin el otro. Aquella mitad del equipo, bajo la dirección de Mkoll, se había separado de la otra mitad, la de Gaunt. Su misión era sembrar la confusión y provocar tantos daños como fuera posible. El coronel Noth les había reservado una caja de cargas de masilla de ficelina que VarI llevaba en un morral de tela. Treinta cargas más los detonadores. El equipo de Mkoll había bajado por la fortaleza mientras el de Gaunt había subido, colocando cargas en lugares estratégicos. Del morral ya había salido la tercera parte de su contenido.

Varl colocó un detonador en la masilla blanda.

—Listo —dijo.

Los detonadores estaban preparados para hacer estallar las cargas a los diez minutos de colocarse. En cinco minutos, la primera de las cargas estallaría.

—¡Vámonos! —ordenó Mkoll.

La escuadra bajó y llegó a otro rellano. Bonin tiró de ellos para que se pusieran a cubierto antes de que un pelotón de las fuerzas de ocupación bajara por la escalera. Las alarmas sonaban por todas partes. El ruido de combate en el exterior era cada vez más fuerte.

Los Fantasmas entraron de nuevo en el rellano en cuanto los soldados desaparecieron, y bajaron otros dos pisos.

—Aquí —le dijo Mkoll a Varl señalando una sección de la pared. Varl se puso manos a la obra mientras los demás montaban guardia.

—Oigo pasos —advirtió Bonin—. De arriba.

—¿VarI? —preguntó Mkoll.

—¡Estoy en mitad de la faena!

—¡Feth! —masculló Mkoll. Le señaló a Bonin y a Criid las escaleras con un gesto.

Los dos se colgaron los rifles de los hombros y desenfundaron las pistolas con silenciador. Bonin se puso en cabeza. Criid oía también los pasos. Botas, bastantes pares de ellas, que corrían.

Ambos empuñaron con firmeza las armas.

Seis soldados del bastión aparecieron a la carrera por el ancho rellano. Criid y Bonin se apresuraron a acribillados. Los soldados enemigos cayeron como bolos. Criid tuvo que dar un paso a un lado para esquivar uno de los cuerpos.

Cinco de ellos murieron en el acto. El sexto, herido, logró empuñar su rifle automático antes de que Bonin le metiera un tiro justo entre los ojos.

Sin embargo, los dedos del individuo moribundo apretaron el gatillo y el rifle automático disparó una ráfaga de proyectiles.

Criid y Bonin se miraron el uno al otro. Ambos se habían agachado y ninguno de los dos tenía ni siquiera un rasguño. La ráfaga había abierto una larga fila de agujeros por la pared curvada de la escalera. Había algo de humo en el aire.

En la estrechez de la escalera, los disparos habían sido ensordecedores. Oyeron unos gritos por encima de ellos.

Sturm se detuvo tan de golpe que los Hijos de Sek que lo estaban acompañando dieron unos cuantos pasos más y lo dejaron atrás. Humiliti casi se estampó contra las piernas de Sturm.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿Perdón, señor?

—¿Es que no lo oyes? Son disparos. Explosiones.

Sturm abrió la puerta de un dormitorio cercano y se acercó hasta una de las estrechas ventanas que daban al patio interior. La estancia tenía las luces apagadas y estaba desocupada. Para cuando Sturm llegó a la ventana, el resplandor ambarino procedente del exterior le iluminaba la cara.

—Están atacando el bastión —murmuró asombrado—. Hay un gran fuego en las puertas, y más explosiones…

Tragó saliva con dificultad. Aquella visión estaba trayendo consigo más recuerdos. Sentimientos. La aprensión del combate, el palpitar de la adrenalina.

Los Hijos de Sek se miraron el uno al otro.

—Deberíamos llevarlo de regreso a sus aposentos, señor —dijo uno de ellos—.

Estará a salvo allí.

Sturm asintió.

—Eso será lo mejor, hasta que la situación se encuentre bajo control.

Regresaron al pasillo y volvieron por el mismo camino. Los dos Hijos de Sek empuñaron sus armas, preparados para disparar.

Humiliti suspiró, se dio media vuelta, y trotó detrás de ellos.

En el decimosexto piso, lejos del conflicto que se desarrollaba en el exterior, la escuadra de Gaunt cruzó un pasillo casi por completo en silencio hacia la puerta de una antesala. Gaunt iba en cabeza, con una pistola bólter en la mano, flanqueado por Mkvenner, que empuñaba el rifle automático que le había entregado la resistencia.

Detrás de ellos iba Eszrah du Nocte, con la ballesta preparada, junto a Ana Curth, que llevaba una pistola con silenciador. Más atrás, el resto del grupo, Rawne, Larkin, Feygor y Cirk, cubrían la zona del pasillo que daba al rellano.

Gaunt y Mkvenner entraron en tromba en la estancia, apuntando con las armas en todas direcciones. Las lámparas estaban encendidas, pero allí no había nadie. Era una sala de estar preciosa, con sillas de cuero, una mesa de juego y un espejo de cuerpo entero. Una puerta llevaba al dormitorio contiguo. El suelo estaba cubierto de ropas, partes de un uniforme de las fuerzas de ocupación. También había una elegante bañera de bronce llena de agua jabonosa. Mkvenner tocó un costado de la bañera.

—Se está enfriando. La han utilizado hace poco. Se nos ha escapado.

—Si realmente ésta era su habitación —contestó Gaunt—. Comprobemos el resto de la planta.

Bonin y Criid llegaron retrocediendo del rellano.

—¡Tenemos que irnos! ¡Ya! —gritó Bonin.

Unos cuantos disparos los siguieron por la escalera, estrellándose contra las paredes curvas.

—¡Vámonos! —ordenó Mkoll.

—¡Ya está! —gritó Varl mientras recogía el resto del equipo.

La escuadra se amontonó en el siguiente pasillo, una galería amplia con las paredes revestidas de paneles de madera. Mkoll estaba en la parte posterior, indicándoles por señas a los otros que siguieran. Estaban a mitad de camino cuando aparecieron los primeros soldados del bastión en la puerta que daba a la escalera.

Mkoll se apoyó sobre una rodilla y abrió fuego con el rifle láser.

—¡Primero y Único! —gritó.

Varios de los soldados enemigos cayeron abatidos por los disparos láser. Los demás respondieron al fuego con sus rifles automáticos.

Criid y Landerson se giraron y sumaron su potencia de fuego a la de Mkoll. Los proyectiles sólidos y los rayos láser se cruzaron durante varios segundos por el pasillo

destrozando los paneles de madera y las lámparas. Landerson sintió que un proyectil le pasaba rozando el muslo izquierdo, pero siguió disparando.

Un estampido sordo hizo que el suelo se estremeciera. La primera carga explosiva de Varl había estallado.

Aparecieron más soldados del bastión. La zona de la puerta estaba sembrada de cadáveres, pero continuaban intentando entrar en el pasillo.

Mkoll, Landerson y Criid retrocedieron pegados a las paredes de la galería hacia el resto de la escuadra, que ya estaba situada al otro extremo de la galería.

Beltayn fue el primero en salir.

—¡Mira antes! —le gritó Bonin, pero el oficial de comunicaciones ya había salido.

El disparo siseante de una carabina láser alcanzó de lleno a Beltayn en la espalda y lo tiró de bruces al suelo.

—¡Bekayn! —gritó Bonin.

Corrió hacia él se puso a disparar con una sola mano mientras con la otra intentaba arrastrar a su camarada de vuelta al pasillo. Los soldados y los excubitores del archienemigo bajaban en masa por las escaleras de aquel lado.

La escuadra de Mkoll estaba atrapada.

Gaunt oyó el estampido de la segunda carga de Varl procedente de un piso varios rellanos por debajo. Estaba a punto de sugerir que quizá se habían equivocado de planta cuando por la esquina aparecieron tres figuras a menos de diez metros de ellos. Eran dos soldados enormes, vestidos con unos amenazadores uniformes de color ocre, con otro hombre entre ellos.

Era Noches Sturm.

Los ojos de Sturm se cruzaron con los de Gaunt durante una décima de segundo. Fue un instante de sorprendente reconocimiento mutuo. Luego, los soldados de amarillo empezaron a disparar.

Gaunt sintió que una bala le atravesaba el hombro izquierdo. Se estrelló contra la puerta de una habitación cercana. Mkvenner se había lanzado de cabeza contra Gaunt y había conseguido que ambos quedaran a cubierto de forma parcial en la jamba de la puerta para esquivar los continuos disparos de los extraños soldados enemigos. Los demás se pusieron a cubierto a sus espaldas. Para cuando Rawne consiguió colocarse en una especie de posición de disparo, los dos guerreros de ocre habían conseguido retroceder de un modo experto hasta la esquina sin dejar de cubrir a Sturm en todo momento.

—¡Era él! ¡Era él! —les gritó Gaunt.

—¿Gaunt? ¿Gaunt? ¿Cómo es…? ¿Cómo es posible que esté aquí? —se preguntaba Sturm en voz alta.

Humiliti no sabía si debía anotar aquello, pero lo hizo de todos modos. Los Hijos

de Sek llevaron con cierta rudeza al general hasta el apartamento más cercano, abrieron la puerta de una patada y lo metieron dentro.

—¿Cómo es posible? —exigió saber Sturm—. ¿Cómo puede estar pasando esto?

Los Hijos de Sek no le contestaron. Rawne, Mkvenner y Feygor ya habían aparecido en la esquina y les estaban disparando. Sus oponentes se pusieron a cubierto en las puertas del pasillo y utilizaron sus grandes y pesados marcos para protegerse mejor. Contestaron al fuego de los Fantasmas con ráfagas cortas y controladas que obligaron a sus oponentes a ponerse a cubierto de nuevo.

—¿Cómo? —aullaba Sturm—. ¿Cómo?

Gaunt llegó hasta la esquina y no hizo caso de los intentos de Curth por vendarle la herida del hombro. Los disparos cruzaban zumbando por la parte posterior de la pared.

—¡Sólo son dos! —gritó Rawne.

—¡No hacen falta más! —le contestó Mkvenner también a gritos—. ¡Tienen todo el pasillo cubierto, y son buenos de feth!

Gaunt ya lo sabía. Los guardaespaldas de Sturm habían reaccionado con la velocidad y la seguridad de las tropas de élite.

—Sean dos o doscientos, vamos a acabar con ellos ahora mismo —les dijo Gaunt.

Sin embargo, de repente, también comenzaron a llegarles disparos por la espalda.

La escuadra de guardias del bastión que Desolane había enviado para interceptar a Sturm acababa de llegar al otro extremo del piso decimosexto. Estaban entrando a la carrera en el pasillo atraídos por el sonido del tiroteo.

Larkin, Cirk, Eszrah y Curth ya habían abierto fuego.

El resonar del combate en el patio exterior era intenso. Hacía que temblara el frío aire nocturno y el eco de las montañas circundantes lo devolvía Buena parte del lienzo de muralla cercano a las puertas principales estaba envuelto en llamas, lo que generaba un brillo infernal que iluminaba la enorme columna de humo que se alzaba de las propias puertas.

Desolane llegó al baluarte. Las reservas de tropas del bastión, junto a las compañías visitantes, estaban desplegadas detrás de la muralla interior. Estaban comprobando sus armas.

Desolane se acercó a un grupo de oficiales superiores.

—Informe.

—Han conseguido de algún modo reventar las puertas principales y entrar en los patios interiores —dijo un sirdar.

—Hemos sellado el baluarte —le informó otro—, pero están atacando con fuerza.

—¿Cuántos son? ¿Y quiénes son?

—Varios centenares. Varios informes sin confirmar indican que se trata de la

resistencia.

—¡Por supuesto que lo es!

—Esto es una infamia imperdonable —anunció el gran sirdar Brendel—. Por supuesto, le presentaré al plenipotenciario mis más humildes disculpas por este miserable fallo de seguridad.

Se oyó un rápido sonido siseante seguido de un crujido. Todos los oficiales se encogieron por un momento. Uno de los cuchillos ketra de Desolane había partido en dos el casco y la cabeza del gran sirdar. El cadáver cayó hacia atrás.

—Le ahorraré el trabajo de aceptarlas —susurró Desolane. El protector vital se volvió hacia los demás oficiales superiores—. Este idiota estaba confundido. La seguridad del bastión, la del plenipotenciario y la del pheguth son asunto mío. ¡Mío! Seguiréis mis órdenes y acabaréis con esto en seguida. ¿Dónde está el etogaur?

—Aquí, protector vital —dijo Mabbon poniéndose a la vista.

—Necesito un comandante en el que pueda confiar para eliminar esta revuelta de forma inmediata. ¿Están listos los Hijos de Sek?

—Están impacientes, protector vital.

—El mando del campo de batalla es suyo. Sirdars y demás oficiales superiores: obedeced al etogaur.

Se oyó un rápido coro de respuestas afirmativas.

—¡Preparaos para desplegaros! —gritó Mabbon—. ¡En nombre del Anarca, cuyas palabras ahogan a todas las demás! ¡Adelante!

—¿Protector vital?

Desolane se giró.

Era un oficial de la escala inferior, que se acercaba jadeante.

—¿Qué?

—Informes de explosiones —dijo entre jadeos—. Del interior del bastión.

Desolane lo empujó a un lado y empezó a cruzar a la carrera el patio interior que llevaba al torreón central.

—¡Agáchate, por feth! —gritó Brostin antes de apretar el gatillo del lanzallamas modificado.

El arma gorgoteó, tosió y por fin escupió un chorro de líquido llameante por la puerta que daba al rellano de las escaleras. Empezaron a oírse aullidos.

Mkoll, Criid y Landerson ya se habían reunido con ellos, sin dejar de disparar contra los soldados del archienemigo que entraban por el otro extremo del pasillo.

—Abriré paso —dijo Brostin antes de disparar a través de la puerta de nuevo.

—¡Que sea rápido! —le chilló Mkoll. Los disparos les llovían por doquier, arrancando trozos de suelo y de pared. Vio a Beltayn boca abajo con Bonin a su lado —. ¡Oh, feth! ¡No! —gritó el sargento de exploradores.

—Está bien —le dijo Bonin—. Está vivo.

Beltayn giró sobre sí mismo boqueando. El potente disparo de carabina le había dado de lleno en el aparato de comunicaciones que llevaba a la espalda. La fuerza del impacto lo había dejado sin aire, pero aparte de aquello, estaba ileso.

No se podía decir lo mismo del aparato de comunicaciones. Bonin se lo quitó y vio que estaba ennegrecido y destrozado, y que le salía humo del interior.

—Lo necesito… —le dijo Beltayn jadeando.

—Ya no, Bel. Está machacado. Vamos, ponte en pie.

Con Criid, Varl y Landerson formando la retaguardia y disparando sin cesar por la galería destrozada, Brostin los guió a través de la puerta. La escalera de piedra todavía irradiaba calor por las llamas y la ceniza cubría todas las superficies. Los peldaños estaban sembrados de cuerpos humeantes, la mayoría tan consumidos que casi habían quedado convertidos en trozos de carbón. Brostin envió otra llamarada por el pozo de las escaleras para asegurarse.

—¡Cambiemos! —gritó.

De algún punto de arriba les llegó el estampido de otra explosión de las cargas de Varl.

Había humo en el aire. Flotaba de un modo perezoso por los pasillos vacíos del bastión. De abajo llegaba el eco lejano de los ruidos del combate y del pandemónium que habían organizado los ordinales en la sala principal.

Pero aquel humo, allí… Procedía del interior de la fortaleza, de algún punto de los pisos superiores. Desolane se detuvo cuando un temblor recorrió el suelo de piedra. Algo acababa de estallar unos cuantos pisos más arriba.

El protector vital desenvainó los cuchillos ketra y el individuo se desplomó. El casco de enormes plumas blancas cayó como si fuera un pájaro herido.

Rawne se acercó a ellos. De algún modo, Cirk se había puesto al mando de la defensa, y Rawne tuvo que admitir que estaba haciendo un buen trabajo. Había desplegado a los Fantasmas en una buena formación de protección utilizando las entradas de las habitaciones y las columnas como escudos, y de momento estaban conteniendo al enemigo.

Sólo Curth, inexperta en combates, hacía caso omiso de las órdenes de Cirk. Curth había dado rienda suelta a su furia de nuevo. Disparaba la pistola sin apenas apuntar. A Rawne le dolía ver a la valerosa doctora tan enloquecida.

—¡Cirk! —gritó—. ¡Quiero intentar repelerlos por la puerta del rellano! ¡Podemos asegurar mejor esa zona!

—¡Vale! —contestó ella también a gritos.

Rawne se agachó y señaló a Cirk, a Feygor y a Larkin por turnos para indicarles cada posición a la que quería que se movieran cuando diera la orden. Cirk y él serían

los primeros.

—¡Larks! ¡Mételes un disparo de alta potencia por el medio para que se agachen!

Larkin asintió y metió un nuevo cargador en el rifle largo. Los poderosos cargadores de alta potencia disparaban un rayo de una temperatura extremada antes de agotarse. Tan sólo le quedaban tres. Después de eso, tendría que recurrir a la pistola con silenciador.

—¡Listo! —gritó.

—¡Adelante! —aulló Rawne.

El rifle largo disparó y el brillante rayo cruzó el pasillo. Rawne y Cirk ya se habían puesto en marcha.

Sin embargo, cuando Rawne salió de su cobertura, dudó. Fi humo que flotaba en el aire había tomado la forma precisa del estigma, y detrás de aquello, las siluetas con uniforme de gala de los soldados del archienemigo parecían encajar a la perfección. La locura lo atacaba de nuevo, la paranoia. Iban a fallar, iban a morir…

Un disparo le atravesó el muslo izquierdo y cayó sobre una rodilla con un gruñido. Larkin, confundido por un momento por el titubeo de Rawne, casi se detuvo también. Lo derribó un disparo que le partió la clavícula.

Larkin se retorció en el suelo gimiendo de dolor mientras la sangre que se le escapaba empapaba la alfombra.

—¡Larks! —aulló Feygor.

Bajo una lluvia de disparos, su compañero atravesó el espacio que los separaba y agarró a Larkin por las cinchas de la mochila. Luego empezó a arrastrarlo hacia la protección de una puerta sin pensar en su propia seguridad. Un disparo le atravesó el tríceps, otro le hizo un corte un poco por encima de la rodilla derecha y un tercero le rozó la frente con tanta fuerza que casi le arrancó el cabello. Feygor gritó mientras le caía sangre sobre los ojos y continuó arrastrando al francotirador indefenso. Larkin gritaba con cada tirón cuando los extremos del hueso roto se movían y se rozaban entre sí.

Rawne también se puso a cubierto maldiciendo su fragilidad. Sus esfuerzos habían sido completamente inútiles.

Lo que era peor: Cirk había seguido avanzando al suponer que la seguían y se había quedado sola y aislada.

Treinta metros por detrás de ellos, Gaunt y Mkvenner se acercaron de nuevo a la esquina. Los disparos habían cesado, así que Gaunt se arriesgó a echar un vistazo, a tiempo de ver cómo los dos soldados de uniforme ocre se llevaban a Sturm hasta la siguiente esquina. Un curioso homínido los seguía.

—¡Vamos! —gritó Gaunt, y al lado de Mkvenner se lanzó a la persecución del hombre por el que había cruzado miles de años luz y por el que lo había arriesgado todo con tal de eliminarlo.

Desolane se detuvo de nuevo en el siguiente rellano. El humo era más espeso. En alguna zona del bastión había un incendio de proporciones considerables. El protector vital sintió una nueva vibración. ¿Otra explosión? ¿Cuántas había habido ya? ¿Seis? ¿Siete?

¿Quién estaba haciendo todo aquello? Sin duda, aquel plan estaba más allá de las posibilidades de la resistencia. Lo único que habían conseguido hasta aquella fecha era volar carreteras e incendiar graneros.

Desolane pensó en lord Uexkuil. Tanto él como su grupo de guerreros habían desaparecido hacía ya bastante tiempo junto al ordinal Sthenelus. Uexkull había mencionado en su último informe a unos «asesinos imperiales», soldados especialistas que habían eliminado todo lo que las fuerzas de ocupación habían enviado contra ellos. ¿Estarían allí? ¿Serían ellos los que habían avergonzado de un modo tan extremo al protector vital y a los regimientos del bastión?

Sólo podía existir una razón para que una escuadra de élite del Falso Emperador hubiese puesto pie en Gereon. Desolane lo sabía. El motivo era el pheguth. El amado pheguth de Desolane. El protector vital había jurado ante el propio Isidor proteger la vida del preciado eresht del Anarca. Otros protectores vitales habían rechazado la tarea, despreciándola. Creían que era un traidor, un enemigo, que apenas merecía la clase de protección reservada para los ordinales de las clases más elevadas. Pero Desolane no lo había hecho. Él lo había visto como un auténtico desafío para sus habilidades. A los protectores vitales se los entrenaba desde pequeños para que fueran los guardaespaldas definitivos. Nada era más importante que la integridad de los seres puestos a su cargo.

Y Desolane era el mejor. Había sido un motivo de orgullo aceptar aquella misión del Anarca, cuyas palabras ahogaban a todas las demás, y cumplirla sin fallar.

También había algo más. A lo largo de los meses que habían pasado juntos, a menudos a solas durante todo el día, a Desolane había acabado importándole el pheguth. Se había establecido un lazo entre ellos. Al protector vital le pareció que el pheguth era un individuo amable y solitario, abatido por la mala suerte que había tenido. Siempre se mostraba respetuoso con el protector vital, siempre apreciaba los pequeños detalles que Desolane tenía para con él para hacerle más soportable el encarcelamiento. Además, cuando se produjo el intento de asesinato contra su persona, el pheguth no culpó a Desolane. De hecho, se negó a aplicarle el castigo ritual. Fue entonces cuando Desolane se dio cuenta de que el pheguth también se preocupaba por él.

Por supuesto, todo fue más difícil después de que cayera el cierre mental y el pheguth se convirtiera de nuevo en Sturm. Este no era más que un individuo pomposo y arrogante, y le mostraba menos respeto al protector vital. Pero incluso en esas

condiciones, Desolane había sido capaz de ver al hombre al que había jurado proteger. El humilde pheguth, con su bata y sus zapatillas, encadenado a la pata del camastro de metal, sonriendo mientras tomaba un sorbo del té negro flojo como si fuera lo más valioso de toda la galaxia.

Desolane seguiría protegiendo al pheguth. Contra cualquier cosa. El protector vital sacó una vara escáner dorada de debajo de su capa de humo. El pheguth no lo sabía, pero le habían implantado al principio un rastreador en la nalga derecha para que Desolane supiera siempre dónde se encontraba.

El protector vital leyó lo que ponía la vara y luego se puso a subir la escalera de cuatro en cuatro escalones.

La resistencia ya estaba en el baluarte. Thresher informó que una de las puertas estaba a punto de venirse abajo. Los disparos resonaban en todas las direcciones, aunque procedían sobre todo de la parte superior del baluarte. Los miembros de la resistencia morían alrededor de Noth, acribillados por las letales posiciones de defensa.

Pero seguían avanzando. Si hubiera tenido tiempo de considerarlo, Noth se habría sorprendido del avance hasta aquel momento. Todavía tenían una oportunidad. Si la puerta del baluarte caía, entrarían en los patios interiores del bastión, se encontrarían entre aquellos malditos ordinales y los demás dignatarios y podrían matar a los cabrones en nombre de un Gereon libre.

—¡Avanzad! —gritó por encima del estruendo del tiroteo. Su arma tableteaba mientras disparaba sin dejar de avanzar—. ¡Tomad la puerta! ¡Lanzacohetes! ¡Vamos, ya los tenemos! ¡Gereon resiste! ¡Gereon resiste!

Noth trastabilló cuando la onda expansiva de una explosión lo alcanzó por la izquierda. El aire se llenó de polvo y gravilla que repiqueteó al volver a caer al suelo. Noth vio movimiento a través del humo. Alguien había abierto desde el interior una de las otras puertas del baluarte y de allí salían tropas que se lanzaban al contraataque.

Eran demonios vestidos con uniformes de color ocre. Noth jamás había visto algo parecido a ellos.

Una guerrillera que estaba a su izquierda se dobló sobre sí misma cuando una ráfaga casi la partió por la mitad a la altura del estómago. Un hombre cayó aullando al suelo cuando le arrancaron la pierna por debajo de la rodilla. Muchos más se desplomaron víctimas de los disparos enemigos.

—¡Reagrupaos! ¡Reagrupaos! —aulló Noth—. ¡Formad una línea!

Se dio la vuelta y disparó el rifle en fuego automático. Vio que al menos una de las figuras se estremecía y caía al suelo.

—¡Reagrupaos a mi alrededor! ¡Resistid!

El hombre que estaba a su lado se giró hacia un lado como si lo hubieran

golpeado con un látigo. Un disparo le había arrancado la mandíbula. Otros se apresuraron a tomar su posición. El grupo de Thresher abandonó su ataque contra la puerta vulnerable y se unió a los disparos del destacamento principal.

—¡Formad una línea! ¡Una línea! ¡Gereon resiste!

Oyó a la izquierda al mayor Planterson gritar para intentar controlar a su formación. El coronel Stocker ya había muerto. Thresher se esforzaba por reagrupar a los suyos.

Los guerreros uniformados de color ocre surgieron de entre el humo y se abatieron como una tormenta contra la línea todavía en formación de Noth. Las bayonetas cortaron y atravesaron cuerpos.

Noth había leído los informes de la resistencia sobre lo ocurrido en Furgesh y Nahren, pueblos de las zonas de cultivo que habían sido exterminados de forma misteriosa a lo largo de las dos semanas anteriores. Se habían oído rumores acerca de que las matanzas las habían realizado soldados de uniforme ocre, guerreros que mataban al grito de: «¡Hijos de Sek!».

La línea de Noth se combó bajo la ferocidad del ataque. El coronel vio a hombres y mujeres que conocía de toda la vida morir desmembrados mientras intentaban rechazar aquel ataque sin cuartel. El grupo de Thresher intentaba unirse al combate, pero las armas del baluarte los estaban matando a decenas.

Noth vio caer a Thresher.

Pensó que habían estado muy cerca. Uno de aquellos cabrones de color ocre cargó contra él, pero Noth lo acribilló. Otro atravesó con la bayoneta el cráneo de un hombre que estaba al lado del coronel, y éste le metió cinco balazos en el pecho.

—¡Gereon resiste! ¡Gereon resiste!

Otro soldado enemigo se lanzó a por él. Noth tenía el cargador vacío, así que se lanzó a la carga con la bayoneta por delante. El guerrero ocre apartó el arma de Noth con una maniobra consumada, como si hubiera estado practicándola durante meses.

La bayoneta enemiga empaló a Noth a la altura del esternón. El coronel tosió sangre cuando se la sacó y trastabilló hacia adelante.

Sabía que estaba muerto. Intentó lanzar el grito de la resistencia una vez más, pero tenía los pulmones llenos de sangre.

Los Hijos de Sek ni siquiera dejaron que cayera al suelo. Lo cosieron a bayonetazos y lo desmembraron mientras se reían como chacales enloquecidos.

—¡Abajo! ¡Vamos! —le urgió Mkoll a su escuadra mientras descendían por la escalera en espiral.

Subir ya no era una opción. Lo que parecía toda una división de las fuerzas de ocupación les estaba pisando los talones sin dejar de disparar por el hueco de la escalera. Todos y cada uno de los miembros de la escuadra, incluido Mkoll, había

sufrido al menos una herida leve, y a Bonin lo habían herido de gravedad por encima de la cadera derecha.

Además, la zona superior del torreón estaba en llamas. Las cargas de demolición que Varl había conseguido colocar habían provocado incendios en varias plantas del edificio. En el aire flotaba una leve capa de humo y cada vez era más fuerte el olor a quemado. Mkoll se preguntó si Gaunt lo habría logrado. Rezó para que fuera así.

Varl y Criid iban en cabeza. VarI tenía una herida en el hombro, por el que bajaba un reguero de sangre, y Criid también estaba sangrando, aunque por un corte en la cabeza.

Landerson ayudaba a Bonin a caminar.

De repente, comenzaron a dispararles desde abajo y tuvieron que pegarse a la pared. Varl asomó un poco la cabeza y vio varias decenas de excubitores que subían por la escalera.

—¡Necesitamos otra salida! —gritó VarI.

Mkoll subió un par de escalones y disparó contra los primeros soldados de las fuerzas de ocupación que asomaron las cabezas antes de abrir una puerta de una patada. La puerta llevaba a otro pasillo. Estaban regresando a la torre adyacente al torreón principal.

—¡Seguid avanzando! —gritó Mkoll antes de disparar contra las tropas que subían por la escalera. Varios enemigos cayeron por los escalones de piedra y se quedaron flácidos e inmóviles.

Varl y Brostin fueron los últimos en cruzar la puerta. El lanzallamas de Brostin había eliminado ya a muchos enemigos, y había ayudado a propagar los incendios. Sin embargo, los depósitos de promethium estaban casi vacíos.

—¿Estás guardando esas cargas para algo en concreto? —le preguntó a VarI.

—No —le contestó este—, pero no tengo tiempo de colocar los detonadores…

—¡Tíralos!

Varl se giró tiró el morral por la escalera.

—Y ahora corre, Varl. Corre como un cabrón y no mires atrás.

Varl hizo exactamente lo que Brostin le dijo que hiciera. Su camarada agitó un poco los depósitos del lanzallamas y preparó lo que quedaba del acelerante. Luego apuntó el arma hacia abajo.

—Decidle hasta luego al señor Fuego —murmuró antes de escupir la última llamarada.

Brostin tiró a un lado el arma y comenzó a correr. La mayoría de la escuadra de Mkoll ya había llegado al otro extremo del pasillo. Brostin tenía unas piernas largas, por lo que se movía con bastante rapidez para ser un individuo pesado. Casi había alcanzado a VarI cuando las llamas del hueco de la escalera alcanzaron el morral con los explosivos.

Se oyó un estampido sordo tremendo. Luego una bola de fuego subió por la escalera y burbujeó por el pasillo para acabar lanzando por los aires a Varl y Brostin.

Los Hijos de Sek comenzaban a aullar para celebrar su victoria en los patios exteriores. Mabbon Etogaur caminaba entre ellos repartiendo palmadas en las espaldas a sus hombres mientras pasaba por encima de montones de cuerpos destrozados. Todavía se oían unos cuantos disparos en la zona exterior.

Oyó algo que le hizo levantar la cabeza. El bastión, que hasta ese momento se mostraba negro contra la oscuridad de la noche, se vio iluminado de repente. Alguna clase de incendio lo estaba devorando por la parte central y hacía que las llamas surgieran por decenas de ventanas. Mabbon miró asombrado. Toda la parte derecha del bastión estaba envuelta en llamas, lo mismo que los pisos superiores de la torre lateral. Mabbon abrió un canal de comunicación.

—Soy el etogaur. Órdenes prioritarias. Que todas las unidades evacuen el bastión. Debéis sacar de forma segura a todos los ordinales. ¡Hacedlo ahora mismo, y hacedlo bien!

Miró de nuevo a la inmensa fortaleza. El fuego devoraba todo su costado derecho. En el nombre del Anarca, ¿qué habría ocurrido allí arriba?

—¡Cirk! ¡Cirk, mantente agachada! —le gritó Rawne mientras intentaba contener la sangre que le salía por la herida de la pierna.

Algo catastrófico acababa de sacudir al torreón. Le llegó un olor muy fuerte a quemado.

Oyó gritar a Cirk La habían herido. Las ráfagas de disparos procedentes de los soldados del bastión situados al otro lado del pasillo habían aumentado, y algunos ya estaban avanzando.

—¡Mantente agachada! —le gritó de nuevo.

Rawne miró a su alrededor. El partisano había desaparecido, y Feygor, al que la última vez había visto herido en tres sitios diferentes, había conseguido arrastrar a Larkin hasta ponerlo a cubierto en una estancia adyacente. La única persona que estaba a la vista era Curth, que seguía agachada al lado de una puerta y disparaba enfurecida contra el enemigo sin dejar de aullar de rabia. Había tirado la pistola y empuñaba el rifle láser que se le había caído a Feygor.

—¡Ana! —gritó Rawne para que lo oyera por encima del tableteo de las armas.

—¿Qué?

—¡Tenemos que avanzar! ¡Tenemos que avanzar ya!

—¿Por qué? ¿Para qué?

Rawne cruzó cojeando el pasillo y se reunió con ella.

—Cirk está atrapada. Tenemos que avanzar y repelerlos o acabará muerta.

—¿Y eso es malo? —contestó Curth con ferocidad antes de disparar otra vez—.

Se merece morir. Es una puta. Una puta completa. Ya has visto la marca que tiene. ¡Es escoria del Caos!

—La he visto —contestó Rawne con un murmullo—. La veo por todos lados.

—¿Qué?

Se alzó un poco y la miró. Ella seguía disparando.

—Ana, no podemos dejarla ahí para que muera.

—¿Por qué no?

—Porque… Porque si lo hacemos, el archienemigo habrá ganado.

—¿Qué mierda te has tomado, Rawne?

Rawne tosió para echar el humo que había tragado.

—Curth, nos ha ayudado. Todo el camino, sin hacer preguntas. Nos ha hecho avanzar, ha arriesgado su propia vida. Feth, ni siquiera hubiéramos entrado aquí de no ser por ella. A mí tampoco me gusta. No acabo de fiarme de ella. Tiene la marca, pero lo cierto es que tampoco creo que me pueda fiar ya de nadie.

—¡La dejamos! —gritó Curth antes de disparar de nuevo.

—Ana —le dijo Rawne con un susurro—. La contaminación del Caos está dentro de nosotros. El veneno de este mundo de feth. En ti y en mí. Si abandonamos a Cirk, dejamos que gane.

Curth se lo quedó mirando.

—¡Eso es una estupidez!

—No, no lo es. Sea lo que sea lo que tú o yo pensemos de ella, nos ha traído hasta aquí. Es nuestra última oportunidad, Ana. ¡Nuestra última oportunidad!

—¿Nuestra última oportunidad de qué?

—De demostrar que seguimos siendo humanos. De demostrar que somos leales servidores del Emperador. Incluso ahora. Incluso cuando Gereon nos ha hecho todo lo malo posible.

Curth bajó el rifle y se lo quedó mirando mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Lo que dices es un montón de basura, ¿lo sabías, mayor?

—Sabes que tengo razón. No dejaré que este lugar me venza. ¿Qué me dices de ti?

—¿Hacemos lo correcto? —dijo ella en tono sarcástico.

—Porque el Emperador protege. Si lo aprueba, nos protegerá y nos hará saber que está satisfecho de nuestras obras.

—¿Te inventas toda esa mierda?

—No. Es algo que me dijo Gaunt.

—Vale.

Rawne le entregó el último cargador y ella lo metió con un golpe seco.

—Pues por el Emperador —dijo ella.

Él negó con la cabeza.

—No, por Tanith, primero y único.

Se pusieron en pie y dispararon los rifles láser mientras se lanzaban a la carga por el pasillo codo con codo para enfrentarse al enemigo.

Los dos Hijos de Sek habían metido a Sturm en otra estancia. Estaba terriblemente nervioso y caminaba arriba y abajo con el lexígrafo pegado sus pies.

—Gaunt… No, no es verdad. Como ya he dicho, no puede estar aquí. No tiene sentido…

Sturm se detuvo. Miró a Humiliti, que seguía tecleando y luego se dirigió al dormitorio de la estancia abriendo de par en par las puertas.

—Lo recuerdo —dijo mientras se sentaba en la cama—. Ahora lo recuerdo todo. Trono, creía que lo había recordado todo, quién era, qué era pero existen rincones oscuros y profundos en mi mente que han tardado mucho en salir a la superficie.

Humiliti siguió tecleando.

—Yo era comandante… ¿Ya lo he dicho antes?

El lexígrafo asintió.

—Los hombres me temían. Me respetaban. Pero… oh, Emperador, ya lo recuerdo. La colmena Vervun. La maldita guerra. Estábamos perdiendo. La horda zoicana ya estaba a las puertas.

Sturm se puso en pie y se agachó para mirar cara a cara al lexígrafo. Humiliti se lo quedó mirando con ojos brillantes y con los dedos alzados sobre las teclas.

—Tuve miedo —dijo Sturm por fin—. Tuve miedo de perder la vida. Huí. Deserté de mi puesto. Los hubiera abandonados a todos a la muerte.

Humiliti dudó, preguntándose si debía anotar aquello.

—¡Escríbelo, gusano! —gritó Sturm incorporándose de nuevo—. ¡Escríbelo todo! ¡Es mi confesión! ¡Es mi persona! ¡Tú y tus malignos amos queríais saberlo todo de mí! ¡Todos mis secretos! ¡Queríais aprovecharlo todo de mi mente! ¡Bueno, pues a ver qué os parece esto! ¡Creía que era un general en jefe! ¡Creía que tenía poder y fuerza! Lo mismo creían tus señores. Por eso invirtieron todo ese tiempo y esos esfuerzos en liberar mi mente. ¿Y qué es lo que consiguen? ¿Qué es lo que consiguen, pequeño bicho?

Sturm giró la cabeza y la inclinó.

—Un cobarde. Un hombre demasiado temeroso de la muerte como para hacer lo correcto.

Se oyeron varios disparos en la estancia exterior.

Mkoll y Criid tiraron de Varl y de Brostin para ponerlos en pie. Ambos tenían ampollas en la piel provocadas por la bola de fuego. A su espalda, todo el hueco de la escalera estaba en llamas. La estructura del torreón crujía con un sonido ominoso mientras iba perdiendo trozos.

—Buen truco —comentó Criid con una sonrisa.

—Es hora de irse —dijo Mkoll.

—¿Dónde tienes la herida? —gritó Curth—. ¿Dónde te hirieron?

Cirk le enseñó el antebrazo izquierdo. Uno de los proyectiles le había roto los huesos y había destrozado al imago en el interior de su bolsa de pus.

—Lo he perdido —comentó Cirk con un suspiro.

—Vámonos —le dijo Curth mientras la ayudaba a levantarse.

Rawne estaba detrás de ella, acribillando la puerta que daba al hueco de la escalera y obligando al enemigo a retroceder. Cada destello del cañón del arma al disparar le parecía la marca del estigma, pero ya no le importaba.

—Habéis vuelto a por mí —dijo Cirk con un susurro.

—Sí, lo hemos hecho. ¿Qué te parece?

Los dos Hijos de Sek se giraron y comenzaron a devolver los disparos, pero Gaunt y Mkvenner los habían tomado por sorpresa y tenían ventaja. Gaunt se lanzó a por ellos con una pistola bólter en cada mano y disparando contra los frenéticos guerreros. Uno cayó al suelo con la cabeza destrozada. El otro salió despedido hacia atrás con un brazo desintegrado por uno de los proyectiles. El soldado lanzó un grito antes de que Mkvenner lo matara de un balazo en la boca abierta.

Ambos avanzaron con precaución y con las armas humeantes. La puerta que los Hijos de Sek habían defendido estaba abierta de par en par. Gaunt guardó las pistolas y desenvainó la espada de energía. Parpadeó un momento cuando la activó.

La estancia que había al otro lado era una antesala repleta de muebles opulentos. De una de las paredes colgaba un marco dorado y vacío que rodeaba a un símbolo blasfemo. Había otra puerta al otro lado, también abierta. Gaunt oyó a alguien hablando.

Miró a Mkvenner. Este alzó el rifle automático. Avanzaron en silencio. Y Desolane entró en la estancia detrás de ellos.



VEINTINUEVE

El protector vital se lanzó a por ellos con un cuchillo ketra apuntando a cada guardia imperial. Mkvenner fue el primero en reaccionar y detuvo el ataque con el rifle automático, que se partió al recibir el impacto del cuchillo que Desolane empuñaba en la mano derecha.

Gaunt también se giró y alzó la espada de energía. Detuvo la cuchillada del arma enemiga y la desvió.

Jamás había visto nada parecido a aquella criatura. Tenía un cuerpo alargado y alto sin indicio alguno de sexo y envuelto por un traje ceñido de malla metálica de color negro azulado. Llevaba en los hombros una capa negra translúcida que se movía como el humo. Las largas piernas del monstruo tenían una articulación al revés por debajo de las rodillas y estaban rematadas por unas pezuñas. Llevaba la cabeza cubierta por una máscara de bronce pulido en la que tan sólo había cuatro agujeros: dos para las ranuras de los ojos y dos en la frente por los que salían un par de pequeños cuernos blancos.

Se movía como el agua, como si todo lo demás se moviera con lentitud.

Gaunt detuvo otro ataque y luego otro más antes de decidirse a atacar él. La criatura se lanzó a fondo y rasgó la ropa de Gaunt con la punta del cuchillo izquierdo para después atacar con un giro y dejarle una larga herida lacerante en el torso.

Gaunt jadeó por el dolor, pero dio un salto atrás y lanzó una estocada con la

espada de Heironymo Sondar. El arma se topó con el cuchillo izquierdo del protector vital y lo partió.

Desolane atacó de nuevo y le hizo un corte en el brazo derecho a Gaunt con el cuchillo que le quedaba. La fuerza del impacto lanzó a Gaunt al suelo. Intentó empuñar de nuevo la espada de energía con las manos ensangrentadas, pero Desolane la alejó de una patada con la pezuña antes de propinarle otra a él en pleno estómago. Gaunt se dobló sobre sí mismo tosiendo y sin aire.

Desolane se dispuso a clavarle el cuchillo en la cabeza.

Los silenciosos disparos de una pistola, siseantes como susurros, lanzaron al protector vital de espaldas. Mkvenner se puso en pie, tiró a un lado la pistola sin balas y empuñó la espada de energía caída en el suelo. El arma zumbó y cantó en sus manos cuando la alzó.

Desolane se lanzó a por él.

Mkvenner detuvo el primer ataque, colocó una guardia amplia, paró el segundo y giró para detener el tercero. Desolane lanzó un gruñido y se dispuso a atacar a Mkvenner de nuevo. Le soltó una cuchillada baja y Mkvenner tuvo que esforzarse para desviar el cuchillo ketra, pero luego Desolane cargó todo el peso de su cuerpo contra el explorador de Tanith y lo hizo retroceder. El protector vital giró de nuevo sobre sí mismo y desvió la espada para después abrirle un tajo en la mejilla que iba desde el labio hasta la mandíbula.

Mkvenner cayó al suelo con la sangre saliéndole a chorros por la herida.

Desolane se volvió con agilidad hacia Gaunt, que todavía estaba intentando levantarse. El protector vital alzó en alto el cuchillo ketra con las dos manos y se dispuso a darle el golpe de gracia.

Un virote de hierro se clavó entre las costillas del protector vital. Mientras Desolane retrocedía trastabillando, otra se le clavó en una de las ranuras de los ojos del casco de bronce.

Eszrah du Nocte avanzó hacia él mientras recargaba la ballesta. El partisano disparó de nuevo y plantó el virote en mitad del pecho de Desolane. El protector vital consiguió dar unos pasos hacia él y lo envió de un golpe al otro lado de la estancia. El partisano se quedó tirado donde había caído, con la capa hecha jirones. Desolane siguió trastabillando y tambaleándose. La toxina de polilla le corría por las venas. Cayó de bruces al suelo.

Gaunt se puso en pie dejando un rastro de sangre. Atravesó cojeando la entrada al dormitorio y empuñó una pistola bólter en cada mano. El lexígrafo jorobado retrocedió.

Sturm estaba sentado en un extremo de la cama, mirando al suelo.

—Comisario —dijo sin levantar la vista.

—General en jefe —contestó Gaunt.

—Me alegro de que sea usted. De algún modo, es apropiado.

—En nombre del Dios Emperador… —empezó a decir Gaunt.

—Por favor, no. Nada tan formal —protestó Sturm interrumpiéndolo—. Gaunt, lo recuerdo todo ya. Todo. El miedo. La… cobardía. No es un recuerdo agradable. El Trono lo sabe, tardé bastante en recordarlo.

Gaunt alzó una de las pistolas.

—Por el poder que me ha concedido el Comisariado, te declaro…

—¿Ibram? Ibram…, por favor —le suplicó Sturm.

—Esta vez no, Sturm.

—¡Por favor, en nombre del Trono! ¡Dame un arma!

Gaunt se puso tenso. Sintió cómo perdía sangre.

—Ya te mostré ese respeto en la colmena Vervun. Lo convertiste en un ataque.

—Lo sé. Lo siento. Te lo suplico. Gaunt, tienes dos armas, por el amor del Trono.

Gaunt se tambaleó un poco, pero le entregó uno de los bólters a Sturm sin dejar de apuntarle a la cabeza con el otro.

—Último deseo concedido… ¿O es otro truco?

Sturm negó con la cabeza.

—Último deseo aceptado —se limitó a decir.

Se puso el cañón de la pistola bólter en un lado de la cabeza y apretó el gatillo.

Gaunt dio un paso sin creerse todavía del todo que se había acabado. Sturm estaba a sus pies, con la cabeza abierta como un melón maduro.

Desolane entró en el dormitorio empuñando el cuchillo ketra como si fuera una guadaña. El protector vital lanzó un aullido cuando vio el cadáver del pheguth.

Gaunt dio un paso atrás.

Un disparo de alta potencia desintegró la cintura de Desolane y lanzó el cadáver del protector vital contra la pared.

Gaunt se giró y vio a Feygor, con el rostro ensangrentado, bajar el rifle largo de Larkin. Gaunt le sonrió.

—Ya sabía yo que alguna razón tenía que haber para traerte —le dijo.



TREINTA

El bastión seguía ardiendo a su espalda, recortándose contra las primeras luces del amanecer. Los Fantasmas se habían reagrupado en un pequeño valle que había detrás de la fortaleza. Todos y cada uno de ellos estaban heridos, pero también todos y cada uno de ellos seguían con vida.

Curth estaba intentando vendar las heridas de Gaunt.

—Cuida de los demás, Ana. A los que más se lo merecen —le dijo a la doctora.

—Pues ése eres tú —le contestó ella.

Gaunt le ordenó que se ocupara de los demás y recorrió cojeando cada sitio donde estaban los Fantasmas, tumbados sobre las rocas.

Larkin gemía y parecía a punto de morir. Feygor estaba inconsciente por la pérdida de sangre.

Gaunt se puso en cuclillas al lado de Beltayn.

—Lo siento mucho, señor —dijo Beltayn.

—¿El qué?

—La pérdida del comunicador. Dejé que le dispararan. Ahora no podremos llamar para que nos saquen de aquí.

—Todo va bien, Bel. No pasa nada.

Gaunt se puso en pie y siguió caminando. Curth estaba quitándole a Cirk los últimos restos de imago que había en el brazo roto. Se quedó mirando unos

momentos cómo las pinzas de metal sacaban los tentáculos negros de la carne de la mujer.

«Bajo la piel. Lo que importa está en el interior». En el corazón. En la mente. La Santa utilizó muchos instrumentos para guiar a aquellos que le eran fieles, incluso a algunos que parecían llevar la marca del Caos.

Gaunt se dio la vuelta. Se preguntó cómo se lo diría a todos.

Era lo último que le había dicho Van Voytz antes de la misión. Lo único que Gaunt no había compartido con el resto del equipo.

—Ibram, por favor, tienes que entender que hay muy pocas posibilidades de que podamos sacaros de Gereon. Puedes enviar una señal, por supuesto, pero lo más probable es que os quedéis allí. Meteros en el planeta ya va a ser bastante difícil. Lograr que una nave se acerque lo bastante como para sacaros de nuevo…

Van Voytz había apartado la mirada.

—Señor, ¿me está diciendo que aunque sigamos con vida después de cumplir esta misión suicida, sigue siendo una misión sólo de ida?

—Sí, Gaunt —contestó Van Voytz—. ¿Eso te hace cambiar de opinión?

—No, señor.

Gaunt bajó por la ladera para acercarse hasta donde se encontraba Landerson.

—Lucharon y murieron con honor —le dijo Gaunt—. La resistencia de Gereon. Casi tuvieron a esos cabrones contra las cuerdas. La resistencia lo hizo lo mejor posible.

—Sí, señor, lo hicieron. Pero no fue suficiente, ¿verdad? Y ahora todos están muertos.

Gaunt se encogió de hombros.

—Pues entonces reconstruiremos la resistencia entre todos nosotros.

—¿Entre todos nosotros?

Gaunt asintió.

—Creo que me voy a quedar por aquí un poco más. ¿Qué me dices?

—¿Que Gereon resiste?

—Gereon resiste —contestó Gaunt.

Alzó la vista. Le llegó un recuerdo desde lo más profundo de su memoria, fuerte y sin que lo hubiera llamado. Gaitas de Tanith. Brin Milo tocando la canción que siempre tocaba cuando el Primero de Tanith se retiraba de un campo de batalla. Intentó recordar el nombre.

El viento de la montaña sopló con más fuerza, frío e inmisericorde, extendió el humo del incendio del bastión por las tierras centrales. Otra mancha en un mundo ya desfigurado.